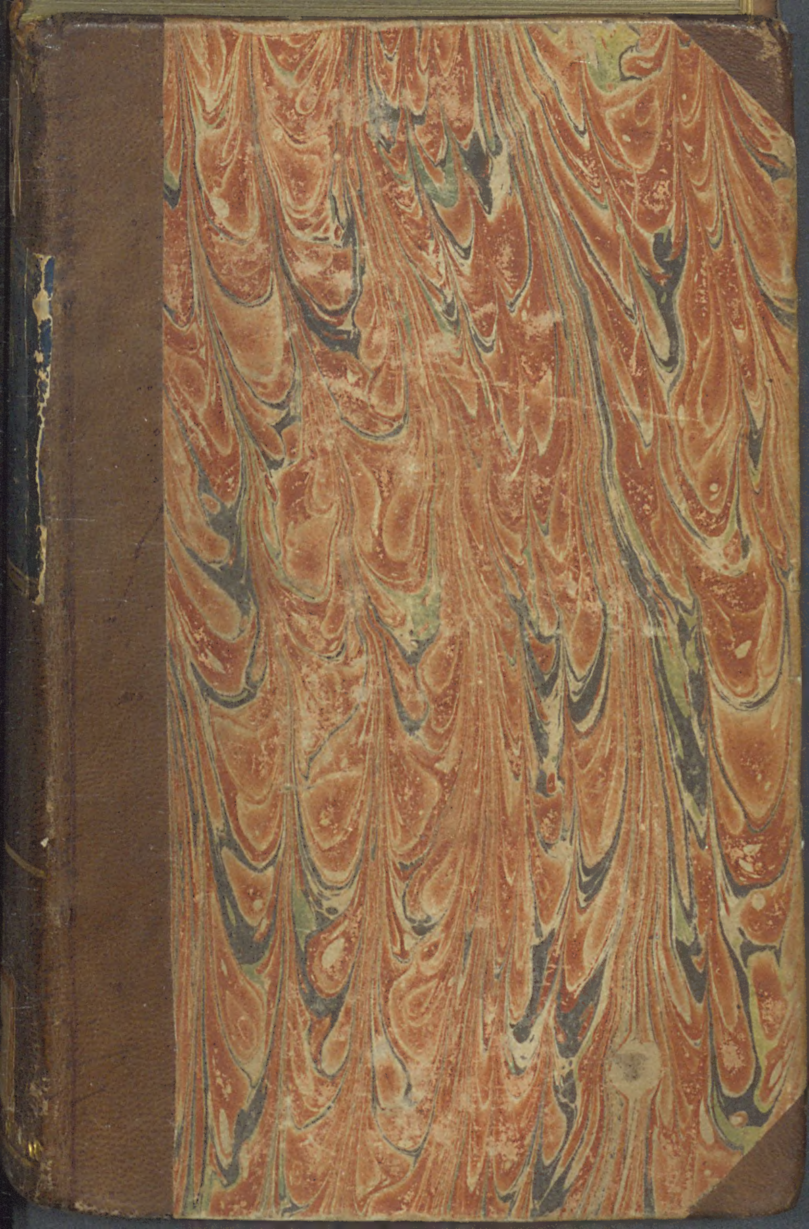


Historia Universal

DEL

Conde de Segur.

TOMO VIII.

HISTORIA

Universal.

HISTORIA ANTIGUA

Por el Conde de Segur,

DE LA ACADEMIA FRANCESA, PAR DE FRANCIA:

traducida al español

Por D. Alberto Lista,

con correcciones, notas y adiciones.

TOMO VIII.

MADRID: Enero, 1831.

Oficina de D. J. Palacios,

calle del Factor.

HISTORIA DE ORIENTE.

CAPITULO I.

Constantino.

Cuadro del imperio romano en su senectud. Segunda guerra contra Licinio. Batallas del Hebro y Crisópolis. Concilio general de Nicéa. Muerte de Crispo. Fundacion de Constantinopla. Victoria de Constantino el jóven contra los godos. Primer establecimiento de los bárbaros en el imperio. San Atanasio perseguido.

Cuadro *del imperio romano en su senectud*. Abandonamos ya aquel célebre foro, en que brillaron tantos oradores elocuentes, aquel senado que pareció á Cineas un congreso de reyes, y en el cual se admiraban tantas virtudes, y aquel capitolio en que triunfaron tantos héroes; y volvemos con Constantino al oriente vo-

luptuoso, donde el hombre, mecido por la molicie y embriagado por los placeres, pareció siempre destinado á entorpecerse en el seno del ócio y á dormir esclavizado.

Vamos á describir la senectud de aquel imperio, cuya fuerza colosal fatigó la tierra por tantos siglos. La historia de esta senectud es triste; pero conserva, no obstante, algunos vestigios de la antigua grandeza. Si no eleva el ánimo, lo interesa todavía. Vense en ella pocas acciones heróicas que despierten la admiracion; pero ofrece á los reyes y á las naciones documentos útiles y ejemplos saludables. Veráse el valor, mas atento á defender que á conquistar: la política mas tímida: la intriga en lugar de la osadía: la traicion en lugar de las sediciones, y asesinatos en lugar de victorias. Los principes son todavia destronados por conspiraciones; mas estas no pasan del recinto de palacio, y son indiferentes á los pueblos, porque les hacen cambiar de señor y no de suerte. «Desde el repartimiento del imperio, dice Montesquieu, la ambicion de los generales estuvo mas contenida, y la vida de los príncipes mas segura. Estos pudieron morir en su cama, lo que pareció suavizar un poco sus costumbres. No derramaron la sangre tan ferozmente; pero siendo forzoso que este inmenso poder sobreabundase por al-

gun lado, se vió otra especie mas oculta de tiranía. No hubo asesinatos, sino juicios inicuos y formas de procesar, que alejaban la muerte para hacer la vida ignominiosa. La corte fue gobernada, y gobernó con artificio mas esquisito, con mayor silencio; y en lugar de la osadía para emprender una accion mala y del ímpetu para cometerla, no reinaron sino los vicios de las almas débiles, y los crímenes premeditados.» Los emperadores mas ambiciosos habian respetado, siguiendo el ejemplo de Augusto, las formas de la república; y los príncipes mas perversos, mostrándose todavía ciudadanos, se hacian populares para ejercer el poder absoluto. Estos señores del mundo mandaban, pero en nombre del pueblo romano: el senado legitimaba sus órdenes: los pontífices santificaban sus empresas: los mas poderosos é ilustres ciudadanos de Roma acompañaban sus personas, embellecian su corte, y sostenian su gloria con el esplendor de sus triunfos. Pocos príncipes, aun de los mas infames, se hubieran creido dignos de conservar el nombre y la autoridad de emperador, sin visitar frecuentemente los numerosos campamentos que guarnecian las fronteras del imperio. Dejaban muchas veces la toga, y se ponian al frente de aquellas invencibles legiones que hacian respe-

table el nombre romano; aun cuando la pérdida de las virtudes y de la libertad no les dejaba otro título para ser estimados sino el del valor.

Borráronse en el tiempo de Constantino los vestigios del antiguo sistema. Este emperador no siguió las anteriores costumbres sino hasta el momento en que se vió sin rivales. Cuidadoso de destruir todo rastro de libertad, borró de los estandartes las letras iniciales de *Senatus Populusque Romanus*, con el pretesto de sustituirles el Lábaro. El pueblo fue privado de todo derecho de elegir: el senado de toda facultad en la legislacion. Constantino, temiendo á los grandes, y deseoso de halagar su vanidad, creó muchos títulos sin funciones, y no confió la autoridad sino á personas escogidas por él, y cuya autoridad dependia de su favor. El príncipe fue todo, y la nacion nada; y la monarquía legal se convirtió en patrimonial. Así destruyó Constantino el poder de las instituciones, que son la defensa de la autoridad en el momento del peligro. Durante su reinado no se conoció el inconveniente del nuevo régimen que fundaba. Era belicoso y feliz, amado de sus soldados, compañeros de sus victorias; respetado de los pueblos, á quienes libertó de muchos tiranos: su actividad y destreza impedian los peligros, y solo en-

contró oposicion en las disidencias religiosas. Su autoridad ilimitada brillaba con el esplendor de la gloria, y aseguraba al imperio un profundo reposo: la equidad de la mayor parte de sus leyes hizo gozar á sus súbditos de una seguridad mucho tiempo antes desconocida. Solo se conocieron despues de su muerte los defectos de un gobierno sin contrapeso y de una monarquía sin cimientos, que se desplomó por los repetidos ataques de los bárbaros. Desde que la actividad de Constantino dejó de animar los mal unidos miembros de aquel imperio colosal, sus débiles sucesores, semejantes á los déspotas afeminados del Asia, no mostraron ninguna cualidad romana. El ocio infame los encadenó en medio de una corte corrompida: encerráronse en su palacio: su autoridad pasó á manos de eunucos, libertos y criados insolentes. El historiador M. Le Beau observa, que «las personas mas ilustres, los magistrados mas respetables y los guerreros mas valientes sufrian el dominio de cortesanos sin esperiencia ni mérito, incapaces no solo de servir al estado, sino tambien de permitir que se le sirva con gloria.» El príncipe, invisible á la nacion, en un palacio á donde no podia penetrar la verdad, rodeado de sacerdotes, á quienes la ambicion separaba de sus deberes, y que

solo pretendian interesar al poder en sus querellas y disputas, ni veia, ni pensaba, ni reinaba sino por el vehículo de sus privados. La Italia, sometida muchos siglos äntes á los señores del mundo, y enriquecida con los despojos de Grecia, Asia, Africa y España, no era ya sino *el jardin de Roma*, como la llama Montesquieu. Cubierta de palacios, casas de placer y parques suntuosos, devoraba al imperio sin producir nada. Se veia una multitud de ricos afeminados, de esclavos consagrados al lujo y á los placeres, de gladiadores, danzarines, cortesanas, pantomimos; mas no habia cultivadores ni soldados. Los primeros no se encontraban sino en Sicilia, Africa y Egipto; y las legiones, reclutadas en los paises de conquista, contaban en sus filas pocos ciudadanos y muchos bárbaros, mas dispuestos á robar el imperio que á defenderlo. El lujo de dos ó mas cortes y el gran número de empleados aumentaban las contribuciones, devoradas por los favoritos sin utilidad de la república.

La traslacion de la silla del imperio á Constantinopla, consumando la opresion de Italia, le quitó el resto de su poblacion y riquezas, y la abandonó indefensa á los selváticos, hijos del septentrion, los cuales triunfaron con facilidad de los débiles

descendientes de los vencedores del orbe, y sumergieron el mundo civilizado durante algunos siglos en las tinieblas de la barbárie. Vamos á comenzar ahora la historia de esta sangrienta y terrible revolucion, por la cual se formaron en el norte y el occidente, entre las ruinas del imperio romano, las nuevas monarquías, que despues de una larga barbárie salieron del caos fuertes y brillantes, y esparcieron por el mundo moderno las ciencias, las letras, las artes y la gloria, cuando se habia temido que yaciesen sepultadas para siempre en la tumba de Grecia y Roma. En oriente seguiremos por mas tiempo á los débiles sucesores de Constantino; pero sin estendernos mucho en los tristes y vergonzosos sucesos de aquella serie de usurpadores sin grandeza, de revoluciones sin interes público, de crímenes sin energía. Trazaremos rápidamente los reinados de aquellos príncipes, cuya mayor parte se presentaron en el trono como sombras, y arrastraron, mas bien que sostuvieron, el cetro de los césares, hasta que los soldados fanáticos de Mahoma, sorprendiéndolos enmedio de las disputas de sus sectas y de los juegos de su circo, les arrancaron los únicos restos de una corona que ya se les caia de la cabeza. Constantino, fundador de este nuevo imperio, parecia en los primeros

años de su reinado mas atento á vigorizar las antiguas instituciones, que á crear otras nuevas. Despues de libertar á Roma, procuró reparar los males producidos por la tiranía y los desórdenes de la guerra civil. Triunfante bajo las banderas del cristianismo, no hizo al principio otra cosa sino dar la libertad á un culto proscrito hasta entonces; pero dejó al gentilismo la posesion de sus derechos y honores antiguos. Despues de haber restituido la justicia al imperio, quiso hacer reinar la tolerancia. Con esta sábia política restableció la paz interior, y mereció aquel amor verdadero, que rara vez conceden los partidos vencidos á los vencedores. Entonces se le erigió un arco de triunfo con esta inscripcion, dictada por el agradecimiento, y no por la lisonja: «El senado y el pueblo romano han consagrado este arco de triunfo á Constantino, el cual por la inspiracion de la divinidad, y por la grandeza de su ánimo al frente de su ejército, ha sabido con una justa venganza libertar la república del yugo de un tirano.» El emperador respondió modestamente á este homenaje, atribuyendo sus buenos sucesos á solo Dios, é hizo poner en lo bajo de la cruz que llevaba su estátua, la siguiente inscripcion: «Por esta señal saludable, verdadero símbolo de fuerza y de valor, he libertado

vuestra ciudad y restablecido al senado y pueblo romano en su antiguo esplendor.» Al mismo tiempo que daba tan solemne testimonio de su predileccion al cristianismo, resistia el celo ardiente de los cristianos de su corte, y les prohibia toda reaccion contra sus perseguidores. Por un edicto, publicado en Mediolano, aseguró á todos los súbditos del imperio el libre ejercicio de sus religiones; y para probar cuanto temia seguir las pisadas de los tiranos, dió una ley condenando al tormento á todo delator sin pruebas del crimen de lesa magestad. A haber persistido en tan nobles sentimientos, se habria igualado en prudencia á Marco Aurelio y á Trajano, á los cuales superaba quizá en gloria militar; pero la embriaguez del poder y la ambicion de los cortesanos le hicieron separarse de tan sábia política. Hubo sectas en el cristianismo; y el emperador que debió usar de su autoridad para no permitir actos contrarios al sosiego público, y no dar una funesta importancia á las heregías, interviniendo en la querella, las transformó por su autoridad, de disputas que podian haberse ventilado sin comprometer la tranquilidad, en negocios y materias de estado. Las conciencias resistieron al poder, y fue casi imposible señalar con esactitud los límites, siempre traspasados por las pa-

siones, entre la autoridad espiritual del sacerdocio y la temporal del príncipe. Algunos emperadores, celosos de mostrar su poder, y rodeados de perversos cortesanos, favorecieron repetidas veces la heregía contra los dogmas de la Iglesia, y proscribieron á los que no podian convencer. Otros, débiles y dominados por sacerdotes ambiciosos, cedieron á la tiara una parte de los derechos de la corona. El deseo de la gloria mundana, la sed de las riquezas y la del poder, introdujeron en el clero gérmenes numerosos de corrupcion. La religion proscribia todas las pasiones, enseñaba todas las virtudes, señalaba la pobreza como un mérito, la humildad como un deber: mandaba á sus ministros predicar á los hombres la union, la igualdad, la caridad, el olvido de las injurias; pero el poder produjo su efecto ordinario en los sacerdotes que se acercaron demasiado á él; y muchos se hicieron reos de las mas ostinadas disensiones, de la ambicion mas desenfrenada, de las querellas mas indecentes, y de las venganzas mas crueles. Al mismo tiempo que describamos los tristes efectos de las pasiones humanas, deberemos evitar el abismo en que han caido muchos historiadores, que atribuyeron á una religion divina, espiritual y pacífica los desórdenes de algunos de sus ministros,

con tan poca razon como otros han atribuido á la filosofía los errores de los sofistas, y á la libertad los crímenes de la anarquía.

El Africa fue el primer teatro de las disensiones religiosas. Ceciliano, obispo de Cartago, fue acusado por Donato de haber usurpado la silla, y de haber sido *traditor*; esto es, de haber entregado por debilidad á los magistrados gentiles en tiempo de persecucion los libros sagrados. Setenta obispos de Africa declararon á Ceciliano inocente y debidamente ordenado: el partido de los donatistas, ardiente y numeroso, no quiso someterse á esta decision. El emperador, para terminar este cisma, convocó un concilio en Arelate (314), al cual envió dos legados el papa Silvestre. Este concilio sentenció en favor de Ceciliano, dió cuenta al Papa de su sentencia, y le pidió que la publicase. Al año siguiente hubo alborotos en Palestina: los judíos, irritados contra los cristianos, cometieron grandes violencias. Constantino las reprimió, declaró libre á todo cristiano que fuese esclavo de un judío, y prohibió á estos, bajo pena de muerte y confiscacion de bienes, obligar á los cristianos á circuncidarse. Abolió al mismo tiempo en todo el imperio el suplicio de la cruz. Los donatistas, siempre ostinados en su resistencia, apelaron al emperador de

la sentencia del concilio. El príncipe se negó primero á juzgar una cuestion que no era de su competencia; pero despues mudó de opinion, y mandó á Ceciliano presentarse en Roma, y comparecer ante él. Ceciliano no obedeció; pero Constantino juzgó la causa, y declaró inocente al obispo de Africa, y calumniadores á sus adversarios. Los donatistas no respetaron ni la autoridad del emperador, ni la de la Iglesia. La confiscacion de sus bienes no pudo vencer su ostinacion: despreciaron la escomunion fulminada contra ellos, y este cisma degeneró en heregía. Una mucho mas peligrosa cometió en Africa los mayores escesos. Los *circunceliones*, aldeanos fanáticos, que interpretaban segun sus pasiones los preceptos del Evangelio, quisieron establecer violentamente en este mundo la igualdad absoluta que no esiste sino despues de la muerte. Tomando el título de protectores de los oprimidos, rompian las cadenas de los esclavos, les daban las propiedades de sus amos, libertaban á los deudores de sus obligaciones, asesinaban á los acreedores, defendian osadamente á los donatistas, é inmolaban los católicos á su venganza. Socolor de que Jesucristo habia prohibido á san Pedro el uso de la espada, se armaron de brazos de árboles, á los cuales daban el nombre de *palos de Is-*

rael, y con ellos machucaban á sus enemigos. Su grito de guerra era *alabanza á Dios*, y sus generales se llamaban *gefes de los santos*. En lugar de temer la autoridad de los magistrados y el rigor de las leyes, muchos de estos furiosos, estraviados por el fanatismo, se daban la muerte, creyendo ganar con el suicidio la palma del martirio. Avisaban antes á sus compañeros esta resolucion insensata: se cebaban como víctimas destinadas al sacrificio, y se arrojaban despues enmedio de las llamas, ó se precipitaban al mar desde lo alto de un peñasco. Mientras que el ardor de las sectas se consumia en disputas, bastaba la escomunion para reprimirlas; pero cuando los sectarios unian el delito al error, violando abiertamente las leyes, turbando la tranquilidad, y atacando la vida y la propiedad de los ciudadanos, era justo é indispensable desplegar contra ellos la fuerza del estado. El emperador mandó á los condes Ursacio y Taurino que los acometiesen. No pudo estirparse esta sedicion sino con la muerte del mayor número de los fanáticos. Parecia que el espíritu de vértigo de los judíos se habia comunicado entonces á todas las partes del mundo, llevando á ellas la discordia, el fanatismo que habia convertido la Judea durante tantos siglos en un teatro de intrigas, querellas

y horrores, y el espíritu de faccion que no pudo sofocar en Jerusalen ni aun la presencia del enemigo armado para destruirla. Se saben pocos sucesos de los seis años que se siguieron á la sedicion de los circunceliones, y que precedieron á la segunda guerra con Licinio. Parece que en este intervalo Constantino permaneció en Iliria, defendiendo aquella frontera contra los sármatas, carpacios y godos. Logró muchas victorias, se apoderó de la Dacia, y obligó á los godos, no solo á hacer la paz, sino á pagarle un contingente de 40.000 soldados, ausilio mas peligroso que útil. Eusebio dice que subyugó la Escitia, y condujo sus legiones hasta el mar del norte: si esto fue asi, hubo de abandonar sus conquistas; pues de allí á poco peleó muchas veces con los bárbaros en las orillas del Danubio. Sus brillantes victorias no eran decisivas, y los enemigos vencidos no tardaban en volver á las armas: por lo cual Sileno dice, que «los laureles de Constantino se marchitaban, como las flores del jardin de Adonis, apenas se abrian.» Estas incertidumbres de la historia prueban que ya la nacion no se interesaba en la gloria militar, y que ya no se escribian los sucesos sino bajo las formas de la adulacion ó de la sátira.

Al mismo tiempo que Constantino de-

fendia el imperio contra sus antiguos enemigos, procuraba asegurar á sus hijos la corona dándoles el título de césar, poniéndoles casa y señalándoles guardia. Demasiado hábil para no conocer que era forzoso sostener con el valor las dádivas de la fortuna, cuidó mucho de la educacion de los príncipes, les enseñó él mismo los ejercicios militares y la sobriedad, los acostumbró á hacer largas marchas, á sufrir el peso de las armas, á arrostrar la intemperie de las estaciones, y encargó á maestros muy hábiles su instruccion literaria. Como estaba persuadido con el ejemplo de sus padres, que el amor de los pueblos es la base mas sólida de la autoridad, procuró grabar en sus corazones esta mácsima: «La justicia debe ser la regla del príncipe, y la clemencia su afecto dominante.» La naturaleza y la fortuna se declararon contra la prevision de Constantino: sus hijos heredaron sus defectos y no sus virtudes. Crispo, que fue el solo capaz de realizar sus esperanzas, pereció víctima de los celos de su madrastra y de la ligereza imprudente de su padre. Su maestro Lactancio fue uno de los mas célebres escritores de aquel siglo: su estilo elocuente y puro le grangeó el nombre de *Ciceron cristiano*. Su apología del cristianismo le dió mucha fama. El año 320

nombró el emperador cónsul á su hijo tercero, que aun era niño: mas solo le permitió firmar indultos y gracias, sin duda para hacerle gozar de la prerogativa mas feliz que tiene el poder. Dos años despues volvió el emperador al ejército con motivo de una nueva irrupcion de los bárbaros, pasó el Danubio y venció á los sármatas, dando muerte por su mano á Rasimundo, rey de aquellos bárbaros. Con motivo de esta victoria se establecieron en Roma los juegos sarmáticos. La guerra no impedia á este príncipe activo el cuidado de la legislacion. Mandó consagrar en todo el imperio á la oracion y al descanso el dia del domingo, y publicó edictos severos contra la esposicion de los niños que los padres abandonaban por no poderlos mantener; pero al mismo tiempo abolió la ley Popea, que imponia multa á los que pasaban de 25 años sin casarse, no queriendo obligar á que tomasen este estado los que ó por indigencia ó por principios religiosos guardaban el celibato. Otro edicto amenazó con penas rigorosas á los arúspices y á todos los que con operaciones mágicas ó con filtros especulaban sobre la credulidad de los hombres, prometiendo ser útiles á su odio ó á su amor. Sin embargo, transigiendo aun con la supersticion del politeismo, toleró los

charlatanes idólatras que se limitaban á curar las enfermedades y á conjurar las tormentas. Otra ley anuló todas las confiscaciones hechas por Diocleciano y Galerio, restituyó á las iglesias los bienes, y les asignó los de los mártires muertos sin herederos. Promulgó contra el rapto un edicto demasiado severo; porque no distinguia la seduccion de la violencia. Casi todas las ciudades de provincias eran gobernadas entonces por una especie de senado, cuyos gefes se llamaban *decemviros*, y los demas individuos *decuriones*: eran elegidos de las familias mas distinguidas, y la mayor parte de los ciudadanos huian de estas cargas concejiles, porque los obligaban á pagar contribuciones mas fuertes que las que gravitaban sobre los demas vecinos. Constantino para mantener esta útil institucion, condenó á una multa á los que rehusasen ó abandonasen estos destinos; pero al mismo tiempo cedió á estos administradores las tierras de los ciudadanos que morian sin herederos. Así, hallándose estinguido el espíritu público en la decadencia del imperio, fue preciso que el poder obligase á ejercer los destinos disputados tan ardientemente en otro tiempo por la ambicion. La administracion pública se miraba como un gravámen. Los oficiales que tenian comisio-

nes por el emperador, solicitaron y obtuvieron ser esentos de estos empleos. Nadie queria los destinos útiles al pueblo y al estado, sino los de palacio, cerca de la persona del príncipe. Se acostumbraron á mirar las dignidades de cuestor, pretor y cónsul solo como títulos honoríficos; y sus funciones no eran ejercitadas sino por los condes, los generales y los empleados de la casa del emperador. Sin embargo, como Constantino, justo por principios aunque ambicioso por carácter, supo las quejas que escitaban en todas partes la avidez de sus consejeros y la arbitrariedad de los gobernadores de provincias, prohibió á los jueces y magistrados poner en ejecucion cualquier decreto, aunque fuese de él, si era contrario á las leyes, y mandó no atender en los juicios al nacimiento ó clase de los acusados. «El delito, decia, borra todo privilegio y toda dignidad.» Tal era la estraña contradiccion que ofrecian entonces en la conducta y en las leyes del emperador, el deseo del poder arbitrario, el amor de la justicia y los recuerdos de la república. Prohibió por un decreto á los perceptores de tributos quitar á los labradores sus bueyes é instrumentos de labranza. Hasta entonces el repartimiento de los impuestos era arreglado por los principales de cada lugar, y

los ricos se servian de su influencia para echar sobre los pobres la mayor parte del gravámen. Constantino impidió este abuso, y encargó el reparto á los gobernadores de provincia; de este modo sucedieron los inconvenientes del despotismo á los de la aristocracia. Deseoso de premiar á los soldados que le habian dado la victoria y el imperio, les distribuyó muchas tierras que estaban sin dueño. Atendiendo á la utilidad que le podia traer el valor de los soldados francos y godos mas que al peligro futuro del imperio, tomó á su sueldo los mas intrépidos de estos guerreros. Los mercenarios no fueron dañosos sino despues: á Constantino le sirvieron con celo. Ebonito, capitan franco, se distinguió por sus hazañas en la primera guerra contra Licinio, en la cual conquistó el emperador la Macedonia, la Grecia y la Iliria.

Aunque todavia no se hubiese bautizado, y por política aparentase cierta consideracion á la antigua religion del imperio, nunca dejó, ni aun enmedio del estrépito de las armas, de manifestar su predileccion y respeto al culto del Dios á quien debia sus triunfos. Habia en su campamento un oratorio con sacerdotes y diáconos, á los cuales llamaba *guardias de su alma*. Cada legion tenia su capilla y sus

ministros; y antes de dar la señal del combate, el emperador, á vista de su ejército, se postraba al pie de la cruz, invocaba al Dios de los ejércitos, y le rogaba que le concediese la victoria. Licinio, su colega y rival, se burlaba de su devocion, cuando él mismo, rodeado de pontífices, adivinos y arúspices, procuraba leer su destino en los presagios y en las entrañas de las víctimas.

Segunda guerra contra Licinio. Batallas del Hebro y de Crisópolis. (323.) Habiendo quedado el imperio, despues de la muerte de Maxencio y Maximino, dividido entre Constantino y Licinio, cada uno de estos trató de arruinar á su rival y quedar único dueño. Parecia entonces el mundo romano separado en dos pueblos, el cristiano y el gentil. Licinio, que mientras vivió Maximino, habia sido tolerante por política, cuando quedó dueño del oriente mudó de sistema, se puso al frente del politeismo, y se declaró enemigo de los cristianos, creyendo abatir fácilmente una religion recien-escapada del piélago de las persecuciones. Ambos gefes eran valientes y hábiles: Licinio combatia al frente de la antigua Roma con sus creencias favorables á la ambicion y á la victoria: Constantino guiaba hombres entusiastas, tanto mas ardientes cuanto mas habian

sido comprimidos; y legiones animadas por sus recientes triunfos. De entrambas partes se deseaba la guerra, y se buscaron pretestos para infringir la paz. Licinio se quejaba de que su rival habia entrado con un ejército en su territorio: Constantino acusó á Licinio de haber fomentado una sedicion en Roma, y pagado asesinos para quitarle la vida.

Los dos ejércitos, que iban á decidir la suerte del imperio, se encontraron en las orillas del Hebro, rio de la Tracia. A Licinio prometian la victoria sus adivinos y sacerdotes; pero el oráculo de Mileto, menos complaciente, le respondió: «Oh viejo, tus fuerzas estan agotadas: los años te oprimen: no pelees contra jóvenes belicosos.» Este monarca, despues de haber sacrificado víctimas á los dioses, mostró sus estátuas rodeadas de innumerables luces á sus soldados, y les dijo: «Compañeros, estas son las deidades de nuestros mayores, los objetos de nuestro antiguo culto: nuestro enemigo lo es tambien de nuestros padres, leyes, costumbres y dioses: adora una divinidad desconocida, ideal, ó por mejor decir, no adora nada. Deshonra sus armas, poniendo en lugar de las águilas de Roma una señal consagrada al suplicio de los malhechores. Esta batalla decidirá nuestra suerte y religion:

si esa deidad oscura é ignorada vence á tantos dioses ilustres y poderosos, tan temibles por su número como por su magestad, habremos de elevarle templos sobre las ruinas de los antiguos. Pero si, como esperamos con seguridad, nuestros dioses manifiestan su poder, concediendo el triunfo á nuestras armas, perseguiremos de muerte esa secta infame, cuya impiedad sacrílega desprecia las leyes y ofende al cielo.» En esta jornada la habilidad de Constantino triunfó de la consumada esperiencia de Licinio. Ocultando su marcha al enemigo, pasó el rio por un vado mal defendido, y la victoria fue el premio de este osado movimiento. Abriendo paso á sus tropas al frente de 12 ginetes, derribó y aniquiló un cuerpo de 150 guerreros que se oponian á su marcha. Zozimo confirma este hecho que parece mas propio de la novela que de la historia; y aquel escritor fue uno de los mayores enemigos y mas encarnizados detractores del emperador. Licinio huyó á Bizancio, y salió de esta plaza apenas supo que su numerosa escuadra habia sido vencida por Crispo, hijo de Constantino. Pasó el estrecho, reunió las reliquias de su ejército, y dió otra batalla junto á Crisópolis. Puso en primer fila las estátuas de sus dioses; pero aterrado él mismo á la vista del *Lábaro*,

mandó á los suyos que apartasen los ojos de aquella temible insignia. La victoria de Constantino fue completa. Licinio se le rindió ignominiosamente, y debió por entonces la vida á los ruegos de su muger Constancia, hermana del emperador; pero algun tiempo despues fue muerto con el pretesto de que conspiraba para recobrar su autoridad perdida: fratricidio que manchó la gloria de Constantino. Como en el curso de esta guerra se habian adherido los gentiles á la causa de Licinio, la derrota de este produjo la abolicion del culto de los dioses; porque Constantino, irritado y mas poderoso que antes, no guardó mas medida con los idólatras que la de respetar sus personas; pero mandó arruinar los altares y cerrar los templos, principalmente los dedicados á Baco y á la impureza, en todas las ciudades donde estaba seguro de que sus órdenes serian obedecidas. Este ataque contra la antigua religion le hizo perder el afecto de los romanos. La capital del mundo, consagrada á Marte y á Júpiter, tenia 700 templos erigidos á los dioses del Olimpo por la superstición, á los fundadores de la ciudad por reconocimiento, á los emperadores por costumbre. La ruina definitiva de tantos asilos del gentilismo debia ser obra de la conviccion y no de la fuerza. Pero en lo

restante del imperio se ejecutaron con prontitud y facilidad las órdenes de Constantino. Este príncipe escribia así á los pueblos de oriente: «Mi victoria sobre los enemigos de Jesucristo y la caida de los perseguidores de los cristianos prueban el poder de Dios, que me ha elegido para establecer su culto en el imperio. El es quien me ha traido desde las playas de Britannia hasta el centro del Asia: su mano poderosa la que ha derribado los ostáculos que se oponian á mi marcha. Tantos beneficios ecsigen mi gratitud, y debo ser el protector de los que creen en el Dios que me favorece. Mando, pues, que vuelvan todos los desterrados, que se restituyan sus bienes á los particulares y á las iglesias; y quiero que todos los cristianos, seguros de mi proteccion, se regocijen con mi triunfo, y se gocen anticipadamente en la felicidad que les preparo.» Sería cosa maravillosa que la ruina de la antigua religion se hubiese logrado sin sediciones ni turbulencias, á no constar el descrédito en que estaba entre las gentes instruidas, la conviccion de los ánimos acerca de la santidad del cristianismo, y la prudencia con que el emperador enfrenaba á algunos que querian ejercer venganzas contra sus antiguos perseguidores.

En efecto, sus cortesanos y los minis-

tros del sacerdocio que concurrian á su palacio, inflamados por el celo de convertir, deseaban emplear la autoridad para completar mas pronto el triunfo de la religion, olvidándose de la fuerza celestial que la habia establecido y propagado en medio de las mas atroces persecuciones; y aun el mismo Constantino cedió en fin al torrente del celo que los palaciegos no afectaban sino para ejercitar desenfrenadamente concusiones odiosas, y satisfacer su codicia á costa de los pueblos. Las quejas de estos llegaron á Constantino, el cual se indignó y avergonzó de tales escesos. Un dia trazó con su lanza en la tierra la figura de un cuerpo humano, y dijo á uno de sus validos: «Amontonad á vuestro sabor las riquezas del imperio: poseed tambien las de todo el mundo: llegará un dia en que solo os quedará ese pequeño espacio de tierra que acabo de medir, si os lo conceden.» Estas palabras memorables fueron proféticas; porque aquel mismo cortesano, que continuó abusando de su poder, fue muerto á manos del pueblo y privado de sepultura en el reinado de Constancio. Si el imperio no era feliz, por lo menos gozaba de tranquilidad, libertado de tantos tiranos por un emperador activo: los bárbaros, vencidos tantas veces, no pasaban de sus límites tan frecuentemente; y

los persas, eternos enemigos de Roma, no se atrevian á quebrantar el tratado ignominioso que les habian impuesto Galerio y Diocleciano. Constantino, despues de la derrota de Licinio, hizo larga mansion en Nicomedia con el objeto de pacificar el oriente. Allí se le dió el título de *Victorioso*, que no pudo transmitir á sus hijos con el poder. Pensaba en viajar á Egipto, cuando le retrajo de esta determinacion la noticia de la heregía de Arrio, que amenazaba llenar de sediciones aquel pais. Conviene antes de tejer la historia de las turbulencias que produjo el arrianismo, describir en compendio el estado de la Iglesia en aquella época, y cuales fueron en los tres siglos anteriores el espíritu del cristianismo, sus progresos y los ostáculos que se opusieron en vano á su propagacion; y como la Judea fue su cuna, y su divino Autor no hizo mas que completar y perfeccionar la ley de Moisés, es forzoso ecsaminar las diversas opiniones que se habian establecido entre los judios antes de la predicacion del Evangelio.

A escepcion de la secta de los recabitas, poco numerosa y conocida, parece que los judios alteraron muy poco la doctrina de Moisés hasta tres siglos antes del nacimiento del Redentor, cuando ya habian vuelto á Judea del cautiverio de Ba-

bilonia. Entonces se introdujo en su creencia el fermento de la filosofia. En los reinados de los primeros Ptolemeos muchos judíos que habitaban en Alejandria, cedieron al deseo de conocer el sistema filosófico que se esforzaba en conciliar las opiniones de Platon, Pitágoras, Hermes y Zoroastres. Movidos de la conformidad que notaban entre las ideas de Platon y las de Moisés, acerca de la grandeza y poder de Dios, se persuadieron á que tanto aquel filósofo como Pitágoras habian conocido los libros del legislador hebreo, y sacado de ellos todo lo que habia de sublime en sus escritos. Adoptaron, pues, el sistema de conciliacion, que se llamaba *sincretismo*. Otros judíos que escapados de la ruina de su patria, se habian refugiado en Egipto, buscaron un asilo en los desiertos contra el odio que los perseguia en las ciudades. Privados de los libros y lejanos de su templo, se dedicaron á la vida ascética: algunos pitagóricos, perseguidos tambien, se reunieron á ellos y formaron las sectas de esenios y terapeutas. Cuando Ptolemeo Filadelfo, amante de la felicidad de los hombres de cualquier religion ó pais que fuesen, permitió á los judíos desterrados volver á su patria, propagaron estos en Palestina sus nuevas opiniones. Los esenios, acostumbrados á la comtemplacion y profeso-

res de una moral austera, no pudieron tolerar los vicios de Jerusalen, y vivieron retirados en los campos muy unidos entre sí y socorriéndose mútuamente. Vestian de blanco: tenian los bienes comunes: sus neófitos pasaban tres años de noviciado, en los cuales se probaba segun la disciplina de Pitágoras, su discrecion, su celo y sus virtudes. Juraban no hacer daño al prójimo, observar la regla, huir de los malos, obedecer las leyes, ser fiel al gobierno, no alterar la doctrina, y morir antes que descubrir á los profanos el secreto de su religion. Esta secta, fanática á proporcion de su austeridad, fue la que opuso mayor resistencia á los romanos en la guerra de Tito. Creian el fatalismo, la inmortalidad del alma y los premios y castigos eternos.

Los terapeutas, mas ecsaltados aun, se consagraban enteramente á la contemplacion, abandonando sus familias, renunciando á todos los bienes y lazos de la tierra, separándose de todo lo material y sensible para acercarse mas á la divinidad. Estas nuevas doctrinas no se propagaron á la masa de los judios, los cuales con el nombre de *saduceos* no comprendian sino lo sensible, y no creian la inmortalidad del alma. Los que sin admitir la moral pura de los esenios, adoptaron su sistema filosófico de inmaterialidad, se llamaron *fari-*

seos. A falta de virtudes aumentaron las prácticas religiosas, y ocultaron bajo el velo de la piedad su amor insaciable de poder y riquezas. Dominaban sobre la muchedumbre por su hipocresía, adquirieron grande autoridad y á veces trastornaron la de los reyes. Tiranos cuando ejercian el poder, facciosos cuando el gobierno triunfaba, fueron una de las causas principales de las discordias que agitaron la Palestina. Los caraitas, mas racionales y por consiguiente menos numerosos, seguian una doctrina media entre estos partidos estremos. A pesar de la enemistad que reinaba entre los esenios, saduceos y fariseos, todos vivian en la misma comunion y seguian la ley de Moisés.

Enmedio de estas sectas y opiniones apareció la luz evangélica, y los primeros cristianos fueron judíos convertidos. Pero la doctrina de Jesucristo irritaba á los fariseos, porque acusaba su ambicion é hipocresía, y colocaba las virtudes sobre las prácticas y ceremonias. Aunque menos contrarias al sistema de los esenios, condenaba no obstante su orgullo, y destruía sus pretensiones á la supremacía entre las sectas religiosas y las escuelas filosóficas. Los saduceos y la masa del pueblo hebreo, ateniéndose á la letra mas bien que al espíritu de la ley y de las profecías, espe-

raban un salvador de la familia de David, fuerte en las armas, glorioso por su magestad y sus triunfos, y que estendiese la dominacion terrena de los judíos. Como no creían en la inmortalidad del alma, miraban como absurdo un reino espiritual, una felicidad que no empieza sino en la otra vida, y no reconocieron por Mesías á un hombre oscuro, á un profeta pobre, sin mas armas que la palabra, sin mas poder que la virtud, que no mandaba sino privaciones, que no prometia sino bienes celestiales. Por otra parte, aunque Jesucristo y los Apóstoles eran esactos en cumplir todos los ritos de la ley, siempre los miraron como innovadores que introducian una nueva religion en lugar de la de Moisés. En fin, los hebreos que se creían el pueblo predilecto del Señor, no podian tolerar que se llamase á los gentiles á la participacion de la nueva creencia y de los favores de la divinidad. Estas fueron las causas que apartaron á los judíos del Evangelio, y les inspiraron su odio pertinaz al cristianismo. Á pesar de tantas dificultades, la doctrina evangélica se estendió, primero á Damasco y Antioquía, y despues á Efeso y Esmirna: pasó los mares, y por una parte ocupó las ciudades opulentas de la Grecia, y por otra á Alejandría, donde la actividad del comercio reunia hombres

de todas naciones y sectas, y donde el interes público recomendaba la tolerancia. Roma, destinada por la Providencia á ser la capital del mundo cristiano, despues de haberlo sido del idólatra, no tardó en recibir á los predicadores del Evangelio. Un pasage de Tácito prueba que en tiempo de Neron, 70 años despues del nacimiento de Jesucristo, habia en la capital muchos cristianos; pero entonces se les confundia con los judíos. La moral severa del Evangelio fue recibida en los principios mas bien por los desgraciados que necesitaban de consuelos celestiales contra la opresion y la desgracia, que por los ricos y sábios del mundo, alucinados por los goces del poder y del deleite, ó por el orgullo de la ciencia. Creció en el silencio el cristianismo que habia de producir en la tierra la mayor revolucion, despreciado de los grandes y opulentos, y aun de los filósofos; porque estos solo buscaban en sus indagaciones morales los medios de conservar la tranquilidad del alma, elemento necesario de la felicidad terrena: mas no aspiraban al conocimiento de la suerte futura del hombre, y abandonaban á la credulidad popular el Tártaro y el Elisco. Los adoradores de las falsas divinidades, acostumbrados á una religion que obraba sobre los sentidos y la fantasía, miraban co-

mo insensatos á los proclamadores de una doctrina espiritual, que sacrificaba todos los placeres y pasiones á la idea invisible de la felicidad eterna: que predicaba la humildad á los grandes, y la igualdad á los príncipes: que despreciaba el lujo, honraba la pobreza, y sustituía á las deidades brillantes del Olimpo un Dios desconocido, nacido en la clase de los artesanos, alejado de toda grandeza humana, y condenado por sus conciudadanos al último suplicio.

Si es fácil de concebir el desden con que los romanos miraban el Evangelio, no lo es tanto esplicar su odio á esta religion moral y divina, al mismo tiempo que profesaban la tolerancia mas ilimitada á los cultos de todos los pueblos, y á las supersticiones mas desatinadas. Varias causas históricas pueden asignarse á este odio que hizo derramar tanta sangre. Los judíos, que se miraban como el pueblo querido del Señor, despreciaban á las demas naciones, desdeñaban enlazarse con ellas, sufrian con indignacion el yugo de los romanos, rehusaban tributar á las imágenes de los emperadores los homenages ecsigidos por las leyes y la religion del imperio. Siempre dispuestos á la sedicion, cuando la tierra entera obedecia á los señores del mundo, les parecia preferible

su total ruina á la esclavitud. Por otra parte la voz de sus profetas, que interpretaban segun sus deseos, les hacia esperar el apoyo del cielo y la victoria mas esclarecida. En el reinado de Neron se sublevaron, espelieron á los romanos de Judea, asesinaron las guarniciones, y obligaron á huir aquellas legiones invencibles, contra las cuales ningun pueblo del oriente habia prevalecido sino los partos. Los judíos, implacables enemigos de los romanos por fanatismo, no podian ya ser sometidos sin ser aniquilados. Esta guerra de esterminio, y los escesos que cometieron las diferentes sectas judías, y que hicieron tan calamitosos los últimos momentos de Jerusalen, aumentaron hasta lo sumo la esasperacion de los romanos contra este pueblo, sus leyes y su culto. Los cristianos, á quienes invocaban y confundian con ellos, fueron envueltos en el mismo aborrecimiento, y desde entonces no pudo haber union ni paz entre los adoradores de Dios y los sectarios del politeismo. En vano los cristianos oponian á esta aversion injusta la pureza de su moral, los motivos de credibilidad del Evangelio, su sumision á las autoridades, su principio de caridad universal, contrario á la intolerancia esclusiva de los judíos: como no querian participar de las ceremonias de los gentiles,

unidas íntimamente á los principios de su gobierno, se les trataba como facciosos, y los perseguian, no por sectarios de un nuevo culto, sino por rebeldes á las leyes. Sus adversarios no querian dejar tranquilos á los enemigos de sus sacerdotes, de sus templos, de su lujo, de sus fiestas y de sus juegos. No podia haber transacion entre creencias, costumbres, afectos y máccsimas tan opuestas. El poder desplegó sus fuerzas, las proscripciones comenzaron, la tierra se cubrió de mártires. Pero la violencia, que destruye los cuerpos, no tuvo influencia sobre los ánimos, y la sangre de las víctimas fortificó las raices de la fe. El valor de los cristianos atormentados y moribundos escitó primero la piedad, despues la admiracion; porque cuando todo el imperio se humillaba al yugo de los emperadores, los cristianos eran los únicos que conservaban el antiguo valor de Roma, sacrificando con fuerza divina su vida á su conciencia. Todos quisieron estudiar una religion que inspiraba tanta fortaleza, y la victoria del cristianismo, espuesta á un ecsámen imparcial, no era dudosa. Algunos emperadores, bastante prudentes para conocer que se da importancia á todo lo que se persigue, y bastante virtuosos para hacer justicia á los principios morales de los cristianos, oyeron favorablemente las a-

pologías de Justino, Cuadrato y Arístides, filósofos convertidos al Evangelio. La persecucion se templó, y la religion se propagó con tanta rapidez, que ya en tiempo de Tertuliano se hallaban muchos templos del gentilismo sin adoradores, y habia cristianos en el senado, en las casas de los grandes, y en los palacios de los príncipes. A pesar de los esfuerzos crueles é infructuosos de Cómmodo, Severo, Aureliano y Decio, el politeismo decaía: la persecucion de Diocleciano, sugerida por Galerio, fue el último ataque del error, que preveía la ruina de su poder. Constantino, en fin, marchó bajo la bandera de la cruz contra los dioses del capitolio, y aseguró el triunfo del cristianismo.

En el primer siglo de la Iglesia la religion cristiana, desdeñada y confundida por los romanos con la de los judíos, vivió sencilla é ignorada. Ningun acto público manifestaba su existencia, ningun filósofo la estudiaba, ningun historiador seguia sus progresos. Las iglesias, trabajando por la propagacion de la fe, ocultaban á los magistrados y al público sus reuniones, libros y correspondencias. La tradicion, y un corto número de documentos que se escaparon de las proscripciones, conservaron la historia de los sucesores de los Apóstoles: de ella consta, que

el año 67 de Jesucristo, cuando Neron viajaba por Grecia, el gobernador de Roma condenó á muerte á san Pedro y san Pablo: éste fue degollado por su calidad de ciudadano romano: san Pedro, como judío, fue crucificado. Eusebio, que escribió 250 años despues, dice que aun se veian en Roma sus retratos. Los tres primeros obispos de Roma, despues de san Pedro, fueron san Lino, san Cleto ó Anacleto y san Clemente, aunque no hay certeza acerca del órden y duracion de sus pontificados. Eusebio cree que Anacleto murió el año de 95, último del reinado de Domiciano, y en el cual sufrió el martirio, sin perder la vida, el apóstol san Juan, habiendo dejado á san Policarpo, su discípulo, por obispo de Esmirna. Entonces brilló por la primera vez en las filas de los cristianos un hombre ilustre por su nacimiento y dignidades: este fue el cónsul Clemente, deudo de Domiciano, que padeció muerte por la fe.

Despues de los tres pontífices ya nombrados ascendió á la silla de Roma san Evaristo, en tiempo de la persecucion de Trajano. Entonces fue crucificado san Simeon, obispo de Jerusalen, pariente de Jesus, y el único que restaba de sus discípulos: san Ignacio sufrió tambien el martirio. A esta época se refiere el enmudeci-

miento definitivo de los oráculos. A Evaristo sucedieron san Alejandro, san Sixto, san Telesforo, que murió mártir, san Higino, san Pio, que falleció en 157; y san Aniceto, que fue obispo de Roma once años, vió la iglesia atacada por muchas heregías, y padeció martirio bajo Marco Aurelio en 169. En el pontificado de san Sotero, su sucesor, nació la heregía de Montano. San Eleuterio fue papa diez y ocho años, y en su tiempo vió la Galia sus primeros mártires, y recibió la Britannia los obreros del Evangelio. Le sucedió san Victor, en cuyo tiempo hubo diferencias entre las iglesias de oriente y de occidente acerca del dia en que debe celebrarse la Pascua. San Zeferino fue papa en tiempo de la persecucion de Severo, en la cual sufrió el martirio en Lugduno san Ireneo. Se conserva una carta de este obispo, en que dice que fue discípulo de san Policarpo, é inserta la lista de los obispos de Roma desde Pedro á Zeferino. Entonces vivia Tertuliano, célebre por sus escritos y por su elocuente apología del cristianismo, aunque al fin adoptó los errores de Montano. A Zeferino sucedió san Calisto, que murió mártir: en su pontificado se construyeron los primeros templos cristianos en Roma. El emperador Alejandro Severo les cedió una casa para la celebra-

cion de los santos misterios. San Urbano y san Ponciano siguieron á Calisto. Ponciano fue desterrado por Maximino, y su sucesor san Antero, martirizado. A este sucedió san Fabiano, que ocupó la silla catorce años : envió á san Dionisio á Parisios, y á san Saturnino á Tolosa, y sufrió el martirio en la persecucion de Decio, tan violenta, que no se pudo nombrar papa en diez y seis meses. San Cornelio fue elegido en 251, impugnó la heregía de los novacianos, y se unió con san Cipriano, acérrimo defensor de la fe, célebre por sus talentos y virtudes. Cornelio y sus sucesores Estevan y Sixto II obtuvieron la palma del martirio en Roma, asi como san Cipriano la logró en Africa. San Dionisio, célebre por su erudicion, fue pontífice diez años: san Felix, cinco. En tiempo de su sucesor Eutiquiano se estendió la heregía de los maniqueos, y se verificó la cruel persecucion de Aureliano. San Cayo fue papa doce años : en su pontificado sufrió el martirio san Dionisio, primer obispo de Parisios en 287. San Marcelino fue elegido obispo de Roma en 296, reinando Diocleciano. *La era de los mártires*, llamada asi por la violencia de la persecucion, empezó en 304. La silla estuvo vacante cuatro años. En 308 fue elegido san Marcèlo : á este sucedieron san Euse-

bio, y despues san Melquiades. En su pontificado arboló Constantino el estandarte de la cruz, triunfó de Maxencio, y se apoderó de Roma. San Silvestre, sucesor de Melquiades, gobernó la Iglesia veinte y un años, y vió nacer la heregía de Arrio.

A fines del primer siglo de la Iglesia y principios del segundo empezó á ser conocida de los filósofos la doctrina de los cristianos. Unos la abrazaron y defendieron: otros la impugnaron: entre estos el mas violento fue Celso, contra el cual escribió su apología Cuadrato, sucesor de san Dionisio Areopagita en el obispado de Atenas. Esta apología fue presentada al emperador Adriano en 124. En esta época apareció en el oriente la secta de los gnósticos ó iluminados, que mezclando los principios del Evangelio con los de Zoroastres y Pitágoras y con las sublimes novelas de Platon, enseñaban un Dios ó perfeccion infinita, llamada tambien *Paracleto*, de la cual salian continuamente emanaciones ó *eones* mas ó menos perfectas, que eran los buenos ó malos genios, los espíritus celestes, los profetas, los astros, en fin, todo lo que participaba á mas ó menos distancia de la inteligencia divina. Su moral consistia en separarse de la materia y de los sentidos, para

ascender en esta escala intelectual y acercarse lo mas que fuese posible á la mente suprema. Muchos filósofos gentiles que veian desacreditados los dioses del Olimpo por la ridiculez que habia derramado sobre ellos Luciano, los convirtieron en *eones*, allegándose á la escuela de Alejandría. Siguieron su ejemplo algunos cristianos estraviados, entre ellos los montanistas. Otros admitieron dos principios, uno del bien, otro del mal, que se hacian perpétua guerra: esta fue la heregía de los maniqueos. Los valentinianos confundieron el Verbo divino con el de Platon. Acusábase á los gnósticos de que en sus reuniones religiosas se entregaban á la mas absurda supersticion y á la mas escandalosa deshonestidad; y como entonces se confundia á los cristianos con todas las sectas nuevas, se les acusó de lo mismo, y fueron tratados con el desprecio que merecian las asambleas licenciosas de aquellos hereges. San Justino impugnó esta calumnia por la sencillez, honestidad y virtud de los que profesaban la fe de Jesucristo. La Iglesia podia entonces defenderse victoriosamente con los ejemplos. Los primeros cristianos, derivados inmediatamente de la fuente divina de su religion, pobres, humildes, celosos, caritativos y denodados, sin mas pasiones que

el amor de Dios y del prójimo, debian parecer, aun á sus mismos enemigos, modelos de la filosofia mas perfecta, así como para sus hermanos lo eran de santidad. Por eso, á pesar de la supersticion general y del temor de los suplicios, y de la austeridad del Evangelio, admiraban los hombres, amaban y seguian á los que enmedio de la corrupcion general conservaban costumbres tan puras, y oponian tantas virtudes á los vicios, tanta mansedumbre al odio y un valor tan firme á la tiranía. Las armas de la elocuencia mas brillante se reunieron á las mas altas virtudes para la defensa del cristianismo. Tertuliano y Orígenes probaron en numerosos escritos la pureza de los principios y la verdad de los hechos en que se funda la religion evangélica. Orígenes llevó el celo hasta el fanatismo, y se mutiló para destruir sus pasiones: estravío que fue condenado por la Iglesia. Tanto él como Tertuliano, entusiastas de Platon, habian adoptado muchas opiniones de este filósofo. Orígenes empleó su vastísima erudicion en conciliar las diversas ediciones de la Escritura; pero su obra mas notable es la refutacion del libro de Celso. Tuvo por discípulo á san Gregorio Taumaturgo, célebre por la estension de sus conocimientos.

Hemos admirado los principios puros y celestiales de una religion predicada por sacerdotes pobres y perseguidos; pero tendremos que lamentar los errores y las pasiones que turbaron la paz de la Iglesia cuando fue opulenta y triunfante. Las debilidades y miserias humanas produjeron su efecto ordinario en la sociedad evangélica, tanto mas pernicioso cuanto es mas funesta la corrupcion de lo mejor. Los primeros cristianos solo aspiraban á los bienes celestiales: sometidos á reglas sencillas y fáciles de ejecutar, eran gobernados por sacerdotes y diáconos bajo la presidencia de los sucesores de los apóstoles, que tomaron el nombre de *obispos*. Ellos administraban los sacramentos, mantenian la disciplina, consagraban los ministros, manejaban el caudal comun y juzgaban como árbitros las desavenencias entre los fieles. Dejáronse de observar las ceremonias de Moisés, porque la mayor parte de los cristianos eran gentiles convertidos; y cuando se dispersó el pueblo judío en tiempo de Adriano, fueron mirados como hereges los *nazareos*, los cuales persistian en seguir la ley escrita, aunque habian recibido la evangélica. Los obispos eran elegidos por los fieles. Al fin del segundo siglo empezaron á celebrarse concilios provinciales, que consolidaron la au-

toridad de los obispos. Como era imposible la primera comunidad de bienes habiéndose propagado el cristianismo, se renunció á ella. Estableciose la superioridad de los metropolitanos en cuanto á la jurisdiccion; mas siempre se habia reconocido como el primero de todos y centro de la unidad católica al obispo de Roma, sucesor de san Pedro, al cual se atribuyó despues esclusivamente el nombre de *papa*. El sacrificio absoluto que los fieles hacian de sus caudales en los primeros años del cristianismo, se redujo despues al diezmo y á las ofrendas. Castigabase á los que habian cometido graves crímenes ó adoptado errores contrarios á la doctrina ó á la moral cristiana, con la *escomunion*: esto es, la separacion de las ceremonias, sacramentos y limosnas, y todos los fieles evitaban su presencia. La reconciliacion era mas ó menos dificil, segun la disciplina adoptada en cada iglesia. En la de Galacia obtenia un apóstata su perdon despues de cinco años de penitencia: en la de España no era absuelto sino en el artículo de la muerte. Ni en los anales del mundo, ni en las escuelas filosóficas de la antigüedad se conoce una doctrina màs pura ni mas esactamente practicada que la de los cristianos. Su virtud era suave y activa: asistian á los enfermos, socorrian á los indi-

gentes, consolaban á los desgraciados, amaban á todos los hombres, aun á sus perseguidores, y se trataban unos á otros como iguales y hermanos. Hasta ellos fue desconocido en la tierra el principio de benevolencia general, al cual daban los cristianos la denominacion de caridad. Los antiguos filósofos, que dieron doctrinas tan escelentes de justicia, templanza y fortaleza, hablaron siempre al entendimiento: los apóstoles ganaron el corazon. Los discípulos de Sócrates cumplian sus obligaciones: los cristianos las amaban. La caridad sometió el universo al yugo del Evangelio; y el orgullo, la ambicion de gloria, la embriaguez de los triunfos, las riquezas, el poder y los deleites del paganismo, desaparecieron á la voz del Dios, que dijo á los hombres: *Amaos y perdonaos*.

Cuando la Iglesia fue triunfante y opulenta, la felicidad despertó las pasiones humanas. Eusebio atribuye á esta causa los desórdenes que empezaron á sentirse. Uno de los mayores fue el arrianismo. Veinte años antes de la paz que Constantino dió á la Iglesia, un obispo de la provincia de Tébas en Egipto, llamado Melecio, convencido de haber hecho sacrificios á los ídolos, habia sido depuesto por Pedro, obispo de Alejandría. En esta ciu-

dad y en muchos paises del oriente habia sucedido al *sincretismo* el sistema de eleccion ó *eclecticismo*, y estendiéndolo á las creencias religiosas, hacian los filósofos una mezcla estravagante de la doctrina pura y sencilla del Evangelio con las opiniones de Platon y Pitágoras. Arrio, hombre elocuente y ambicioso, gefe de los partidarios de Melecio é imbuido en los errores de los gnósticos y de Montano, negó la divinidad del Verbo. Separósele de la comunion de los fieles: manifestó arrepentirse, y Aquilas, obispo de Alejandría, lo reconcilió con la Iglesia; pero pronto volvió á la heregía. Habia nacido en los desiertos de la Libia: su imaginacion tenia todo el calor de aquel clima abrasado: no carecia de talento é instruccion: unia á la sutileza griega el ardor africano, era ambicioso, afectaba devocion y piedad: adquirió, pues, muchos prosélitos, y fue el enemigo mas temible de la Iglesia. Esparcióse rápidamente su perniciosa doctrina, que destruía uno de los dogmas capitales del cristianismo en Egipto, Palestina y Siria: introdújose la discordia en las ciudades y en las familias, y tal vez se vino á las manos. Un concilio de 100 obispos, convocado en Alejandría, escomulgó á Arrio, y á Teónas y Segundo, secuaces suyos; pero el célebre Eusebio,

obispo de Nicomedia, quiso ecsigir de Alejandro, que lo era de Alejandría, que admitiese á Arrio á su comunion; y Constancia, hermana del emperador, favoreció esta solicitud. Arrio, desterrado de Alejandría, halló proteccion en otro Eusebio, obispo de Cesaréa, célebre por su instruccion, y que tenia mucho valimiento en la corte. Un conciliábulo celebrado por los dos Eusebios en Nicomedia adoptó las opiniones de Arrio, y escribió en su favor á todas las iglesias del imperio.

Concilio general de Nicéa. (325.) Constantino, y Osio, obispo de Córdoba, hicieron vanos esfuerzos para restablecer la paz. «Permitidme, escribia el emperador á los contendientes, que goce noches sin turbacion, dias serenos y soles sin nublados. ¿Dónde hallaré descanso si los siervos de Dios se hacen la guerra? Yo deseaba ir al oriente, y vuestras disputas me lo impiden: reconciliaos para abrirme el camino de ese pais.» Juntóse otro sínodo en Alejandría, donde los partidos, en vez de amistarse, se irritaron de nuevo. Como los arrianos creyeron que el emperador se inclinaba á la verdadera creencia, llegó su furor á tal punto, que en muchas ciudades mutilaron y destrozaron las estátuas del príncipe. Algunos cortesanos de-

nunciaron con calor este atentado para escitar la ira de Constantino: pasándose la mano por la cara, dijo sonriéndose: «No me siento herido.» Este dicho, repetido en todo el imperio, impuso respeto á los facciosos é hizo callar á los delatores.

Al fin, conociendo el emperador que la querella prolongada comprometia el sosiego público, convocó un sínodo general en Nicéa, ciudad de Bitinia. En esta época publicó muchas leyes prudentísimas para aumentar la autoridad paternal, arreglar la emancipacion de los menores, y reprimir los escesos de la usura, tan grandes, que en dinero era el interes un 12 por 100, y en géneros un 50. El concilio de Nicéa abrió sus sesiones en 325: esta fue la primer ocasion en que se vió reunida toda la Iglesia. Viéronse allí un gran número de prelados respetables por sus virtudes, por su saber y por el valor con que habian sufrido los tormentos en la última persecucion. El emperador besó devotamente las señales de la espada de los verdugos que se advertian en Pafnucio, obispo de una diócesis de la Tebaida. Solo habia en el concilio 17 obispos arrianos. El mas terrible adversario de esta heregía fue Atanasio, sacerdote jóven y discípulo del obispo de Alejandría. Destinado por Dios á ser el defensor de la fe

en esta gran querella, habló desde el primer discurso con una elocuencia tan brillante y vigorosa, que llenó de admiracion á los arrianos, á la corte y al concilio. Habian entregado al príncipe varios memoriales, en que se acusaban recíprocamente muchos de los padres del sínodo. Constantino los llamó á su presencia, y les dijo: «Dejo la decision de estas quejas para el dia último del mundo, en que Dios, vuestro único juez, pronunciará su sentencia. Vuestra obligacion es vivir sin merecer censura y sin acusar á vuestro prójimo. Imitemos la bondad divina. Olvidemos y perdonemos.» Arrojó al fuego los libelos, y dijo: «No hagamos públicas las debilidades de los ministros de la religion: no escandalicemos al pueblo, no autoricemos sus desórdenes.» El concilio se abrió el mismo dia en que se celebraba la fiesta de san Juan evangelista. Arrio sostuvo sus opiniones con astucia: Atanasio las impugnó con vehemencia. La última sesion se celebró en el palacio del emperador. Osio y otros dos legados presidieron el concilio en nombre del papa san Silvestre. Constantino se presentó sin guardia, é hizo el siguiente discurso: «En fin, se han cumplido mis votos, padres de la Iglesia: despues de tantos favores como he recibido del cielo, el que mas he deseado es ve-

ros reunidos conmigo en un mismo espíritu. He destruido la tiranía que os persiguió con guerra abierta. Triunfemos hoy del genio del mal que trabaja en destruirnos con artificios y ataques domésticos. Vencedor de mis enemigos, esperaba no dirigir al Autor de mis victorias, sino los votos de la gratitud. La noticia de las discordias religiosas me causó el dolor mas profundo, y os he reunido á todos para acabar con esta division, que es el mas funesto de los azotes. Ministros de un Dios de paz, renazca entre vosotros el espíritu de caridad que debeis inspirar al mundo: sofocad todas las semillas del odio: consolidad vuestra union. Esta será ofrenda muy agradable á Dios, y el homenage mas acepto que podeis hacer á vuestro príncipe.» Arrio presentó al concilio una profesion de fe artificiosa, que eludia la dificultad sin resolverla; pero los católicos inutilizaron su ardid, declarando que Jesucristo es *consustancial* al Padre. Todos los obispos firmaron la declaracion, escepto la mayor parte de los arrianos. Dióse otra decision para que la fiesta de Pascua se celebrase en todas partes segun el uso de la Iglesia de occidente. A Melecio se le trató con indulgencia permitiéndole ejercer las funciones episcopales. Se escomulgó á los novacianos que negaban á la Igle-

sia el poder de absolver los pecados, despues de haber agotado inutilmente con respecto á ellos todos los medios de conciliacion; en fin, se redactó el *símbolo* ó profesion de fe, que sirve de regla á la Iglesia católica.

Cerrado el concilio, se volvieron todos los obispos á sus diócesis. Se habian mantenido en su viage, y durante su mansion en Nicéa, á costa del tesoro imperial. Constantino escribió á todas las iglesias de Egipto eshortándolas á que se adhiriesen á la fe de Nicéa, y trató con rigor á los obispos que se conservaron tenaces en su oposicion. Eusebio de Nicomedia y Teógnis de Nicéa fueron desterrados á las Galias. Habiendo muerto el obispo de Alejandría, fue elegido sucesor Atanasio, que procuró en vano sustraerse por la fuga á la eleccion. Su episcopado duró cuarenta y seis años. Su celo, firmeza y elocuencia le hicieron ilustre. Estuvo desterrado cinco veces, y muchas corrió peligro de morir.

Muerte de Crispo. (326.) Constantino volvió á Roma y abolió por una ley los combates de los gladiadores, tan contrarios al espíritu del cristianismo. Prohibió á los generales y oficiales ecsigir del pueblo víveres y dinero. Reprimia con sábias leyes las pasiones de los otros, y no supo contener las suyas. En este mismo tiem-

po mandó matar á su hijo Crispo, falsamente acusado de un amor incestuoso; y cuando conoció la verdad, hizo morir á su muger Fausta que habia sido la acusadora, y erigió al inocente una estátua de plata con la cabeza de oro, con esta inscripcion en la frente: «Este es mi hijo, injustamente condenado.»

Los romanos, cuyo carácter turbulento habia sobrevivido á la ruina de su libertad, se valieron del pretesto que ofrecian estos dos actos de crueldad para manifestar su odio á un príncipe enemigo de sus dioses y de sus espectáculos. Insultaron á Constantino; y aunque los cortesanos le eshortaron á enviar las tropas contra el pueblo, tomó el partido mas prudente de mostrarse superior é insensible á la ofensa; pero la herida quedó abierta en su corazon. Salió para Iliria y abandonó á Roma por siempre. En el consulado de Constancio y Máximo, Helena, madre del emperador, que estaba en Palestina, pasó á Jerusalen, visitó el monte Calvario, destruyó el templo que los gentiles habian erigido á Venus en aquel sitio, y descubrió el sepulcro y la cruz del Salvador. Constantino mandó á Draciliano, g bernador de Palestina, edificar en aquel lugar una iglesia con la advocacion del *Santo Sepulcro*. El emperador colocó en su

yelmo los clavos que se hallaron en la cruz. Helena murió poco despues: su cadáver fue transferido á Roma y colocado en un sepulcro de pórfido. Constantino mandó erigirle una estátua, y dió su nombre á la ciudad de Drepano, que edificaba á la sazon en Bitinia. Siempre constante en su piedad filial, hizo grabar el nombre de su madre en las monedas. En el consulado de Yanuario y Justo venció á los sármatas, germanos y godos, que habian acometido las fronteras. Despues de esta espedicion, hizo demoler muchos templos del gentilismo. Junto á la encina de Mambré en Palestina, donde Abrahan habia recibido la visita de los ángeles, habia algunos cristianos que mezclados con los sectarios de otras religiones confundian los cultos y sacrificaban á los ídolos. El emperador prohibió aquellas reuniones, y fundó una iglesia en el mismo sitio. La persecucion de Diocleciano y las guerras civiles del imperio aumentaron el número de los varones religiosos que huian á los desiertos de Egipto á hacer vida heremítica. Los monasterios de san Antonio y san Pacomio fueron los mas célebres entre los que se fundaron en las soledades del Africa. Algunos de estos varones virtuosos pasaron á Etiopia, y difundieron en este pais la doctrina del Evangelio.

Fundacion de Constantinopla. (330.)

En esta época puso en ejecucion Constantino su gran proyecto de pasar la capital del imperio á Bizancio. En 328 empezó á edificar la nueva ciudad, á la cual dió su nombre; y los trabajos se hicieron con tanta presteza, que en 330 estaban ya concluidos.

Esta ciudad famosa, antigua colonia de Megara, habia sido fundada por Bizas, 658 años antes de Jesucristo. Primero libre, sometida sucesivamente á los persas, lacedemonios, atenienses, macedonios y sirios, obtuvo de los romanos el derecho de gobernarse por sus leyes propias. Severo la sitió, tomó y arruinó en la guerra contra Pescennio: apenas estaba reedificada, cuando Galieno la desmanteló: los hérulos la saquearon. Licinio estableció en ella el centro de sus fuerzas. San Andres fue el primero que predicó el Evangelio en esta ciudad.

Constantino la creyó un antemural poderoso contra los bárbaros del norte y del oriente: ademas estaba ofendido de los romanos. Determinó, pues, fijar en ella el centro de la vida y actividad del imperio: estendió su recinto y la llenó de soberbios monumentos. Edificó un capitolio y dos curias magníficas para el senado: construyó acueductos y una plaza llamada *Au-*

gustion, rodeada de columnas y arcos dorados con muchas estátuas y un miliario de oro. En el centro de la ciudad se hizo una plaza circular y hermosisima, llamada *el salon de Constantino*, enmedio de la cual se elevaba una columna de pórfido que servia de basa á la estátua del emperador. Esta era la misma de Apolo que se habia encontrado en Ilion, mudada la cabeza. En su basa se encerró una parte de la cruz del Salvador, descubierta por santa Helena. En Roma no habia un edificio tan magnífico como el palacio imperial de Constantinopla, que levantándose sobre la orilla del mar en el sitio donde hoy está el serrallo, parecia dominar al Asia y á la Europa. Enmedio de la sala del trono, donde brillaban el mármol, el oro y la púrpura, se levantaba una cruz grande enriquecida de pedrerías. Servian de ornamento las estátuas de Apolo pítico y de las musas, la trípode de Delfos y otros monumentos del gentilismo. Edificáronse en Bizancio muchas iglesias: la mas grandiosa fue la de santa Sofía, que es ahora la principal mezquita de los otomanos. Para atender á la salubridad de la ciudad no menos que á su magnificencia, se construyeron vastas cloacas, semejantes á las de Roma, que desaguaban en el mar. Constantino, impaciente de dar á su capital el mayor es-

plendor, concedió grandes privilegios á los que viniesen á poblarla; y por un decreto muy arbitrario privó del derecho de testar á todos los propietarios de tierras en Asia que no poseyesen una casa en Constantinopla. Bien pronto la nueva Roma superó en poder á la antigua, y tambien en servidumbre. La ciudad del Tiber habia creado sus príncipes, y era respetada de ellos; pero Constantinopla que debió su esistencia á los emperadores, los veneró como dueños. Derechos, intereses, todo se mudó: los pueblos fueron propiedad de los césares: el lenguage se alteró como el pensamiento, y las palabras no tuvieron ya la misma significacion. La virtud no fue el amor de la patria, de la independencia y de las leyes: el honor no consistió en la fidelidad á las mácsimas morales, sino en el sometimiento á la voluntad del príncipe que era el único representante del estado. Todos los afectos y derechos se concentraron y confundieron en su persona, y segun estos nuevos principios de moral política juzgó la historia durante muchos siglos las acciones de los hombres. El año 330, en el consulado de Galicano y Simmaco, fue consagrada la ciudad de Constantinopla á la Santa Virgen. Los gastos prodigiosos ocasionados por la fundacion y por la traslacion de

la silla del imperio, obligaron al príncipe á oprimir los pueblos con espantosas contribuciones que echó sobre los mercaderes y artesanos, y hasta sobre los mendigos y casas de prostitucion. Solo Constantinopla fue libre de esta carga que arruinaba el imperio, y sus habitantes tuvieron esencion de todos los tributos directos y personales. El nuevo senado, que constaba de vecinos de la capital del oriente, á pesar de los grandes favores que el emperador le dispensaba, no pudo lograr la veneracion y el respeto que se tributaba al que quedó en Roma. El pueblo no dió á los senadores bizantinos mas que el título de *claros*, cuando los romanos se llamaban *clarísimos*. Todos los esfuerzos de la autoridad soberana fueron ineficaces para borrar esta diferencia mantenida por el poder de los recuerdos. El emperador, para asegurar la tranquilidad de sus inmensos estados en el nuevo órden de cosas que creaba, confió el ejercicio de su autoridad á cuatro gefes principales, llamados *prefectos del pretorio*, é hizo entre ellos la misma distincion que Diocleciano entre los cuatro césares; pero el sistema de Constantino era mejor dispuesto y menos peligroso, porque estos empleos eran revocables. Los cuatro distritos se dividieron en diócesis: el oriente tenia cinco, Italia tres,

las Galias tres. Los prefectos del pretorio eran superiores á todos los demas magistrados. En otro tiempo mandaban la guardia pretoriana; pero en el nuevo sistema su autoridad fue puramente civil, y el mando de las tropas se confió á dos generales llamados *maestros de la milicia*. El emperador instituyó una nueva dignidad superior á la de prefecto, que fue la de *patricio*: mas solo le atribuyó grandes honores sin funciones. Encargó á los duques *(duces)* la defensa de las fronteras, asignándoles tierras con el nombre de *beneficios*, que trasmitian á sus herederos. Éstos duques, despues de grandes servicios, obtenian algunas veces el título de *condes (comites)*, que se estimaba entonces como superior, y que era propio de los oficiales de palacio. El fundador del nuevo imperio conocia los hombres y la depravacion de su siglo; y asi halagó la vanidad con títulos pomposos, que se sustituyeron á los de las magistraturas antiguas.

Victoria de Constantino el jóven contra los godos. (332.) El emperador hizo de nuevo la guerra contra los godos. Su hijo Constantino, que mandaba un cuerpo de ejército, derrotó á 100.000 de estos bárbaros, los obligó á pagar un tributo anual y dar por rehen á Ariarico, uno de sus príncipes. Hasta entonces ha-

bia tenido por conveniente el emperador alejar de los negocios públicos á sus hermanos; pero en 333, viendo su poder consolidado, nombró cónsul y censor á Dalmacio, uno de ellos. La peste y el hambre desolaban éntonces el imperio: la solicitud activa y la liberalidad de Constantino aliviaron los padecimientos del pueblo.

En esta época vino á la corte de oriente el filósofo Sopatero, y defendió la causa del antiguo culto contra el cristianismo: el pueblo se alborotó, y Constantino, aunque le habia recibido bien, mandó cortarle la cabeza, por sosegar el tumulto. El emperador no se limitaba á pelear contra los reyes enemigos de Roma, hacia tambien esfuerzos para que se convirtiesen á la fe. Informado de que Sapor, rey de Persia, maltrataba á los cristianos, le escribió en favor de ellos. «Cree, le decia, que el emperador Valeriano mereció su largo infortunio, persiguiendo á los adoradores de Jesucristo; y que yo no debo mis victorias sino á la proteccion del Dios hombre.» Sus razones no produjeron efecto, pero logró lo que deseaba, enviando armas que faltaban á los persas, y que le pedian. No tardaron en emplearlas contra él. Constante, el menor de los hijos del emperador, recibió el título de césar. El

emperador escribió á san Antonio abad una carta manifestándole la admiracion que le inspiraba su virtud. A pesar de los defectos de Constantino no puede negársele el talento principal de los monarcas, que es el de elegir. Donde quiera que brillaba la virtud, el saber y la capacidad, llamaban la atencion del emperador, adquirian sus elogios y eran empleados de una manera útil. Todos los que elevó al consulado, dignidad que no se atrevió á suprimir á pesar de que mudó la constitucion del imperio, eran hombres dignos de tan alto puesto.

Primer establecimiento de los bárbaros en el imperio. (334.) Este año nombró cónsules á Lucio Ranio y Aconcio Optato, que habian merecido la estimacion pública siendo pretores y procónsules. Paulino Anicio, célebre por su elocuencia y rectitud, obtuvo tambien esta dignidad.

Entonces hubo una gran revolucion entre los bárbaros, cuyas armas habian amenazado con mas frecuencia las fronteras del imperio. Los godos, obligados últimamente á hacer la paz con los romanos, buscaron otro cebo á su inquieta ambicion; y bajo el mando de Geberico, su rey, marcharon contra los sármatas, los derrotaron completamente y talaron su

pais. Los vencidos, ya sin esperanzas, armaron á sus esclavos, llamados *limagantes*. Estos, despues de haber rechazado á los godos, se sirvieron de su gran número y del poder que les daba la victoria, para vengar su pasada opresion contra sus señores. Despojaron á los sármatas de sus propiedades, y los obligaron á la fuga. Trescientos mil sármatas vinieron á pedir asilo á Constantino, el cual en vez de dispersarlos por todas las provincias, cometió la grande imprudencia de incorporarlos en sus tropas y darles tierras en Tracia, Macedonia y Pannonia. Abriendo paso de este modo á los enemigos de Roma, preparó la ruina del imperio. Aquellos bárbaros sin patria consiguieron por las súplicas las posesiones que durante muchos siglos no habian podido conquistar por las armas.

En 335 nombró cónsul el emperador á su segundo hermano Julio Constancio. Este jóven habia tenido de su primer matrimonio un hijo llamado Galo; y habiendo despues casado con Basilina, hermana de Juliano, conde de oriente, tuvo de ella al famoso Juliano, conocido con el nombre de Apóstata. El emperador celebró en su nueva capital el trigésimo año de su reinado, que fue el 337; y con este motivo Eusebio de Cesaréa pronunció su pa-

negírico. M. Tomas observa con razon que el nuevo orden de cosas, creado por Constantino, dió nacimiento á un nuevo género de elocuencia. «El derecho de hablar al pueblo, dice, perteneció á los magistrados durante la república, despues á los emperadores, y desde Constantino á los ministros de la religion.» Asi florecieron sucesivamente en Roma la elocuencia republicana, animada por grandes intereses; la monárquica, dirigida á agradar; la filosófica, que introdujo Marco Aurelio, y la cristiana, cuyos principios y objeto eran antes desconocidos. El mundo restaurado, la tierra reconciliada con el cielo, el gran pacificador entre Dios y los hombres, un nuevo órden de justicia, la vida venidera, grandes esperanzas y grandes temores mas allá de los siglos, eran los cuadros principales de esta elocuencia, y su objeto fortalecer la debilidad, abatir el orgullo é igualar las clases por medio de la virtud. Llena de fuerza al mismo tiempo que de dulzura, sellada con el carácter de los libros santos, tomó algo del colorido oriental no conocido hasta entonces de los oradores romanos. Constantino recibió elogios de los panegiristas cristianos y gentiles: solo se han conservado siete de estas oraciones. En una de ellas el autor, que es gentil, coloca á su héroe en el nú-

mero de los dioses: le pinta vencedor de los francos en las orillas del Rhin, y le prodiga muchas alabanzas por haber hecho que sirviese la matanza de los vencidos para la diversion de los romanos. «Has embellecido, le dice, con su sangre la pompa de nuestros espectáculos: nos has dado el placer delicioso de ver una multitud innumerable de cautivos devorados por las bestias feroces; de modo que los bárbaros, al morir, padecian mas por los ultrages de sus vencedores, que por los dientes de los animales ó por la acervidad de la muerte.» Este pasage basta para conocer cuan atroces eran las costumbres de Roma gentil. El panegírico pronunciado por Eusebio, obispo no muy ortodoxo, cortesano hábil é historiador poco veraz en lo tocante á Constantino, es una mezcla, comun entonces, de la filosofía de Pitágoras y de Platon, y de la doctrina de la Escritura. No limitándose á pintar su héroe vencedor de la idolatría, compara su imperio en la tierra con el imperio eterno de Dios sobre el universo: reconoce que tiene una comunicacion inmediata con la divinidad; le exhorta á manifestar á los fieles las muchas apariciones en que Jesucristo se habia mostrado á sus ojos; hace el elogio mas pomposo de sus virtudes, y el mas esagerado de sus hazañas. Revis-

tiéndose despues de la severidad episcopal, le recuerda las mácsimas evangélicas, le instruye, le alaba y le engaña á un mismo tiempo; y mezclando el estilo de la cátedra al de la corte, le prodiga sucesivamente lisonjas y lecciones. No faltó en esta solemnidad quien esagerando hasta el último grado la adulacion, predijese como agitado de un espíritu profético, que el emperador, despues de haber reinado sobre los hombres en la tierra, reinaria en el cielo al lado del hijo de Dios. «Calla, indigno lisonjero, le repuso el príncipe: yo no necesito de elogios, sino de oraciones.»

Constantino, pacífico poseedor del imperio, no habia tenido mas sediciones que reprimir que las de algunos sectarios fanáticos; pero el año 335 un oficial ambicioso, llamado Calocero, se atrevió á levantar el estandarte de la rebelion, y con algunas tropas que habia seducido, se apoderó de la isla de Chipre. El jóven Dalmacio, sobrino del emperador, venció á este rebelde, le hizo prisionero, y abusando cruelmente de la victoria, le mandó quemar vivo. En esta época fue cuando Constantino, abandonando el prudente sistema que habia seguido hasta entonces, cometió el mismo yerro que Diocleciano, y dividiendo el imperio, aceleró su des-

truccion. Habiendo dado en matrimonio su hija Constantina á Annibaliano, su segundo hermano, le hizo césar del Ponto y de Capadocia: Dalmacio gobernó con el mismo título á Tracia, Macedonia y Grecia: Constantino, su hijo mayor, obtuvo las Galias, las Españas y la Britannia: Constante, la Iliria y el África: á Constancio, el segundo, y el mas amado de los tres, dió el Asia, la Siria y el Egipto. Su fama habia llegado á las estremidades del mundo: muchos reyes de la India enviaron á Constantinopla embajadores y regalos. Todo se sometia á su poder, escepto los arrianos. Constancia, su hermana, viuda de Licinio, habia entregado su confianza á un sacerdote de esta secta, muy diestro y seductor, y al morir le recomendó al emperador, sobre el cual adquirió en breve tiempo tal ascendiente, que le persuadió alzar el destierro á Eusebio de Nicomedia, á Teógnis, y al mismo Arrio.

San Atanasio perseguido. (337.) Los dos Eusebios, y los obispos de su partido, apoyados con esta proteccion, resolvieron arruinar á san Atanasio; pero antes de atacarle quisieron destruir á Eustatio, obispo de Antioquía, firme columna de la fe de Nicéa. Engañan á este prelado con las apariencias de la amistad: se reunen en Jerusalen, inventan la trama, vuelven á

Antioquía, y hacen que se presente una cortesana, que con fingidas lágrimas asegura ser de Eustatio el niño que llevaba en los brazos. El concilio depone al acudo sin querer oirle: violencia que escitó en la ciudad un tumulto. Apaciguólo Acacio, conde de oriente, cuando los dos partidos estaban ya para venir á las manos. Eustatio, llamado por el emperador, fue á confundir á los impostores: estos cambiaron de armas, y presentaron falsos testigos que le acusaron de haber injuriado en otro tiempo á la emperatriz Helena. El emperador, llevado de la primera informacion, y ciego de cólera, destierra á Eustatio, y concede á los arrianos un triunfo completo. La muerte del santo obispo, que sucumbió poco despues en Tracià á sus padecimientos, libró á sus adversarios de un enemigo formidable. Eusebio de Nicomedia se aprovechó de este triunfo de su partido, y logró del emperador que escribiese una carta á Atanasio, mandándole recibir á Arrio en su comunion. Atanasio, cuya firmeza se igualaba á su caridad, desobedeció. Habia ganado el afecto de los alejandrinos por su dulzura, y al mismo tiempo sabia hacerse respetar de los suyos, y temer de los arrianos. Los que habian previsto que su resistencia escitaria el enojo del emperador, le acusaron de

haber fomentado una rebelion en Egipto, profanado los libros santos, y usurpado la autoridad soberana, imponiendo contribuciones arbitrarias al pueblo de Alejandría. La acusacion del odio fue tan inverosimil, que la inocencia del santo obispo se reconoció sin dificultad.

Sus enemigos no se desalentaron por este reves. Al mismo tiempo desapareció Arsenio, obispo de Hipsal, en la Tebaida, y los melecianos y arrianos acusaron á Atanasio de haberle hecho morir con operaciones mágicas. Afirmaban que le mutiló antes de matarle, y aun mostraban una mano que, segun decian, le habia cortado Atanasio, ocultando su cuerpo de manera que no habian podido hallarlo. En vano los monges de un convento, donde Arsenio se habia retirado á hacer vida penitente por algun tiempo, testificaron que vivia: los arrianos dijeron que el supuesto Arsenio era un impostor. Atanasio se presenta en Constantinopla con una carta de Arsenio, en que le suplicaba que le recibiese en su comunion, se justifica, y calma por un momento la ira del emperador. Apaciguanse las turbulencias que causaba esta discordia en Alejandría; pero apenas Atanasio se restituyó á esta ciudad, los dos Eusebios vuelven á seducir á Constantino, le persuaden que es cierto el crimen de

Atanasio, y fingida la carta de Arsenio. El emperador, sobradamente crédulo, abandona al obispo de Alejandría al juicio de sus enemigos, y le mandó comparecer en un concilio celebrado en Tiro, y compuesto de obispos, casi todos arrianos, en presencia de Arquelao, conde de oriente, y del conde Dionisio. Allí se renovó la escena de Eustatio: una muger impudente se presentó y acusó á Atanasio de haberla robado su honestidad. Timoteo, presbítero alejandrino, que estaba sentado cerca de su obispo, le dijo en alta voz: «¿Y qué, me acusas de ese crimen?» «Sí, le respondió ella con ademan furioso: tú eres quien has atropellado mi honor.» Esta equivocacion singular, que justificaba tan evidentemente al acusado, llenó de vergüenza á sus enemigos, y escitó la risa de los condes y de los soldados que estaban presentes. Sin embargo, los arrianos prosiguen en su infame proyecto, le acusan por la muerte de Arsenio, y presentan en el concilio la mano ensangrentada de la supuesta víctima. Atanasio, despues de un momento de silencio, pregunta á los jueces si conocian á Arsenio: muchos responden que lo han visto muchas veces: entonces entra en el sínodo un hombre envuelto en una gran capa. Atanasio le descubre la cabeza, y presenta al verda-

dero Arsenio á los ojos de todos: cógele por el brazo, quitándole el vestido que le oculta, y dice: «Aquí está Arsenio vivo con sus dos manos, que son las que Dios le ha dado. Digan ahora mis acusadores dónde han hallado la tercera.»

La justificacion era sin réplica; pero el odio, irritado por la evidencia, pasó de la consternacion al furor: acúsanle por mágico y encantador, y se arrojan á él para matarlo, y el conde Arquelao lo libertó difícilmente de sus manos. En fin, el concilio, violando todas las leyes divinas y humanas, condena y depone á Atanasio, le prohibe volver á Alejandría, y Arsenio pone el colmo á esta infamia, firmando tambien la sentencia. Pero no les bastaba condenar á Atanasio, si no hacian triunfar á Arrio. El emperador, olvidando que un príncipe deja de ser cabeza del estado cuando se pone al frente de una secta, y que no le es posible defender los intereses públicos cuando gobierna segun los de un partido, favoreció el odio de los arrianos, y su parcialidad prolongó las turbaciones de la Iglesia. En este mismo tiempo se dedicó con gran solemnidad, por órden del emperador, la Iglesia del santo Sepulcro de Jerusalen. Todos los obispos y fieles que concurrieron á la ceremonia fueron mantenidos á costa del tesoro pú-

blico. Constantino convocó un concilio en aquella ciudad: mas para reunirlo, esperó á que se hubiesen ausentado casi todos los obispos católicos. En él se admitió la justificacion de Arrio, se le reintegró en sus funciones sacerdotales, y se invitó á todas las iglesias á que le recibiesen en su comunion, y proscribiesen á Atanasio. El obispo de Alejandría, indignado de tan injustas persecuciones, fue á Constantinopla á implorar la proteccion del emperador. Sus enemigos le impedian entrar en palacio; pero un dia que Constantino pasaba por la ciudad á caballo, se le presentó Atanasio repentinamente. El emperador dispuesto contra él, é irritado, no quiso detenerse á oir su justificacion: el obispo, alzando la voz, le dijo con firmeza: «Si me niegas justicia, y no quieres oirme delante de mis calumniadores, yo te cito ante el tribunal del Señor.» Constantino cede y consiente en oirle. Justificóse fácilmente de las absurdas acusaciones de mágia, homicidio é impiedad; pero los dos Eusebios le echaron en cara su resistencia al príncipe, le pintaron como un gefe de faccion, y le acusaron de haber monopolizado los granos de Egipto para que escaseasen en Constantinopla. Los numerosos partidarios que tenian en la corte apoyaron esta delacion, y el emperador seduci-

do condenó á Atanasio, y le desterró á Treviros. Sus enemigos, aprovechándose de esta victoria, convocaron un concilio en Constantinopla, é instaron al emperador que depusiese á Atanasio y le nombrase un sucesor. Constantino no consintió en ello; pero acogió favorablemente á Arrio, dió órden formal al obispo de Constantinopla para que le recibiese en su comunion, y le admitiese sin tardanza á la de la Iglesia. Este decreto completaba la victoria del arrianismo. El obispo Alejandro, cuando iba á ponerlo en ejecucion, prosternado al pie de los altares, pidió al Señor que libertase su iglesia de un heresiarca tan peligroso. Llegada la hora, Arrio atraviesa en triunfo la ciudad, seguido de una brillante comitiva; pero sintiendo repentinamente un violento dolor, se retiró á una casa, donde le hallaron poco despues sus amigos con las entrañas fuera del cuerpo, y nadando en sangre. Alejandro reunió el pueblo, y dió solemnes gracias al Señor por haber castigado al primer enemigo del Verbo eterno. Atanasio perseguido no encontró proteccion en la corte; pero san Antonio desde su desierto escribió en su favor á Constantino, bien que inútilmente. Eusebio refiere que en este tiempo publicó el emperador una ley que daba á los obispos el derecho de juz-

gar sin apelacion, y mandaba á los tribunales diferir á los jueces eclesiásticos todas las causas en que lo pidiese una de las partes, aunque la otra lo repugnase. Algunos jurisconsultos han dudado de la ecsistencia de esta ley, sin embargo de que los códigos posteriores la insertan. Otro edicto, inescusable en un siglo de corrupcion, asimiló el adulterio al homicidio, y lo sometió á las mismas penas, con una escepcion muy contraria á la igualdad evangélica, y era la de las taberneras, comediantas, criadas y mugeres de los artesanos. «La severidad de los juicios, decia el decreto, no se ha hecho para estas personas, que por su bajeza son indignas de la atencion de las leyes.» Otros decretos hacian el divorcio mas dificil y raro, y prohibian á todo funcionario público legitimar los hijos que tenian de mugeres públicas, revendedoras, ó que hubiesen combatido en el anfiteatro. Mientras Roma fue virtuosa le bastaron las leyes de las doce tablas: cuando se corrompió hubo códigos muy voluminosos y muy inútiles, que inmortalizaron á sus redactores sin prolongar la ecsistencia del imperio. A pesar de todo el celo de Constantino para la reforma de los abusos, sus oficiales cometian tantas concusiones, y atropellaban al pueblo con tanta codicia, que invitó por un edic-

to á todos los ciudadanos á presentarle directamente sus quejas, y amenazó á los funcionarios con la pérdida de la cabeza, si se les probaban sus esacciones.

Los persas, desde la victoria de Galerio y la paz de Diocleciano, debilitados por sus derrotas, no se habian atrevido á volver á tomar las armas; pero la enemistad que reinaba entre los dos imperios anunciaba que el sosiego no duraria mucho. Los enemigos de Constantino eran recibidos favorablemente en Persia, y los desterrados de este pais eran protegidos en la corte del emperador. El príncipe Hormisdas, cuya altanería habia ofendido á los grandes de Persia, fue privado del trono y puesto en prision. Sapor, su hermano menor, ciñó la corona, muerto su padre. La esposa de Hormisdas le dió medios para que se libertase: este príncipe atravesó la Persia disfrazado de esclavo, y vino á pedir un asilo al emperador, que le recibió con alegría, le admitió en su palacio, le eshortó á hacerse cristiano, y le dió un grado superior en sus ejércitos, esperando que su nombre formaria en Persia un partido considerable, y debilitaria por la discordia civil aquel imperio, cuya conquista meditaba. Estas intrigas irritaban á Sapor, deseoso por otra parte de romper un tratado vergonzoso: al mismo

tiempo Constantino reprendia al rey de Persia porque era enemigo de los cristianos. Preparados uno y otro á la guerra, Sapor la declaró en 337, y escribió al emperador que no se podian evitar las hostilidades, sino devolviendo las cinco provincias que Narses habia cedido á Diocleciano. Constantino le replicó que bien pronto le llevaría la respuesta al frente de sus legiones. Las tropas de Sapor talaban ya la Mesopotamia. Constantino reunió prontamente su ejército, y pasó á Nicomedia, donde celebró la Pascua con solemnidad, mandando que se iluminase el pueblo y que se distribuyesen grandes limosnas en todo el imperio. Pronunció en su palacio un discurso sobre la inmortalidad del alma, como preveyendo su prócsima muerte. Pocos dias despues, acometido de una enfermedad grave, buscó alivio inútilmente en las aguas de Helenópolis, volvió al castillo de Aquiron, cercano á Nicomedia, reunió muchos obispos, y les suplicó que le bautizasen. «Este es el dia, les dijo, que yo solicitaba con ardor: mi intento era lavar mis pecados en el Jordan, cuyas aguas consagró nuestro Salvador. Dios me detiene, y quiere que reciba aqui esta gracia.» Despues de bautizado dijo: «Ya soy verdaderamente feliz y digno de vida inmortal. ¡Cuánta lás-

tima tengo á los hombres privados de la luz que me ilumina!» Sus sirvientes pedian al cielo que prolongase su vida. «Compañeros, les dijo, la vida en que voy á entrar es la verdadera: conozco los bienes que me esperan, y deseo volar al gremio del Señor.» Así cuenta Eusebio la muerte de este príncipe. Muchos siglos despues se inventó la fábula de que habia sido bautizado en Roma por san Silvestre, y que sanó de la lepra por el bautismo, sin duda para hacer probable la donacion supuesta de Constantino á la Iglesia romana, de la capital, su territorio y la costa de Italia. Este fingido documento es digno de los siglos de ignorancia en que se fabricó; pues en él habla el emperador de los *sátrapas* de su consejo. Constantino al morir hizo grandes dones á Roma y á Constantinopla, confirmó el repartimiento de sus estados, é hizo jurar á las legiones que serian fieles á sus hijos y á la Iglesia. Entregó su testamento al sacerdote arriano que gozaba de su confianza, y le mandó no ponerlo en otras manos que en las de Constancio, el mas querido de sus hijos. Su último acto fue de justicia: mandó llamar del destierro á san Atanasio, y le permitió volver á Alejandría. Este príncipe murió el dia de Pentecostés, 22 de mayo de 337, siendo cónsules Feliciano y Ticia-

no, á los 63 años de su vida y 30 de su reinado. En su muerte se olvidaron todos sus yerros, y solo se tuvieron presentes sus hazañas y grandes cualidades. Los guardias y soldados manifestaban su dolor con profundos gemidos: cada familia parecia llorar á su padre. Todos, recordando las desgracias pasadas, y preveyendo las venideras, echaban menos la firme columna del imperio. Su cadáver, puesto en un atahud de oro, fue llevado á Constantinopla, donde se colocó sobre un túmulo rodeado de innumerables antorchas; y todo el tiempo que transcurrió hasta la llegada de Constancio, los principales funcionarios, los senadores, condes y generales iban diariamente á palacio á ejercer sus funciones como si viviese el emperador. Las legiones, respetando poco á los hermanos de Constantino, juraron no reconocer por césares sino á sus hijos. Constancio llegó á la capital, y llevó el cuerpo de su padre á la iglesia de los Apóstoles, donde fue colocado en un sepulcro de pórfido. Roma, aunque despojada por Constantino de su antiguo esplendor, participó del dolor general. El pueblo romano se acusaba á sí mismo de haberle irritado, y obligado con sus ultrages á refugiarse á Bizancio. Reclamó, aunque en vano, el derecho de conservar en la capi-

tal del mundo los restos preciosos de su libertador. Todos los partidos que desacreditaron á Constantino vivo, lo elogiaron despues de su muerte, arrastrados por el entusiasmo de su gloria. Los cristianos le pusieron entre los santos, y los paganos entre los dioses, cuyos templos habia derribado. De cuantos hombres han brillado sobre la haz del mundo, ninguno quizá ha hecho una revolucion mayor que Constantino. Destruyó la idolatría, ensalzó el cristianismo, abatió á Roma, fundó á Constantinopla, y llevando al oriente la fuerza del imperio, preparó la nueva ecsistencia del occidente. Acabó con los simulacros que aun restaban de la antigua república; y colocando en el trono todo el poder, alteró los derechos, los intereses, y aun las ideas radicadas por tantos siglos en los ánimos. Comparado con otros príncipes, reunió las cualidades mas opuestas de los buenos y de los malos. Fue clemente con los partidarios de Maxencio y con los perseguidores de los cristianos; pero se mostró feroz con los francos y los reyes cautivos, que dió en espectáculo á los romanos, y que entregó á las fieras del circo. Homicida de su suegro, cuñado, hijo y esposa, perdonó mas de una vez á los rebeldes, y llevó con paciencia las injurias. Amante de la justicia, oprimió la li-

bertad : limosnero con los pobres, dejaba robar las provincias: celoso de la autoridad suprema, entregó á la Iglesia una gran parte del poder judicial: sóbrio y templado en los campamentos como los héroes de la antigua Roma, desplegaba en su palacio el lujo, la pompa y la molicie de los descendientes de Darío. Sus leyes fueron suaves, su política bárbara. Tuvo las virtudes de Trajano, la violencia de Severo, y tal vez la inhumanidad de Neron; pero no se separará mucho de la verdad quien atribuya á su sigló sus malas cualidades, y las buenas á su carácter y á la religion que abrazó.

CAPITULO II.

Constantino segundo, Constante, Constancio.

Constantino II, Constante y Constancio, emperadores. Sitio de Nisibis por los persas. Muerte de Constantino II. Invasion de los francos. Guerra con los persas. Batalla de Singara. Usurpacion de Magnencio y muerte de Constante. Segundo sitio de Nisibis. Batalla del Dravo y muerte de Magnencio. Tiranía de Constancio y de Galo. Invasion de los alemanes. Juliano, césar. Nueva persecucion contra san Atanasio. Batalla de Argentoracto. Victorias de Juliano y de Constancio contra los bárbaros del Rhin y del Danubio. Juliano toma el titulo de augusto.

Constantino II, *Constante y Constancio, emperadores.* (337.) El emperador Constantino, menos prudente en su política que Constancio Cloro, su padre, pre-

firió el esplendor de su familia á la tranquilidad del imperio; y añadió al yerro de dividirlo entre sus hijos, el de dar provincias á sus tres hermanos, introduciendo el funesto sistema, que produjo en lo futuro tantas desgracias, y que fue en las monarquías nacientes de la Europa moderna causa de tantas guerras civiles, odios implacables y asesinatos. Dividir el estado entre tantos príncipes, era quitar al pueblo el sosiego, única indemnizacion de la libertad, y añadir á los inconvenientes del poder despótico todos los males de la discordia y de la anarquía. La voluntad de Constantino no fue enteramente cumplida. El senado, el pueblo y las legiones no quisieron reconocer mas príncipes que á sus hijos: el ejército se rebeló contra sus hermanos: á la pérdida de sus coronas se siguió como resultado forzoso la de sus vidas, y todos tres y cinco de sus hijos fueron degollados: solo se perdonó á dos hijos de Julio: Galo, que estaba enfermo gravemente, y de quien se creyó que la naturaleza terminaria pronto sus dias, y su hermano Juliano que tenia 6 años. Marco, obispo de Aretusa, salvó á este enemigo futuro de los cristianos, ocultándole bajo el altar á los puñales de los asesinos. La opinion pública atribuyó estos homicidios á la ambicion de Constancio: san

Gregorio Nacianceno á la rabia de los soldados; pero segun muchos historiadores, Constancio, arrepintiéndose ya viejo de sus culpas, decia que sus derrotas y la esterilidad de sus mugeres habian sido castigo del cielo por sus crímenes. Los soldados, escitados á la maldad por un príncipe que sustituía la fuerza á la justicia, no pudieron ser contenidos, y degollaron á muchos cortesanos de Constantino, entre ellos al patricio Optato, cuya alta dignidad no pudo libertarle de la muerte. Ablavio, prefecto del pretorio, y que se respetaba como tutor de Constancio, parecia que debia inspirar mas respeto á los facciosos: estos le tendieron un lazo para arruinarlo, y fingieron una conspiracion para tener el derecho y el mérito de matar á sus enemigos socolor de castigar la traicion. Algunos oficiales al frente de una tropa de soldados hacen creer al desgraciado Ablavio que el senado va á darle el título de augusto, y que el emperador habrá de consentir en ello.

El prefecto, á instancia de sus amigos, cede á los votos de aquellos pérfidos: revístenle de la púrpura, y los mismos que le han seducido, lo declaran rebelde, y le asesinan sin piedad. Querian tambien matar á Olimpias, su hija; pero esta logró escaparse á la corte de Constante, que pen-

saba en recibirla por esposa; mas habiendo muerto este príncipe, como diremos despues, casó con Arsaces, rey de Armenia. El gefe de todos estos facciosos y alma de sus sediciones era el primer camarero Eusebio, eunuco, y privado de virtudes como de secso, cortesano vil y ambicioso, sin mérito ni moral, infame por sus vicios y su codicia, sacrificando su conciencia á su fortuna, sin mas habilidad que la de volverse al sol que nace, sin mas Dios que su interes, parecia entonces dueño del imperio hasta tal punto, que los palaciegos burlones decian: «No deja el emperador de tener crédito con su camarero.» La señora del mundo, perdidos sus héroes, estaba sometida á las especulaciones de un cortesano pérfido, á los caprichos de un eunuco.

Los tres hijos de Constantino el grande, habiéndose reunido en Constantinopla, deliberaron sobre sus comunes intereses: juntáronse otra vez en Pannonia, y repartieron definitivamente el imperio. Constancio se quedó con toda el Asia, el Egipto, la ciudad de Constantinopla y la Tracia: Constante con Italia, Iliria y Africa: Constantino tuvo las Galias, las Españas y Britannia; pero se reservó ciertas pretensiones sobre Mauritania, que rompieron de alli á poco los lazos de la paz y amis-

tad entre los tres hermanos. Constancio, y los arrianos protegidos por él, continuaron la persecucion contra san Atanasio, que vivia desterrado en Galia. Constantino, al contrario, se declaró en su favor, y le envió á Egipto, lo que dió nuevas fuerzas á los católicos de Alejandría. La presencia del emperador no contenia siempre el espíritu turbulento de los sectarios de Constantinopla. Alejandro, obispo de esta ciudad, que falleció poco antes de Constantino, dijo á su clero antes de espirar: «Si quereis el obispo mas virtuoso, elegid á Paulo: si el cortesano mas hábil, á Macedonio.» Los arrianos eligieron á este: la mayoría, que era católica, á Paulo; pero fue desterrado al Ponto por las acusaciones de Eusebio.

Sitio de Nisibis por los persas. (338.) Constancio le restituyó al subir al trono. La guerra estrangera puso treguas por algun tiempo á estas disensiones. Sapor, rey de Persia, sitió á Nisibis, llamada hoy Nesben, en el Diarbekir. Esta plaza importante era la llave de la frontera: los habitantes, mostrando algunos vestigios del antiguo valor romano, se defendieron heróicamente. Despues de 63 dias de esfuerzos inútiles, el rey levantó el sitio. El pueblo libertado atribuyó este beneficio á las oraciones de Jacobo, su virtuoso

obispo. Constancio, para aprovecharse de este feliz suceso, marchó contra los persas; pero como no sabia mandar, sus tropas no quisieron obedecerle. Instruido por su padre en los ejercicios militares, mostraba en ellos bastante habilidad; pero descuidaba la disciplina, sola base de la fuerza de las armas. El desorden producido por su debilidad hubiera causado grandes reveses, si los godos y los sarracenos no le hubiesen dado socorros muy útiles en aquella ocasion; y el oriente fue defendido mas bien por los bárbaros que por los romanos. Constancio, sostenido por sus ausiliares, pacificó la Armenia y le restituyó su rey, destronado por los persas. Sapor se volvió á sus estados. El emperador no le persiguió: perdiendo la oportunidad y faltando á su fortuna, prefirió la capital á los campamentos, las intrigas á los combates, y los negocios del arrianismo á los del imperio.

Convocó un concilio en Constantinopla que depuso á Paulo: este se refugió á las Galias y halló un asilo en la corte de Constantino. El ambicioso Eusebio, elegido obispo por el clero de Constantinopla, logró entonces el colmo de sus deseos. Al mismo tiempo los arrianos de Alejandría eligieron á Pisto, para oponerle á san Atanasio; pero Eusebio de Cesarea no go-

zó casi de su elevacion. Falleció, y tuvo por sucesor á su discípulo Acacio, mas cortesano que piadoso, y versátil en su creencia, segun el favor de la corte. En esta época de intrigas en que el mérito yacia en olvido, obtuvieron el consulado Acyndino y Próculo, ilustres por sus virtudes y servicios. Próculo se gloriaba de tener por ascendiente á Valerio Publícola, y se mostró digno de este nombre. Los tres emperadores estuvieron unidos entre sí para hacer leyes sábias: mantuvieron en vigor las instituciones municipales, publicaron edictos severos contra los delatores, y pusieron un freno al desorden que producia la frecuencia de los matrimonios incestuosos. Prohibieron por un decreto á los judíos casar con mugeres cristianas.

Muerte de Constantino II. (340.) El imperio no podia esperar ni larga paz ni felicidad sólida bajo el mando de tres príncipes, dominados por sus pasiones. El mas hábil de ellos era Constantino, estimado por su justicia, valor y bondad; pero tenia una impetuosidad temeraria que lo arruinó. Constancio, débil y presuntuoso, ni podia hacer el bien ni impedir el mal. Constante, entregado á los deleites y despreciado por sus vicios, oprimia el pueblo con impuestos, é ins-

piraba el deseo y la esperanza de destronarle. Constantino, no habiéndole podido persuadir que atendiese á sus reclamaciones sobre la Mauritania, determinó hacerse justicia por las armas. Atraviesa los Alpes con rapidez: los generales de Constante, que conocian su ardor impetuoso, fingieron huir. Constantino los persiguió sin precaucion, cayó en una emboscada cerca de Aquileya, y opuso en vano su denuedo á la multitud de enemigos que lo rodeaban: derribáronle del caballo, y le cortaron la cabeza. Su hermano Constante se aprovechó de sus despojos, y reunió todo el occidente bajo su dominacion. El odio del vencedor sobrevivió al triunfo, y proscribió á todos los amigos de Constantino. En aquellos tiempos bárbaros se poblaban las iglesias, monasterios y ermitas, porque la religion era la única defensa contra la tiranía de los príncipes y el furor de los partidos.

La muerte de Constantino privaba á Atanasio de su mas firme valedor: los arrianos le acusaron de heregía y de rebelion, y le disfamaron con el Papa y con el emperador Constante. La santa silla, ocupada sucesivamente por Silvestre y por Marco, lo estaba entonces por Julio, pontífice justo, caritativo, digno del primer siglo de la Iglesia. Protegiendo la

desgracia contra el poder, acogió las reclamaciones de Atanasio, firmadas por 100 obispos; y para terminar las disensiones, convocó en 340 un concilio que se reunió al año siguiente en Antioquía. La Iglesia ha conservado sus cánones, aunque en la confesion de fe que en él se redactó, fue omitida la voz *consubstancial*. Las pasiones y los intereses se oponian á los piadosos esfuerzos de Julio para restablecer la paz; porque Constancio era favorable á la faccion arriana. Cuando se creia terminado el concilio y habian partido ya de Antioquía 60 obispos católicos, los arrianos que se quedaron, continuaron las sesiones, y condenaron á Atanasio. Gregorio fue nombrado su sucesor. Esta noticia produjo la mayor efervescencia en Alejandría: el pueblo se opuso á la instalacion del nuevo obispo: este, acompañado de soldados bajo las órdenes de Filagro, prefecto de Egipto, entró en la ciudad como si la hubiese tomado por asalto: profanó las iglesias, ultrajó las doncellas, asesinó á los católicos. El duque de Balan, que era gentil, condenó á azotes á 34 personas; y en cumplimiento de las órdenes del emperador, trató de cortar la cabeza á Atanasio, que debió su salud á la fuga. Gregorio atribuyó la sedicion al perseguido, y para justificar su acusacion, fingió un decreto

del pueblo de Alejandría que firmaron muchos arrianos, judíos y gentiles. Balan se aprovechó de la ocasion para saciar su odio á los cristianos, y aterró el Egipto, inmolando sin distincion á todos los que se creian amigos del fugitivo. Atanasio va á Roma, escribe á todos los obispos, y les pinta las desgracias de la Iglesia, comparándose con el levita de Efraim, que dividió en trozos á su esposa injuriada, ỳ los envió á las 12 tribus de Israel. Los dos emperadores, sus grandes y ministros, la multitud esclava del favor, las legiones, que solo conocian la autoridad, parecian entonces haberse reunido para oprimir á san Atanasio; y todo el imperio, como observa un escritor de aquel tiempo, se admiraba de verse arriano. Algunos obispos valerosos, el intrépido Julio, y la generosa Eutropia, hermana de Constantino el grande, resistieron al torrente, y protegieron el infortunio. Julio convocó en Roma el sínodo que habian pedido los acusadores de Atanasio, y al cual no asistieron. Las mismas violencias que se habian visto en Alejandría ensangrentaron á Constantinopla. Los arrianos eligieron de nuevo á Macedonio: los católicos indignados restablecieron á Paulo. Constancio dió orden á Hermógenes, general de la caballería, para echar al obispo católico. La mul-

titud le defiende, pero en vano. Entonces el pueblo se subleva, ahuyenta á los soldados y degüella á Hermógenes. Constancio enfurecido acude á vengarle: su presencia y la de su guardia convierte la audacia en terror: el senado y el pueblo, postrados á los pies del emperador, apenas bastan para calmar su ira: concede en fin la vida á los rebeldes, pero reduce á la mitad la distribucion diaria que se hacia al pueblo de 80.000 medidas de trigo. Sin embargo, la fe de Nicéa, sostenida por Atanasio y por el Papa, cobraba fuerzas en occidente. Constante se declaró en su favor, y escribió á su hermano Constancio, haciéndole ver la necesidad de terminar la disension. «Imitemos, le decia, la tolerancia y piedad de nuestro padre: ellas son la mejor herencia que nos ha dejado.» Pedíale al mismo tiempo que le enviase algunos obispos arrianos para conocer y ecsaminar sus quejas. Estos obispos llegaron con una profesion de fe, en la cual no estaba la palabra *consubstancial*. Julio y Constante la rechazan: los arrianos que habian prometido someterse á la decision del pontífice, lo acusan de atentar á la autoridad de la Iglesia, juzgando á un obispo condenado ya por un concilio. El sínodo de Roma sostiene los derechos del Papa, descubre el latrocinio

de Antioquia, y justifica á san Atanasio.

Invasion de los francos. (342.) Parecia que todo conspiraba entonces á la ruina del imperio. La invasion de los bárbaros y los azotes de la naturaleza se reunieron á las discordias civiles y religiosas para acelerar su caida. En diez años fueron derribadas por terremotos casi todas las ciudades del oriente. Al mismo tiempo los francos invadieron las Galias, que con el tiempo habian de conquistar, destruir, regenerar é ilustrar. Libanio, describiendo las costumbres de este pueblo guerrero, le considera como el enemigo mas terrible de Roma. «Los francos, dice, son mas formidables por su valor que por su número: valientes, tanto por tierra como por mar, arrostran la intemperie de las estaciones, y tienen por elemento la guerra: para ellos la paz es una calamidad, el sosiego una servidumbre: cuando son vencedores, no hay ostáculos para ellos: si son vencidos se rehacen prontamente sin dejar á sus enemigos tiempo para quitarse los yelmos.»

Constante marchó contra ellos: los sucesos de esta guerra fueron alternados, y el emperador no pudo obligarlos á pasar el Rhin sino pagándoles un tributo. Despues desembarcó en Britannia, venció á los caledonios, y los sometió.

Guerra con los persas. (343.) Al año

siguiente, siendo cónsules Plácido y Rómulo, fue el oriente teatro de varios combates entre romanos y persas, sangrientos por el valor de los combatientes, é indecisos por la incapacidad de los gefes. En 344 fueron mas felices las armas de Constancio, y ahuyentaron á los enemigos. Sus generales lograron algunas victorias contra los árabes cercanos al reino de Sabá, que se creian descendientes de Abraham por un hijo de Cetura. Estos pueblos abrazaron el cristianismo. Al mismo tiempo el obispo Teófilo predicó en la India el Evangelio, pero mezclado con los errores de los arrianos. Dícese que á su vuelta convirtió los pueblos de Abisinia

Si el cristianismo se estendia entonces en muchos paises lejanos, Sapor contenia por política sus progresos en Persia. Enemigo implacable de los romanos, declaró la guerra á su culto; y segun los historiadores del tiempo, 16.000 cristianos fueron víctimas de su crueldad. En 346, siendo cónsules Constancio y Constante, el emperador de oriente construyó en la embocadura del Orontes el puerto de Seleucia. En el mismo año se celebró en Mediolano un concilio, en que nada se decidió, porque los obispos de Asia propusieron una nueva fórmula, y los de Europa no quisieron alterar en nada la fe de Nicéa. Los dos em-

peradores, que deseaban con sumo ardor, aunque inútilmente, el fin de estas largas disensiones, reunieron en 347 el concilio ecuménico, que quiere decir universal, en la ciudad de Sardica. Concurrieron á él 175 obispos. Los arrianos no quisieron asistir á sus sesiones con el pretesto de que no podian comunicar con Atanasio, y formaron una asamblea particular. El concilio católico confirmó el juicio del Papa, renovó la profesion de Nicéa, depuso á los obispos refractarios, y eshortó á los emperadores á restablecer á los católicos en sus sillas. En este sínodo se declaró solemnemente por la primera vez la supremacía del obispo de Roma. Los arrianos escomulgaron al virtuoso obispo de Córdoba y al Papa, negaron su supremacía, persistieron en su oposicion á la fe de Nicéa, y sembraron los primeros gérmenes de la separacion entre las iglesias de oriente y occidente, que ecsiste aun en nuestros dias. Constante adoptó las determinaciones del concilio: Constancio se mostró indiferente á católicos y arrianos.

Batalla de Singara. (347.) Entretanto la guerra de oriente se prolongaba, y cada vez era mayor la animosidad entre los dos pueblos beligerantes. Sapòr, resuelto á dar un golpe decisivo, armó todos los persas, y las mugeres mismas se vieron en las

filas de los soldados. Los romanos reunen todas sus tropas: el oriente se conmueve: encuéntranse ambos ejércitos cerca del Tigris. Constancio, vano como todos los hombres débiles, manda á sus puestos avanzados alejarse del rio y dejar el paso libre á los enemigos. «Dejadles que se acerquen, dijo, que escojan el terreno, y que se atrincheren: deseo atraerlos al combate. Lo que temo es que se retiren.» Los persas atraviesan sin ostáculo el Tigris, y se acampan cerca de la ciudad de Singara: la procsimidad del enemigo disminuye la confianza y el valor de Constancio, que le permite fortificarse tranquilamente, y se opone al ardor de sus tropas indignadas de esta cobardía. Eliano, oficial de la guardia, y comandante de Singara, no puede sufrir los denuestos de los persas, sale por la noche al frente de un pequeño número de soldados jóvenes, penetra en el campamento de los enemigos, degüella un gran número de ellos, esparce el terror, y se retira sin ser perseguido. Si el emperador hubiera imitado á este romano, el ejército persa hubiera quedado destruido. Al amanecer del dia siguiente se ordenan en batalla los dos ejércitos. Jamás habian desplegado ni uno ni otro imperio fuerzas tan considerables: las orillas del rio, las vastas llanuras de Singara, esta-

ban cubiertas de batallones y escuadrones, cuyas armas iluminadas del sol deslumbraban los ojos. Las altas montañas que rodeaban las llanuras, parecian erizadas de lanzas. Sapor, levantado sobre un escudo, contempla este magnífico espectáculo, que en vez de ecsaltar su alma, la abate é intimida. Asombrado del órden que observa en el ejército enemigo, y del recuerdo de tantas victorias conseguidas por la táctica romana contra fuerzas muy numerosas, se apodera el miedo de su corazon, tiembla por su trono, olvida el honor, da la señal de la retirada, vuelve á pasar el Tigris, y deja á su ejército que continue lentamente la retirada á las órdenes de su hijo Nárses. Los romanos, viendo la fuga del enemigo, piden á gritos la señal del combate. Constancio, tan tímido como Sapor, y que creia que la retirada era un lazo, procura, aunque en vano, calmar la fogosidad de las legiones: no le atienden ya, se arrojan con furor al enemigo, lo desordenan, fuerzan el campamento, y rodean y desarman á Nárses. Quedaron vencedores, pero no tenian gefe. Una parte de los romanos se entrega al saqueo y á la intemperancia: otros atacan desordenadamente las alturas, donde se habian atrincherado muchos cuerpos persianos, y despues de vanos esfuerzos son

rechazados y perseguidos. Los enemigos se aprovechan de esta confusion, recobran su campamento, y arrojan de él á los romanos: en este ataque pereció Nárses. Constancio, incapaz de reparar el desórden, como lo habia sido de aprovecharse de la victoria, huye, y lleva tras sí las tropas, que siguen tan vergonzoso ejemplo. Al dia siguiente, los persas, mas afligidos por sus pérdidas, que orgullosos de su último triunfo, se retiraron al otro lado del rio. Sapor, avergonzado de su cobardia, é inconsolable por la muerte de su hijo, se arrancó desesperado los cabellos, y mandó cortar la cabeza á los sátrapas que le habian aconsejado la guerra. Tal fue el écsito de la batalla de Singara, en la cual fueron sucesivamente vencidos y ahuyentados dos ejércitos por la incapacidad de sus gefes. La cobardía de los monarcas inutilizó el valor de los soldados.

Constancio, vencido por los persas, volvió á su capital, y dominado por los arrianos perseguia á los católicos; pero Constante, que los protegia, le amenazó con la guerra, y le obligó á ceder en apariencia. Consintió, pues, no solo en recibir los obispos que su hermano le enviaba, sino tambien en oir á Atanasio; mas éste, no fiándose de él, rehusó al principio pasar á Constantinopla. Los arrianos, aterrados

con la presencia de tantos obispos católicos, los calumniaron. Estevan, obispo de Antioquía, por medio de un criado que sobornó, introdujo una cortesana en casa de uno de ellos, y despues hizo que la sorprendiesen; pero aquella muger perdió su audacia al aspecto venerable del obispo, y declaró la verdad. Estevan, preso y juzgado en lo interior del palacio, fue depuesto. Atanasio, asegurado en fin por la proteccion de Constante, vino á Constantinopla, confundió á sus enemigos, logró de Constancio el permiso de volver á su iglesia, y entró como triunfante en Alejandría. Mientras el emperador de oriente, severo en sus costumbres, grave en sus modales, pero estravagante en su conducta, y tímido en su política, no entendia sino en favorecer á los arrianos, y defendia mal el imperio contra los persas, Constante, mas valeroso, derrotó de nuevo á los francos, los arrojó de las Galias, y se entregó al esceso de los placeres que mancillaban su noble carácter. Dirigido en su política por el obispo de Treviros, que gozaba de toda su confianza, rechazó el arrianismo, solicitó la destruccion de la idolatría, cerró los templos, y los conservó solo como monumentos de las artes; prohibió los sacrificios en las ciudades, y solo los permitió á los habitantes del cam-

po, muy adictos á las ceremonias religiosas, que eran sus únicos espectáculos: por esta razon conservaron largo tiempo el gentilismo; y de ellos tomaron los idólatras el nombre de *paganos*, de la palabra *pagus*, que significa *aldea*. Los gentiles miraron á Constante como un tirano. A la verdad no fue príncipe virtuoso: su palacio era una sentina de liviandades, y los historiadores convienen en que solo habia en su corte un hombre de bien, y era el eunuco Euterio, natural de Armenia.

Usurpacion de Magnencio, y muerte de Constante. (350.) Constante, manchado de vicios, y no sostenido por el interes ni por el amor de los pueblos, sucumbió á la conspiracion de un bárbaro, que formó el atrevido proyecto de ceñirse la corona de Constantino. Magnencio, nacido en los bosques de Germania, fue mucho tiempo esclavo de los romanos. Constantino le dió libertad, y le empleó en una legion: activo, intrépido, elocuente y ambicioso, ascendió en breve al grado de oficial. Al valor debió sus primeros adelantamientos, y á la astucia el favor de que gozó despues. Obtuvo el título de *conde*, y el mando de dos cuerpos de la guardia, creados por Diocleciano y Maximiano con el título de *jovianos* y *hercúleos*. Su avaricia y dureza causaron una sedicion militar: los

soldados se echaron sobre él, y le amenazaron con sus espadas. Constante le salvó la vida. El bárbaro le prometió gratitud eterna, y juró su ruina. Cristo, general de la milicia, y Marcelino, ministro de hacienda, hombres poderosos, se asociaron á sus criminales proyectos, y emplearon su influjo en seducir las tropas. Los conjurados nombraron por gefe á Marcelino; pero este no quiso ser sino el segundo, temiendo los precipicios que rodean á un trono usurpado. «Marcelino, dice un historiador de aquel tiempo, preferia un poder tranquilo á un esplendor peligroso, y queria ser dueño del emperador, y no del imperio.» La guerra de los francos se habia concluido: Constante, á quien despertaba solo el ruido de las armas del letargo de los placeres, olvidaba el gobierno entre las delicias de la paz, se entregaba á la diversion de la caza, y pasaba dias enteros en lo mas profundo de los bosques.

En el año 350, siendo cónsules Sergio y Nigriciano, hallándose la corte en Augustoduno, convida Marcelino á un banquete á todos los oficiales del ejército. Durante la alegria de la fièsta Magnencio sale, sin que se le eche menos, y vuelve á entrar coronado, vestido de púrpura, y rodeado de guardias. Los conjurados le

saludan emperador: los demas enmudecen atemorizados. El les hace un discurso, los persuade, marcha al palacio, se apodera de él, y pone guardias en toda la ciudad. Unese á él un cuerpo de caballería ilírica, y el pueblo, amigo de novedades, se declara en su favor. Las legiones, seducidas por promesas magníficas, le proclamaron augusto unas despues de otras.

Constante, que á la sazon se divertia cazando, supo á un mismo tiempo el proyecto y el triunfo de los conjurados, la traicion de los grandes, la rebelion del pueblo, y la defeccion de su guardia. Acompañado de un corto número de amigos, huyó á buscar un asilo en España. Gaison, enviado en su perseguimiento con algunas tropas, le alcanzó en Elna, ciudad puesta al pie de los Pirineos. El temor dispersó á los cobardes compañeros del príncipe; y el hijo del gran Constantino, señor poco antes de Roma y del occidente, desamparado entonces, y vendido por todos los romanos, solo fue defendido por un franco, llamado Laniogaiso. Despues de un breve combate, cayeron uno y otro atravesados. Constante murió á los 30 años de edad y 13 de reinado. Magnencio hizo venir á su presencia los generales, prefectos y administradores que habian servido á Constante con mas fidelidad, y los

hizo degollar en el camino por asesinos apostados para ello. Sacrificó ademas á su suspicacia todos los hombres de su partido que por su lentitud ó timidez habian perdido su confianza. Este tirano espantó á todos con la rapidez de su elevacion y el terror de su severidad, y asi se apoderó sin ostáculo del occidente. Nombró á Ticiano prefecto de Roma, y á Aniceto prefecto del pretorio. La Iliria no quiso reconocerle, y nombró augusto á Vetranion, antiguo general, que mandaba las legiones de Pannonia. Este hombre, nacido en los campamentos, no sabia mas que pelear, y empezó á aprender á leer cuando fue emperador. Debió su elevacion al crédito, riquezas é intrigas de Constantina, hija del gran Constantino, y viuda de Annibaliano, la cual le puso en el trono con el designio de oponerle á Magnencio, á quien despreciaba, y á su hermano Constancio, á quien aborrecia por haber sido asesino de su esposo. Vetranion escribió á Constancio que no habia cedido al voto de las legiones sino para servirle, y que bajo el título de augusto no seria mas que su lugarteniente. El emperador, disimulando su resentimiento, fingió creerle, aparentó reconocerle, y le envió una magnífica diadema. Al mismo tiempo Nepociano, príncipe jóven, li-

bertado de la matanza en que perecieron los hermanos del gran Constantino y sus familias, sale repentinamente de la soledad en que vivia ignorado, se pone al frente de una tropa de bandidos y gladiadores, marcha á Roma, ahuyenta los soldados de Aniceto, manda matar á este prefecto, entra en la capital, la saquea, toma la púrpura, y es reconocido por el senado bajo el nombre de Constantino. Apenas Magnencio supo este suceso, envió á Marcelino, gobernador del palacio, con algunas legiones para combatir contra este nuevo augusto. Los romanos le salieron al encuentro para defender á Nepociano; pero en el momento de la pelea, un senador llamado Heraclides se desertó, y con él una parte de las tropas romanas. Marcelino dispersó las demas, y mató á Nepociano, cuya cabeza fue llevada en espectáculo en la punta de una lanza. Magnencio, seguido de un gran número de soldados galos, francos y germanos, entró en Roma, la inundó de sangre, la entregó sin pudor á la codicia de los bárbaros, y la oprimió con la mas odiosa tiranía. Mandó bajo pena de muerte á todos los romanos, que entregasen en el tesoro la mitad de sus bienes, y permitió á los esclavos denunciar á los amos que quisiesen eludir esta ley. Le era necesario prepa-

rarse para pelear contra Constancio: detestado en Roma, atrajo á sus estandartes, con la esperanza del pillage, una gran multitud de francos y sajones. Todo el occidente, obligado á obedecer, se armó en su defensa.

Segundo sitio de Nisibis. Desde la batalla de Singara, la incapacidad de Constancio habia causado á los ejércitos de oriente considerables pérdidas, y los soldados romanos, vencidos con harta frecuencia por la culpa de sus gefes, se habian hecho tan tímidos, dice un historiador de aquel tiempo, que «el polvo de un escuadron persa los ahuyentaba.» Mas no era lo que les faltaba el valor, sino la confianza; y cuando se veian defendidos por una posicion fuerte ó dirigidos por un general hábil, encontraban su antigua intrepidez. Sapor, informado de las revueltas del imperio, y alentado por el triunfo anterior, reunió todas sus fuerzas para apoderarse de Nisibis. Este cerco fue memorable por la constancia de los sitiadores y ostinacion de los sitiados. Despues de varios asaltos sangrientos é inútiles, Sapor sacó al rio de su madre, detuvo sus aguas con un dique, lo rompe, y la masa de las ondas se arroja sobre las murallas y las destruye. La llanura inundada presenta el espectáculo de un lago inmenso, y la

ciudad el de una isla: los persas se acercan á ella en barcas, y dan el asalto general. Los romanos, sin mas almenas que sus escudos, se arrojan con intrepidez al numeroso ejército que los ataca: el obispo de Nisibis, postrado al pie de los altares, implora el socorro del cielo: en fin, el valor de la guarnicion triunfa: 20.000 persas caen bajo la espada de los romanos: Sapor huye y levanta el sitio: la peste devora su ejército: se retira, se suspende la guerra, y los cristianos vencedores dan gracias al cielo por su libertad.

Batalla del Dravo y muerte de Magnencio. (351.) Constancio, asegurado por la fuga de Sapor, reunió para combatir á Magnencio un ejército y una escuadra casi tan numerosos como los de Jerjes; pero á pesar de lo peligroso de una lucha contra todas las fuerzas de occidente, no quiso admitir en sus legiones á ningun soldado que no hubiese recibido el bautismo. Magnencio, antes de decidir la querella por las armas, envió á Marcelino y á Rufino para hacer proposiciones de paz. El emperador de oriente, escitado por el honor, contenido por el miedo, vacila, y no sabe si aceptarla ó desecharla. En esta incertidumbre creyó ver en la noche á su padre que le mostraba la sombra de Constante, y le decia: «Mira á tu hermano de-

gollado; véngale: no atiendas al peligro, sino á tu gloria: estermina al usurpador.» Alentado por esta vision, despide á los embajadores, declara la guerra, y marcha á Sárdica, donde le esperaba Vetranion con sus legiones, y le promete pelear con él contra Magnencio. Los dos emperadores conferencian acerca de las operaciones de la campaña, y se sientan en un cerrillo, sin armas ni guardias, enmedio de los dos ejércitos; cuando de repente, arrojando el velo de amistad con que habia encubierto Constancio su resentimiento, toma la palabra, y dice á los soldados de Vetranion: «Acordaos de la gloria y de los beneficios de mi padre: acordaos de vuestros juramentos. Todos jurasteis no reconocer mas príncipes que á sus hijos. ¿Conservareis por gefe al que ha nacido para obedecer? ¿Tantas discordias, guerras, homicidios y desastres no os han probado que el imperio no puede gozar de reposo sino bajo de un solo príncipe?» La memoria del gran Constantino, el temor de las discordias civiles, y el recuerdo de un juramento solemne, dan á estas palabras una fuerza repentina que se apodera de todos los ánimos. Levántase un grito unánime que proclama por solo emperador á Constancio. Vetranion, abandonado de su corte y amenazado por

su ejército, se arroja á los pies de su rival, ya su dueño, se despoja de la púrpura, é implora su clemencia. Constancio le conserva la vida, le lleva á su tienda, le da su mesa, y le dice para consolarle: «Solo pierdes un vano título que da bienes imaginarios y disgustos verdaderos: ahora vas á gozar en paz en la vida privada de una felicidad sin mezcla de amargura.» Vetranion le creyó, y vivió dichoso en Prusa, ciudad de Bitinia, seis años: cuando supo que Constancio, acometido por los persas y amenazado por Juliano, sufria todos los pesares inherentes á la suprema autoridad, le escribió: «¿Por qué no me imitas, y participas del venturoso retiro que me concediste?»

Constancio, antes de continuar su marcha, dió el título de césar á Galo su primo, el que escapó con su hermano Juliano de la matanza de su familia. Galo vivia entonces retirado en Jonia en una de sus posesiones. El emperador le casó con Constantina, la viuda de Annibaliano, y le encargó que defendiese las fronteras de oriente contra los persas. Magnencio dejó el mando de Roma á su hermano Decencio, á quien dió el título de césar: pasó en seguida los Alpes Julios, y marchó á Sirmio, donde Constancio convocaba entonces un concilio. Las vanguardias de los dos ejér-

citós tuvieron algunos reencuentros con vario suceso. Cuando Magnencio iba á pasar el Savo, recibió embajadores de Constancio que en presencia de su ejército le proponen, si abandona la Italia, que se le dejaria pacífico señor del resto de occidente. Magnencio se indigna de esta proposicion; pero sus legiones murmuran y parecen dispuestas á aceptarla. El finge ceder, gana tiempo, recobra su imperio sobre los ánimos, retiene prisionero al embajador de Constancio, se adelanta hácia el Dravo, entra en negociacion, y consigue que no se le incomode en su retirada. Sin embargo, el emperador, fiando poco de sus promesas, le sigue con precaucion, y se acampa cerca de Cibales, donde Constantino consiguió la primer victoria contra Licinio. Allí recibió á Ticiano, prefecto de Roma, embajador de Magnencio, cuya comision era intimarle que abdicase. Constancio le despidió con menosprecio. Este quebrantamiento de la tregua que acababa de firmarse, descontentó á algunos guerreros generosos, y entre ellos á Silvano, capitan franco, distinguido por sus hazañas, é hijo del famoso Bonito, que con su espada habia contribuido á las victorias de Constantino el grande. Silvano abandonó á Magnencio, y pasó á las banderas de su rival. El usurpador, mas irri-

tado que desalentado por esta desercion, continuó atrevidamente su campaña; ahuyenta la vanguardia enemiga, rodea el campo de Constancio, y se aprocsima á Sirmio. En fin, los dos ejércitos se dieron una batalla decisiva en las orillas del Dravo, cerca de Mursa. El emperador tenia 80.000 hombres : Magnencio 40.000, pero aguerridos y soberbios por sus numerosas victorias. Ambos gefes se mostraron indignos del honor que disputaban : Constancio por su debilidad, y Magnencio por su cruel supersticion, que le movió á inmolar á los dioses una víctima humana. Durante el choque de los ejércitos, Constancio estuvo en una iglesia con Valente, obispo arriano de Mursa. Desde este asilo, asombrado con el ruido de las armas, envió órden de suspender el combate y proponer un armisticio : sus soldados la desecharon con desprecio, y despues de una lid sangrienta penetraron en el ejército enemigo. Los vencidos, vueltos á reunir por Magnencio, instauran con ostinacion el combate. Largo tiempo estuvo incierta la victoria : en fin, la caballería de Constancio rodea el ejército enemigo, lo destruye casi enteramente, y se apodera de su campamento. Magnencio no logró escaparse, sino despojándose de la púrpura y vestido de esclavo. En esta jor-

nada perecieron 30.000 hombres de un partido y 24.000 del otro, lo que causó una grande diminucion en las fuerzas del imperio; porque Mursa fue el sepulcro de aquella antigua milicia, que era el antemural de Roma y el terror de los bárbaros. Entrambos ejércitos lloraron á sus mas valerosos oficiales, á Arcadio, Próculo, Marcelino y Rómulo. Constancio ignoraba todos estos sucesos; pero Valente, que habia tomado todas las precauciones necesarias para ser informado en secreto y con prontitud, anunció al emperador su victoria, fingiendo que un angel se la habia rebelado. Magnencio huyó á Italia, fortificó los pasos de los Alpes y se encerró en Aquileya. El emperador, al frente de su ejército, forzó los desfiladeros: Roma se alzó contra su tirano, y Magnencio se refugió en las Galias, abandonando á Italia y Africa sublevadas contra él. Cobarde en el infortunio, despues de haber pedido en vano á su enemigo que le perdonase la vida, envió asesinos al oriente para matar á Galo; pero descubiertos y castigados, no le produjeron mas fruto que la ignominia de un crímen intentado inútilmente. Los generales de Constancio marcharon rápidamente contra Magnencio, le alcanzaron cerca de donde hoy está Gap, le dieron batalla y

derrotaron las tropas, en que fundaba todavia algunas esperanzas. Huyó á Lugduno, donde sus propios soldados, viéndole sin recursos, lo pusieron en prision. El bárbaro, reducido á la desesperacion, vuelve contra sí y su familia el furor que habia inundado á Italia con la sangre de tantas víctimas. Saca su espada, degüella á su madre, á su esposa y á sus hijos, hiere á Desiderio su hermano, y se atraviesa el corazon. Murió de 50 años de edad, habiendo reinado 2. Su hermano Decencio supo su trágico fin en Agendico, y se ahorcó. Desiderio, cuya herida no fue mortal, imploró y obtuvo el perdon de Constancio, que á pesar de su cobardia quedó por el valor de sus soldados único señor de todo el imperio.

Deseando acelerar la caida absoluta del politeismo, esperimentó una resistencia ostinada de parte de los pueblos: en vano prohibió los sacrificios en los campos, y se vió obligado, aunque vedaba las ceremonias públicas, á tolerar el culto secreto. Hubiera querido derribar los templos gentílicos; pero estaban tan unidos á los recuerdos de la historia, que le fue preciso dar un edicto para impedir que se degradasen. Se habia quitado por orden del príncipe el altar de la Victoria, erigido por Augusto en la curia. Despues fue

restablecido, y los romanos conservaron mas tiempo esta divinidad que las otras. La imposibilidad de destruir tan prontamente errores envejecidos, obligó á Constancio á conservar sus títulos y una parte de sus privilegios á los pontífices gentiles. Al mismo tiempo aumentaba las riquezas y la autoridad del sacerdocio cristiano, y llegó á decir en el preámbulo de una de sus leyes, que «el ministerio de los altares era mas útil al estado que los servicios militares y civiles, y aun los de la agricultura:» espresion que no parecerá ecsagerada al que sepa que la primer necesidad de las naciones es la virtud.

Tiranía de Constancio y de Galo. (353.) Constancio casó con Eusebia, hija de un consular. Esta princesa era ingeniosa, diestra y llena de ambicion: Juliano, que le debió su elevacion, hizo el elogio de ella. Desde este matrimonio, las mugeres, alejadas de los negocios públicos por las antiguas costumbres, gobernaron el palacio, y por consiguiente el imperio. Hypacio y Eusebio, hermanos de la emperatriz, fueron omnipotentes en la corte, é hicieron que el arrianismo dominase. Reunióse en Mediolano un concilio, compuesto casi todo de obispos arrianos; y en esta época empezó á manifestarse entre ellos un orgullo, contrario al espíritu

del cristianismo. La mayor parte de estos prelados creyó que debia rendir sus homenages á la emperatriz. Leoncio, obispo de Trípolis, antes de hacerlo ecsigió que saliese á recibir su bendicion, y que estuviese en pie mientras él sentado, hasta que le permitiese tomar asiento. El emperador estuvo seis meses en las Galias para afirmar su autoridad en aquellas provincias; y en vez de restablecer el sosiego por medio de la clemencia, persiguió á los partidarios de Magnencio, dió oidos á los delatores, fue sanguinario y siguió las pisadas de los tiranos. Dado el primer paso en este despeñadero, no pudo detenerse: cada acto de rigor produjo nuevos descontentos, y nuevas crueldades. Oprimia y temia, y no podian probarle la adhesion á su persona sino por la delacion. Para ser criminal bastaba inspirar sospechas. Solo se perdonó á Ticiano y Paulo, los mas culpables de la tiranía de Magnencio. El último era célebre entre los mas famosos delatores: su industria para descubrir lo mas oculto y para envolver las víctimas en la red de sus intrigas, hizo que se le diese el sobrenombre de Catena. Este talento detestable le mereció el favor del emperador y el odio del imperio. El pueblo romano degradado sufria gimiendo el yugo de esta tiranía: el esceso de la in-

justicia solo escitó murmuraciones, y no hubo sedicion sino en algunos momentos de carestía. La supersticion se defendia mas que la libertad. Orfito, yerno de Simmaco, pagano celoso, siendo prefecto de Roma, se atrevió á reparar y volver á abrir un templo de Apolo. El imperio, débil á proporcion de las fuerzas que adquiria el poder arbitrario, era acometido por sus enemigos. Los francos y germanos invadieron y saquearon las Galias. Los judíos, haciendo el último esfuerzo para romper su yugo, se sublevaron, eligieron un rey llamado Patricio, atacaron á los samaritanos y destrozaron muchas cohortes romanas. Algunas legiones enviadas contra ellos dispersaron y despedazaron sus tropas. Los isauros y persas devastaban el Asia; pero Galo reprimió sus latrocinios, y arrojó de Mesopotamia á los sarracenos, tribu árabe. Este pueblo, nómade y guerrero, que vivia de la caza y de la leche de los ganados, comenzaba entonces á ser temible y célebre en el oriente.

Galo no imitó á los príncipes que educados en la escuela de la desgracia han sido en el trono modelo de reyes. Vespasiano, Trajano, Claudio II, Probo y Tácito gobernaron como habian deseado, cuando particulares, que los gobernasen. Pero él, aunque escapado de la matanza de su fa-

milia, y oprimido en sus primeros años, se mostró mas irritado que instruido por la desgracia, y fue tirano desde que ascendió al poder. Los lisongeros le pervirtieron. Constantina, su muger, hija de Constantino, y viuda de un rey, vengativa, codiciosa é implacable, inspiraba odio por sus crueldades, y desprecio por sus bajezas. Vendia el favor y la severidad de su esposo. Seducida por la oferta de un collar magnífico, hizo morir á Clemacio, gobernador de Palestina. La madrastra de este infeliz, como otra Fedra, lo acusó de incesto porque rehusaba satisfacer su amor criminal, y fue condenado sin ser oido. Los tribunales obedecian al temor, y los jueces eran esclavos bajo el gobierno de un tirano. Galo y sus favoritos se disfrazaban con frecuencia, y se mezclaban con el pueblo para espiar los pensamientos, animar á los indiscretos, hallar culpables, forjar conspiraciones y castigarlas. Solo el conde Talaso, prefecto del pretorio de oriente, se atrevia á resistir á Galo, á oponerse á sus injusticias, y á dar cuenta al emperador de las calamidades del Asia, que atribuia principalmente á la funesta influencia de Constancia, y á los consejos pérfidos de un sacerdote arriano, llamado Accio, por sobrenombre el Ateo.

Invasion de los alemanes. (354.) En

el consulado de Constancio y Galo reunió el emperador sobre el Arar un numeroso ejército para rechazar la invasion de los alemanes: estos fueron perseguidos hasta el Rhin: se esperaba que Constancio, aprovechándose de su terror, sostendria la gloria de Roma, vengaria las Galias, y penetraria en la Germania; pero en este tiempo una política poco sábia habia introducido muchos bárbaros en las legiones, y aun en los empleos importantes de palacio. Latino era conde de los domésticos: Agilon y Estadilon mandaban cuerpos de la guardia. Estos oficiales, abusando de su crédito, favorecieron la solicitud de los alemanes, que medrosos enviaron al príncipe una diputacion para pedir la paz. Sin embargo, el éesito de su legacion no parecia fácil; porque el ejército romano pedia la batalla. Constancio, cediendo al dictamen de su favorito, reune las legiones, y les dice: «Los reyes y pueblos se rinden á vuestro nombre, y os piden la paz. Vosotros dictareis mi respuesta; pero si oís mis consejos, acogereis á unos enemigos terribles que quieren convertirse en aliados fieles y ausiliares útiles, y preferireis las ventajas ciertas de una moderacion generosa á los frutos peligrosos de una victoria eventual y sangrienta.» El ejército aceptó la paz. Tal era entonces la

suerte deplorable del imperio : los emperadores, dominados por sus cortesanos y por los estrangeros, no consultaban al senado, oprimian los pueblos, y obedecian á las tropas.

Constancio, despues de firmado este tratado vergonzoso, volvió á Mediolano, donde supo los escesos de Galo y los desórdenes del oriente. Envióle órden de venir á Italia: Galo desobedeció, pretestando el peligro que correrian sus provincias en su ausencia. Constantina le escitaba á hacerse independiente; y el emperador, decidido á arruinarlo, le quitó poco á poco las tropas en que tenia mas confianza, y le envió por prefecto del pretorio á Domiciano, con el encargo de espiar su conducta. Este oficial cumplió su comision con altanería: Moncio, tesorero de oriente, á nadie obedecia sino á él, y privaba al jóven príncipe del dinero, nervio de toda potencia. Galo, no dando ya oidos sino á la violencia de su carácter, sublevó el pueblo y los soldados de su guardia contra los enviados del emperador, é hizo que los asesinasen: entregándose despues desenfrenadamente á sus resentimientos, persiguió sin piedad á todos los que las delaciones le presentaban como sospechosos. La codicia de sus validos llenaba las prisiones de víctimas: las sentencias de los

jueces no eran mas que proscripciones dictadas por los acusadores. El valiente y virtuoso Ursicino, general de la caballería de oriente, se vió obligado, so pena de la vida, á presidir aquellos tribunales infames. Constantina, oculta detras de una cortina, asistia á los juicios para acelerar la pena y desterrar de ellos la clemencia. El oriente gemia bajo este despotismo impetuoso: el terror helaba los ánimos: las víctimas perecieron sin atreverse á eshalar una queja, y hasta la desesperacion enmudeció. Solo el orador Eusebio, digno de la escuela de Cenon, ilustró su muerte con su intrepidez: hizo oir á sus verdugos la voz, por mucho tiempo desconocida, de la independencia y el grito de la virtud, y pereció como un romano. Ursicino, indignado de estas iniquidades, las puso en noticia del emperador. Constancio, cubriendo su resentimiento con el velo de la amistad, instó á Galo á que viniese á Italia, con el pretesto de darle el mando en aquella provincia mientras pasaba á las Galias para libertarlas de una nueva invasion. Galo, seducido por el cebo brillante que ocultaba proyectos homicidas, y resistiendo á los temores y consejos de su muger, se puso en marcha con una comitiva poco numerosa. Constantina le precedió, y murió en el camino: los suplicios de su con-

ciencia, y el conocimiento que tenia del carácter del emperador, su hermano, fueron causa de su enfermedad y de su muerte. Mientras mas adelantaba Galo en su viage, mayor era su incertidumbre entre el temor y la esperanza. Estadilon le sale al encuentro, le engaña con artificiosas promesas, lisongea su ambicion con la esperanza de favores quiméricos y de laureles imaginarios. Entretanto, algunas legiones descontentas de la severidad de Constancio ofrecen sus servicios á Galo, si consiente en detenerse en Tracia y esperarlas; pero se descubrió este designio, y se tomaron medidas eficaces, que impidieron á los diputados de la tropa abocarse con el césar. Este continúa su marcha: con el pretesto de rendirle homenages, se multiplican poco á poco en derredor suyo los cortesanos y emisarios del emperador: en fin, cuando llegó al Eno, rio del Norico, cesó todo disimulo: Barbacion y Apodemo aparecen al frente de un cuerpo de tropas, penetran en el palacio, despojan al príncipe de la púrpura, le obligan á subir en un carro, y le llevan á Flanona, ciudad de la Istria. Allí es interrogado por el eunuco Eusebio, y por Melobaudes, capitan de guardias; y cobarde, tanto como habia sido cruel, atribuye todos los escesos cometidos en Antioquía á los consejos

de su esposa : su pusilanimidad le envileció sin salvarlo : Sereniano , fiel ejecutor de las órdenes de Constancio, mandó cortarle la cabeza. Galo pereció á la edad de 29 años. Su muerte llenó de alegria á la corte de Mediolano ; pero no restableció la tranquilidad en Asia , donde la tiranía no hizo mas que cambiar de víctimas. Los delatores, siempre odiosos y siempre impunes , acusaron y trajeron ante los tribunales á todos los que eran adictos á Galo por la gratitud , el interes ó el temor. Ursicino, cuyo solo crimen era mostrar algunas virtudes en una época de corrupcion , y tener un mérito brillante en un siglo de decadencia, fue condenado á muerte ; pero en el momento de inmolarlo, Constancio, detenido por el temor de privarse de un capitan tan esclarecido, anuló la sentencia, y lo indultó. Al mismo tiempo Juliano , acusado de haber venido sin permiso á Nicomedia á ver á su hermano, sufrió un interrogatorio. Este príncipe generoso, evitando igualmente su deshonor si acusaba á Galo, y su perdicion si le disculpaba, se negó á responder, y ni las amenazas ni las promesas vencieron su prudente é intrépido silencio. Antioquía continuó siendo teatro de la injusticia y de la crueldad : los habitantes que asesinaron á los enviados del emperador, fue-

ron absueltos porque eran ricos; y en su lugar se entregaron por víctimas á la ira de Constancio un gran número de inocentes. En aquella ciudad desgraciada una queja, una voz escapada en la embriaguez, un sueño contado por imprudencia, se pagaba con la libertad ó con la vida.

Juliano, césar. (355.) No fue larga la paz vergonzosa del año anterior. Los alemanes tomaron las armas: las tropas de Constancio penetraron en Recia: su vanguardia, mandada por Arbecion, se adelantó imprudentemente, fue rodeada por el enemigo cerca del lago Brigantino, huyó y perdió diez tribunos y muchos soldados. Los bárbaros se acercaron al campamento é insultaron al emperador, que no se atrevia á darles batalla: muchos tribunos, indignados de aquella osadía, salen sin órden al frente de los soldados mas valerosos, caen sobre el enemigo, y lo desbaratan. El resto del ejército los sigue, dispersa y despedaza á los bárbaros, obliga al emperador á triunfar contra su voluntad, y termina la guerra.

Poco tiempo despues, Silvano, general de la infantería, que se habia hecho célebre en la batalla de Mursa, y cuyo nombre era terror de los francos, á los cuales debia su orígen, fue enviado á Galia para pelear contra ellos. Debió esta

comision importante á la envidia de Arbecion, que lo ensalzaba para arruinarlo. Dinamo, secretario de la caballería imperial y emisario de su rival, fingió aficionarse á él, y obtuvo cartas de recomendacion para muchos personages ilustres de la corte: borró todos los renglones de estas cartas, dejando ilesas las firmas, y puso frases que demostraban á Silvano criminal. Todos aquellos á quienes iban dirigidas las cartas, fueron presos. Malarico, franco de nacimiento, y comandante de la guardia estrangera, mostró descubiertamente su indignacion contra una alevosía tan infame, respondió de la inocencia de Silvano, manifestó cuán peligroso era ofender á un general tan hábil en la guerra como enemigo de las intrigas, y que no sufriria pacientemente tan grande injuria: pidió, en fin, que se le llamase para justificarse, y prometió quedar preso en su lugar hasta que Melobaudes lo trajese. A pesar de sus instancias, se envió á Galia á Apodemo, acostumbrado á oprimir la virtud, para que matase á Silvano. Entretanto una carta interceptada descubrió á Malarico toda la trama: se ecsaminan de nuevo las que habian ya parecido sospechosas: se averigua el artificio, vuelven á aparecer los vestigios de la escritura anterior, y se reconoce la inocencia de Silva-

no. Solo fue castigado un agente subalterno de esta intriga. Dinamo, autor del crimen, obtuvo el gobierno de Etruria. En el mismo tiempo Silvano, demasiado altivo para tolerar tal afrenta, y demasiado atrevido para esperar sin resistencia su condenacion, arenga á sus soldados, gana á los oficiales, levanta el estandarte de la rebelion, arranca una bandera de púrpura, se reviste de ella, y es proclamado emperador. El hombre de talento, que fue desfavorecido en los tiempos de tranquilidad, es llamado en los del peligro: el emperador encarga á Ursicino la guerra contra los rebeldes; pero acostumbrado á triunfar mas bien por el artificio que por la fuerza, engaña al enemigo que desea herir, finge ignorar su rebelion, y le escribe, que estando satisfecho de sus servicios, le confia un empleo mas importante, y envia á Ursicino para reemplazarlo en el mando de aquel ejército. Ursicino, acompañado de diez tribunos y de algunos oficiales de guardias, entre los cuales se hallaba el historiador Amiano Marcelino, llega á Colonia, y halla el poder de Silvano demasiado fuerte para emplear contra él la violencia. En aquellos tiempos de corrupcion habia pocos hombres capaces de conservar la nobleza de carácter en circunstancias delicadas. Ursicino, degra-

dando el suyo, aparentó adherirse al partido de Silvano, y adoptar sus resentimientos; y así ganó su confianza. Sin embargo, el tiempo volaba, y era fuerza ó destruir al rebelde, ó declararse por su causa. Algunos oficiales sobornados, y un cuerpo de galos seducido, se reunen de noche, marchan al palacio, degüellan la guardia, y asesinan á Silvano en una capilla donde se habia escondido. Ursicino lamentó su triste victoria: conoció demasiado tarde, que la legitimidad de una causa no justifica la vileza de los medios que se emplean para favorecerla, y que no hay laureles que no marchite la traicion. La lisonja prodigó alabanzas á Constancio, pero inútiles y de ningun precio en una corte donde la censura era criminal y el silencio sospechoso. Se castigó á los amigos de Silvano: sus soldados se desmandaron. Ursicino quedó en Galia con el título de comandante; pero Constancio, que le temia, no le envió tropas. Desguarnecidas las fronteras de toda defensa, porque el emperador temia á sus generales tanto como á sus enemigos, las Galias fueron inundadas de una multitud de francos, sajones y alemanes que pasaron sin ostáculo el Rhin, y se apoderaron de 45 ciudades.

Entonces su muger Eusebia, triunfan-

do de los temores del emperador, le determinó á que revistiese de la púrpura á Juliano. Este príncipe jóven era la esperanza de los gentiles y el terror de los cristianos. Unos le han pintado como un héroe, otros como un mónstruo. Tuvo grandes defectos y grandes prendas, y justificó con sus acciones una parte de los elogios de sus amigos y de las acusaciones virulentas de sus enemigos. Sin juzgarle por las apologías de Libanio y por las invectivas de san Gregorio Naçianceno, es facil estudiar su carácter, atendiendo á su posicion, su conducta, sus leyes, sus palabras y sus escritos. Cuando todavia estaba en la cuna una feliz casualidad hizo que escapase de la matanza de su familia; pero el homicida Constancio no le dejó la vida, sino para tenerle en perpétua servidumbre; y asi estuvo casi siempre cautivo en su infancia y en los principios de su juventud. Su hermano Galo, poco despues de ser elevado á la dignidad de césar, pereció víctima de los rigores del emperador. Este príncipe no solo queria ser dueño de la vida de los hombres, sino tambien de su conciencia, y ecsigia que todos sus súbditos adoptasen la misma religion y los mismos errores del arrianismo que él profesaba. Juliano, dotado de una imaginacion viva y de un genio ardiente, se ha-

bia entregado en su largo retiro al estudio de las letras, de la historia y de la filosofía, única distraccion de los espíritus grandes cuando estan ociosos, único alivio de las almas generosas cuando son desgraciadas. Los estudios elevaron sus ideas y fortificaron su carácter, inspirándole admiracion á los hombres grandes y á las virtudes severas de los tiempos antiguos, mucho respeto á la justicia, y vehemente amor á la gloria y á la independencia. Veia con un profundo sentimiento la decadencia del imperio, el abatimiento del senado, la servidumbre del pueblo, la codicia de los grandes, la bajeza de los cortesanos, la insolencia de los eunucos y libertos, las esacciones de los intendentes y gobernadores de provincia, la relajacion de la disciplina y las derrotas de los ejércitos. El lujo y la molicie de la corte le inspiraban un justo desprecio; y no podia comprender por qué cuando el imperio, acometido por todas partes de los bárbaros, amenazaba ruina, no entendia el emperador sino en discutir con los obispos sectarios que frecuentaban su palacio, corrompidos por la ambicion y las riquezas, los medios de hacer triunfar su doctrina.

Persuadióse, pues, erradamente, porque el ejemplo de Constantino probaba lo

contrario, que la gloria del imperio era inseparable del antiguo culto, y que la nueva religion, destruyendo las grandes y heróicas ilusiones del gentilismo, habia quitado á la república su principal apoyo. Juliano era un ciudadano de la antigua Roma, trasportado violentamente á la nueva: era el alma de Caton, de Escipion ó de Marco Aurelio, que habitaba en el cuerpo de un príncipe de la corte de oriente. Estos sentimientos, comprimidos por el temor, llegaron á ser pasiones enardecidas: la disimulacion á que se vió obligado, aumentó su violencia. Olvidó que es imposible resucitar los prestigios ya destruidos y una religion moribunda, ó volver atras un rio, ó restituir un pueblo envejecido en la degradacion al dominio de las virtudes primitivas (1). Su firmeza podia retardar la caida del imperio; mas no regenerarlo: era necesaria una reforma y no una revolucion. Pero Juliano estaba harto apasionado para distinguir los principios de los abusos; y en la

(1) *Solo la religion cristiana, dando una nueva base á la civilizacion, podia establecer el imperio, no de la virtud conquistadora y falsa de los antiguos romanos, sino de la bienhechora y verdadera. (N. del T.)*

ceguera de su odio confundió el culto moral del Evangelio con la locura de las sectas. Su aversion al cristianismo le hizo olvidar la tolerancia que aconseja siempre una sábia política. El que debia ser gefe del imperio, lo fue de un partido: su desprecio á algunas fábulas adoptadas por la credulidad popular le precipitó en las supersticiones antiguas. Negó los misterios y creyó los auspicios, los oráculos y la mágia: no hizo nada estable, porque quiso mudarlo todo, y su efímera revolucion no duró mas que el corto intervalo de su vida. Como administrador, juez y guerrero, Juliano, semejante á Trajano y á Marco Aurelio, fue un grande hombre; pero su legislacion religiosa, mezcla estravagante del deismo, de la doctrina de Platon y del politeismo, le hizo ridículo, y la persecucion contra los cristianos odioso hasta tal punto, que los enemigos adquiridos por su injusticia, no quisieron reconocer en él ninguna de las grandes cualidades que poseia. En su juventud, no atreviéndose á contrariar las órdenes de Constancio, las eludió; y no pudiendo asistir á las lecciones del retórico gentil Libanio, estudió sus escritos. Confinado á Pérgamo, halló en aquella ciudad astrólogos y mágicos, tales como Edeso, Máximo y Jámblico: estos subyugaron su ima-

ginacion y sedujeron sus ojos con prestigios, de modo que le hicieron creer haberle puesto en comunicacion con los dioses, y que las deidades le aconsejaban en sueños: le parecia distinguir en la voz si el que le hablaba era Júpiter, Minerva, Apolo, Diana ó el genio de Roma. Informado Constancio de su inclinacion á la idolatría, encargó á Accio, obispo arriano, que vigilase su conducta. Juliano, con un disimulo muy raro en su edad, pero muy comun bajo el despotismo, engañó á aquel ardiente sectario y sutil orador. Afectando mucho celo por la religion, cuya ruina meditaba, tomó el hábito de monge, é hizo en la iglesia las funciones de *lector*. El peligro en que se hallaba no disculpa un artificio tan indecente. Despues de la muerte de Galo le tuvieron preso en un castillo siete meses. El camarero Eusebio no cesaba de instar á Constancio á que le mandase matar, diciendo que era una imprudencia dejar vivo á un príncipe, el cual tarde ó temprano querria vengar su familia. La emperatriz Eusebia, que se interesaba por él, le salvó y le obtuvo el permiso de ir á Grecia á concluir sus estudios. No se podia elegir un destierro mas suave ni una mansion mas agradable para Juliano: Grecia era patria de los poetas, á quienes amaba, de los filósofos que admiraba, y

de los dioses que adoraba en secreto. Su memoria prodigiosa, su intensa aplicacion, la vivacidad de su espíritu y la estension de sus conocimientos, admiraron á los sofistas y oradores de Atenas. San Gregorio y san Basilio estudiaban entonces en la misma ciudad: Juliano, obligado á ocultar sus opiniones, leia con ellos, aparentando sumo ardor, los libros sagrados. Estos padres de la Iglesia le echaron en cara despues su hipocresía, aunque forzada. San Gregorio dice, que Juliano tenia ojos vivos, cejas arqueadas, boca grande, el labio inferior caido, el cuello grueso y encorvado, espaldas anchas, cuerpo bien proporcionado, cabellos anillados, barba erizada y en punta. Su estatura era pequeña, su fisonomía maligna y burlona, su mirada incierta, su andar vacilante: hablaba aprisa, y gustaba de hacer muchas preguntas que se sucedian unas á otras con rapidez. Á pesar de sus demostraciones de piedad, los paganos, enamorados de su ingenio, hacian votos porque ascendiese al trono; y san Gregorio, penetrando sus verdaderas opiniones por entre el velo religioso con que las disimulaba, escribia á sus amigos: «Este príncipe será enemigo de la religion: es un mónstruo que el imperio alimenta en su seno. ¡Plegue á Dios que yo sea falso profeta!» Los historiado-

res cristianos describen menudamente los artificios que se empleaban para hacerle creer que estaba en comunicacion con los dioses. Se hizo iniciar en los misterios de Eleusis, que duraron todavía 40 años, es decir, hasta la invasion de Alarico.

Juliano tenia 24 cuando Constancio le envió órden de venir á Mediolano para vestir la púrpura. Recibió este decreto como una sentencia de condenacion: preferia entonces los placeres del estudio á las ilusiones del poder, y sentia sinceramente perder la corte tranquila de oradores y filósofos que le rodeaban, y las sombras pacíficas de los jardines de la academia. Temeroso de ir al palacio del homicida de su familia, corrió al templo de Minerva, se prosternó al pie de sus altares, y la suplicó que velase por su vida. Al mismo tiempo agitaban otros temores y cuidados el ánimo de Constancio: solicitado por la emperatriz á favorecer á Juliano, alarmado por las representaciones del pérfido Eusebio, su camarero y enemigo jurado de aquel jóven, vacilaba en si debia matarle ó coronarle. Eusebia fijó su incertidumbre, diciéndole: «Los negocios interiores del imperio ecsigen toda tu atencion. Los sármatas y godos que pasan el Danubio, los persas que invaden el oriente, van á emplear todas tus fuerzas. No

bastas solo á tantos cuidados. Las Galias estan en peligro, acometidas por los francos y germanos. Envia á Juliano contra ellos: si vences, tendrás la gloria de su triunfo: si sucumbe, quedarás libre de un enemigo.» Cuando supo que el príncipe habia llegado á las cercanías de Mediolano, el emperador declaró públicamente la resolucion de nombrarle césar: noticia que escitó la sorpresa y las murmuraciones de los eunucos y libertos, temerosos de la elevacion de un príncipe hábil y que los despreciaba. Habiendo recibido órden de venir á palacio para habitar en él, se presentó sin haber consultado á los dioses, tan triste como un reo conducido al cadahalso. Cuando se le hizo la barba y se le quitó la capa de filósofo, tan ridícula en la corte, para ponerle el trage guerrero de los césares, su cortedad y silencio, sus ojos bajos, su ademan triste y pensativo le grangearon algunos sarcasmos de los cortesanos corrompidos. Como este príncipe atendia mas á los infortunios que al esplendor del supremo poder, suplicó á su tio que le libertase de la carga y le dejase vivir enmedio de sus amados libros, preferidos por él entonces al bullicio del mundo. Constancio le dijo que antes de tomar definitivamente un partido tan poco conveniente á su cuna, hablase con-

Eusebia. Esta emperatriz conjuró á Juliano que renunciase á su selvática filosofía, contraria á los deberes que le inspiraba la virtud: le hizo entender cuán preferible era vencer las dificultades á huirlas; que sus estudios serian infructíferos, si solo los aplicaba á vanas especulaciones; y que llamado á trabajar en la salvacion del imperio, no podia sin infamia renunciar á este cargo. El príncipe cedió á sus instancias. En esta época no se ecsigia ya para nombrar un césar el consentimiento del pueblo y del senado; pero se consultaba todavía al ejército, porque el imperio era una especie de república militar. Constancio, rodeado de los grandes, generales y principales dignatarios, y en presencia de la guardia y de las legiones, anunció que si las tropas lo aprobaban, daba á Juliano el título de césar. Los soldados manifestaron su adhesion dando con las rodillas contra los escudos. «Príncipe, dijo el emperador, recibe la púrpura de tus antepasados: toma parte en mi autoridad y en mis peligros: arroja á los bárbaros de Galia: sana las heridas que afligen aquel desgraciado pais: anima con tu ejemplo las tropas y consérvalas con tu prudencia: hallen en tí un gefe intrépido para llevarlas al combate, un apoyo seguro en sus necesidades,

un ilustre testigo de sus hazañas. Sé modelo y juez de su valor. Yo te miraré siempre como si estuvieses sentado junto á mí en el trono: mírame tú como si te acompañase en los peligros. Ve, césar: lleva contigo la esperanza y los votos de los romanos, y defiende valerosamente el puesto que te confian.» A estas palabras sucedieron aclamaciones universales, que hizo mas enérgicas el aspecto del nuevo césar, admirable por su ademan guerrero, su semblante sereno y sus miradas llenas de ardor: subiendo despues en el carro del emperador, entró con él triunfante en la ciudad; mas no olvidando enmedio del tumulto de los curiosos y los homenages de un pueblo inconstante, las vicisitudes de las cosas humanas y el fin trágico de tantos príncipes que empezaron como él con aplausos, aplicaba á su situacion los versos de Homero en que compara la púrpura de los reyes al lienzo mortuorio de los cadáveres. Eusebia, para completar su obra, hizo que se le diese por esposa á Helena, hermana de Constancio; pero de todos los dones de la emperatriz, el que recibió con mas gratitud fue una biblioteca numerosa, apreciada por él como remedio de los males y consuelo en los infortunios de la grandeza. No tardaron mucho en hacerle sentir el peso de su elevacion. Constancio co-

menzó á temerle desde que le hubo ensalzado. El nuevo césar no fue mas sino el primer esclavo de palacio, donde el emperador le detenia cautivo. Guardábase su puerta cuidadosamente: registrabase á los que entraban en su cuarto, para ver si traian cartas. Con el pretesto de formarle una corte, fueron despedidos sus criados y reemplazados por espías. De los hombres elegidos por él solo conservó á Oribaso, su médico, y fue porque ignoraban que era su amigo. Al mismo tiempo que se le encargaba el gobierno peligrosísimo de España, Britannia y Galia, se le quitaban todos los recursos para la victoria: parecia que se temian sus triunfos mas que sus derrotas. Los generales tuvieron encargo de vigilar á su gefe mas que á los enemigos: las legiones debilitadas é intimidadas por una larga serie de reveses, no recibieron refuerzos: se limitó la autoridad del príncipe, y se le negó la facultad de distribuir grados y recompensas. Salió de Milan con 300 hombres de escolta; Constancio, que le acompañó hasta Ticino, supo en el camino la toma de Colonia por los bárbaros, y la ocultó á Juliano. Separaronse al fin; y el césar corriendo á los peligros, creyó acercarse á la libertad conforme se desviaba de la corte. Los galos le recibieron con entusiasmo; y una muger de

Viena, ciega y fanática, le predijo que ensalzaria el imperio, y restableceria el culto de los dioses.

Juliano, al entrar en su nueva carrera, tomó por modelos á Marco Aurelio en el gobierno, y á Alejandro en la guerra. Marchaba con las tropas á pie, descubierta la cabeza, arrostrando la inclemencia de las estaciones, sin mas cama que una piel estendida sobre el suelo: comia el mismo alimento que el soldado: sufria como él la fatiga; asistia á sus trabajos, y se entregaba con ardor á los ejercicios militares. Uno de ellos era la danza pírrica; y un dia que la estudiaba, no pudo dejar de esclamar: «¡Qué oficio este para un filósofo!» Cuando concluidos los trabajos de la guerra gozaban las tropas de reposo, Juliano se dedicaba á los cuidados de la administracion y de la provision del ejército, á la reforma de los abusos, y á la reparacion de las injusticias. Este príncipe infatigable empleaba gran parte del dia en estudiar á Polibio y á César, en meditar sus planes de operacion, y su recreo era la lectura preferida de los filósofos. Aunque profesaba públicamente el culto cristiano, ofrecia en secreto sacrificios á los dioses. Aborrecia á Constancio como á enemigo de los filósofos y del gentilismo, y como á esterminador de su familia, y se veia obligado á manifestar-

le gratitud y adhesion. Esta dependencia, á la cual habia querido en vano sustraerse, le puso en la necesidad de alabar en público, segun el uso, por dos ocasiones, las virtudes de un emperador á quien aborrecia, y los talentos de un hombre cuya incapacidad despreciaba. Mientras que rodeado de escollos buscaba los medios de salvar las Galias, triunfando de los ostáculos que le oponian el valor de los bárbaros y la envidia de Constancio, este emperador se empeñaba cada vez mas en la causa del arrianismo. Mandó á Filipo, prefecto de oriente, que echase de su silla á Paulo, obispo católico de Constantinopla, y pusiese en su lugar al heresiarca Macedonio. Paulo, preso por los soldados, fue cargado de cadenas y conducido primero á Emesa y despues á Capadocia, donde se le dió muerte con un dogal. Los ciudadanos, indignados por esta injusticia, se reunieron amotinados en la iglesia de Constantinopla: todo el pueblo se sublevó; pero impotente contra la fuerza organizada, fue desbaratado y dispersado por las tropas de Filipo; y Macedonio, protegido por ellas, pasó sobre 3000 cadáveres para subir á la silla episcopal.

Nueva persecucion contra san Atanasio. (356.) Constancio, habiendo convocado un concilio á su palacio de Mediola-

no, propuso en él una profesion de fe enteramente arriana: los obispos católicos la desecharon como herética y se negaron á firmarla. Opusiéronse tambien á la condenacion de Atanasio, de quien el príncipe se declaró acusador. «Los cánones de la Iglesia, decian, prohiben condenar á un hombre sin oirle.» «No hay mas cánones que mi voluntad, replicó el emperador: elegid entre la obediencia ó el destierro.» Muchos resisten y quieren responder: Constancio enfurecido saca la espada, quiere herirlos, manda que los lleven al cadalso. Parten sin replicar: el emperador muda de dictámen, los llama, condena al destierro á tres de ellos y presenta á los demas para que la firmen, la destitucion de Atanasio. Algunos la firman por miedo: el mayor número persevera en su resistencia y se retira á la Iglesia: El eunuco Eusebio entra en ella al frente de un piquete de guardias, y prende á 150 personas á pesar de las amenazas y represiones de san Hilario, obispo de Pictavios, prelado venerable, tolerante, caritativo, pero firme é independiente: en esta ocasion combatió el despotismo imperial con una libertad verdaderamente cristiana.

Constancio encargó á Eusebio que fuese á Roma á eshortar al papa Liberio para que firmase la condenacion de Atanasio:

envióle con él presentes magníficos. El Papa se negó á firmar, é hizo arrojar fuera de la Iglesia los regalos. El príncipe irritado mandó á Leoncio, prefecto de Roma, que prendiese al Papa y lo enviase á Mediolano. Este orden se ejecutó á pesar de los esfuerzos del pueblo por conservar su santo prelado: Leoncio engañó la vigilancia pública, y sacó al Papa de noche. Liberio llegó á Milan, no cedió al poder ni á la ira del emperador, y fue desterrado á Tracia. Constancio, por miramiento á su dignidad y para preservarlo de la indigencia, le envió 500 monedas de oro. «Volved ese dinero al emperador, dijo el Papa al oficial que se lo entregaba: lo necesita para pagar sus tropas.» Los arrianos de Roma eligieron á Felix por su papa, y persiguieron á los católicos con tanto furor como en otro tiempo los paganos. San Atanasio decia: «Su violencia es prueba de su error, porque la verdad no conoce mas armas que la persuasion.» El emperador queria derribar esta columna de la fe, y sin embargo no se atrevia á violar manifiestamente la palabra dada por él de no sentenciarlo sin oirle. Para eludirla, encargó á sus ministros que le echasen de Alejandría; pero no les dió órdenes por escrito. Los egipcios, en defensa de su pastor, resisten: el duque Siriano, al

frente de 5000 legionarios, los acomete y destroza, y penetra á mano armada en la Iglesia: el pueblo, arrostrando la muerte liberta al obispo de la furia de los soldados. Atanasio, amado de los suyos, encontró asilos en todas partes: una virgen le ocultó durante muchos dias. El conde Heraclio amenazó al pueblo, que no dejaria entrar víveres en la ciudad, si no abandonaban á su obispo. El temor obligó á muchos á firmar: la Iglesia fue saqueada, y los egipcios gentiles gritaban: «¡viva el emperador Constancio que se ha convertido á nuestra religion! ¡Vivan los arrianos que ya no son cristianos!» Los arrianos eligieron por obispo á Jorge, el cual en vez de calmar las pasiones de su partido, añadió leña al fuego. La venganza fue tan cruel como larga habia sido la resistencia: muchos católicos perecieron, y las mugeres arrianas, semejantes á Ménades enfurecidas, entregaban á las católicas á los mas violentos ultrages. Atanasio huyó á los desiertos, y encontró en las soledades de Antonio y Pacomio un abrigo seguro é ignorado. En esta misma época apareció la heregia de Macedonio, que negaba la divinidad del Espíritu Santo.

Mientras que el furor del arrianismo degradaba la dignidad imperial, comprometia el poder del príncipe, y ensangren-

taba á Roma, Constantinopla y Alejandría, Juliano, estudiando en Viena la ciencia militar, llegó á ser superior á sus maestros. Despues de haber reunido sus fuerzas, restablecido el órden en la administracion y la disciplina en las tropas, oido las quejas, reprimido las concusiones y mitigado los impuestos, se puso en marcha para libertar las Galias de los bárbaros que las saqueaban. Protector en secreto de los gentiles, neutral entre católicos y arrianos, severo con los grandes, familiar con el soldado, afable con los galos, amado de los filósofos y oradores, que llamaba de todas partes á su corte, se habia grangeado el afecto universal. Disputando con los sabios, haciendo versos con los poetas, juzgando con los magistrados y combatiendo con los guerreros, se veia en su corte la misma mezcla que en su carácter. Las capas de los filósofos se confundian con los yelmos de los militares, y en su palacio habia á un mismo tiempo tribunal, corte, campamento, iglesia, templo antiguo, escuela y academia. Su aversion á los placeres habria disgustado á los afeminados moradores de Antioquia y Bizancio; pero le ganó la estimacion de los galos. Su mansedumbre, instruccion, valor y gravedad hicieron olvidar á Constancio, y transfirieron á Galia la magestad verdade-

ra del imperio. La sombra de Roma antigua parecia estar á su lado y complacerse en oir graves discursos y sentencias justas, en ver ciudades reedificadas y campos cubiertos de ricas mieses ó de trofeos gloriosos. La intencion de Constancio era dejarle solamente un vano título, y que Marcelino ejerciese el poder: por eso le habia rodeado de infames cortesanos que le apartasen de los negocios y de toda empresa arriesgada; pero Juliano, sordo á sus consejos pusilánimes, y despreciando la sobrevigilancia de Marcelino, se puso al frente de un cuerpo de tropas, poco numeroso á la verdad, pero cuyas fuerzas y valor dobló con su ejemplo. Marchó contra los bárbaros: en los primeros dias, con mas ardor que prudencia, se dejó sorprender, y su retaguardia sufrió alguna pérdida; pero este pequeño revés le fue mas útil que si hubiera empezado por una victoria. Desde entonces observó precauciones, evitó los lazos, no marchaba sin reconocimientos anteriores, y juntó la prudencia de un capitan veterano á la intrepidez de un guerrero jóven. Atacado en todos los puntos por una gran multitud de alemanes y germanos, los rechazó, avanzó siempre combatiendo y persiguiendo á los enemigos hasta Remos, donde reunió todas las legiones. Entonces sin perder

tiempo marchó al Rhin, y dió batalla á los enemigos cerca de Brumato: la táctica romana triunfó de la intrepidez de los bárbaros, que rodeados y deshechos, despues de haber perdido mucha gente se refugiaron á las islas del rio. Al mismo tiempo amenazaban los jutongos á Italia: las tropas de Constancio marcharon á Recia contra ellos. Juliano por su parte los atacó á retaguardia, subiendo rápidamente el rio hasta Augusta de los Rauracos. Aquellos bárbaros, espantados de su resolucion, y viéndose entre dos ejércitos, firmaron la paz. El nuevo césar, restablecido el honor de las armas romanas, puso sus cuarteles de invierno en Agendico. La Germania era entonces un semillero de soldados, y salian á cada instante de ella enjambres, cuya procsimidad no se sabia sino por los incendios y devastaciones que causaban. Ni tenian sistema en su política ni método en sus operaciones militares. Las invasiones eran cortas y violentas: dejaban las armas y las volvian á tomar con igual facilidad, y era imposible establecer con ellos una paz sólida. Cuando se les creia mas tranquilos penetraron repentinamente en Galia, y sitiaron á Juliano en Agendico. Marcelino, oyendo solo la voz de su infame envidia, le dejó sin socorros. Pero como en el peligro se mues-

tra la superioridad de las grandes almas, Juliano, abandonado á sus propias fuerzas, en lugar de mantenerse tímidamente á la defensiva, atacó á sus numerosos sitiadores, los engañó con falsas acometidas sobre un punto, reunió todas sus fuerzas en otro, desbarató á los bárbaros, hizo en ellos espantosa carnicería, los ahuyentó, y los obligó á pasar el Rhin. Marcelino, que deseando arruinarle no logró mas que aumentar su fama, fue llamado á la corte. Mientras que la gloria romana resucitaba en Galia, Constancio, gobernado por Rufino, prefecto del pretorio, por Arbecion, general de la caballería, y por el eunuco Eusebio, ejercia el mas imbécil despotismo. El temor le hacia cruel y multiplicaba las acusaciones: una palabra imprudente, una queja eran crímenes de lesa magestad. Sin embargo, envanecido por algunos triunfos de sus armas en Recia, y victorioso en el Rhin por el valor de Juliano, creyó que merecia entrar triunfante en la capital del mundo, donde nunca habia estado. El senado y pueblo salieron á recibirle. Admirando como viagero las antigüedades de Roma, vió con respeto los grandes monumentos de gloria que encerraba aquella ciudad. Tomó asiento en el senado, y ocupó el puesto que habian ilustrado Caton, Pompeyo, César y Augusto. Se mostró en

el foro, y arengó al pueblo desde la tribuna, donde habia resonado en otro tiempo la voz de Ciceron. A pesar de su odio al antiguo culto, vencido por las memorias de la antigua Roma, confirmó los privilegios de las vestales, y aun confirió sacerdocios á algunas personas distinguidas por su dignidad y nacimiento. En fin, hizo celebrar juegos solemnes, segun la costumbre romana, en todo el imperio; y para embellecer la capital con un monumento nuevo, hizo traer de Egipto á mucha costa un obelisco, que se ve todavía en la plaza de san Juan de Letran.

Los católicos lamentaban la ausencia del papa Liberio, depuesto arbitrariamente; y las damas romanas se presentaron al emperador, y con sus ruegos é instancias consiguieron la restitucion del prelado. Liberio volvió á Roma; y engañado firmó una profesion de fe, en la cual se ocultaba la heregía arriana, bajo fórmulas ortodoxas. Helena, muger de Juliano, tuvo varios hijos que murieron apenas nacian, y despues quedó estéril. La calumnia, que siempre persigue á los grandes, no perdonó á Eusebia, é hizo creer que esta emperatriz infecunda, envidiosa de su cuñada, le habia dado bebedizos para ponerla incapaz de dar sucesores al imperio. No se puede conciliar semejante crimen con la idea

que la historia nos da del carácter virtuoso de aquella emperatriz, que siempre se opuso á las pérfidas intrigas del camarero mayor y de sus partidarios contra Juliano. Siempre fue la protectora de este príncipe: consiguió que se le aumentase la autoridad de que usaba tan hábilmente: hizo que se destituyese á Marcelino, y que se le diese por sucesor en el mando de las tropas á Severo, general esperimentado, incapaz de envidia, y digno de ser el segundo de Juliano; mas no pudo quitar la prefectura de Galia á Florencio, cuya bajeza, orgullo y codicia se oponian constantemente á todas las reformas saludables que proyectaba el príncipe en la administracion de sus provincias. A pesar de estos ostáculos logró Juliano por su perseverancia todos sus designios, ausiliándole para ello un galo, llamado Salustio, hombre ilustrado, animoso y fiel: merecia la confianza del príncipe, y este era digno de tenerle por amigo. Para libertarse de las sorpresas de los bárbaros, estableció en la línea del Rhin postas y correos que comunicaban las noticias con suma rapidez. Sin embargo, los germanos pasaron las fronteras y penetraron hasta Lugduno. Juliano reunió las legiones, marchó contra ellos, y los destrozó. Había destacado tres cuerpos para cortarles la

retirada; y no se hubiera escapado un solo enemigo, si Barbacion, general de Constancio, que estaba en Augusta de los Rauracos con 20.000 hombres, faltando á su deber, no hubiese dado paso á los alemanes. Al mismo tiempo acusó de traicion y enganche á Valentiniano, general que le habia llevado la carta en que el césar le invitaba á unirse á él contra los bárbaros. Constancio, sin ecsaminar el hecho, destituyó á Valentiniano, á quien la fortuna, que entonces le oprimia, le guardaba el trono imperial. Juliano, no queriendo dejar tiempo á los anemigos para rehacerse, determinó pasar el Rhin, y pidió buques á Barbacion; mas como este los rehusase, se vió obligado á esperar que con los grandes calores bajasen las aguas del rio: entonces atravesó uno de sus brazos, sorprendió á los bárbaros que se habian dispersado en las islas, y mató un gran número de ellos. Los demas cargaron sobre Barbacion, lo derrotaron, y le dieron de este modo el castigo de su alevosía.

Batalla de Argentoracto. (357.) Entretanto siete reyes alemanes, indignados de ver libre la Galia, y las armas de Roma vigorizadas, reunen sus naciones, se acercan á Argentoracto (hoy Strasburgo), y mandan insolentemente á Juliano que evacue aquella frontera. Chnodomario

era el Agamenon de aquella confederacion bárbara. El príncipe, deseoso de atraerlos á la llanura de Argentoracto, les deja pasar el Rhin, sale de Saverna, y se acampa á la vista del enemigo. Los soldados querian combatir; el príncipe, teniendo por mas conveniente que reparasen sus fuerzas con el descanso, procura calmar su ardor. «Cuanto mas aprecio, les dice, vuestro denuedo, mas avaro debo ser de vuestra sangre: no querais con la precipitacion comprar cara una victoria cierta. No es el valor la única prenda del guerrero: si se muestra altivo contra el enemigo, debe ser modesto con sus camaradas y dócil á su general. Puedo daros órdenes; mas prefiero la persuasion al mando. El dia va cayendo: la noche, poniendo fin al combate, os impedirá completar la victoria. Habeis caminado por arenales encendidos: estais en un terreno interrumpido por ramblas y arboledas: el enemigo ha cobrado fuerzas con el descanso: una larga marcha ha disminuido las vuestras: mi opinion es que nos atrincheremos con prudencia para pelear mañana con intrepidez. Cobremos vigor por medio del alimento y del sueño: al rayar el dia atacaremos y venceremos á los bárbaros.» Queria proseguir; pero los soldados impacientes le interrumpen, braman de ira, dan en los es-

cudos con las lanzas, y gritan pidiendo la batalla. Enmedio del tumulto un alferez alza la voz, y dice: «Marcha, césar feliz: sigue á la fortuna que te convida. A nuestra frente van el valor y la prudencia: tú verás lo que pueden los soldados romanos si los manda un hábil capitan, que inspira, juzga y recompensa las grandes hazañas.»

Juliano cede á los votos del ejército, y se pone al frente del ala derecha, opuesto á Chnodomario: el ala izquierda era mandada por Severo, al cual se oponia el ala derecha de los enemigos á las órdenes de Serapion. Habian colocado entre sus escuadrones infantería ligera, que en el combate debia introducirse entre los caballos romanos y desjarretarlos. Dada la señal, Severo avanza el primero, descubre á tiempo entre los pantanos una celada en que iba á caer, y se detiene. Cuando los dos ejércitos oscurecian el aire con una nube de flechas, Juliano al frente de 200 caballos corre por las filas y esclama: «Animo, camaradas: este es el momento que habeis deseado. La esperanza de dia tan glorioso me movió á aceptar el título de césar. Volved al nombre romano su antiguo esplendor: oponed al furor ciego de los enemigos un valor mas constante y sereno, y pensad que solo la victoria justi-

ficará vuestra impaciencia.» Los alemanes enfurecidos de que los romanos los hubiesen echado de Galia, decididos esta vez á vencer ó á morir, y temiendo que sus reyes los abandonasen al primer revés, exigen de ellos que participen en la accion de todos los peligros, y los obligan á pelear á pie. Entrambas masas se acercan en órden: sus filas apretadas parecian muros erizados de lanzas: chócanse con horrible estruendo: una nube de polvo los cubre, y envuelve con su sombra hazañas dignas de verse á la luz del sol. Severo halla paso por las lagunas, rodea el cuerpo emboscado, ataca á los alemanes, y despues de violentos esfuerzos los derrota y pone en huida. En la parte opuesta era la fortuna menos favorable á los romanos: 600 ginetes del ala derecha, en los cuales tenia mas esperanza Juliano, despues de una lucha ostinada, pierden á su gefe, se atemorizan y desmandan, y caen desordenados sobre la infantería. El enemigo los persigue con ardor. Juliano, viendo esta confusion, acudè á toda brida, reconócenle en la brillante bandera que le sigue, y en el dragon de púrpura que lo adorna: «¿Adónde huis, soldados? esclama enfurecido: no hay asilo para los cobardes: todas las ciudades les cerrarán sus puertas. Si quereis recobrar vuestra gloria, seguid-

me: si quereis huir, pasad sobre mi cadáver; porque perderé la vida antes que el honor.» Avergonzados de su cobardía se reunen, vuelven contra los bárbaros que atacaban ya el flanco de las legiones. La pelea fue espantosa, deseando unos reparar su ignominia, y ostinándose los otros á no perder el terreno que habian ganado. Llega la reserva en socorro de Juliano: á pesar de este refuerzo, los reyes alemanes, al frente de todas sus tropas en masa, derrotan la caballería romana, desbaratan el ala izquierda de la infantería, y penetran hasta la legion del centro, contra la cual se estrelló su valor y su furia. Cada soldado de esta legion inespugnable rechaza sus golpes, como una torre inmóvil los del ariete. Los alemanes, eshaustos por el cansancio, caen á millares bajo el acero de aquella infantería, que no pueden penetrar: sus filas, enrarecidas por la muerte, se abren: temen, y redoblan su temor las cohortes del campamento romano que acuden entonces. Retíranse en desorden: su retirada se convierte en fuga: la espada de Juliano los sigue. En vano piden los alemanes cuartel: el romano enfurecido lo niega: el campo de batalla y las orillas del Rhin se cubren de muertos y moribundos: muchos perecen ahogados en las ondas. Algunos nadando sobre sus

escudos ganan la ribera opuesta. Chnodomario, habiendo escapado de la matanza, quiso huir al frente de algunos ginetes: cayó en un pantano, salió de él, se refugió en un bosque; y reconocido por un tribuno, cuya cohorte le envuelve, es preso y conducido entre cadenas á Juliano. Esta victoria, igual en esplendor á las mas brillantes de la antigua Roma, salvó el imperio. Juliano venció con 13.000 soldados, 35.000 bárbaros, mandados por siete reyes orgullosos con sus muchos triunfos. Las legiones entusiasmadas le dieron el nombre de augusto: rehusó este título con indignacion aparente y justo temor. Convencido de que la disciplina severa es la única garantía sólida de las victorias, mandó que se le presentasen los 600 ginetes que habian huido, los reprendió duramente, y segun la costumbre antigua los hizo pasear por el campamento vestidos de mugeres. Cuando se le presentó Chnodomario, apiadado de este rey cautivo, le acogió con benignidad; pero cuando vió á este príncipe bárbaro, tan insolente antes de la batalla, deshonrar su infortunio postrándose á sus pies, é implorando bajamente su clemencia, le despreció, le volvió la espalda, y le envió á Constancio. Cuando llegó á Italia la noticia de la victoria de Argentoracto, despertó el orgullo

de Roma, irritó á los cortesanos, y escitó la envidia del emperador. Los viles favoritos dieron por burla á Juliano el nombre de *Victorino* para atenuar su triunfo, y recordar al mismo tiempo al tímido Constancio el nombre de un general que en la época de Galieno usurpó en las Galias el poder supremo y el título de augusto. Sin embargo, el emperador publicó en todo el imperio la victoria conseguida contra los bárbaros; pero atribuyéndoscla ridículamente, como si hubiera asistido á la batalla y mandado el ejército. Ni aun se dignó de citar en su relacion el nombre de Juliano, y este silencio mismo le dió mas gloria.

Los soldados romanos eran todavía valerosos; pero ya no tenian disciplina. Despues de la victoria querian descansar, y no se mostraban dispuestos á continuar marchas penosas. Cuando recibieron la órden de pasar el Rhin, murmuraron; pero la firmeza de Juliano triunfó de su indocilidad: obedecieron y devastaron una parte de Germania. Construyóse una fortaleza al otro lado del Rhin: los alemanes intimidados pidieron la paz, y solo consiguieron una tregua de diez meses. Despues de esta campaña volvió el ejército á Remos para tomar allí cuarteles de invierno, y encontraron todo aquel pais ta-

lado por un cuerpo de francos, de solo 1000 hombres á la verdad, pero que aterraban la provincia por su fuerza y osadía. Estos guerreros temibles, dice un historiador de aquel tiempo, no conocian estaciones, y aun preferian los yelos del invierno al temple suave de la primavera. Los romanos los atacaron y ahuyentaron á una fortaleza situada sobre el Mosa. Despues de 54 dias de sitio capitularon, y salvaron la vida á costa de la libertad. Esta victoria fue muy honorífica para el césar; porque hasta entonces, dice Libanio, «los francos habian preferido siempre la muerte al cautiverio.» Fueron enviados á Constancio, que admirado de su proceridad, los incorporó en su guardia, donde parecian como torres enmedio de los otros soldados. Juliano pasó el invierno en Parisios: se ha conservado la descripcion que hizo de este pueblo, ya célebre, al cual llamaba su querida *Lutecia*. Rodeado por dos brazos del Secuana, no ocupaba mas que el cuartel llamado hoy *la ciudad*. Defendiala una fuerte muralla guarnecida de torres, y se entraba en ella por dos puentes de madera. A pesar de su corto recinto, tenia templos, un palacio y un anfiteatro. Juliano celebraba la fertilidad del pais, la salubridad de las aguas y la dulzura del clima. Sin embargo, pasó allí

un invierno rigoroso: en su relacion se ve la sorpresa que le causaron los gruesos yelos del rio. Hasta entonces arrostrando el frio, no habia querido que se pusiese fuego en su cuarto; pero aquel año fue preciso tener brasero, y estuvo para morir asfixiado por el vapor del carbon. La prudencia y justicia del césar aumentaba diariamente el afecto que le tenian los galos, y su fama se aumentaba cuanto se disminuia la de Constancio por su debilidad y despotismo.

Victorias de Juliano y Constancio contra los bárbaros del Rhin y del Danubio. (358.) En el consulado de Tiberio Fabio Daliano y de Marco Neracio Cereal, publicó el emperador una ley que esceptuaba de impuestos y gravámenes comunales sus dominios, los de la familia de Eusebio, padre de la emperatriz, y los bienes de las iglesias católicas. Olvidando el antiguo orgullo de los romanos, pidió la paz á Sapor, rey de Persia: este puso por condicion que se le cediesen la Mesopotamia y la Armenia: el emperador no consintió en ello, y solo sacó de su debilidad la ignominia de haberla tenido. Barbacion, enviado contra los jutongos, los derrotó en la Recia. Entretanto Constancio, emulando la gloria de Juliano, se presentó al frente de sus ejércitos: pasó el Da-

nubio, atacó á los sármatas y á los cuados, los venció por el valor de sus generales, é hizo en ellos gran matanza. Su rey Zizais llegó al campamento del emperador, se le postró, imploró su misericordia y obtuvo la paz. Entonces se vió el primer ejemplo del régimen feudal, que fue despues, durante muchos siglos, el derecho público de Europa: los cuados sostenian que la paz firmada con ellos se estendia implícitamente á sus vasallos. El emperador dirigió sus armas contra los limigantes, esclavos belicosos que habian echado á los sármatas, sus amos, de las tierras que poseian: sabedores de la suerte que les aguardaba, se defendieron con el valor de la desesperacion. Despues de una ostinada resistencia, viéndose oprimidos por el número, fingieron rendirse, capitularon, llegaron en tropel al lugar que se les señaló para depositar sus armas, y dando súbitamente grandes alaridos, se precipitan al campamento romano y llegan hasta la tienda del emperador, á quien querian matar antes de perecer; pero rodeados por las legiones, fueron pasados todos á cuchillo. Constancio se volvió á sus estados, y se dedicó esclusivamente á la cuestion del arrianismo. En este tiempo sufrió el Asia horribles terremotos que destruyeron 150 ciudades: la de Nicome-

dia quedó enteramente arruinada.

Galia gozó poco tiempo de la tranquilidad que le habian dado las victorias de Juliano. Los salios y los camavos, tribus francas, se habian fijado algunos años antes en la Toximandria, país llamado hoy el Brabante. Salian de él con frecuencia á talar la Bélgica: Juliano marchó contra ellos, los sorprendió, venció á los salios, hizo la paz con ellos, y reconoció por el tratado sus derechos á la Toximandria, en cuya posesion quedaron. Los camavos le oponian una resistencia mas ostinada, porque estaban irritados creyendo que el hijo de su rey, enviado en otro tiempo á Roma en calidad de rehen, habia perecido en un suplicio ignominioso. Juliano, habiéndoles pedido una conferencia, les presenta repentinamente al jóven príncipe, al cual habia criado con tanto amor como si fuese su propio hijo: su generosidad desarmó á los francos, y le valió una paz mas sólida que si la hubiese impuesto por la victoria: los camavos evacuaron la Galia. En este año hubo carestía, y por causa de ella una sedicion en el ejército. Aconsejaban al césar que la castigase con severidad: él no quiso, y empleó todos sus medios en socorrer las necesidades del soldado, queriendo mejor, decia, aliviar sus males que castigar su impaciencia.

Concluida la tregua, Juliano atravesó el Rhin y el Nicer, venció á los bárbaros, y los obligó á restituirle 80.000 cautivos galos ó romanos. La Galia entonces, libertada por este héroe, gozó bajo su gobierno una felicidad desconocida desde un siglo antes. La suerte dió el castigo merecido al cruel Barbacion. Este general, que debia su fortuna á las intrigas mas que á las hazañas, era tenido generalmente por el gefe de los delatores: él fue víctima de ellos. Perverso y cobarde, era tan propenso á la supersticion como ageno de la verdadera piedad. Cayó del techo de su cuarto un enjambre numeroso de abejas, y lo aterró: mandó llamar adivinos que le esplicasen aquel presagio. Su muger Asiria atribuyó su curiosidad al deseo de destronar á Constancio y casarse con la emperatriz, de la cual tenia celos: escribióle enfurecida denostándole su infidelidad en términos muy injuriosos para Eusebia. El esclavo que llevaba la carta, lo habia sido en otro tiempo del infeliz Silvano: abrióla, y hallando un medio seguro para vengar á su antiguo dueño, la llevó á Constancio. Para este príncipe desconfiado la sospecha creaba el crimen, é hizo degollar á Barbacion y á su muger. Las turbaciones de oriente daban justa inquietud á Constancio: los isauros continuaban sus

piraterías: el conde Sauricio los venció en muchos combates, y los obligó á refugiarse á su guarida. Ursicino habia contenido mucho tiempo á los persas por su valor y habilidad; pero la envidia de los cortesanos hizo que se disminuyesen sus fuerzas y se parasen sus victorias. El emperador, á instancias de los validos, enemigos siempre del mérito, llamó á Ursicino. La incapacidad de sus sucesores favoreció las armas de Sapor, que se adelantó mas allá de Nisibis; pero Ursicino, antes de separarse del ejército, rodeó con un movimiento hábil al enemigo, lo ahuyentó, y Sapor no debió su salvacion sino á la velocidad de su caballo. Despues de esta accion los romanos prendieron fuego á los bosques y mieses, y ardieron muchas fieras, cuyas especies desaparecieron casi en aquella parte del Asia. La traicion de los oficiales que mandaban las tropas ligeras de Ursicino, hizo que el enemigo le sorprendiese, le pusiese en gran peligro, y se viese obligado á retirarse al Tigris. Los cortesanos pintaron esta retirada como una alevosía, y fue el motivo de su desgracia. Sapor puso cerco á Amida, que se defendió con valor: el hijo del rey pereció en los ataques; pero creciendo siempre el número de los sitiadores, la plaza al fin vino á ser tomada por asalto. Sapor mandó

degollar á todos los habitantes; y el historiador Amiano Marcelino fue casi el solo que escapó de la matanza.

La victoria y la justicia, desterradas del resto del imperio, parecian haberse refugiado á las Galias. Todos los esfuerzos de Juliano eran favorecidos de la fortuna: triunfaba de los enemigos con las armas, y mandaba en los pueblos por las leyes. Un dia asistiendo á un tribunal, hizo presente á los jueces, mostrándose estos demasiado severos, que no se podia condenar sin pruebas. El acusador Delfidio, cuyo sistema ha tenido muchos imitadores en todos tiempos, le replicó: «¿Quién será culpable, si basta negar para ser absuelto?» «¿Y quién será inocente, respondió Juliano, si basta ser acusado para ser criminal?» Un príncipe tan justo nunca careció de dinero ni de soldados: el afecto se los dió mas que el temor. Juliano, velando siempre por la seguridad del imperio, no se adormeció con sus triunfos en una seguridad engañosa. Fortificó á Roma y á Andernaco: sabiendo despues que los alemanes meditaban una nueva invasion, se anticipó á ellos atravesando el Rhin, los sorprendió y derrotó, robó sus campamentos, se apoderó de sus rebaños y volvió á Lutecia.

Juliano toma el título de augusto. (360.)

Poco tiempo despues, ó por ambicion ó por necesidad, aceptó el título de augusto, declaró la guerra á Constancio y le disputó el imperio. Este suceso, contado diversamente por él mismo, por sus amigos y por sus enemigos, segun las pasiones diversas que los animaban, es un problema político dificil de resolver en el dia: nos limitaremos, pues, á la sencilla narracion de los hechos. El emperador, engañado por el miedo y por los infames consejos de sus cortesanos, apartaba de sí ó daba la muerte á todos los hombres, cuyos talentos sostenian su poder; pero que por su mismo mérito le inspiraban sospechas. Negóse, pues, á oir la justificacion de Ursicino. «El emperador, dijo este general, puede desatenderme en cuanto á mis intereses; pero no descuide los suyos. En el occidente se forma una tormenta, que acaso no podrá disipar con todas sus legiones.» El destierro castigó tan atrevidas espresiones. Argison, general sin esperiencia, le sucedió; y su elevacion fue tan útil á los enemigos, como la pérdida de Ursicino funesta al imperio. La envidia, que habia arruinado á este hábil capitan, esperaba entonces hacer lo mismo con Juliano. Constancio llamó de las Galias á Salustio, amigo del césar, y nombró en su lugar á Luciano para adminis-

trar á aquella provincia. Este, que era agente del eunuco Eusebio, se reunió á Florencio, prefecto de Galia, y á todos los enemigos del príncipe, para contrariar sus designios é impedir sus operaciones. El emperador, gobernado por sus validos, resolvió privar al césar de las tropas, única salvaguardia de la tranquilidad de la provincia y de la seguridad de las fronteras. Decencio, secretario de estado, le llevó el órden para enviar al emperador los cuerpos hérulos y bátavos que tenia, dos legiones galas y 300 hombres de cada una de las demas divisiones. Lupicino, general de Juliano contra los escotos, y Sintula, escudero mayor, estaban encargados de ejecutar este decreto. Constancio decia que estos refuerzos le eran absolutamente necesarios para hacer la guerra á los persas. Esta órden consternó á los galos, porque les quitaba toda defensa contra las invasiones de los bárbaros. Juliano, á pesar de las murmuraciones de sus amigos, se mostró dispuesto á obedecer; solo hizo presente al enviado del emperador, que con aquella medida le faltaba á lo prometido á los bátavos y hérulos, los cuales no habian tomado servicio en su ejército sino á condicion de que nunca se les obligaria á pasar los Alpes. Sábese de repente que se esparce en el

campamento de las legiones galas un libelo violento contra Constancio, acusándole de entregar las Galias á los francos y germanos: estallan en todas partes las murmuraciones: Decencio asustado insta al césar á que obedezca, y aunque este representa que debe esperar á que lleguen Sintula y Lupicino, á los cuales el emperador habia confiado la ejecucion de sus voluntades, Decencio insiste y él cede. Se delibera acerca de la direccion que han de seguir las tropas: Juliano aconseja que no pasen por Lutecia, temiendo que la vista de un gefe que las habia conducido tantas veces á la victoria, no irritase aquellos espíritus turbulentos, tan poco dispuestos ya por sí mismos á la obediencia. Decencio es de dictámen contrario: dice, que solo Juliano puede calmarlos, y que negarse á emplear en ello su influencia, es desobedecer al emperador. Juliano cede segunda vez. Pónense las tropas en marcha: por donde quiera que pasan ven alarmados á los pueblos: niños, mugeres y ancianos llorando abrazan las rodillas de aquellos valientes guerreros, y les suplican que no los abandonen á la ferocidad de los alemanes. Los soldados, cuyos corazones respondian á sus votos, pero que la firmeza de Juliano habia acostumbrado á la disciplina, observan triste silencio, y

los ojos bajos continuan pensativos su marcha, ahogan difícilmente sus gemidos, y manifiestan á un mismo tiempo indignacion y lástima.

Juliano sale á recibirlos, y les pasa revista en una gran llanura cercana á las puertas de Parisios: les habla con prudencia, y elogia sus gloriosas espediciones. «No ignorais, les dice, que la obediencia es el primero de vuestros deberes. Habeis pacificado el occidente: Asia reclama ahora vuestro valor: vais á combatir á la vista del emperador, que os premiará dignamente. Este viage que, segun parece, temeis, os conduce á la fortuna y á la gloria.» En lugar de responder á estas palabras con aclamaciones, segun la costumbre, los soldados las escucharon en un profundo silencio. Despues de haberlos despedido, dió por la noche un gran convite á todos los oficiales del ejército, y les distribuyó magníficos regalos, ya para suavizar su pesar, ya para aumentar su afecto y prepararlos á la rebelion. Despues del banquete se retiran á sus tiendas afligidos; pero sin dar indicios de proyectos sediciosos. El dia siguiente fue de descanso: al otro debian partir, y emplearon este intervalo en concertar su plan con el mayor secreto. Despues se culpó á Juliano de haberles dejado ese tiempo de un ocio lle-

no de peligro, aunque en la relacion de estos sucesos, que envió á los senados y pueblos de Roma y Atenas, protestase y jurase que no tuvo conocimiento de la conspiracion, tramada en tan corto espacio, para elevarle al trono. Todo parecia tranquilo, cuando á media noche toman los soldados las armas repentinamente, rodean el palacio de las Termas, proclaman augusto á Juliano, y piden á gritos que se presente á las tropas. El príncipe despierta despavorido, sabe con espanto, verdadero ó fingido, el objeto de la sedicion: su incertidumbre parece aumentarse con el tumulto: invoca á Júpiter, y pide que le manifieste su voluntad con algun prodigio: brilla súbitamente un relámpago, estalla el trueno, y parece anunciarle que ceda á los votos de la tropa: sin embargo, rebelde todavía á las órdenes que cree emanadas del cielo, rehusa á los conjurados la entrada en palacio, y se mantiene encerrado en él lo restante de la noche. Pero al rayar el dia, los soldados, creciendo su ardor con la resistencia, fuerzan las puertas, penetran en los aposentos espada en mano, cogen al príncipe, le proclaman de nuevo emperador, y para que acceda á sus deseos, emplean sucesivamente el lenguaje de la súplica y de la ira. El césar los conjura en vano á que no entre-

guen el imperio á las calamidades de la guerra civil. «¿No podeis, les dice, sin cometer todos los delitos que trae consigo la sedicion, obtener de la justicia el cumplimiento de vuestros deseos? Pues no podeis reduciros á dejar vuestra patria, volved á los cuarteles: os prometo que no pasareis los Alpes, y me encargo de justificar ante Constancio vuestra oposicion y los temores fundados de la Galia. La firmeza del príncipe castigaria la rebelion: su bondad atenderá á vuestras representaciones.» Este discurso, en vez de calmar el ardor de las legiones, lo aviva: las instancias y gritos redoblan; las amenazas suceden á las aclamaciones, el tumulto crece, y Juliano se deja en fin vencer. Levántanlo sobre un pavés: ecsigen que ciña la diadema: responde que no la tiene. Unos le traen el collar de su muger, otros las correas de un caballo. Juliano rehusa aquellos adornos estravagantes; pero un oficial, llamado Mauro, le presenta su collar de oro, glorioso premio del valor: el príncipe lo acepta, lo ciñe á su cabeza, recibe el título de augusto, y promete cinco monedas de oro y una libra de plata á cada soldado. Estas gratificaciones, que estaban en uso mucho tiempo antes, fueron una de las causas principales de las frecuentes mudanzas que derribaron é hi-

cieron tantos emperadores. Inspiraban á las tropas, por el atractivo del dinero, el deseo de las revoluciones, miradas por el resto del imperio como las mas funestas de las calamidades. Los que dudan que la resistencia de Juliano fuese sincera, le reprenden con justicia su liberalidad; porque no se podia creer inocente de una rebelion al que la paga. A la verdad, este príncipe no imitó en aquellas circunstancias el ejemplo de Virginio que huyó del trono, ni el de Germánico que se espuso á los mayores peligros por no ceder á la rebelion. Pero los tiempos eran diferentes: una larga y cruel esperiencia enseñaba á los príncipes y generales que la resistencia no mitigaba á los emperadores, y que una vez proclamados por las tropas, era preciso reinar ó perecer. Solo un hombre enmedio de esta efervescencia de un grande ejército y de un gran pueblo, mostró valor digno de la antigua Roma. Ninfidio, oficial fiel al príncipe, pero mas fiel á su obligacion, arrostró con serenidad las amenazas y las picas de los rebeldes, y reprendió con severidad á Juliano su elevacion que le obligaba á destronar al mismo á quien debia el título de césar. Juliano, no queriendo que su autoridad pareciese fundada solo en la fuerza, sostuvo siempre que no habia hecho mas que obe-

decer á los dioses. Decia que en la noche anterior á la rebelion habia visto en sueños al genio del imperio, y que le oyó estas palabras: «Juliano, hace tiempo que habito en las puertas de tu palacio para aumentar tu fortuna. Tú has desechado muchas veces mis beneficios: si los desechas hoy, me alejaré de tí á pesar mio. No olvides que me falta poco tiempo de estar á tu lado.» Mientras que el ejército, orgulloso de haber asegurado la tranquilidad y la fortuna de Galia, se entregaba con el pueblo á la alegria, comun despues de semejantes sucesos, Juliano, encerrado en su palacio, triste, pensativo y solitario, meditaba profundamente sobre lo presente y lo futuro, contemplaba con espanto las consecuencias de una revolucion que iba á desplomar contra él todas las fuerzas de oriente, Africa é Italia, y aun se reprendia su condescendencia, tachada probablemente en la opinion pública de ambicion é ingratitud.

El tumulto y embriaguez que reinaba en los campamentos y en la ciudad, contrastaba singularmente con el silencio y tristeza del palacio. Los partidarios de Constancio, creyendo que podian aprovecharse del desorden de las tropas y de la inaccion del príncipe, envian emisarios á todas partes para infundir miedo y suble-

var los ánimos, ecsagerando los peligros de una lucha, civil á un tiempo y estrangera, y seducen á un eunuco de palacio, haciéndole entrar en una conspiracion contra la vida del nuevo augusto. Un oficial de la corte descubre la trama, la revela á Juliano, y lleva la noticia al campamento. Apenas saben los soldados que hay quien quiera destruir su obra, y que la vida del príncipe está amenazada, se reunen, se animan mútuamente, toman las armas y vuelan á palacio. La guardia, espantada por el tumulto y creyéndolo producido por otra nueva revolucion, se dispersa y huye. Los soldados enfurecidos penetran en los pórticos, recorren todos los aposentos con el temor de llegar demasiado tarde para salvar la vida de su querido príncipe. Al verle se disipa el miedo: le rodean, le estrechan, le manifiestan su alegria con locuras, y piden á gritos que se les entreguen los conjurados para matarlos. «Deteneos, esclamó Juliano: esos hombres son ciudadanos: soy su emperador, como lo soy vuestro: que el honor dirija todas nuestras acciones. Si vuestro celo imprudente sirve mi causa y señala mi elevacion con homicidios, si una sola gota de sangre mancha vuestras manos y deshonra vuestra eleccion, sois unos rebeldes, y yo un tirano.» Estas pa-

labras enérgicas restablecieron el orden. A la mañana siguiente reunió el ejército en el campo de Marte, que estaba donde ahora es la puerta de san Victor. Presentóse con toda la pompa de emperador, y ocupó su tribunal rodeado de guardias y águilas. «Columnas del imperio, dijo á los soldados, cuando al salir de la infancia recibí la púrpura, y con ella un título vano sin autoridad, el favor de los dioses me condujo á vuestras provincias, y me puso en vuestros brazos. Desde entonces, trabajos, fatigas, peligros, inquietudes y gloria me han sido comunes con vosotros. Hallé vuestros bienes entregados á magistrados concusionarios, vuestros campos asolados por tropas estrangeras, vuestras ciudades invadidas por los bárbaros: todo nos faltaba menos el valor; y con él hemos dado fin á las desgracias públicas. Me puse á vuestra frente, y Galia quedó libre. ¿Quién de nosotros podrá olvidar la jornada de Argentoracto, tan gloriosa para el imperio, en donde una inmensa multitud de bárbaros, sucumbiendo con sus gefes, tiñeron con su sangre vuestras espadas y las riberas y ondas del Rhin? Los francos espantados huyeron de vosotros. Os he dado, en premio de tantas hazañas, el reposo interior, la seguridad esterior; y vosotros habeis recompensado mi celo,

elevándome al imperio. Ahora es obligacion vuestra defender y sostener vuestra obra; y mia, premiar vuestra lealtad preservándoos de toda injusticia. Declaro pues solemnemente, que no tendrá el favor parte en los nombramientos, y que los ascensos, tanto civiles como militares, se obtendrán solo por el mérito y la antigüedad de los servicios.» Este discurso, que dió que murmurar á algunos cortesanos, produjo en las legiones y en el pueblo una alegria universal, y el amor al príncipe llegó hasta el entusiasmo. Decencio y Florencio, destituidos de su poder sin esperanza de recobrarlo, se volvieron precipitadamente á Constantinopla, é irritaron con sus calumnias al emperador, representándole el movimiento de las Galias bajo los colores mas infames: á pesar de esto, la generosidad de Juliano no se desmintió con aquellos cortesanos, y les envió sus familias y riquezas.

Este príncipe escribió á Constancio, pintándole las desgracias de Galia, los peligros á que estaba espuesta de parte de los bárbaros, y la necesidad de defender aquella importante frontera contra el torrente que la amenazaba. «Este pais, decia, vasto, fertil, poblado y guerrero, tenia necesidad de un gefe, y no podia tolerar que solo se le diese un fantasma de príncipe.

El llamamiento imprudente de las tropas sembró en Galia la desesperacion, y sublevados el pueblo y las legiones, me obligaron á tomar el título de augusto, sin que me fuese posible oponerles una resistencia duradera.» Sin embargo, cediendo al voto público, se miraba siempre como hijo y hechura del emperador. «Partamos el imperio, añadia, sin debilitar tu autoridad: te serviré mejor en un puesto mas elevado. Tú nombrarás los prefectos del pretorio, y dejame la eleccion de los empleos inferiores. Me encargo de entregar en tu palacio los caballos que quieras de raza española, y para tu guardia tantos germanos y francos como desees. Nunca lograrás que los galos y bátavos dejen su patria para ir á pelear contigo contra los persas. Defiende el oriente como yo el occidente: no me rehuses un título que me he visto obligado á aceptar. A haberme negado infaliblemente hubieran elegido otro emperador. Creeme: cuando te represento las ventajas de la paz, desconfia de los lisonjeros que solo viven de turbulencias. En fin, no olvides que la union salva los imperios, y la discordia los destruye.» Encargó á Pintadio y á Euterio, oficiales de su palacio, que llevasen al emperador esta carta pacífica y ostensible; pero Amiano Marcelino dice que con ella iba otra reser-

vada en que echaba en cara agriamente á Constancio sus injusticias y perfidias. Los enviados de Juliano hallaron al emperador en Cesaréa de Capadocia: despues de haber leido las cartas, los arrojó con ignominia de su presencia, y encargó la respuesta á Cleonas, cuestor de palacio. Este pasó á Lutecia y desempeñó su comision con altanería, aunque Juliano le recibió con honor. Constancio le escribia que usurpar la corona era envilecerla: le recordaba sus beneficios pasados, le reprendia su ingratitud, y le prometia el perdon á condicion de deponer al momento la autoridad que le habian dado los rebeldes. «Basta, esclamó Juliano: ¿cómo puedo tolerar que el perseguidor de mi juventud se jacte de sus beneficios hipócritas, y que el asesino de mi familia se atreva á hablar de gratitud? Pero deseo la paz y el bien del imperio. Si el ejército lo permite, convengo en renunciar al título de augusto.» Al dia siguiente convoca las legiones, da audiencia ante ellas al enviado del emperador, y le manda leer la carta de Constancio. Escuchanle al principio con el mayor silencio; pero apenas oyeron que se ecsigia la abdicacion, claman todos á un mismo tiempo: «Hemos proclamado augusto á Juliano, y queremos que lo sea: él solo nos defiende de los bárbaros: nosotros le defen-

deremos contra todos sus enemigos.» Cleonas volvió á dar cuenta al emperador del mal efecto de su comision, cuyo resultado era afirmar en el trono al nuevo augusto, y aumentar á favor suyo el celo del pueblo y de los soldados. Juliano aumentó su amor y gratitud con nuevas hazañas. Marchó al pais de los francos atuarios y los venció. Visitó despues todos los fuertes de la frontera, y vino á pasar el invierno á Viena, donde perdió á su esposa: casi al mismo tiempo murió la emperatriz Eusebia; y la muerte de estas dos princesas hizo cierta la guerra civil, rompiendo los últimos lazos que unian todavía á los dos emperadores. El resultado de la lucha no podia quedar dudoso por mucho tiempo: por una parte se veia á un príncipe hábil, activo y belicoso, concertar sus planes con prudencia, ejecutarlos con rapidez, y añadir á su fuerza toda la que da el favor público: por otra un emperador indolente, supersticioso y cruel, que solo oponia á tan terrible enemigo su vano orgullo, su furor ciego y su completa incapacidad. Sapòr, teniéndolo en poco, continuaba insultando á los romanos y devastando sus provincias. Tomó por asalto á Singara y despues á Barabda.

A esta noticia, Constancio, que habia dejado anticiparse al enemigo, entreteniéndose en circunstancias tan graves con

las fiestas dadas en Antioquía para celebrar su casamiento con Faustina, y las solemnidades que habia mandado hacer en Constantinopla para la dedicacion del templo de santa Sofía, se determinó ya tarde á presentarse al frente de su ejército, y acometió la plaza de Barabda; mas no pudo recobrarla, y fue batido por los persas en toda la línea. Todos censuraban la debilidad de este príncipe, y él quizá encontraba en su conciencia un juez mas severo; pero los reveses, en vez de corregirle, lo irritaban: incapaz de resistir á solo Sapor, quiso al mismo tiempo que sostenia la lid contra él, atacar á Juliano en Galia. Mandó hacer numerosas levas en Italia, Grecia y Africa, y no contento con armar todas las fuerzas del imperio contra el nuevo augusto, sacrificando el interes público á su odio, pagó vergonzosos tributos á los príncipes francos, germanos y alemanes para que hiciesen una poderosa diversion en su favor invadiendo de nuevo las Galias. Informado Juliano de sus proyectos, y previendo por el homicidio de Galo, que ningun crímen detendria á Constancio si esperaba de él la ruina de su rival, resolvió anticiparse, y declarándose abiertamente contra él, y quitándole el imperio, ya que no queria dividirlo. Reune sus tropas: refiéreles las

intrigas del emperador en Germania, que habia sabido por los mismos á quienes aquel príncipe habia procurado ganar: muéstrales la necesidad de terminar la guerra con prontitud y preservar el imperio con una marcha rápida y atrevida de las calamidades que suelen producir las disensiones prolongadas. «El interes de la patria, añadia, lo manda: los yerros del emperador abren el oriente á los persas: su traicion espone la Galia al furor de los bárbaros: tenemos la justicia de nuestra parte, y la fortuna favorecerá nuestras armas. Los mismos dioses me lo han asegurado: Apolo, apareciéndoseme la noche pasada, me prometió una victoria pronta, fácil y poco sangrienta; pues Constancio, segun me dijo el dios, morirá antes que acabe el año.» Este artificio, dirigido á animar las tropas y afirmar su autoridad con la supersticion, dió motivo á que se le creyese autor de la muerte de Constancio. San Gregorio Nazianceno dice, que «no le fue dificil pronosticar la muerte de aquel á quien meditaba asesinar.» Las palabras del príncipe, conformes á los deseos del ejército, el amor que se le tenia y el odio á Constancio, movieron todos los ánimos á la venganza. Declaróse la guerra, y los mismos galos y bátavos que se habian sublevado poco antes

por no pasar los Alpes y abandonar su patria, pidieron á gritos que se les condujese hasta el Asia contra un príncipe aborrecido. Juliano, al tomar las armas, declaró que solo se aprocsimaba á Constancio para justificar su conducta y someter la desavenencia al juicio de los dos ejércitos. Una amnistía, que entonces concedió muy cuerdamente á los que habian militado con Magnencio, aumentó sus fuerzas: disminuyó las del emperador publicando cartas interceptadas que descubrian el proyecto de Constancio para armar la Germania contra las Galias. De este modo le venció en la opinion pública antes de derrotarle en el campo de batalla. Sus tropas se componian de paganos y cristianos: á unos y otros concedió el libre ejercicio de su religion; y mientras moró en Viena profesaba públicamente el cristianismo, y sacrificaba en secreto á los dioses. Haciendo el ejercicio un dia con sus soldados en el campo de Marte, segun su costumbre, se le rompió el escudo quedándosele en la mano el asa; y queriendo que estè accidente fuese interpretado por la supersticion popular como un presagio mas bien favorable que siniestro, esclamó: «Nada hay que temer; pues no he perdido lo què tenia en la mano.» Muchos príncipes alemanes, escitados por Constancio, pe-

netraron en Galia y batieron á un general de Juliano; mas reparó este reves, sorprendiendo en su campamento á Vadomero, gefe de aquella liga, á quien hizo prisionero, y no le puso en libertad hasta que hubo firmado la paz. Libre del temor de los bárbaros, y dejando contra ellos fuerzas suficientes para contenerlos en caso de necesidad, se puso en marcha, y empezó á ejecutar su vasto designio. Imitó á César en la rapidez, á la cual han debido sus triunfos casi todos los grandes generales: una de sus columnas atravesó el Rhin: otra la Iliria; y él al frente de 3.000 hombres escogidos penetró por la selva Hercinia, costeó el Danubio, y llegó sin ostáculo á Sirmio, donde debian reunirse todas sus divisiones. Todavía le creian sus enemigos en Galia; y esta marcha rápida habia sido tan secreta, que el conde Luciliano, comandante de aquella frontera, fue sorprendido y hecho prisionero en su campamento. Condujéronle á la presencia de Juliano; y cuando esperaba la muerte, se vió, contra su esperanza, recibido por aquel príncipe con estraordinaria afabilidad: pasó repentinamente del susto á la audacia, y se atrevió á hacer presente á Juliano cuánta temeridad era venir á atacar con un ejército tan corto al emperador y á todas las fuerzas del oriente.

«Guarda tus consejos para Constancio, le dijo el príncipe: mi clemencia te concede la vida; pero no la facultad de darme lecciones impertinentes.» Todas las provincias que Juliano dejó atras, y aun la Grecia misma, se declararon en su favor, admiradas y decididas por la rapidez de su marcha: él ganó su afecto haciéndoles beneficios. Entonces empezó á profesar públicamente el politeismo, y permitió á los atenienses volver á abrir el templo de Minerva. Siguiendo su movimiento militar, atravesó el Hemo y se acercó á Adrianópolis. No fiándose de las dos legiones de Luciliano, mas bien sorprendidas que vencidas, las envió á Galia; pero en el camino se sublevaron, se apoderaron de Aquileya, sirvieron como de centro á las fuerzas de Constancio en Italia, y dieron á Juliano tanta mas inquietud, cuanto podian en caso de revés cortarle la retirada. Informado el emperador de la marcha imprevista y de los triunfos de aquel jóven, á quien pensaba mas bien castigar que vencer, sale de su indolencia, consigue, haciendo el último esfuerzo, arrojar á Sapor á la Persia, reune en Tracia los cuerpos mandados por el conde Mateo, su lugarteniente, junta todas las fuerzas de Asia cerca de Antioquía, y promete á sus soldados el socorro de Dios,

enemigo de la ingratitud, de la rebelion y de la apostasía. Pero un profundo terror y presentimientos secretos desmentian en su corazon la confianza que mostraba en sus palabras. «No veo cerca de mí, decia á sus favoritos, mi genio tutelar que hasta ahora me acompañaba siempre.»

Al salir de Antioquía encuentra en el camino el cadáver de un hombre acabado de degollar. Este espectáculo turba su espíritu crédulo y supersticioso: enciéndesele una calentura: quiere continuar su marcha; pero su enfermedad redobla: detiénese en un castillo al pie del monte Tauro: siente aprocsimarse la muerte, y se entrega á una desesperacion que la hace inevitable. Amiano Marcelino dice, que queriendo sacrificar en el último instante sus resentimientos particulares al interes público, designó por sucesor suyo á Juliano: Gregorio y otros historiadores niegan esto, y dicen que solo mostró arrepentimiento de tres cosas: haber derramado la sangre de su familia, haber nombrado césar á Juliano, y haber sostenido la causa del arrianismo. Por el contrario, san Ambrosio asegura, que impenitente hasta morir, fue bautizado en Antioquía por Euzoyo, obispo arriano. Este príncipe murió el 3 de noviembre de 361, á los 44 años de edad y 24 de reinado. Su mu-

ger Faustina, que quedó en cinta, parió poco despues una hija llamada Constancia, que fue esposa del emperador Graciano.

El reinado de Constancio fue mirado como una larga calamidad para los pueblos, y un largo oprobio para el imperio; y su muerte, que escusó á los romanos los horrores de una guerra civil, pareció tan útil, como funesta habia sido su vida. Asi fue como Juliano, favorecido por la fortuna, quedó sin necesidad de combates único dueño del imperio.

CAPITULO III.

Juliano. Joviano.

Juliano, emperador. Espedicion á Persia: batalla de Marangas. Joviano, emperador.

JULIANO, *emperador*. (361.) La eleccion de los emperadores, que solo era una mudanza de señor, interesaba poco al pueblo, agitaba no mas que el ejército, y nada trocaba sino en la corte. Pero el advenimiento de Juliano parecia una revolucion; porque entonces puede decirse que eran dos las naciones del imperio: los cristianos, que solo querian un Dios, un príncipe y una ley; y los paganos, que viviendo aun con las memorias antiguas de la república, adoraban en los dioses los creidos protectores de Roma libre y conquistadora. Los cristianos, oprimidos durante tres siglos, triunfaban desde Constantino. La Iglesia, opulenta y poderosa, fijaba las miradas y dirigia las conciencias. Preferíanse las dignidades sacerdotales á

las civiles, despreciábase la servilidad del senado, y se buscaba la libertad en los concilios; y ya era fácil prever que el esplendor de la tiara llegaria á competir con el de la corona. Pero cuando el gentilismo abatido perdia toda esperanza, se eleva al trono un príncipe belicoso, filósofo, ardiente sectario del antiguo culto, enemigo declarado de la nueva religion, y determinado á restablecer las instituciones, leyes y costumbres de Roma idólatra. Juliano, libertador de la Galia, vencedor de Germania, amado en las provincias, adorado del ejército, reunia todas las grandes cualidades necesarias para la ejecucion de vastas empresas. La intriga no podia engañar á un príncipe tan sagaz. Su carácter firme era inespugnable en sus resoluciones; y si se hubiese contentado con restituir al imperio su lustre y á las leyes su vigor, reprimir la ambicion, é impedir con una sábia tolerancia las calamidades de las disidencias religiosas, hubiera hecho una reforma saludable; pero fracasó porque queria lo imposible. Olvidó que no hay fuerza humana capaz de restablecer un culto caido y una religion en la cual nadie cree. La obediencia esterior puede engañar por algun tiempo á la autoridad; pero la fe no es de su dominio.

El emperador conocia el golpe mortal

que habian dado al politeismo los progresos de la razon y las burlas de Luciano, aun entre los gentiles; pero esperaba interpretando aquella religion, hacerla menos absurda. Imbuido en los principios de Platon, de Pitágoras y de los filósofos de la escuela de Alejandría, adoptó los errores de los gnósticos, que en su tiempo habian seducido á algunos cristianos. En este sistema, la naturaleza habia sido obra de un solo Dios; pero sus diferentes partes eran gobernadas por eones ó genios, á los cuales puso Juliano los nombres de las deidades del Olimpo. Consideraba á los sabios, virtuosos y héroes como espíritus, que corriendo por grados la escala de los seres, se acercaban progresivamente al supremo Hacedor. Conciliando asi el antiguo culto con las ideas nuevas, esperaba aniquilar los ritos severos y morales del cristianismo, conservar á los romanos su religion halagüeña, sus ilusiones brillantes y sus pomposas solemnidades, y conservar la doble autoridad del sacerdocio y del imperio, que habia sido tan útil hasta entonces á la política de los gobiernos. Antes de subir al trono, meditaba y preparaba estas grandes mudanzas; y desde que tomó el título de augusto, quitándose la máscara con que le obligó á cubrir sus verdaderos sentimientos la dependen-

cia y el temor, profesó públicamente su respeto á los dioses, y contó en varias ocasiones á sus soldados los consejos que afectaba haber recibido del genio del imperio y de Apolo; pero cuando supo en Tracia la muerte de Constancio, dejando para mas adelante este proyecto, solo pensó en justificar su conducta, y en dar el apoyo de la autoridad legal á un poder que creia poco firme mientras se apoyase solamente en la fuerza de las armas. Escribió, pues, al senado de Constantinopla que le reconoció con placer. Ya durante su marcha habia dirigido su justificacion al senado de Roma. «¿Es culpa mia, dijo, si soldados sin paga, cansados de conseguir victorias bajo el mando de un general á quien se le habia prohibido concederles premios, se han entregado á la desesperacion, viendo que se les arrancaba de su patria y familia para llevarlos á climas remotos y desconocidos? Debí ceder á su violencia para evitar mayores males y conservaros las Galias.» A estas palabras se cuenta que añadió una pintura vivísima y satírica de las debilidades, yerros y vicios de Constancio; de modo que el senado romano, por mas acostumbrado que estuviese á la servidumbre, y confirmándole unánimemente el título de augusto que habia tomado, le respondió

sin embargo, que debia hablar con mas decoro del príncipe á quien debia la púrpura. Juliano entró en Constantinopla el 2 de diciembre de 361, al frente de sus soldados, precedido del pueblo, y acompañado de los senadores, que habian salido á recibirle á las puertas de la ciudad. Pocos dias despues salió él mismo á recibir el cadáver de Constancio: se arrodilló ante él, puso la diadema á sus pies, y le siguió hasta la iglesia de los santos Apóstoles, vertiendo lágrimas, que nadie creyó sinceras. En Galia se habia admirado su mansedumbre: en Bizancio aterró la severidad de sus primeros actos. En vez de entregar á los tribunales ordinarios las personas odiosas al pueblo que habian abusado del poder en el reinado anterior, creó para juzgarlas una *cámara ardiente*, la cual atendió mas á la pasion de la venganza que á la voz de la justicia. El eunuco Eusebio y sus infames cómplices espiaron sus delitos con merecido suplicio; mas se les compadeció, aunque habian delinquido enormemente, porque su condenacion fue ilegal. El destierro del cónsul Tauro pareció una violacion de todas las leyes, y la indignacion pública llegó á su colmo, cuando se dió órden de matar á Ursulo, tesorero mayor, célebre por su firmeza, y que habia hecho servicios señalados á Juliano

en el tiempo de su adversidad. El mismo emperador afeó á la cámara su severidad, salvó algunas víctimas y volvió á ganar la estimacion general castigando á los delatores y desterrando á los viles espías, que labraban su fortuna con su bajeza, y que durante muchos años habian sido el terror de todo el imperio. El lujo de la corte devoraba mucho tiempo habia la sustancia del pueblo: Juliano halló en palacio mil empleados de cocina, y aun mayor número de rapistas y coperos: el de los eunucos escedia á los demas: á todos los echó. Cuéntase que queriendo una vez cortarse el pelo, se le presentó un hombre vestido de una toga magnífica. «Lo que yo necesito es un barbero, no un senador,» dijo Juliano. Supo con admiracion que aquel criado gozaba un sueldo considerable, y mantenia veinte caballos suyos á costa del tesoro. Sin repetir las menudencias que refieren los historiadores de un fausto tan oriental y ridículo, bastará decir que el palacio solo costaba mas que el ejército: Juliano suprimió todos estos abusos, y quizá su economía fue tan escesiva como las prodigalidades de su predecesor; pues para evitar los escesos del lujo, llegó casi á tocar en la mezquindad. Si se mostró inflecsible para esta turba de hombres inútiles que sitiaban incesantemente el palacio,

y pervertian el ánimo del príncipe con sus pérfidas sugestiones, fue accesible al pueblo, y afectó mucho respeto al senado y á los magistrados. Prohibió que se le diese el título de señor. «Quiero ser, decia, el príncipe y no el dueño de los romanos.» El primer dia de enero, cuando los cónsules Mamertino y Nevita, segun el uso, fueron por la mañana á visitar al emperador, salió á recibirlos, los abrazó, los hizo subir en sus literas, y mezclándose él mismo entre los ciudadanos, los acompañó á pie hasta el senado. Restituyó á este cuerpo la libertad de las discusiones, animó á sus individuos á contradecirle, y émulo de los antiguos oradores, dedicaba una parte de la noche á la composicion de sus discursos. Tenia tal pasion á todo lo antiguo, que hubiera restablecido probablemente la república, á ser dignas de ella las costumbres de los romanos. Juliano, al reves de otros príncipes que temen á los filósofos, les dejaba tomar quizá demasiado imperio. Inaccesible á las lisonjas, no lo fue á los sofismas. Libanio y Máximo, sus maestros y validos, fueron colmados de honores; y estos enemigos del Evangelio, inspirándole su animosidad, le movieron á conducirse mas bien como gefe de secta, que como supremo administrador del estado.

Resuelto á volver su antiguo dominio á la idolatría, prefirió por consejo de Libanio la industria á la fuerza. «No sucede con las religiones, decia este filósofo, lo mismo que en las enfermedades: en estas puede darse la salud al enfermo, á pesar suyo, con una violencia útil: pero ni el hierro ni el fuego harán que el hombre tenga por verdadero lo que le parece falso. Si Juliano, como dicen algunos escritores eclesiásticos, era propenso á la crueldad, debe confesarse que en materia de religion fue humano por política. La opresion que hizo sufrir á los cristianos, fue grave, pero no cruel. Humilló su amor propio, mas no vertió su sangre. Opuesto constantemente á los votos de los paganos que deseaban renovar las antiguas persecuciones, les representó sin cesar y públicamente que la dulzura y caridad de los primeros fieles habia sido la causa de la prosperidad del Evangelio enmedio de los suplicios. Mas peligroso por su astucia que lo hubiera sido vertiendo sangre, quiso seducir á los cristianos con el atractivo de los honores y de la fortuna, y el temor del desprecio y de la pobreza. Su tolerancia era fingida, y su rigor verdadero. Mandó por un edicto reparar y volver á abrir los templos de los gentiles, les asignó rentas, estableció festividades, y restituyó á

los pontífices las esenciones y prerogativas que gozaban antiguamente. La sangre de las víctimas vuelve á correr en todo el imperio, los arúspices aparecen de nuevo: el aire es perfumado de inciensos y flores: Roma y Bizancio vuelven á ver sus antiguas solemnidades: Apolo recibe las ofrendas del príncipe en el palacio imperial. Este y sus jardines se convierten en un vasto panteon, donde cada dios tiene su estátua, cada bosque su altar. De todas las funciones del poder supremo ninguna parecia mas honrosa á Juliano que la de sumo pontífice: título que creia superior aun al de augusto. Por la mañana ofrecia sacrificios al dios del dia: por la tarde á Diana y á los astros de la noche. Aconsejábanle que obligase á los cristianos á asistir á estas solemnidades. «No quiero, respondia, que se obligue á los galileos (asi los llamaba) á sacrificar á los dioses, ni que se les atormente por su creencia. Son mas insensatos que perversos. Combatamos contra ellos con la razon, y ganémoslos con la suavidad. No debemos aborrecerlos, sino tenerlos lástima por haberse èngañado en la cosa mas esencial de la vida.» Los cristianos, animados por una fe sincera, resistieron á los consejos y seducciones del príncipe; y si hubo algunos ejemplos de apostasía, fue de los idólatras de la ambi-

cion que mudaron de culto como de emperador, para ascender á las grandes dignidades, ofrecidas como premio de su iniquidad. Juliano interpretando á su placer la moral severa del Evangelio, publicó una ley que declaraba á los fieles incapaces del gobierno de las provincias y de los oficios militares. «Los galileos, decia irónicamente en su edicto, no pueden en conciencia ejercer estos empleos; pues el Evangelio les manda no sacar la espada.» Los grandes obedecieron al ejemplo y á la autoridad: entre los pocos que resistieron al torrente, se cuentan Joviano y Valentiniano, que despues fueron emperadores. El mismo príncipe cedió á la constancia de ellos; porque el aprecio que hacia de sus virtudes y talentos militares le impidió destituirlos, á pesar de su odio á la religion; y á Joviano dejó el importante destino de capitan de su guardia, é hizo que le siguiese en su espedicion contra los persas. Los arrianos dieron tambien ejemplo de valor: uno de ellos llamado Máris, obispo de Calcedonia, anciano y ciego, mandó que le llevasen al templo de la Fortuna, cuando Juliano sacrificaba en él, y le reprendió públicamente su impiedad. «Yo me compadezco de tu error, le respondió el emperador: el galileo que invocas, no te volverá la vista.»

«Yo le doy gracias, le respondió atrevidamente el obispo, porque me escusa el dolor de ver á un príncipe apóstata.» Fue de admirar el valor de aquel viejo; pero el emperador que lo sufrió, no era un tirano. Para destruir el cristianismo, queria sumergirlo en las tinieblas de la ignorancia: para resucitar la idolatría y devolverle su antiguo esplendor, deseaba rodearla esclusivamente de las luces que esparcen las ciencias y las letras. Asi, temiendo la elocuencia de los Basilios, Gregorios y Apolinarios, antorchas brillantes de la Iglesia, prohibió á los cristianos estudiar y enseñar en las escuelas. Al mismo tiempo ponia el mayor cuidado en la eleccion de los pontífices paganos; y las instrucciones que les daba merecen ciertamente ser imitadas en todos los paises. Mandó que para conferir el sacerdocio no se atendiese ni al nacimiento ni á las riquezas. Queria que no se confiase tan importante mision sino á los hombres mas distinguidos por su piedad y humanidad, y por los talentos propios á inspirar á los demas hombres esta virtud que es la primera de todas. Debian para mostrarse dignos de esta funcion sagrada, ser constantemente benéficos (1); porque en todas las situa-

(1) *Juliano queria rodear los altares del genti-*

ciones de la vida, aun en la indigencia, puede serlo el hombre. Les prescribia servir á los dioses como si estuviesen en su presencia: ser castos en sus ojos, oidos, lenguas y acciones: habituarse á domar siempre sus pasiones para entregarse con aplicacion al estudio de la filosofía, no de la de los poetas y epicúreos que enmuellece y corrompe las almas, sino la de los verdaderos sábios que enseña á venerar y temer á los dioses, justos remuneradores de la virtud, y jueces rectos de la maldad. Debian vivir sóbria y sencillamente: la magnificencia no era permitida sino en los templos. Aconsejaba á los pontífices que se presentasen rara vez en público para infundir mas respeto, y terminaba su edicto recomendando de nuevo la caridad. «Es vergonzoso para nosotros, decia, que

lismo con virtudes que no habia conocido el mundo hasta que se predicó el Evangelio: mas ¿cómo la caridad, la pureza y la resignacion podian avenirse con el culto de Marte sanguinario, de Venus adúltera, de Hércules enfurecido en Eta? No será aquel príncipe ciego el último ejemplo de la insensatez, que desea conservar las virtudes evangélicas, destruyendo la religion misma que las enseñó y las conserva. El filosofismo del siglo XVIII dará otro nuevo y deplorable escarmiento de esta indefinible contradiccion. (N. del T.)

los galileos mantengan á sus pobres y á los nuestros.» El mayor amigo de los cristianos no podria hacer de ellos un elogio mas alto. Algun tiempo se lisonjeó, aunque en vano, que la autoridad de sus luces é ingenio traeria sus adversarios á la sumision. Habiendo leido una obra escrita por Diodoro, en favor del cristianismo, escribió al fin de ella *leí, entendí, y condené*, y la envió con esta nota á muchos obispos. San Basilio, imitando su laconismo, le respondió: *Leiste, mas no entendiste; pues á haber entendido, no habrias condenado*. Constancio y sus hijos habian quitado sus rentas á muchos templos para dotar las iglesias. Juliano con igual arbitrariedad despojó las iglesias á favor de los templos, y en su edicto escusó irónicamente la injusticia, diciendo: «La admirable ley de los cristianos promete á los pobres el reino de los cielos: es justo allanarles el camino: la pobreza les dará sabiduría en esta vida, y un reino seguro en la otra.»

Si el espíritu de partido le estraviaba en materia de religion, la equidad mas suave dictaba sus sentencias y edictos en los demas asuntos; y como los hombres rígidos le reprendiesen su indulgencia, «Un príncipe, les respondió, es una ley viva que debe templar con su bondad el escesivo rigor de las leyes muertas.» Solo

el espionage, que durante muchos siglos abria en la corte las puertas de la fortuna, esperimentó siempre su severidad; y cuando sometido á las leyes de Constancio tenia que dejar libres en sus funciones á aquellos hombres viles, llamados *curiosos*, no pudiendo hacerles probar su odio, les mostraba por lo menos su desprecio. Un dia que el príncipe distribuia gratificaciones, uno de estos agentes, en lugar de estender la ropa, segun la costumbre, presentó las dos manos. «Estos, dijo Juliano, no saben como han de recibir; pero saben muy bien como han de robar.» Conocia tan profundamente la carga del reinado, que muchos historiadores le han creido sincero cuando dijo que estaba esento de ambicion, y que ascendia al trono contra su voluntad. Antes de esta revolucion, habiéndole dicho que Constancio iba á llamarle á su corte y á darle un sucesor, respondió: «Me alegraré: mas vale haber hecho en poco tiempo mucho bien, que hacer en mucho tiempo mucho mal.» Enemigo de los placeres y de la ociosidad, era tan activo en el consejo como en el campamento. Restituyó el vigor á las antiguas leyes, las corrigió, devolvió á los municipios las tierras usurpadas por los emperadores, y dejó entera libertad á los abogados. Accesible á las quejas, y justo en las

decisiones, seguia mas bien el espíritu que la letra de la ley; y como desconfiaba de su impetuosidad natural, lejos de ofenderse de las objeciones, animaba á los magistrados á que le contradijesen. Un dia, oyendo á unos abogados que elogiaban su justicia y su genio, les dijo: «¡Cuánto me agradarian vuestras alabanzas, si os creyese bastante sinceros y animosos para censurarme en caso de merecerlo!» No conocia la inquietud de los príncipes cobardes que les hace prestar oidos á la delacion, y los inclina á la tiranía. Estando en Asia, denunció un delator á un ciudadano rico, acusándole de aspirar al imperio. «¿Qué pruebas tienes, le dijo Juliano, de su delito?» «Ha mandado hacerse, replicó el espía, una toga y un manto de color de púrpura.» Entonces el emperador dijo á su tesorero: «Da á este delator botas y coturno de color de púrpura, y que los lleve al acusado para que tenga el vestido completo.» Fiel á las mácsimas de la filosofía, procuraba siempre hacerse dueño de sus pasiones, escepto la ambicion de gloria militar, que ni aun pensó en combatir. Vencedor de los germanos en el occidente, queria que el Asia fuese tambien teatro de sus triunfos. Determinado á estender los límites del imperio, rehusó, aunque se lo aconsejaron, marchar contra los godos, á

quienes despreciaba, y cuyo vencimiento le parecia facil. La conquista de Persia, y el deseo de igualar la gloria de Alejandro, inflamaban su imaginacion. Creia firmemente en la metempsícosis de Pitágoras, y se persuadia que su alma habia morado antiguamente en el cuerpo del héroe macedonio.

Antes de salir de Constantinopla para la ejecucion de sus vastos designios, quiso dejar en aquella capital monumentos durables de su mansion. Construyó un puerto embellecido por una galería magnífica: edificó un pórtico en el palacio imperial, y puso en él una biblioteca numerosa: concedió al senado de oriente privilegios que igualaban la nueva Roma con la antigua. «Constantino, decia, amaba á Bizancio como á hija: Constancio como á hermana: yo como á madre y nodriza.» Atravesando el Bósforo llegó á Nicomedia, y no pudo ver sin dolor las ruinas de una ciudad en que habia pasado su infancia; y asi prodigó sus tesoros para reedificarla. Llevado de su pasion al culto de los dioses, cuyos altares queria restablecer, fue á Frigia con solo el objeto de visitar en Pesinunte el famoso templo de Cibele, cuya estátua habia llevado en otro tiempo á Roma Escipion Nasica, obedeciendo al oráculo que encargaba esta comision al mas

virtuoso de los romanos. En esta ciudad compuso en honor de la diosa un discurso que ha llegado hasta nosotros, y escribió la apología de Diógenes el Cínico, filósofo poco digno de elogios. Cuando atravesó la Cilicia, Celso, gobernador de esta provincia, le arengó y pronunció su panegírico, siguiendo la costumbre que un filósofo como Juliano hubiera debido abolir. El emperador llegó á Antioquía en 362, cuando la ciudad estaba de luto lamentando la muerte de Adónis. Miró esta casualidad como un presagio funesto: ni su valor ni sus vastos conocimientos alcanzaron á preservarle de una crédula superstición, enfermedad de su siglo. Ilustró su llegada á Siria en un acto de generosidad. Formábase entonces proceso á Talacio, antiguo valido de Constancio, y uno de los que mas fieramente habian perseguido á Galo. Muchos ciudadanos incitaban al emperador á que vengase su injuria y la de ellos. «Talacio, le decian, te ha ofendido, y ha cometido mil violencias contra nosotros.» El príncipe, indignado de ver que querian abusar de su autoridad para oprimir á un desgraciado, poderoso en otro tiempo, y ya indefenso, respondió á los acusadores: «Pues confesais que vuestro enemigo lo es mio, debeis ceder de vuestra querella, hasta que yo vengue la

mia, que en mi entender merece la preferencia.» Suspendióse el proceso; y como el único delito de Talacio era haberse opuesto valerosamente, y casi solo, á la tiranía de Galo, Juliano le devolvió poco despues sus empleos, y le honró con su benevolencia. Al mismo tiempo procuraban, con mas justicia, escitar su ira contra Teodoto, descubriéndole que habia aconsejado á Constancio dar la muerte al césar. «Ya lo sabia, respondió el príncipe. Vuelve á tu casa, Teodoto, sin ningun recelo: vive bajo el reinado de un emperador que siguiendo las mácsimas de los filósofos, procura siempre disminuir el número de sus contrarios y aumentar el de sus amigos.» Romano y Vicente, capitanes de su guardia, convencidos de haber aspirado al trono, no recibieron mas castigo que el destierro. Marcelino, hijo de su antiguo enemigo, y algunos ministros de Constancio fueron los únicos condenados á muerte, mas bien, segun las probabilidades, por delitos cometidos contra el pueblo, que por el enojo del príncipe. Sin embargo, Juliano hizo vanos esfuerzos para ganar el amor de los de Antioquía, habitualmente sediciosos y burlones. Los católicos y arrianos le aborrecian como enemigo del cristianismo; y la austeridad de sus costumbres no podia agradar á los

sirios voluptuosos y afeminados. Ridiculizaron su gravedad, su barba larga, su frugalidad y la sencillez de sus vestidos. Diariamente le insultaban en pasquines insolentes y escritos satíricos. Aunque le llegó al alma esta injuria, no tomó otra venganza que la de escribir una obra ingeniosa, célebre hasta nuestros dias, titulada *Misopógon*, ó el enemigo de la barba. En ella hizo el retrato de sí mismo: finge adoptar las opiniones de los antioquenos, y reuniendo en un cuadro reducido todos los defectos de que le acusaban, hace el panegírico mas interesante de su conducta, de su sistema y sus virtudes. Los sirios, á pesar de su amor á los placeres, no frecuentaban el célebre bosque de Dafne, desde que recibieron la luz del Evangelio. Antiguamente reinaba el deleite, desterrado el pudor bajo aquellas sombras deliciosas: la dulzura del clima, los céspedes esmaltados de flores, el murmullo de los claros arroyos que los bañaban, el canto de las aves, los himnos que recordaban el amor de Apolo á Dafne, todo entregaba los sentidos á una molicie voluptuosa. El mortal que en aquel vergel consagrado á placeres nada misteriosos, hubiera entrado con miradas castas y costumbres puras, habria sido espelido como un profano. Todos mostraban el mis-

mo ardor que Febo, y ninguno la esquivez de Dafne. Al aspecto severo de la cruz, quedaron destruidos los prestigios de la voluptuosidad, y desiertos sus altares. Edificóse en el mismo sitio una iglesia, donde se depositó el cuerpo del mártir san Babilés, y desde entonces cesó el oráculo de Apolo: silencio que atribuyeron los paganos á la profanacion del bosque sagrado. El emperador, queriendo restituir al dios sus antiguos honores, fue al bosque á hacer un sacrificio; pero nadie se atrevió á acompañarle, sino el sacerdote sacrificador. Con este motivo reprendió indignado al senado y pueblo de Antioquía su indiferencia con respecto al antiguo culto. «Nunca os he visto en los templos, les decia, sino para prodigarme adulaciones indignas. No debeis dar incienso á mí, sino á los dioses.» Solo renunciaba á la austeridad en favor del politeismo. En las fiestas de Venus se paseó por las calles de Antioquía, adornado de guirnaldas de flores enmedio de una comitiva licenciosa, repitiendo canciones oscenas, y precedido de una multitud de prostitutas. San Crisóstomo, al describir estas vergonzosas solemnidades, teme que la posteridad se niegue á creer tan estravagantes desórdenes de que era testigo toda una ciudad. La supersticion estravió

á un príncipe, continente por carácter, y trasformó por algunas horas á Marco Aurelio en Eliogábalo. Los historiadores gentiles cuentan que Apolo dió en fin un oráculo, y fue el siguiente: «Estoy rodeado de cadáveres: no daré respuesta hasta que se quiten los muertos que mancillan mis altares.» Juliano hizo trasportar á otro sitio las reliquias de san Babilés. A pocos dias pereció el templo de Apolo en un incendio. Juliano acusó de él á los católicos, y en venganza mandó cerrar la iglesia de Antioquía. El sacerdote Teodoreto, que se resistia á ello, fue muerto por los paganos. El emperador manifestó grande enojo contra los asesinos, y mandó perseguirlos en justicia. «No quiero, decia, que haya mártires en mi reinado: no quiero que nadie perezca por su creencia.» Una falta demasiado comun en los gobernantes irritó mas contra él al pueblo de Antioquía, donde á la sazon se esperimentaba grande escasez. El emperador puso precio á los granos, y publicó edictos severos contra los acumuladores de trigo. Esta traba destruyó la actividad de los comerciantes y la concurrencia que conservaba el nivel de los precios. Los granos fueron mas caros y escasos: los sirios acusaron al príncipe del mal que sufrian. Juliano no respondió á las injurias, sino prodigando sus tesoros

para socorrer al pueblo. Espuesto á los sarcasmos de una poblacion numerosa, atormentado por el odio de los cristianos, sufrió ademas la contradiccion de los filósofos, á quienes tanto amaba; y para vencerla, empleó un medio muy facil, cual es lisonjear su vanidad. Libanio rehusaba orgullosamente venir á su palacio á unirse á sus cortesanos, y desechaba todos sus dones. «Hé aquí un regalo, le dijo Juliano, que seguramente aceptarás: declaro que tus virtudes te dan entre los mas grandes filósofos el mismo lugar que tus discursos te han dado entre los mas grandes oradores.» Este príncipe se manifestó siempre neutral entre arrianos y católicos, ya por tolerancia, ya para fomentar entre los cristianos la division y debilitarlos. Compuso contra el cristianismo, objeto constante de su odio, un libro que no ha llegado hasta nuestros dias; pero conocemos una parte de él por la refutacion de san Cirilo. En esta obra, como en una ingeniosa alegoría que se ha conservado, y en que cuenta sus infortunios, sus inspiraciones y su gloria, aconsejaba á los pueblos que adoptasen su religion. Llamábala helenismo, y le daba por base la idea del Ser supremo y de su hijo, que es el *Logos* de Platon, cuya imágen y santuario era el sol: los demas dioses, segun él, se redu-

cian á emanaciones de la divinidad.

Propúsose favorecer á los judíos porque eran enemigos de los cristianos: proyectó para desmentir las profecías, reedificar el templo de Jerusalen, destruido tres siglos antes. Avisó su resolucion á los judíos por un edicto, los esceptuó de todo impuesto estraordinario, les dió parte en sus tesoros, reunió para la ejecucion de esta empresa un inmenso número de obreros, y encargó á Alipio, intendente de Palestina, que acelerase la obra sin perdonar trabajo ni dinero para acabarla prontamente. Antes de construir el nuevo edificio, se demolieron los cimientos del antiguo. Los hebreos acudieron de todas partes del mundo á Jerusalen con la esperanza de volver á levantar su templo y culto, su potencia y su gloria. Esta esperanza fue engañada. No solo los autores eclesiásticos, sino tambien Amiano Marcelino, historiador gentil, cuentan que salieron de la tierra con gran ruido globos de fuego, los cuales lanzándose repetidas veces sobre los obreros, les impedian llegar á los cimientos y sumergian enmedio de las llamas á los trabajadores mas osados. Juliano se vió obligado á abandonar su proyecto, y á ceder á una resistencia superior á sus fuerzas. Sozomeno, Rufino y Sócrates repiten este hecho cita-

do por Amiano. San Gregorio, san Crisóstomo y san Ambrosio, escritores de aquella edad, lo testifican. Este suceso afirmó la fe de los cristianos, y desesperó á los judíos, de los cuales muchos se convirtieron. Los filósofos esplicaron el fenómeno, atribuyéndolo al betumen y azufre de que abunda aquel terreno, como lo prueban los terremotos frecuentes en aquella parte del Asia, que habian sumergido en el abismo ó abrasado con llamas ciudades muy populosas.

Espedicion de Persia : batalla de Marangas. (363.) Entretanto el emperador reunia con suma actividad tropas, armas, víveres y municiones de todas partes para la guerra que meditaba contra Persia. Sapor, temeroso de sus preparativos y de la habilidad del vencedor de Germania, le propuso la paz, dejándole dueño de arreglar las condiciones. Juliano que queria terminar la lid de tantos siglos con la conquista de la Persia y no con un tratado, no respondió á aquellas ofertas pacíficas sino rehusando toda negociacion. Para esta guerra se impuso á los cristianos un tributo especial : medida injusta y sin disculpa, como hija del odio. Creia que dejándoles la vida y la libertad de profesar su religion, aunque los oprimiese sin cesar, no mereceria el renombre de perseguidor. Mu-

chas naciones del oriente le ofrecieron tropas ausiliares. «Los romanos, respondió, dan socorro á los otros pueblos, y no lo reciben.» Los sarracenos querian venderle sus servicios, y él les dijo: «Un príncipe belicoso no tiene oro sino hierro.» El rey de Armenia era tributario de Roma. Juliano, que le despreciaba porque habia abrazado el cristianismo, le envió en lugar de una invitacion una órden dura, como á vasallo, de armar sus tropas y seguirle á la guerra.

El ejército romano, dividido en muchas columnas, pasó el Eufrates con secreto y rapidez en diferentes puntos, y sus divisiones se establecieron en los cuarteles ya designados, al abrigo de algunas fortalezas, hasta el momento de su reunion. Juliano, cuando estuvieron cumplidas todas sus órdenes, salió de Antioquía jurando no volver á ella, y en señal de su enojo, dejó por gobernador en aquella ciudad á Alejandro de Heliópolis, hombre injusto, duro y violento, del cual decia: «Bien sé que Alejandro no merece mandar; pero Antioquía merece obedecerle.» Llegó á Berea, donde halló olvidado el politeismo, é hizo vanos esfuerzos con el senado de aquella ciudad para restablecer el culto de los dioses. Barnes le fue mas favorable; y los habitantes le

acompañaron á sacrificar en los templos de Apolo y Júpiter. La rapidez de su marcha fue tal, que ya habia pasado el Eufrates, y los persas le creian en Antioquía. A pesar de la importancia de Edesa, se alejó de esta plaza porque estaba poblada de cristianos, y fue á Carras, ciudad célebre por la ruina de Craso: habia en ella un templo famoso dedicado á la Luna, á la cual el príncipe tenia particular devocion. Procopio, que pagó despues con la cabeza su momentánea elevacion, decia que Juliano, estando en Carras, le habia dado un manto de púrpura y designádole por sucesor en el caso de que pereciese en esta guerra. Dos caminos tenia el ejército romano para penetrar en Persia: uno por la Adiabene, pasando el Tigris; otro por la Mesopotamia costeando el Eufrates. Juliano para engañar á los persas, los hizo reconocer entrambos, precedido por destacamentos. Dejó en Mesopotamia, bajo las órdenes de Procopio y Sebastian, 30.000 hombres escogidos que debian reunírsele despues en Asiria con Arsaces y sus armenios, fingió marchar hácia el Tigris, y avanzó rápidamente por el Eufrates. En este rio tenia 50 buques de guerra y 1.000 de transporte cargados de víveres, que aseguraban la subsistencia de sus tropas. Ya se habia puesto en marcha, cuan-

do recibió cartas de Salustio, prefecto de Galia, el mas sincero y leal de sus amigos, en que le rogaba que suspendiese la espedicion, porque los dioses no se mostraban favorables á ella. Juliano, consolado con otros agüeros, continuó su movimiento, y llegando adonde estaba el sepulcro de Gordiano el menor, honró con libaciones la memoria de este príncipe: libaciones que habian de repetirse dentro de poco en su misma tumba. Pocos dias despues, un soldado, acometido por un leon furioso, lo mató de una lanzada: y el emperador creyó la muerte de la fiera presagio de la caida del rey persiano. Una antigua preocupacion, confirmada por muchos escarmientos y esparcida en el oriente, disminuia la confianza de los romanos; porque era una creencia general que los ejércitos del imperio no podian penetrar en Persia sin esponerse á grandes desastres. Juliano procuró destruir el mal efecto de esta tradicion popular: reunió sus tropas y les recordó los triunfos de muchos capitanes, cuyas águilas victoriosas habian penetrado hasta el centro del Asia. «Estos grandes hombres, añadió, no eran escitados sino por la gloria: nosotros lo somos por ella y por la venganza: la derrota de nuestras legiones, la devastacion de nuestros campos, la ruina

de nuestras ciudades nos ponen con justicia la espada en la mano. Reparemos lo pasado, aseguremos lo futuro y merezcamos fama inmortal. Yo cumpliré los deberes de general, oficial y soldado. Los dioses me han concedido auspicios favorables; pero si la fortuna engañase mis esperanzas, me tendria por feliz pereciendo, como los Mucios, Decios y Curcios, por el bien de la patria. Imitemos á nuestros mayores, cuya constancia vencia todos los ostáculos. Ellos lucharon penosamente muchos años antes de subyugar á Fidenas, á Veyos, á Numancia: la ruina de Cartago fue el premio de un siglo de combates. Sigamos tan glorioso ejemplo, y sobre todo evitemos un escollo funesto hartas veces á nuestras armas. La disciplina fue la causa de sus victorias: la licencia, de nuestras derrotas. Peleemos para vencer, no para saquear. La desobediencia me hallará inflecsible: todo el que se aparte de sus banderas, será mutilado. No temais las armas del enemigo, sino su astucia: desconfiad de los lazos que tenderá la codicia. Yo, sometiéndome el primero á la regla general, aunque venza, no me haré como otros príncipes superior á las leyes: daré cuenta de mi conducta á la faz del mundo. Marchad confiados: fatigas, peligros, todo será comun entre no-

sotros; y no olvideis que la justicia de nuestra causa es el presagio mas seguro de la victoria.» Los soldados, levantando sus escudos, responden á estas palabras con aclamaciones unánimes, y gritan: «Volemos sin temor al combate bajo el mando de un emperador invencible.» El ejército se puso en marcha en tres columnas precedidas de tropas ligeras: el ala derecha, mandada por Nevita, y precedida por la escuadra, costeaba el Eufrates: la izquierda, compuesta casi toda de caballería, avanzaba en la llanura á las órdenes de Arinteo y Hormisdas. Victor y Secundino mandaban la retaguardia. Juliano, colocado en el centro, acudia á todos los puntos donde su presencia era necesaria.

La toma de tres fortalezas fue su primera operacion; y la devastacion de Asiria castigó la de las provincias romanas. Las ciudades de Hiacira y Ozogardana fueron consumidas por el fuego. Marcharon quince dias sin encontrar á los persas; al fin su caballería se presentó. Hormisdas la acometió y puso en huida. Despues de este triunfo llegaron á un sitio donde el Eufrates se divide en dos brazos: uno que se dirige hácia Babilonia, y otro que se une con el Tigris en el camino de Ctesifonte. Un cuerpo numeroso de persas defendia este segundo brazo: Juliano los engañó

con sus movimientos, pasó el rio y se acampó delante de Pirisabor, una de las mas grandes ciudades de Asiria. Su numerosa poblacion resistió con denuedo al principio los ataques de los romanos; pero cuando los habitantes vieron marchar contra sus murallas el *helepolo*, la mas temida de las máquinas antiguas, inventada por Demetrio Poliorcétes, se apoderó el terror de sus ánimos, capitularon y abrieron sus puertas. El emperador halló en esta plaza gran cantidad de víveres y armas. Despues de esta victoria murmuraban las tropas, y no querian penetrar mas adelante en aquellos vastos paises que habian sido el sepulcro de tantas legiones. Juliano con sus discursos los sosegó y reanimó. Continuando su marcha, rodeó unas grandes lagunas, y se acercó á la ciudad de Maogama. Adelantándose casi solo para reconocerla, se vió rodeado por diez ginetes persas, mató á algunos de ellos, ahuyentó á los demas, y debió la vida á su intrepidez. La ciudad fue tomada al tercer asalto, y entregada al furor de las tropas. Trajéronse á presencia del emperador algunas nobles cautivas de insigne hermosura: no quiso verlas, imitando á Escipion en la continencia, asi como le habia imitado en el valor. Pasó despues á ver las ruinas de Seleucia, tristes monumentos

de la inconstancia de la suerte y de la caducidad de los imperios. La escuadra pasó del Eufrates al Tigris, rio que debia pasar el ejército. Los oficiales, espantados por lo tajado de sus ribazos y lo ligero de su curso, suplicaban á Juliano que difiriese el tránsito. «Y ¿qué ganareis en ello? les respondió: el tiempo no retardará la velocidad de las aguas ni allanará los márgenes: lo que hará, será aumentar el número de los enemigos que defienden el paso.» Callaron y obedecieron. Despues de una sangrienta pelea, quedó la victoria por los romanos: pasaron el rio, mataron 6000 persas, y persiguieron las reliquias del ejército vencido hasta las puertas de Ctesifonte: límite fatal, que la esperiencia de tantas campañas, afirmada tambien en oráculos, habia prohibido pasar á los romanos. Juliano hizo allí un sacrificio á Marte de diez toros que se debian inmolar, nueve murieron antes de llegar al altar, el último se escapó: vuélvenle y cae al golpe del cuchillo sagrado; pero sus entrañas no ofrecen al pontífice sino auspicios amenazadores. Juliano, dejando de respetar al cielo cuando se oponia á su gloria, se enfada contra Marte, jura que no le hará mas sacrificios, y manda á las tropas consternadas que no busquen otros agüeros sino los de su valor y

su fortuna. Queriendo evitar la pérdida de tiempo que causaria el cerco de una ciudad tan grande, procuró escitar con denuestos y desafios el valor de los ciudadanos de Ctesifonte, para que saliesen á pelear á la llanura: mas ellos le respondieron, que si queria lograr el ardiente deseo de medirse con los persas, debia alejarse de sus inespugnables murallas, y marchar contra el ejército del rey de reyes. Al mismo tiempo se presentó en el campo romano un enviado de Sapor con carta para el príncipe Hormisdas, en que prometia hacerle justicia, y solicitaba su mediacion para la paz con Roma. Juliano, como casi todos los conquistadores, estaba embriagado de orgullo: su filosofía se rindió á este pernicioso veneno, siempre oculto en la copa de la gloria. Desechó, pues, las proposiciones de Sapor, y le desafió á la batalla para las llanuras de Arbelas, esperando triunfar en aquel campo como Alejandro. La rapidez de un brazo del Tigris retardó su marcha: otros ostáculos detuvieron el ejército de Mesopotamia, y la fortuna comenzó á mostrarse esquiva con un príncipe abandonado de la prudencia.

En estas críticas circunstancias, un persa distinguido por su nacimiento se presenta al emperador como un proscrito irritado

que desea vengarse de las injusticias de su rey. «Puedes, dijo á Juliano, hacerte dueño de Persia en poco tiempo y antes que Sapor haya reunido ejército para defenderla; pero es fuerza que te alejes de tu escuadra, cuya lentitud hará imposibles los progresos. Tienes dos ejércitos, de los cuales el uno se consume en guiar al otro. Tus bajeles son mas bien un ostáculo que un socorro. Líbrate de ese impedimento: yo sé un camino que lleva directamente al centro del imperio persa. Atrevete á seguirle: toma víveres para cuatro dias. Yo te guiaré: mi cabeza es fiadora de mi lealtad.» Juliano, demasiado crédulo, olvidando los ejemplos de Craso y Antonio, sigue el consejo del fingido desertor, desprecia los prudentes avisos de Hormisdas y las murmuraciones del ejército, toma víveres para veinte dias, y se pone temerariamente en marcha bajo la palabra de un traidor, que desaparece apenas el ejército, privado del ausilio de la escuadra, se hallaba enmedio del desierto. El emperador, conociendo tarde su yerro, honró su desgracia con la firmeza. Mudando de camino y alejándose del Tigris, entró en una llanura, cuya fertilidad empezó á disipar los temores; pero la caballería persa se derrama por los campos, quema las mieses, destruye las aldeas, priva á los romanos de todo

recurso, y los entrega á las miserias de una hambre espantosa, enemigo mas terrible que los ejércitos del oriente. Juliano abandonó entonces toda idea de conquista, y solo pensó en salvar el ejército. Despues de una larga deliberacion, resuelve volver á sus fronteras por la Corduene, pequeña provincia de Armenia, dependiente de los romanos; pero el rey de Persia, previendo su designio, se opuso á él, y apareció al frente de un ejército cuyos numerosos escuadrones cubrian la llanura. Los romanos, acometidos sin cesar, continuan su retirada peleando á cada paso: rechazaban al enemigo, mas este no tardaba en volver á atacarle. En fin el 22 de junio todas las fuerzas reunidas del rey de Persia acometieron á los romanos junto á un pueblo llamado Marangas: el valor triunfó del número: los persas fueron vencidos y ahuyentados; pero el vencedor estaba rendido al hambre. El intrépido Juliano no podia aliviar los males del soldado, sino participando de ellos. Su ejemplo solo los sostenia: en vano le instaban á que aceptase los alimentos reservados para él: al punto los distribuia entre todos. El 26 de junio enmedio de la noche le parece ver de nuevo al genio del imperio; mas pálido, triste y cubriendo con un velo lúgubre su cabeza y el cuerno de la abundan-

cia, del cual salia una llama viva que cae y desaparece: imágen de la suerte de Juliano. Espantado con esta aparicion, llama á los arúspices hetruscos: estos declaran que los dioses prohiben combatir. El emperador no cree que el cielo aconseje la cobardía, y continua su marcha. El escesivo calor le impide armarse: corre al frente de las columnas para reconocer el país que van á atravesar, cuando le avisan que la retaguardia es acometida. Toma su escudo sin acordarse del peto: se lanza á la batalla, reanima á los suyos haciendo prodigios de valor, mata un gran número de persas, vuelve á la vanguardia que peleaba tambien contra un cuerpo mas numeroso, desbarata y ahuyenta á los enemigos, los persigue con un ardor que ningun consejo puede contener, ni los gritos de sus soldados; y en fin, el dardo de un ginete persa dando al soslayo en su brazo, le atraviesa por las costillas y penetra en el hígado. El emperador cae: sácanle de la batalla sobre un escudo: apenas le vendan la herida, cuando al saber que los enemigos han atacado de nuevo, monta á caballo para volver al combate; pero un torrente de sangre sale de su herida y vuelve á caer. El furor de los romanos y la desesperacion de los persas prolongaron la sangrienta batalla hasta la noche, y la victoria quedaba in-

decisa. Pero nada resistió á la furia de las legiones cuando supieron que peligraba la vida del emperador: la caballería persa de los inmortales pereció: el triunfo de los romanos fue completo: los enemigos perdieron sus soldados mas valientes, cincuenta sátrapas y los dos generales que mandaban el ejército. A haber sobrevivido Juliano, quizá esta victoria hubiera sido decisiva. Aunque estaba mal herido esperaba sanar, porque un oráculo le habia pronosticado, estando en Galia, que moriria en Frigia; pero cuando supo que la aldea en que se hallaba, tenia este nombre fatal, perdió toda esperanza. Los que le acompañaban, no hacian mas que gemir y llorar: él solo, tendido en una piel de leon, mostraba en sus últimos instantes la mayor firmeza. «Queridos compañeros, les dijo, la naturaleza reclama lo que me dió: yo se lo vuelvo, no con el pesar de un hombre muy afecto á la vida, sino con la tranquilidad de un deudor que paga. La filosofia me ha enseñado que el alma no es feliz hasta que se libra de las prisiones del cuerpo. Debemos alegrarnos y no afligirnos, cuando la parte mas noble de nuestro ser se aparta de la que degrada. La muerte es á veces la mas bella corona que los dioses conceden á la virtud. La recibo como un beneficio que me liberta de muchos escollos. He vi-

vido sin crimen, y muero sin remordimientos. Tanto en el colmo de la prosperidad, como en la desgracia y el destierro, cumplí mis deberes. Mirando mi autoridad como una emanacion del poder divino, creo que la he conservado sin mancha, gobernando á los pueblos con suavidad, y no declarando la guerra sino con justicia. La victoria no dependia de mí, sino de los dioses. Enemigo del poder arbitrario y de la ambicion, que corrompen las costumbres y arruinan los estados, deseé siempre la paz: pero cuando la patria me llamó á los combates, obedecí su voz como buen hijo, y arrostré por ella todos los riesgos. Largo tiempo há que me habian pronosticado una muerte violenta. Doy gracias al Ser eterno, por no haber perecido bajo los puñales de pérfidos conjurados, ó en los tormentos de una larga enfermedad, ó en los suplicios que han terminado los dias de muchos príncipes delincuentes. Ha juzgado sin duda que yo merecia, enmedio de mi gloria floreciente, una muerte ilustre. La razon nos dice que es tanta cobardía desear morir cuando no es preciso, como evitarlo cuando llega la hora. Pero mis fuerzas me abandonan y me impiden prolongar esta última despedida. Debeis elegir un nuevo emperador: yo no quiero influir en el nombramiento. Acaso mi juicio

no seria acertado; y si no lo confirmaseis, solo serviria para la perdicion del que yo designase. Mi único voto como hijo agradecido de la república es que, muerto yo, confieis la autoridad á un gefe virtuoso.» Despues de este discurso, que redobló el afecto y las lágrimas de los circunstantes, mandó que su cadáver fuese llevado á Tarso, y distribuyó sus bienes entre sus amigos. Admirábase de la ausencia de uno de ellos, llamado Anatolio. Salustio le dijo: «Anatolio es ya feliz.» Juliano le entendió, y mostró tanto dolor por esta pérdida, como indiferencia por su misma suerte. Sus amigos sollozaban: «Es mucha debilidad, les dijo, llorar á un príncipe que se aleja de la tierra para reunirse á los astros y á los espíritus celestes.» Despues de un corto desmayo recobró el uso de sus sentidos, llamó á los filósofos Prisco y Máximo, y sostuvo con ellos una larga discusion acerca de la ecsistencia del alma; pero se volvió á abrir la herida, se le oprimió la respiracion, pidió agua, y habiéndola bebido, espiró sin agonía. Este príncipe murió el 27 de junio de 363, á la edad de 32 años, siete despues de su elevacion á la dignidad de césar, y el tercero de su reinado, que duró veinte meses. Sin atender á sus panegiristas ni á sus enemigos, basta conocer sus acciones y leer sus obras, para co-

locarle entre los hombres justamente célebres. Es preciso que tuviese un mérito superior, pues su nombre ha atravesado los siglos á pesar de la caida de la religion que quiso ensalzar. Es lamentable su error y su afecto á la idolatría; mas no se puede negar la admiracion á un príncipe que vivió, gobernó y murió como verdadero romano. En su reinado los bárbaros vencidos respetaron las fronteras del imperio: la agricultura y el comercio estuvieron protegidos contra las concusiones: los delatores se ocultaron, la justicia presidió los tribunales, hubo libertad en el senado: la disciplina restituyó á los ejércitos su fuerza y gloria: los campos y templos resonaban con himnos alegres y acciones de gracias á un príncipe defensor del imperio. Solo en las iglesias de los cristianos resonaban las quejas y gemidos: su dolor era justo por el nuevo género de persecucion que sufria el cristianismo, y por el escándalo pernicioso que daba al mundo la apostasía del príncipe. Juliano, si atendemos á su edicto, queria destruir la fe de Cristo, no con tormentos y suplicios, sino por el atractivo de la ambicion mundana. «No quiero, decia, que mueran los galileos, ni que se les maltrate en ningun modo, sino que les sean preferidos los adoradores de los dioses.» Las victo-

rias que alcanzó su constancia en la adversidad, su moderacion en la fortuna, su audacia en el peligro y la rapidez de sus marchas le colocan entre los grandes capitanes. Su templanza, la severidad de sus costumbres, su amor á la moral, y la sabiduría de sus mácsimas, no le hacen indigno del virtuoso Marco Aurelio á quien tomó por modelo. ¡Feliz, si limitándose á seguir sus vestigios, no hubiera querido imitar á Alejandro entregándose á un deseo desenfrenado de gloria, que le hizo morir á la edad de 32 años como el héroe macedon, y dejando espuesto el imperio á las desgracias que vienen siempre tras la felicidad de los conquistadores!

Si las grandes acciones de Juliano escitan la admiracion, la lectura de sus cartas le hace amar. Aunque dueño del mundo, conocia la necesidad y el precio de un buen amigo. Emprendió un largo viage para defender, como simple ciudadano, la causa de Cartesio, uno de sus amigos, y la de Arete, muger virtuosa y rica, á la cual querian despojar de sus bienes hombres poderosos é injustos. En sus cartas escritas con el abandono de la confianza, se ve cuánto hubiera preferido el retiro al trono, y hasta qué punto le molestaba el peso de la soberanía, «demasiado, decia, para un hombre, y que ecsige

las fuerzas de un dios.» Conociendo la estension de sus deberes, se consagró á cumplirlos. Su vida entera fue un contínuo trabajo, y pocos escritores antiguos le superaron en talento y actividad. Muchos de sus escritos han llegado á nosotros. No hablaremos de los *Panegíricos* de Constancio y Eusebia, dictado el uno por la necesidad y el otro por la gratitud, ni del elogio del *Sol rey ó Lógos* de Platon, en el cual es mas sofista que orador: sino de tres obras ingeniosas en que brilla la viveza de su imaginacion, y cuyo mérito no ha disminuido la diversidad de los tiempos y las costumbres. Una es la alegoría en que pinta su carácter, esplica su doctrina, y describe sus infortúnios y su elevacion. La segunda es una sátira histórica, en que hace comparecer ante los dioses á Hércules, á Alejandro y á todos los césares desde Julio hasta Constancio, disputando el lugar que deben obtener en el cielo, y aprecia con raro discernimiento sus defectos y cualidades. La forma de esta sátira es ingeniosa y nueva: la composicion, aunque filosófica, está amenizada por la sal cáustica del viejo Sileno, censor burlesco de las deidades del Olimpo y de los héroes de la tierra. En esta lucha de grandes hombres la filosofia triunfa de la gloria; y la justicia de los dioses concede á

Marco Aurelio la superioridad sobre todos sus concurrentes. La tercer obra menos grave, y acaso mas interesante, es el *Misopógon*, de que ya hemos hablado, en que se burla amargamente de las costumbres afeminadas de los antioquenos. Es muy raro que un príncipe absoluto y ofendido use no mas que de su ingenio para vengar las injurias, y responda á los libelos con una sátira.

Cuando el ejército romano volvió á Siria, el cadáver de Juliano se enterró con pompa en la ciudad de Tarso, y en su sepulcro se puso esta inscripcion: *Aquí yace Juliano, que perdió la vida, habiendo pasado el Tigris. Fue escelente emperador y valiente guerrero.*

Joviano, emperador. El trono estaba vacante, el ejército en riesgo, y el imperio espuesto á las calamidades de una guerra civil y religiosa. Deseaban, pues, nombrar un gefe para contener y dirigir las tropas, disminuidas por tantos combates, estenuadas por el hambre, y ostigadas sin cesar por el enemigo. El grande interes de la salud pública fue en aquel momento superior al espíritu de partido; y los idólatras, católicos y arrianos convinieron en elevar al poder supremo á un gentil, á Salustio, prefecto del pretorio, amigo de Juliano, y digno por sus talentos

y virtudes, de sucederle. Pero Salustio, mas atento al peso de la corona que á su esplendor, rehusó el gravámen que iba á imponer sobre él la estimacion general. Dió por motivos para escusarse su edad y su salud. Entonces uno de los generales, levantando la voz, dijo á sus compañeros: «Si Juliano estuviese, no muerto, sino ausente de nosotros, vuestro primer cuidado seria hacer una retirada segura y pronta. Obremos, pues, como si el emperador viviese, y atendamos solo á nuestra salvacion. Cuando estemos en Mesopotamia, haremos la eleccion con mas despacio y prudencia, de manera que nadie pueda tacharla de ilegalidad.» Este dictámen, quizá el mas sensato en aquellas circunstancias, iba á ser adoptado; pero de repente pronunciaron algunas voces el nombre de Joviano. Las aclamaciones de los soldados que rodeaban la junta de generales, no dejaron tiempo de votar. Los mas apartados, oyendo el grito de *viva Joviano*, y engañados por la disonancia del nombre, creen que Juliano ha vuelto en sí. Los transportes ruidosos de la alegría pública parecen una aprobacion universal del nombramiento de los generales: Joviano es proclamado augusto por el consejo; y el error de las legiones no se disipó hasta que se presentó el nuevo príncipe,

cuando no era posible ya deshacer la equivocacion.

Flavio Claudio Joviano era hijo de un aldeano de Mesia: este era el conde de Varroniano, que llegó á los grados mas altos por su valor, y mandó un cuerpo de la guardia de Diocleciano; y como esta tropa tenia el nombre de *jovios*, por amor á ella dió á su hijo el nombre de Joviano: el cual se distinguió tanto por su valor y probidad, que Juliano, perdonándole su inespugnable adhesion á la fe cristiana, le dejó el importante destino de gefe de la guardia interior de palacio y de conde de los domésticos. Cuando murió Constancio tuvo el encargo de conducir á Constantinopla el cadáver de este emperador; y los honores que entonces recibió parecieron á algunos hombres supersticiosos presagios de su futura grandeza. Amiano era idólatra; pero su parcialidad contra los príncipes que profesaban el cristianismo, no le impidió pintar á Joviano como un monarca generoso, afable y benéfico. Su valor y actividad le ganaban el aprecio: la alegría de su carácter le hacia amar; y siendo tolerante al mismo tiempo que celoso de su religion, no persiguió ni á hereges ni á gentiles. No se reprendian en él otros defectos que la inclinacion al vino y á los placeres. Su poca esperiencia

en la administracion le hizo cometer algunos yerros, escusables por la aspereza de las circunstancias y la rectitud de sus intenciones. Este príncipe, cuya hermosura era singular, tenia tan alta estatura, que al principio no se hallaron vestidos imperiales que le viniesen. En el trono pareció mas sorprendido que embriagado de su elevacion; y viéndose gefe de tantos generales que le mandaban el dia antes, no se mostró ni orgulloso ni tímido. Firme en sus principios é incapaz de disimular, su primer cuidado fue reunir las legiones y declararles, que «siendo cristiano y temiendo á Dios, no podia mandar á idólatras.» Las legiones se proclamaron cristianas, atribuyendo su anterior apostasía al ejemplo de Juliano. Desde este momento recobró la fe evangélica el dominio del imperio, y no volvió á perderle. La muerte de Juliano sirvió de testo á la animosidad de cristianos y gentiles. Teodoro y Sozomeno, escritores eclesiásticos, cuentan, que viéndose mal herido, cogió de su sangre con la mano y la arrojó hácia el cielo, clamando: «¡Venciste, Galileo! ¡hártate de mi sangre!» Algunos historiadores gentiles escribieron que fue asesinado por un cristiano fanático, y los persas fingieron creer esta traicion, para infamar á sus enemigos con el nombre de

alevosos, y avivar entre ellos el fuego de la discordia. La alegría del rey persiano cuando supo por un tránsfuga la muerte de su vencedor, fue tan grande como habia sido su miedo. Los persas conservaron por mucho tiempo la impresion del terror que les causaba aquel guerrero formidable, y le representaron bajo los emblemas de un rayo y de un leon vomitando llamas. Creiase que la madre de Juliano, pocos dias antes de darle á luz, habia soñado que paria á Aquiles, como previendo la futura gloria de su hijo. La consternacion que afligia antes el campamento de los persas, pasó al de los romanos. Estos, aunque acababan de abandonar el culto de los dioses, temian supersticiosamente la voz de los arúspices, que anunciaban grandes desgracias si se detenia el ejército para combatir. En lugar, pues, de coger el fruto de las victorias de Juliano, se pusieron en marcha hácia el Tigris. La retirada parecia fuga, y reanimó la confianza y el ardor de los persas; y asi vinieron á atacar á sus enemigos. Al principio los elefantes desbarataron la caballería romana y desordenaron la infantería; sin embargo, las legiones se rehacen, vuelven al combate, rechazan al enemigo, continuan su marcha, llegan á un valle y se atrincheran en él. Allí se da otra batalla:

los persas coronando las alturas vecinas, se precipitan sobre los romanos, les echan en cara haber vendido á su príncipe, y huir de sus enemigos, y los oprimen con dardos é injurias. Unos por el deseo de hacer sufrir á sus contrarios la suerte funesta de Craso, otros por la memoria de tantas hazañas, la ignominia de ser vencidos y el temor de la muerte, se escitan con furor á la pelea, que fue sangrienta y ostinada. Despues de esfuerzos prodigiosos los persianos rompen la puerta del campamento y penetran hasta la tienda imperial. Joviano, en un peligro tan grande, justifica su elevacion con su valor, reanima y vuelve al combate sus tropas desmayadas, espanta á los mas valientes enemigos con la osadía de sus ataques, da esperanzas con su ejemplo á los romanos mas tímidos, echa á los persas del valladar, los persigue, hace en ellos gran carnicería, y continúa con mas seguridad su retirada. Llegó en fin á las orillas del Tigris: mas ni tenia barcas ni puente para atravesar este rio velocísimo, cuya márgen opuesta estaba coronada de enemigos: en vano el emperador, temiendo esponer su ejército á una muerte no dudosa, quiere seguir un camino mas largo, pero no de tanto peligro. Los romanos, temerarios á fuerza de miedo, declaran á gritos que

quieren probar aquel paso arriesgado: Joviano cede á sus instancias. Quinientos nadadores galos atraviesan de noche el rio: sorprenden y degüellan á los persas que guardaban la otra orilla. Todo el ejército, animado por tan buen suceso, quiere pasar el Tigris sobre odres, que atadas unas con otras formaban un puente frágil; pero la rapidez de las aguas hace que se ahoguen los mas atrevidos, y los otros intimidados renuncian á una empresa tan desatinada. Sin embargo, Sapor temia á los romanos aunque los veia huir, porque cada combate le robaba un gran número de soldados: temia principalmente la llegada prócsima de un cuerpo de 40.000 hombres que Juliano habia dejado en Mesopotamia á las órdenes de Procopio. Agitado por estos pensamientos, y desconfiando de rendir á Joviano por la fuerza, intentó engañarle, y lo consiguió. El *surena* (título que daban en Persia al general de la caballería) se presenta en el campo romano y dice al emperador: «Mi rey y señor respeta la virtud desgraciada, y en vez de cegarse con la superioridad que tiene, te ofrece la paz á condiciones honrosas, y aun te propone su alianza.» El ejército romano carecia de víveres: Joviano temia la ambicion de Procopio, y no deseaba deber á su socorro la salvacion de

las tropas. Recibió, pues, favorablemente al ministro de Sapor, envió á Salustio á los reales persianos, y mostró con poca prudencia grande ardor por concluir la paz. El rey de Persia que lo conoció, ecsigió mucho, y el emperador cometió una falta mas grave. Durante las negociaciones suspendió su marcha, y perdió en conferencias cuatro dias, que hubieran bastado, como observa Amiano, para que el ejército llegase á la Corduene y se pusiese en situacion de dictar la paz en lugar de recibirla. Entretanto los males de la escasez aumentaban: el soldado hambriento no podia combatir: las fuerzas del enemigo crecian sin cesar, y con ellas sus pretensiones. Llegóse en fin al estremo de perecer ó someterse. Joviano firmó un tratado vergonzoso, en que cedió á la Persia cinco provincias al oriente del Tigris, la plaza de Singara en Mesopotamia, y la ciudad de Nisibis que Roma habia conservado siempre desde la guerra con Mitridates; y para colmo de su abatimiento se abandonó la Armenia, y se entregó al resentimiento de los persas á su rey Arsáces, el aliado mas constante de los romanos. Sapor no observó fielmente el tratado que dictó á un enemigo débil: nególe los víveres prometidos, y antes que el ejército romano llegase á la Corduene,

tra el cual Juliano habia fulminado injustamente decreto de destierro. Este santo obispo vino á Antioquía; y á pesar de las persecuciones que el odio y la envidia le suscitaron, nunca se mostró irritado por la desgracia, ni aprobó las medidas de rigor contra sus enemigos. Los arrianos temblaron viéndole favorecido del príncipe: cada partido animaba al emperador para que persiguiese á sus adversarios; pero Joviano respondia á todos: «No gusto de disensiones. Yo contendré á los facciosos; y solo amaré y honraré á los que tengan virtudes cristianas é intenciones pacíficas.» Logró en parte el fruto de su prudencia; y en el concilio que mandó celebrar en Antioquía, muchos arrianos se adhirieron á los católicos y suscribieron la fórmula de Nicéa. Los habitantes de aquella gran ciudad, siempre sediciosos y mal contentos, no perdonaron á Joviano mas que á su predecesor. «Es un nuevo Páris, decian, hermoso, y causa de la ruina de la patria. Los dioses formaron su cuerpo á costa de su alma.» Joviano respondió á sus insultos despreciándolos. En la misma ciudad recibió noticias infaustas de las Galias. Luciliano, su suegro, fue asesinado en aquella provincia. Valentiniano, su lugarteniente, no pudo librarse del furor del pueblo, sino por el valor de su huesped. Ma-

larico habia rehusado el gobierno del pais: Jovinio lo aceptó. Este oficial, á quien Juliano confió antes el mismo destino, logró reprimir la sedicion, cuya causa no era otra que el pesar ocasionado por la muerte del libertador de las Galias. Valentiniano, libre de los asesinos, vino á la corte del emperador, y se le confió el mando de la guardia. Joviano acababa de nombrar cónsul á Varroniano, su hijo, que aun estaba en la cuna.

Roma, Constantinopla y todos los ejércitos habian reconocido al emperador: la capital de oriente le preparaba un recibimiento magnífico, y su esposa la emperatriz Cariton habia salido de Bizancio á recibirle con una comitiva numerosa; cuando el 17 de febrero de 364 se halló muerto á Joviano en su cama. Unos atribuyeron esta desgracia al humo del carbon: otros á la ambicion y á la traicion de Procopio, que sin embargo no sacó utilidad alguna de la catástrofe. Las legiones ofrecieron de nuevo el imperio á Salustio, que lo volvió á rehusar: luego á Januario, pariente de Joviano, que desdeñó ó temió tan alta dignidad; y en fin á Valentiniano, ausente á la sazon. Nadie habló del hijo del emperador, porque no habiendo sido nombrado césar, carecia de derecho en una monarquía electiva. Joviano fue en-

terrado en Constantinopla : ocupó el trono ocho meses. La gratitud de los cristianos, y su tolerancia para con los gentiles, le han adquirido un lugar entre los buenos príncipes.

CAPITULO IV.

Valentiniano y Valente. Graciano y Valentiniano segundo.

Valentiniano y Valente, emperadores. Division de los imperios de oriente y occidente. Victorias de Valentiniano contra los bárbaros, y su espedicion en Germania. Rebelion de Firmo en Africa. Guerra de Armenia. Graciano y Valentiniano II, emperadores de occidente. Guerra de los visigodos contra Valente. Batalla de Adrianópolis, y muerte de Valente. Teodosio, emperador de oriente. Rebelion de Maximo. Muerte de Graciano.

VALENTINIANO *y Valente, emperadores.* (364.) Valentiniano, elevado al trono por el ejército, era hijo del conde Graciano, soldado de fortuna, que ascendió por su valor y fuerza corporal. El nuevo emperador era hermoso, de elevada estatura y ojos fogosos: en su juventud fue tan nota-

ble por su templanza y castidad, como por sus fuerzas é intrepidez. Dotado de ingenio vivo y penetrante, tenia dichos agudos y juicio sano; pero educado en los campamentos, no habia aprendido las ciencias ni aun el griego, idioma que se hablaba en la mitad del imperio. Solo conocia las leyes militares: era observador severo de la disciplina, y su rigor llegó á veces hasta la crueldad. Habiendo abrazado la religion cristiana, despreciaba las fábulas del gentilismo; y mientras todos los grandes, por complacer á Juliano, sacrificaban á los ídolos, él desconocia en esta parte su poder, y preferia su estimacion á su cariño; y aun en cierta ocasion se atrevió á poner las manos en un sacerdote gentil, que á pesar suyo queria purificarle, rociándolo con agua lustral. Su mérito hizo que se perdonase tanta constancia; y los sufragios unánimes del ejército, noble premio de su firmeza, le elevaron á la edad de 45 años al poder supremo. Llegó al trono sin intrigas, y lo ocupó sin temor. Su primera accion probó á los soldados que habian elegido un dueño capaz de apreciar sus servicios sin someterse á su yugo. Habiéndolos reunido segun la costumbre, y comenzado su discurso, le interumpieron los oficiales y soldados, instándole á que asegurase la paz del imperio, y eli-

giese un colega. «Camaradas, les dijo, ayer erais dueños de darme ó no el imperio: hoy me toca á mí solo tomar las disposiciones que ecsigen el interes y el sosiego del estado. Conozco mis derechos, mis obligaciones, mis fuerzas, y los peligros á que me espone mi elevacion. La duracion de la vida es incierta: para libertaros de nuevas tempestades, deseais que nombre colega y sucesor: tambien yo lo deseo; pero este nombramiento pide mucha reflexion. Dejadme ese cuidado, y volveos en paz á vuestras tiendas, allí recibireis la gratificacion de costumbre.» Las tropas le aplaudieron, y obedecieron á un príncipe que sabia mandar.

Valentiniano habiendo reunido el consejo de los gefes principales del ejército, los consultó sobre la eleccion que debia hacer. Casi todos siguieron la opinion de Dagalefo, el cual le dijo: «Si atiendes solo á tu interes, darás el título de augusto á tu hermano Valente: si prefieres el bien público, nombrarás al mas digno.» El emperador no tomó entonces ninguna resolucion: salió de Nicéa, fue á Constantinopla, arengó al senado, se estableció en el palacio imperial, y 30 dias despues concedió la púrpura á su hermano Valente: este príncipe, que tenia 36 años de edad, ni habia manifestado ningun talento, ni

servido empleo: cortesano sumiso en el reinado de Juliano, su docilidad fue su único mérito á los ojos de Valentiniano; el cual sabia que asociándolo al imperio, solo tendria en él un vasallo coronado. La suavidad de Joviano evitó los males que producen las reacciones, y el cristianismo triunfó sin que los gentiles fuesen perseguidos. Despues se obligó á los paganos á huir de sus templos, y á los filósofos á dejar la capa y la barba, objetos ya de burla mas que de respeto: muchos de ellos fueron muertos. Desde que Valentiniano supo estos desórdenes, trató de remediarlos, y fue tan tolerante en materias religiosas, como duro y cruel en castigar los delitos civiles y militares. Sin embargo, los amigos de Juliano, perseguidos por el odio y acusados por la envidia, fueron proscritos ó destituidos, escepto algunos generales, que por su mérito escaparon del naufragio. La virtud de Salustio triunfó de la acusacion: dejáronle sus empleos por respeto: él los renunció por prudencia.

Division de los imperios de Oriente y Occidente. (365.) Los dos emperadores arreglaron el repartimiento definitivo del imperio. Valente obtuvo la prefectura oriental que se estendia desde el bajo Danubio hasta las fronteras de Persia. Valen-

tiniano se quedó con todo el occidente, empezando desde la Iliria. Los pueblos tuvieron que sufrir los gastos de dos cortes, de dos ministerios y de dos consejos. Puede decirse que en esta época comenzó verdaderamente la division del mundo romano en dos imperios, uno de oriente y otro de occidente. Valente estableció su residencia en Constantinopla, y Valentiniano en Mediolano: Roma fue mas bien temida que despreciada. La insultaban, pero desde lejos: la autoridad imperial huía de un pueblo donde existian aun los monumentos de la antigua república. Los paganos y filósofos, y los que en tiempo de Juliano habian ascendido á los empleos y dignidades, miraban con desesperacion el triunfo de sus adversarios, que les quitó la influencia y los sueldos; pero en occidente no se atrevian á dar manifiestamente sus quejas, comprimidos por la entereza de Valentiniano. El débil Valente inspiraba menos temor, y el odio mostró mas osadía. El desórden que produjo la debilidad, hacia mayor el descontento, y animaba, y aun engañaba á los facciosos, creyendo las quejas indicios de rebelion, cuando no lo eran mas que de sufrimiento. El patricio Petronio, padre de Albia Dominica, esposa de Valente, era vengativo, codicioso, altanero y cruel: escita-

ba la indignacion pública por su tiranía, y el desprecio por sus vicios. Los romanos se creían ver resucitado en él al infame Seyano, odioso valido de Tiberio. Procopio, general famoso, perseguido por amigo de Juliano, y temido de Valente, porque se le habia creido digno del imperio, erraba disfrazado de asilo en asilo para salvarse de la proscripcion fulminada contra él. Oyendo en todas partes declamar al pueblo contra el gobierno, se persuade que todos los mal contentos estan prontos como él á tomar las armas contra la tiranía. Con esta idea trueca el temor en audacia, y aunque fugitivo y sin asilo, dinero ni auxiliares, forma el proyecto temerario de derribar al emperador de oriente, y colocarse en su trono.

Al mismo tiempo Valente, temiendo una invasion de los godos, reunia para combatirlos muchos cuerpos de tropas asiáticas, y los esperaba en Cesarea de Capadocia. Procopio, aprovechándose de su ausencia, marcha con dos intrigantes atrevidos, entra de noche en Constantinopla, se oculta, y gana por medio de sus emisarios dos cohortes galas que lamentaban todavia la muerte de Juliano, su héroe y su libertador. Seguro de su lealtad se presenta al frente de ellas cubierto de un manto de púrpura. El populacho, amigo

siempre de novedades, le proclama augusto: juntansele muchos aldeanos seducidos por sus promesas: esta comitiva tumultuosa fuerza las puertas de palacio, instala en él al nuevo emperador, que va despues al senado, donde no habia senadores, sino una turba de conjurados oscuros. Los funcionarios huyen; los propietarios y mercaderes se encierran en sus casas, y Procopio reina en un vasto desierto, cuyo silencio le aterra. Sin embargo, sobradamente adelantado para volver atras, se apodera del puerto y de los arsenales, recibe en su audiencia á unos aventureros que engañan al público, presentándose como embajadores de las potencias estrangeras, y hace que lleguen correos con la falsa noticia de la muerte de su rival. Esta temeridad halló admiradores: el príncipe Hormisdas, belicoso y ardiente, se declara por un usurpador, al cual cree dispuesto á vengar á Juliano y á sus amigos: los godos dan socorros á Procopio: los jovios y hercúleos siguen sus estandartes; y en fin, Faustina, viuda del emperador Constancio, le da un nuevo esplendor casándose con él para volver al trono de donde habia descendido muy á su pesar. Procopio tuvo en breve un numeroso ejército que se aumentaba cada dia con los mal contentos; y á igualar su genio á

su ambicion, quizá hubiera mudado otra vez el destino del imperio. El cobarde Valente temblaba en Cesaréa, prometia abdicar por conservar la vida, y no cedia sino con dificultad á la entereza de sus ministros, que le obligaban á conservar el poder supremo. Enmedio de estas incertidumbres una invasion rápida habria aumentado el terror, desconcertado la prudencia, y subyugado el Asia, vencida ya con el espanto; pero Procopio hizo la guerra metódicamente, y lo perdió todo perdiendo el tiempo. Entró en el Asia menor, quiso asegurarse de puertos fortificados, tomó algunas plazas, y se hizo dueño de Cizico despues de un largo sitio. Logró contra los generales de Valente una victoria inútil, porque no supo aprovecharse de ella. Esta contemporizacion, buena solo para el que se defiende, permitió á Valente disipar el miedo y ganar el afecto de los pueblos, devolviendo al virtuoso Salustio la prefectura de oriente. Lupiciano se le reunió con las legiones de Siria; en fin, el general Arinteo, comparado á los antiguos héroes de Grecia por su hermosura, fuerzas y valor, marchó seguido de un corto número de tropas contra un cuerpo numeroso de rebeldes, se acercó á ellos con osadia, les mandó como si fuera su gefe, que le entregasen al comandante, y

fue obedecido. Reunidos los ejércitos de Valente, el anciano Arbecion, cónsul y general en tiempo de Constantino el grande, sale de su retiro, y toma el mando de las tropas. Se olvidaron sus concusiones, rapiñas y vicios para acordarse solamente de sus hazañas. Los dos ejércitos se encuentran en Tiatira, ciudad de Licia, y se dan batalla. En entrambas partes habia igual ánimo y furor: el écsito era dudoso. En medio del combate tira su yelmo Arbecion, y ofrece á la vista de los combatientes su cabellera cana y su presencia venerable. «Hijos mios, grita á los soldados, reconoced á vuestro padre y gefe, imitad mi constante fidelidad, reunios á las banderas del príncipe que habeis elegido, que ha recibido vuestros juramentos, y huid del usurpador que profana las leyes y os engaña.» A estas palabras cesa la pelea; todos los soldados de Procopio se someten á las órdenes de Arbecion. El rebelde, abandonado, huye á los bosques con dos oficiales: estos, por salvar su vida con una perfidia, atan á Procopio, y le llevan al campamento imperial, donde se le corta la cabeza. El emperador se aprovechó de la traicion, pero castigó á los traidores con el mismo suplicio que á su víctima. El débil Valente, en lugar de atribuir á sus faltas las turbulencias que el valor de

sus generales habia sosegado, echó la culpa á los pueblos, diciendo que merecian las maldiciones celestes por su inclinacion á la mágia, y publicó edictos severos contra los profesores de esta ciencia engañosa. En esta época se daba crédito á los hechizos, filtros, evocaciones de los espíritus infernales y sortilegios para inspirar amor ó aborrecimiento, y para privar á un enemigo de la razon ó de la vida; en fin, á los pronósticos de los hechiceros. Todos convenian en mirar estas artes como criminales, y pocos ecsaminaban si eran verdaderas ó ilusorias. Persiguióse pues á todos los sospechados de mágia: muchos, principalmente gentiles, fueron proscritos con este pretesto, y se abrió un campo vastísimo á la codicia de los delatores. Cuando Valentiniano supo la rebelion de Procopio, dió buenos consejos á su hermano para dirigir su conducta: mas no le envió socorros, porque una invasion de los alemanes en las Galias, la piratería de los pueblos del norte que infestaban el océano, la sublevacion de los pictos y caledonios en Britannia y el armamento de los mauritanos en Africa, ocupaban todos sus cuidados y fuerzas. Publicó, á imitacion de su hermano, edictos severos contra los magos, y los hizo ejecutar con estremo rigor.

Valente fue cruel por debilidad: Va-

lentiniano por carácter : inaccesible al miedo, iracundo y feroz, castigaba con la muerte el menor delito. Apenas se encendia su ira, aunque fuese por una palabra, salian de su boca estas espresiones terribles: «Quemadle: degolladle: matadle.» Cerca de su alcoba tenia encerrados en jaulas dos osos enormes, llamados el uno *Inocencia*, y el otro *Mica Aurea*. El emperador se complacia en verles devorar á los miserables condenados. Despues de largos servicios, dió á *Inocencia* un estendido bosque para que la sirviese de posesion y retiro. Maximino, gobernador de Roma, mas feroz que los osos del emperador, irritaba su ira, inundaba la Italia de sangre, y cuando se hubo hartado de oro y de venganzas, logró por recompensa la prefectura de Galia. Las cárceles de Roma, Mediolano y Antioquià estaban llenas de infelices, amontonados en ellas por la delacion. Sin embargo, en oriente aliviaba mucho los males públicos la virtud de Salustio, que luchaba con firmeza contra la tiranía. Lo que parece inesplicable en estos tiempos bárbaros es la contradiccion entre la crueldad de los príncipes y la sabiduría de sus leyes. Cuando Valentiniano no cedia á la violencia de algun resentimiento particular, sus decretos, dictados por la justicia, llevaban el sello del

amor al bien público; y son dignas de elogio las medidas que tomó contra la esposicion de los hijos y los edictos que publicó para proteger los progresos de las ciencias, señaladamente de la medicina. Estableció academias en Roma y Constantinopla. Debesele una hermosa institucion cuyo objeto era reformar grandes abusos, y fue la creacion de 72 defensores encargados de presentar al monarca las peticiones de las provincias y las quejas de las ciudades, y de sostener los derechos de los pueblos. Prohibió la intolerancia, reprimió la avaricia de los sacerdotes, y vedó á los magistrados comprar bienes raices en las provincias que administraban, no creyendo legítimo un contrato que no podia ser libre. Valente estaba sometido á su hermano; pero incapaz de luchar contra la intriga, cedió á los consejos de un sacerdote que le habia bautizado, favoreció el arrianismo, y mandó al gobernador de Egipto, que arrojase de su silla á san Atanasio. El pueblo defendió á su obispo con las armas, y la autoridad tuvo que ceder. Atanasio acabó sus dias en paz, dejando despues de sí aquella fama durable que no se debe sino á los grandes talentos reunidos á las grandes virtudes. Al mismo tiempo Ursicino y Dámaso disputaban la silla de Roma: los dos partidos vinieron

á las manos, y una batalla, en que perecieron muchos fieles, dió la victoria á los amigos de Dámaso: victoria lamentable y aborrecida de una religion de paz.

Victorias de Valentiniano contra los bárbaros y su espedicion en Germania. (366.) Valentiniano no quiso entender en esta sangrienta querella, y corrió á Galia para oponerse á los progresos de los bárbaros. A pesar de las victorias de Constantino y Juliano, Roma conservaba la costumbre de pagar, á titulo de donativos, tributos anuales á aquellos pueblos: costumbre funesta que empezó en los tiempos de Cómmodo y Caracalla, época primera de la decadencia del imperio. Habiendo rehusado pagar este tributo Ursacio, gran maestre de los oficios, los alemanes tomaron las armas. Las legiones bátavas, que eran entonces là flor del ejército de Galia, desmintieron en esta ocasion su antigua fama: despues de una corta resistencia, á pesar de los esfuerzos de los dos generales romanos que las mandaban, huyeron y perdieron sus águilas. Valentiniano las licenció por castigo, y degradó sus oficiales. Desesperadas por esta humillacion merecida, imploraron la clemencia del príncipe, y pidieron á gritos que se les diese ocasion para restaurar su honra. Valentiniano, conmovido de su ar-

repentimiento, mandó que les volviesen las armas, y Jovino marchó á su frente hácia Mediomátricos, donde sorprendió una division alemana, tomó su campamento y lo destrozó. Despues de este triunfo, va sin perder tiempo á Catalaunos, encuentra en las llanuras que riega el Matrona, el ejército grande de los bárbaros, les da batalla, los vence completamente, mata 6.000 alemanes, vuelve á Parisios, y recibe de Valentiniano la dignidad de cónsul en recompensa de sus hazañas. El esplendor de este triunfo se mancilló con un delito: en desprecio del derecho de gentes fue ahorcado el rey de los alemanes que habia caido prisionero.

Valentiniano, seguido de su hijo Graciano, y acompañado de los generales Jovino, Severo y Sebastian, pasa el Rhin, y penetra en el valle que riega el Nicer. Los alemanes se habian atrincherado en la montaña de Salicinio: el emperador, adelantándose con imprudencia á reconocer aquella posicion, se vió súbitamente rodeado por una multitud innumerable de bárbaros. Su intrepidez le salvó: destrozadas las armas y perdido el yelmo, se abrió paso por medio de los enemigos, y volvió casi solo al campamento. Poco despues acometió á la montaña, y se apoderó de ella en un largo y sangriento com-

bate. Los alemanes huyen; Sebastian les corta la retirada, y hace en ellos espantosa carnicería. Esta victoria terminó la campaña: Valentiniano empleó lo restante del año en fortificar la frontera del Rhin. En el mismo tiempo un pueblo, descendiente de los vándalos, y que no tardó en hacerse famoso bajo el nombre de *Borgoñones*, crecia en número y fuerza en los bosques de Lusacia y Turingia. Su gobierno parecia mas republicano que monárquico: los sacerdotes tenian grande autoridad. Siñisto, el gefe de ellos, era inviolable; cuando el magistrado supremo de la nacion, que llevaba el título de Hindinos, ejercia un poder muy limitado, daba cuenta al pueblo de su administracion, y podia ser destituido. Habia algunos años que los borgoñones estendian su potencia invadiendo el territorio de los alemanes. La guerra entre ambos pueblos no se interrumpia sino con treguas de corta duracion. Valentiniano fomentó sus divisiones, y concluyó con Macriano, rey de los alemanes, un tratado de alianza que los bárbaros cumplieron con mas fidelidad que el emperador. Otros pueblos, que despues fueron harto célebres por sus devastaciones, infestaron entonces las costas de Galia: eran aventureros, procedentes de las playas del mar del Norte. Ejercitados en

la piratería, alentados y enriquecidos por sus primeros robos, formaban, bajo el nombre de *Sajones*, una nacion formidable. Los romanos rechazaron con las armas sus primeras invasiones; y luego, engañándolos con artificios propios de aquel siglo corrompido, los sorprendieron cuando descuidaban indefensos por haber treguas, y mataron un gran número de ellos, justificando con esta traicion las horribles venganzas que los pueblos septentrionales ejercieron mas tarde en el occidente.

Los pictos y caledonios, estendiéndose por Britannia, vencieron muchas veces á los romanos: Teodosio, enviado por el emperador á aquel pais, fijó la victoria: despues de varios combates felices, libertó las provincias, terminó la guerra con tanta prudencia como vigor, obligó á los caledonios á volver á sus bosques, y les quitó un vasto territorio que fue convertido en provincia romana con el nombre de *Valencia*. El libertador de Britannia volvió á Galia, y enviado por el emperador contra los alemanes que habian tomado de nuevo las armas, sostuvo su nombradía con grandes victorias, y recibió en premio la dignidad de comandante general de la caballería.

Rebelion de Firmo en Africa. (372.) Mientras Valentiniano defendia con glo-

ria el norte del imperio, la tiranía de Romano, gobernador de Africa, su crueldad y avaricia, y la proteccion interesada que concedia á las tribus selváticas de Getulia, sin atender á las quejas de las ciudades que saqueaban, entregaron aquellos vastos paises á todos los infortunios inseparables de una mala administracion. El emperador, engañado por Romano, le sostenia y enviaba al suplicio á los que se atrevian á acusarle. Firmo, príncipe mauritano, indignado de estos escesos, y creyendo favorable la ocasion para restituir á su patria la antigua independencia, levantó el estandarte de la rebelion, y trajo á su partido la Mauritania y la Numidia. Activo, animoso y astuto, era una viva imágen de Yugurta: venció á Romano, algunas veces con las armas, las mas por artificio: cada dia aumentaba su poder con sus victorias, y ya concebia esperanza de ser dueño de toda el Africa, cuando vino Teodosio á derribar su fortuna. El vencedor de los pictos y alemanes rechazó las tropas del africano, no se dejó sorprender por sus ardides, le atacó en todos los puntos, le obligó á huir, le persiguió sin descanso hasta el centro de los desiertos, y derrotó en batalla campal un ejército innumerable de mauritanos. Firmo, digno de mejor suerte, fue abandonado de los hombres

desde que lo fue de la fortuna. Un príncipe del pais le hizo traicion y le entregó á los romanos; pero se sustrajo al suplicio dándose la muerte. Teodosio, informado de las injusticias y crímenes de Romano, le suspendió de sus funciones; pero el delincuente fue absuelto por el emperador, y restablecido en sus empleos. La gloria de Teodosio le hacia aborrecible á los cortesanos y sospechoso al príncipe. Vencedor de los enemigos de Roma y vencido por los delatores, pereció víctima de la envidia de los hijos de Valentiniano, que lo mandaron degollar. El suplicio de este grande hombre no mancilló la vida del emperador: no se verificó sino despues de su muerte. Valentiniano, sumamente cruel cuando se irritaba, era justo por carácter, como lo prueban su administracion y sus leyes; pero fue muchas veces engañado, y era muy comun en él hacer pésimos nombramientos y sostenerlos con ostinacion.

La Italia, perdiendo la libertad, habia conservado la licencia: sufriase el despotismo de los magistrados; pero el pueblo, sin atreverse á hacerles resistencia, se vengaba de ellos con sátiras y sarcasmos. Terencio, panadero en otro tiempo, llegó á ser gobernador de Hetruria, á pesar de su estupidez, por un capricho del empera-

dor y de la fortuna. Cuando se presentó en el tribunal por la primera vez, aparecieron muchos pasquines que anunciaban como presagio de su elevacion el acaso de un asno, que huyendo de su arriero algunos dias antes, se habia subido en el mismo tribunal. En aquel siglo se hicieron muchas leyes; pero nada se arreglaba por ellas, todo dependia de los hombres. La suerte del imperio consistia en el carácter del príncipe. Roma tenia aun sabios oradores y héroes; pero no ciudadanos. La corrupcion reinaba en las costumbres, y la virtud en las mácsimas. Valente, tiránico, débil, desconfiado é injusto, decia: «Que era una felicidad para los pueblos ser gobernados por príncipes que habian vivido muchos años como simples particulares;» y al mismo tiempo que sacrificaba tantas víctimas á la delacion, se citaban de él estas hermosas palabras: «Los delatores son mas perniciosos que los bárbaros, asi como las enfermedades internas lo son mas que las producidas por una causa esterior.» Valentiniano reinó tiránicamente; y sin embargo, nadie como él ha descrito en menos palabras las obligaciones de un gran príncipe. Cuando al ver quebrantada su salud nombró augusto á Graciano, su hijo, en la ciudad de Samarobriva, le dijo: «Has ascendido al supremo poder

bajo felices auspicios: sosten el peso del imperio: arrostra los hielos del Rhin y del Danubio: marcha al frente de las tropas: derrama tu sangre en defensa de los pueblos, y considera los bienes y males del estado como tuyos propios. Yo consagraré el resto de mi vida á grabar en tu corazon los principios de la justicia. Y vosotros, soldados, amad al príncipe que confió á vuestra fidelidad: pensad que ha nacido y va á crecer á la sombra de los laureles.»

Guerra de Armenia. (374.) El oriente sufria tanto como el occidente los males del gobierno arbitrario; pero sin estar compensados con la gloria militar. Valente no carecia de buenos generales que retardaban la ruina del imperio; mas la indecision y debilidad del príncipe le impedian sacar ventajas de sus talentos, empleados inútilmente en planes muy mal combinados.

Sapor que en un reinado de 70 años restableció con sus triunfos la gloria de los persas, y la mancilló por sus vicios é injusticias, empleaba ya la fuerza, ya el artificio para satisfacer su insaciable ambicion. Poco contento con el tributo que le pagaba Armenia en virtud del tratado hecho con Joviano, quiso apoderarse de ella, engañó al rey Arsáces con falsas demostraciones de amistad, le hizo asesinar,

y redujo la Armenia á provincia de su imperio. Solamente se le resistió la ciudad de Artogerdice, defendida por Olimpias, viuda de Arsáces: su valor rechazó por mucho tiempo á los persas; pero sobrevino Sapor con ejército numeroso, y la obligó á rendirse. La reina conservó su gloria y perdió su libertad. El rey no pudo conservar pacíficamente una conquista adquirida por un crímen: los armenios é iberios se sublevaron para restaurar su independencia. Valente, teniendo por quebrantada la paz de Joviano con la invasion de los persas en Armenia, se declaró á favor de los rebeldes. Su causa era justa; pero escogió mal el momento para emprender una guerra tan peligrosa contra un reino tan fuerte: porque entonces amenazaban á Constantinopla los godos, nacion formidable, contra la cual eran necesarias todas las fuerzas del emperador. El rey de Persia, mas pronto que Valente, acometió á los romanos: todos los esfuerzos de Arinteo y de Trajano se limitaron á defender el Eufrates. A pesar de su valor y del ausilio de Vadomario, rey de los alemanes, cautivo en otro tiempo y ya aliado fiel del imperio, los persas, cuyas fuerzas aumentaban todos los dias, se hubieran quizá apoderado del Asia; pero Sapor murió, y las turbulencias que se levanta-

ron en su reino, impidieron la ruina del oriente. El emperador favorecia la causa de los armenios, mas por ambicion que por justicia: despues de haber fingido proteger á Para, su rey, le hizo traicion. El conde Trajano convidó de órden suya á aquel príncipe y á los grandes de su corte á un banquete. Concurrieron sin desconfianza, y enmedio de la comida los rodearon y degollaron sus soldados. Los pueblos civilizados eran entonces mas pérfidos, crueles y cobardes que los bárbaros: era fácil de prever la caida y desmembracion de un imperio, donde ya no ecsistia ninguna virtud.

Las venganzas atroces que ejercitó Valente contra los godos que habian seguido el partido de Procopio, armaban todos los pueblos contra él. Los historiadores de la antigüedad ofrecen pocas luces acerca del origen de las naciones que destruyeron el imperio y fundaron la Europa nueva. Muchas véces confunden á los godos con los escitas, sármatas y dacios: Tácito los creyó originarios de las riberas del Vístula. Segun una antigua tradicion, salieron del Ásia bajo el mando de Odin, y en poco tiempo conquistaron el norte y oriente de Europa hasta el mar Báltico, y se establecieron despues en la Escandinavia, sometiéndola á su dominio y á sus leyes. Otros au-

tores, sin subir tan alto, cuentan que 300 años antes de Jesucristo muchas tribus de godos, saliendo de los bosques escandinavos, ocuparon las playas del mar Báltico, con los nombres de rugios, vándales, longobardos y hérulos. Cuando llegaron á ser muy numerosas, invadieron los paises vecinos. Los mas belicosos de estas tribus, conservando el nombre primitivo de godos, atravesaron la Sarmacia y se establecieron en las orillas del Tanais cerca de la laguna Meótide. Los que se quedaron al occidente del Vístula, recibieron el nombre de gépidos ó perezosos. Los godos, atravesando despues las llanuras de Escitia y las riberas del Boristenes, atacaron, vencieron y esterminaron á los getas que poseian el pais situado en la embocadura del Danubio. Los vándalos, marcomanos y cuados cedieron muchas veces á sus armas. En tiempo de Caracalla eran enemigos formidables para Roma: en el de Galieno, aprovechándose de las divisiones del imperio, talaron á Iliria, Grecia, Asia, é incendiaron á Efeso. Vencidos por Claudio II, por Aureliano, por Tácito, y casi aniquilados por Probo, se habian ya restablecido en el reinado de Diocleciano: sus tropas militaron con valor en el ejército de Galerio, y en el de Constantino habia 40.000 godos. Artificiosos en su conducta é infa-

tigables en sus trabajos, eran atrevidos y prudentes, de alta estatura, cabellos rubios: sus leyes sencillas y claras, que parecian reglamentos de familia: cuando ocuparon las Galias, se prefirió en este país el código de Eurico al de Teodosio. Carlo Magno conservó en los *capitulares* muchas de sus leyes que aun estan vigentes en Inglaterra. Algunos publicistas afirman que la institucion de los feudos tuvo su origen entre los godos. No permitian el matrimonio entre noble y plebeyo, ni entre esclavo y libre. El príncipe proponia las leyes, los grandes las discutian, y el pueblo las aprobaba ó desechaba. El impuesto era repartido por magistrados que se elegian para ello. La pena de muerte no era comun: el crímen se espiaba con dinero, el acusado tenia por jueces á sus iguales, y á veces se decidia el juicio por desafio. Los godos, cuando llegaron á ser poderosos, se dividieron en dos pueblos: los orientales, que habitaban cerca del Ponto Euxino, tomaron el nombre de *ostrogodos*: los que ocupaban las orillas del Danubio se llamaron *visigodos*. Mejor se ha conservado la memoria de sus devastaciones que de sus reyes: solo se sabe que dos familias célebres los gobernaron por muchos siglos: los *Amalos* en los ostrogodos, y los *Baltos* en los visigodos. A estos príncipes no se da-

ba mas título que el de jueces, prefiriendo el nombre que recuerda la justicia al que indica la autoridad. Cuando Valentiniano y Valente ocupaban el trono romano, un príncipe godo, llamado Herman ó Hermanrico, gozaba de gran nombradía por sus hazañas en los paises del norte. Este conquistador, á quien los bárbaros llamaron el Alejandro del Septentrion, subyugó doce naciones, sometió á su poder todas las tribus góticas; y lo que sin duda es mas estraordinario que sus conquistas, no empezó su carrera militar hasta la edad de 80 años, y la terminó á la de 110. Estos pueblos belicosos tenian ademas otros gefes, Alavivo, Atalarico, Fritigernes y Alarico, que adquirieron renombre por sus victorias contra los romanos. Alarico fue el primero que tomó las armas para vengar á muchos de sus compatriotas, que prisioneros y dispersados en el Asia, fueron degollados por órden del cruel Valente. En dos campañas estuvo indecisa la suerte; y la habilidad de Victor y de Arinteo no pudo conseguir ningun triunfo importante contra el valor selvático de los guerreros del norte; pero en el tercer año Atalarico perdió una gran batalla: los generales de Valente habian prometido á los soldados romanos una suma considerable por cada cabeza de godo que presentasen, y la co-

dicia los movió á perseguir al enemigo con grande ardor, y hacer en él espantosa carnicería. Los bárbaros vencidos se sometieron. Valente concluyó un tratado con sus príncipes, se libertó de los subsidios que les pagaba, y no les permitió comerciar sino en el recinto de dos ciudades situadas sobre las riberas del Danubio.

Esta paz, violada por la perfidia romana, no fue de larga duracion. El general Marcelino, imitando la vil accion del conde Trajano, hizo dar de puñaladas á Gabinio, rey de los cuados, al cual habia invitado á una conferencia. Con la noticia de este crímen se arman los cuados: únense á ellos los sármatas, ahuyentan á los romanos, talan las Pannonias y derrotan dos legiones mandadas por Equicio. Recelábase la perdicion de Mesia; pero el jóven duque Teodosio que imitaba las hazañas de su padre y debia superarle en gloria, reune las tropas, anima su valor, detiene á los bárbaros, toma la ofensiva y los obliga á retirarse. Al mismo tiempo Valentiniano, que llegaba á Iliria en socorro de su hermano, persigue á los enemigos hasta mas allá del Danubio, esparce el terror en su pais, destruye sus ciudades y se vuelve á tomar cuarteles de invierno á Carnuto, ciudad que hoy se llama Presburgo. Recibe allí una diputacion de los cuados que

para justificarse esponen sus quejas con altanería : el príncipe irritado los interrumpe y amenaza, y con el ardor del enojo se le rompe una vena del pecho y pierde entre raudales de sangre la palabra y la vida. Los romanos habian sufrido doce años la violencia de su condicion, de la cual fue él mismo la postrera víctima. Habia repudiado á la emperatriz Severa, porque abusó del poder obligando á un ciudadano á que le cediese su campo, y pasó á segundas nupcias con Justina, viuda de Magnencio. Las leyes y costumbres permitian entonces el divorcio, aunque reprobado por la Iglesia.

Graciano y Valentiniano II, emperadores de occidente. (375.) Graciano, nombrado césar por su padre, debia sucederle: sus nombres se hallaban en todos los actos públicos, y el respeto que inspiraban sus grandes cualidades, se aumentó por su casamiento con una nieta de Constantino. Pero Valentiniano habia muerto en Bregecio, en el centro de Pannonia: Graciano estaba ausente, y los generales Equicio y Melobaudo, creyendo la ocasion favorable para tener un príncipe que les debiese el trono, presentan en el campamento á la emperatriz Justina y á su hijo Valentiniano, que solo tenia cuatro años. Los soldados, escitados por los ambiciosos que es-

peraban reinar bajo el nombre de este niño, le proclaman emperador. Pero Graciano burló las esperanzas de aquellos pérfidos que sacrificaban á sus intereses el imperio y la justicia. Este príncipe, tan virtuoso como valiente, prefirió dividir la corona á gozarla esclusivamente á costa de una guerra civil, confirmó por un edicto la eleccion del ejército de Iliria, y se declaró colega y tutor de su hermano. El imperio fue gobernado por Valente y sus dos sobrinos. Graciano estaba en Tréviros cuando confirmó la eleccion de Valentiniano II. Como regente y como emperador mandó á Justina y á su hijo que estableciesen su residencia en Mediolano. Un príncipe mas hábil que Valente hubiera conseguido sin duda someter los dos sobrinos á su tutela; pero no muy capaz de defender y gobernar sus propios estados, no tuvo influencia alguna en el occidente. Los elementos parecian reunirse á los bárbaros para acelerar la ruina del imperio. Un espantoso terremoto destruyó las costas: el mar huyendo de las playas, descubrió á la vista de los hombres sus profundos abismos, y despues de haber dejado en seco los buques, é innumerable multitud de peces moribundos sobre la arena, las ondas enfurecidas acometieron en la reaccion los riscos escarpados y los

diques que ordinariamente las detienen, arruinaron muchas ciudades é inundaron vastos territorios. En Alejandría perecieron 150.000 ciudadanos.

Los estragos de la naturaleza fueron contenidos por la mano omnipotente que les ha fijado sus límites: pero los que causaron las pasiones humanas, se prolongaron mucho mas. En aquel siglo deplorable fue asolado el mundo por la invasion de un pueblo selvático, que tuvo por cuna los hielos del septentrion. Los hunnos, mas terribles á los bárbaros de Escitia y Germania, que estos á los griegos y romanos, se precipitaron desde el oriente al occidente, asolando, destruyendo y despoblando todos los paises por donde pasaban. El terror que inspiraban estos guerreros feroces, arrojó sobre el imperio romano las naciones sármata, cuada, alana y goda. El miedo los hizo mas temibles que la osadía. Se habia triunfado de sus ataques, mas no se les pudo resistir cuando huian; y emigrando para salvarse en otros paises, consumaron la ruina del imperio. Los romanos, dueños del mundo mientras tuvieron virtudes militares, no conservaban ya de su antigua grandeza sino un lujo desenfrenado. Los emperadores, magistrados y cortesanos despoblaban los campos y ejércitos para llenar sus

casas de esclavos, criados, eunucos y libertos. Los pocos ciudadanos que servian en las legiones, se fastidiaban cada dia mas del trabajo, de la disciplina y del peso de las armas. En fin, cuando el imperio se veia por todas partes acometido ó amenazado de los bárbaros, se confiaba muchas veces á estos bárbaros mismos la defensa de las fronteras, el mando de los ejércitos, la guarda del príncipe, el consulado, las prefecturas y las dignidades mas altas del estado. Los hunnos, nacidos en las estensas llanuras de Siberia, fueron casi desconocidos hasta esta época. Procopio los confunde con los escitas y masagetas. Jornandes, historiador godo, atribuyendo la deformidad de aquellos bárbaros á un orígen infernal, los creia producidos de la union de los demonios con las hechiceras: los huesos de sus mejillas eran protuberantes, el cabello crespo, los ojos pequeños y escondidos, los miembros cortos y sin proporcion. Comparábaseles á los ídolos que los pueblos selváticos labran groseramente de trozos de madera. Habitaban solo en las tiendas, aborrecian las ciudades, llamándolas cárceles de piedra y sepulcros. Fueron, como tribus errantes y pastorales, vagamundos y conquistadores: trasportaban en carros sus tiendas, muebles y riquezas: sus rebaños los seguian y

les aseguraban la subsistencia: siempre estaban reunidos en sus campamentos, y su vida era una milicia contínua. Pasaban de los pastos consumidos á otros nuevos: así nunca tenian hogares á que aficionarse. Amaban su nacion y no su patria. La costumbre de cazar los disponia para la guerra: su alimento de carne cruda, y que solo calentaban macerándola bajo las sillas de sus caballos, aumentaba su ferocidad natural.

Tal era este pueblo nómade, que despues de haber aterrado durante muchos siglos el vasto imperio de la China, dejó profundos vestigios de sus furores en Asia y Europa. El gefe de cada tribu se llamaba *mirza*, y era juez en la paz y general en la guerra: la gobernaba como un padre de familia. Los mirzas elegian un gefe supremo, llamado *kan*. Su renta consistia en el diezmo de todos los rebaños: su poder estaba limitado por las dietas ó asambleas nacionales, que deliberaban sobre la paz y la guerra, y desechaban ó aprobaban las leyes propuestas por el príncipe. Los chinos, para resistir á sus invasiones, construyeron la grande muralla que escita la admiracion de los viageros. Los hunnos, llamados en el oriente del Asia *tanjoux*, que quiere decir hijos del cielo, corrian las vastas llanuras compren-

didas entre el rio Amur y la Corea, y por la parte del norte, desde las fuentes del Irtish hasta el mar Glacial. Subyugaron los pueblos que habitaban las orillas del lago Baikal, y alentados con sus victorias, pasaron la grande muralla, vencieron á los chinos, y envolvieron al emperador Kaoti, el cual para libertarse capituló pagarles el mas vergonzoso tributo. Los hunnos ecsigieron que se les entregasen cada año las doncellas mas hermosas de las familias distinguidas. Los orientales nos han conservado la elegía de una princesa china, en que lamentó su cautiverio entre los bárbaros lejos de su patria, de su familia y de sus dioses. Una cruel revolucion libertó á la China de este oprobio. Otras tribus nómades y belicosas, célebres en el oriente bajo el nombre de tártaros, conquistaron aquel vasto imperio, y adoptando sus leyes, unieron á su fuerza y valor la prudencia de una nacion civilizada. Los hunnos, atajados en sus progresos por estos nuevos enemigos que resistian á su intrepidez con la ventaja de la disciplina, sufrieron muchas derrotas. Indígnanse de aquella oposicion inesperada: el kan reune todas las tribus, y da una terrible batalla á los chinos y tártaros reunidos bajo el mando del emperador Vouti. La fortuna se declara contra los hunnos: son des-

baratados, rodeados, vencidos y muertos: el kan se escapa con un corto número. Vouti los persigue, liberta los pueblos que les eran tributarios, y somete á su dominacion las tribus que se quedaron en las llanuras del mediodia: las del norte conservaron algun tiempo su independencia, hasta que en el último siglo anterior á la era cristiana fue enteramente destruida por los chinos la potencia de los tanjoux, que habia durado, segun se cree, 1300 años. Algunas tribus mas belicosas que las otras, y que formaban un cuerpo de 100.000 combatientes, huyeron de la esclavitud y marcharon hácia el occidente. Unas se establecieron en las orillas del Oxo, é hicieron muchas incursiones en Persia: otras fijaron sus tiendas junto al Volga, donde se hallaban todavía con el nombre de calmucos negros, en el siglo XVIII. En 1771, no pudiendo sufrir el yugo de los rusos ni el peso de las contribuciones, se escaparon en número de 150.000 familias, se volvieron al oriente, y despues de dos años de marcha aparecieron de improviso en las fronteras de la China, donde pidieron y obtuvieron asilo y tierras. El emperador que los acogió mandó erigir un monumento que perpetuase la memoria de esta nueva conquista, preferible, segun él, á las de las armas.

En la inscripcion grabada sobre la columna se lee lo siguiente: «Nuestro gobierno es tan justo y paternal, que naciones enteras atraviesan la Europa y el Asia, y corren 2.000 leguas para solicitar la dicha de vivir bajo nuestras leyes.» Los hunnos, establecidos en el Volga en tiempo de los emperadores romanos, no eran detenidos por ningun ostáculo: dormian armados: deliberaban á caballo en sus asambleas: atravesaban á nado los rios y los torrentes: tenian flechas para herir de lejos al enemigo, sables para pelear de cerca, y una red para envolverle y derribarle. Este pueblo belicoso encontró en el Volga á los alanos, que quiere decir, *hombres de las montañas*. Eran tan feroces como los hunnos: su ídolo era un cementerio: adornaban sus armas y los jaeces de sus caballos con los huesos de los enemigos muertos en la guerra. La lucha entre estas dos naciones bárbaras fue larga, espantosa y sangrienta. Los alanos fueron vencidos: unos se acogieron á los peñascos del Cáucaso, donde habitan todavía sus descendientes: otros se incorporaron con los vencedores, y aumentaron aquella multitud que invadió el mundo romano. Jornandes cuenta que los hunnos, persiguiendo una cierva, atravesaron el Tanais en los sitios donde desagua en la laguna Meo-

tide, y donde aquellos bárbaros creian que estaba el fin del mundo. Esta es una fábula de las muchas que afean la historia del escritor godo. Lo que no admite duda es que los hunnos, atravesando las llanuras de Escitia, atacaron á Hermanrico, famoso rey de los godos, cuyo imperio se estendia entonces desde el mar Báltico hasta el Ponto Euxino. Parece que la naturaleza ha creado una señal distintiva que divide en dos clases la especie humana: los pueblos europeos tienen rostro oval, ojos grandes, mejillas lisas, nariz mas ó menos elevada: los tártaros de oriente, por el contrario, tienen cabeza aplastada, nariz chata, ojos pequeños y prolongados en sus ángulos. La primer vez que se presentaron en Europa, la aterraron con su deformidad; sin embargo, la nacion de los godos, altiva, libre, infatigable y belicosa, hubiera podido rechazarlos á estar unida; mas entonces sus diferentes tribus se hacian la guerra. Un príncipe de los rojolanos desertó los estandartes de Hermanrico para juntarse con los hunnos: el rey, violento y cruel, se vengó baja y horriblemente, mandando descuartizar á la esposa del fugitivo. El ejército se subleva, movido por los gritos y quejas de los hermanos de aquella desgraciada. Hermanrico, seguido de

algunos amigos, pelea con los rebeldes, es herido, y viendo su gloria amancillada y vilipendiada su autoridad, se da la muerte desesperado. Vitimero, muy inferior á él, le sucede; y odioso á un partido, mal sostenido por el otro, da batalla á los hunnos, y la pierde juntamente con la vida. Los godos, ya sin gefe, huyen en desórden: unos son muertos, otros cautivos: los ostrogodos que quedan con Viterico, su rey, se reunen cerca del Boristenes con Atanarico, gefe de los visigodos: los hunnos marchan contra ellos y los obligan á evacuar la Dacia oriental, y Atanarico, que al firmar un tratado de paz, habia jurado no volver á entrar en el territorio del imperio, se retira con una tropa de leales á los bosques de Transilvania. Pero la mayor parte de los godos, medrosa de la vecindad de los hunnos, marcha al Danubio bajo el mando de Fritigernes y Alavivo, implora la proteccion del emperador, y pide un asilo. Valente estaba á la sazon en Antioquía, ocupado en rechazar los ataques de los persas, isauros y sarracenos, y mucho mas en hacer triunfar el arrianismo. Allí recibió la primer noticia de la irrupcion de los hunnos en Europa, y poco despues la llegada al Danubio de innumerables godos, que inundaban sus riberas, y le pedian tierras en

Tracia, encargándose de defender aquella provincia como fieles súbditos, si se les permitia establecerse en ella. Una peticion tan imprevista causó mucha incertidumbre en el ánimo de aquel príncipe débil: parecíale igualmente peligroso acoger ó rechazar un millon de huéspedes aguerridos: oponerse á sus deseos era provocar una guerra con gente desesperada; pero recibir en sus estados naciones enteras, era aceptar la invasion. Los generales, grandes del imperio, y gobernadores de provincias no vieron en este grande acontecimiento, sino un medio para aumentar el número de vasallos del imperio, y para esceptuar del servicio militar á los ciudadanos, y una ocasion para que se enriqueciesen los hombres poderosos. La corte de oriente hizo lo que hacen siempre los débiles en circunstancias graves y difíciles: no se atrevió á negar, trató con mala fe, y tomó el partido mas peligroso. Concedióse á los visigodos el paso del rio y las tierras de Tracia que pedian; pero antes que atravesasen el Danubio, se ecsigió que dejasen las armas y entregasen sus hijos, para guardarlos como rehenes en las ciudades del Asia: desconfianza imprudente que trataba como enemigos á los que se recibian como súbditos, inspiraba odio á los nuevos romanos, y les qui-

taba toda obligacion de gratitud. Aun no estaba concluida la negociacion, cuando algunos godos impacientes pasaron armados: los oficiales romanos los rechazaron con pérdida, y fueron destituidos por el débil Valente. Firmóse, en fin, el tratado: un millon de bárbaros entró en el imperio; pero prodigaron su dinero, sus joyas, y aun el honor de sus hijas, para que los inspectores romanos les permitiesen entrar con armas. Un campamento amenazador cubrió las fértiles llanuras de Mesia, y aterró la corte de Valente. Los ostrogodos, mandados por Safrax y Alateo, huian entonces de los feroces hunnos: pidieron asilo á los romanos como los visigodos; mas sufrieron la injuria de no ser admitidos.

Guerra de los visigodos contra Valente. (377.) Valente habia prometido asegurar en los principios la subsistencia de sus nuevos vasallos; pero esta promesa fue violada ó eludida. Máximo y Lupicino, gobernadores de Tracia y Mesia, entraron en especulaciones vergonzosas, vejaron arbitrariamente á los visigodos, y les vendieron á precios muy subidos harina corrompida. La paciencia de los bárbaros se cansó: rebeláronse, y aquellos dos gefes romanos, tan cobardes como pérfidos, huyeron. Los ostrogodos, aprovechándose

de esta disension, atraviesan sin permiso el Danubio, y entran en el imperio. Ambos pueblos unidos eligieron por gefe á Fritigernes: Lupicino, no atreviéndose á reprimirlos por la fuerza, quiso domarlos por traicion: convidó al general á una fiesta que daba en su palacio cerca de la ciudad de Marcianópolis, capital de la baja Mesia. La escolta de los godos, que estaba acampada á las puertas de palacio durante la fiesta, y que no podia entrar en la ciudad, no halló que comer, porque se le habia privado de víveres con toda intencion: al principio exhaló su ira en quejas, y despues cometió algunas violencias. Lupicino, que lo habia previsto, mandó matarla, esperando hacer lo mismo con los generales, cuando estuviesen sin defensores. Pero á la primer noticia del tumulto, el valiente Fritigernes se levanta y grita: «Yo basto á apaciguar esa rencilla.» Saca su espada: los intrépidos compañeros le imitan y siguen, pasan por medio de la multitud intimidada, desaparecen y vuelven á su campamento. Al momento declaran la guerra, despliegan el estandarte nacional, marchan contra Lupicino, derrotan sus legiones, y lo ponen en fuga. Desde este momento no se estimaron los godos como súbditos del imperio, ni como fugitivos dependientes, sino

como señores de las provincias del Danubio, y asi cometieron horribles devastaciones en Tracia. Otras tribus de su misma nacion, sometidas en tiempos anteriores, y que servian entonces en los ejércitos de Valente, se hallaban acampadas en las cercanías de Adrianópolis; y como se temia que se reuniesen á sus compatriotas, se les mandó atravesar el Helesponto, y pasar al Asia. En vano piden un término de dos dias, se les amenaza, el populacho los insulta, toman las armas, se abren paso, y conducidos por Cólias y Suénides, van á ponerse bajo las banderas de Fritigernes, que vuelve con ellos á atacar á Adrianópolis. Los habitantes se defendieron con valor: los bárbaros, aunque temibles en el campo, ni tenian paciencia para bloquear las ciudades, ni máquinas para forzarlas; y asi se vieron obligados á levantar el sitio.

Valente podia aun evitar la guerra y templar á los visigodos, castigando á Lupicino; pero este príncipe, hasta entonces tan tímido, mostrándose temerario inoportunamente, prefirió la fuerza á las negociaciones: desguarneció la frontera de Armenia, dejándola á merced de los persas, reunió cerca de Antioquía todas las legiones de Asia que pensaba llevar á Constantinopla, y encargó á sus genera-

les Trajano y Profuturo que atacasen á los godos con las tropas de Tracia, mientras él pasaba á Europa. Fritigernes, sabedor de la marcha de los enemigos, recoge todos sus destacamentos, y reune en los reales las tropas de sus aliados, cerca de la desembocadura del Danubio. Aquellos pueblos bárbaros hacen alianza con juramentos formidables, y se escitan á la pelea con cantos que recuerdan las hazañas de sus abuelos. Los romanos se presentan y dan su grito acostumbrado de guerra: por una parte el odio antiguo, las injurias recientes y la esperanza de vengarse: por otra la necesidad de vencer para salvar el imperio, hicieron la batalla larga y encarnizada. Dióse cerca de Salice. La victoria estuvo incierta: los godos rompieron al principio el ala izquierda de los romanos; pero despues de un combate ostinado los bárbaros fueron rechazados hasta su campamento, donde estuvieron encerrados siete dias. Trajano, aprovechándose de este triunfo, habia mandado á Saturnino, general de la caballería, que ocupase los desfiladeros de la montaña: su intento era envolver al enemigo con atrincheramientos, y destruirlo por hambre; pero nuevos cuerpos de bárbaros que pasaron el Danubio, dividieron la atencion de las fuerzas romanas, y libraron á los visigo-

dos. Estos talaron todo el pais, desde el rio hasta el Helesponto. Fritigernes, uniendo la astucia al valor, tuvo la dicha de hacer alianza con algunas tribus de hunnos, alanos y sármatas: su poder aumentaba cada dia: todos los pueblos bárbaros parecieron olvidar entonces sus resentimientos y querellas para volver sus armas contra los antiguos señores del mundo. En peligro tan urgente pidió socorro el emperador á su sobrino Graciano. Este, preparado á sostener la causa comun, reunia sus legiones para marchar á oriente; pero un aleman, oficial de su guardia, le hizo traicion. Los germanos, instruidos por él de la partida prócsima del ejército, hicieron en número de 40.000 hombres una invasion en Galia, y obligaron al emperador de occidente á suspender su marcha, y á volver sus armas contra ellos.

Graciano hasta esta época reinaba con gloria: el occidente era feliz bajo sus leyes, haciendo la bondad amable el poder: el terror que causaba la severidad de Valentiniano, habia desaparecido de palacio á la voz de su hijo. La delacion huyó, volvió la confianza, los proscritos recobraron sus bienes: el pueblo, oprimido de tributos, se vió libre del pago de los atrasos, y se abrieron las puertas de la cárceles. Graciano era discipulo de Ausonio, protegia

y cultivaba la literatura, brillaba en la tribuna por su elocuencia, merecia el aprecio de los filósofos por su amor á Constancia su esposa, hija de Constancio, por su templanza, frugalidad y clemencia. Los cristianos elogiaban su religion: los idólatras no podian aborrecer á un principe piadoso, pero sin fanatismo. El pueblo admiraba su compostura, su modestia en el vestir, la prudencia de sus leyes, su prontitud en las espediciones. Era padre y compañero de sus soldados: ninguno le aventajaba en la carrera, en la lucha ni en los demas ejercicios militares. Cuidaba de los heridos, les prestaba sus mismos caballos: siempre se le veia accesible á las quejas, siempre dispuesto á escuchar la verdad. Pero un gran defecto que mancilló tan bellas cualidades, abrevió su reinado y causó su ruina. Su justicia carecia de firmeza: su política de prevision: su bondad de fuerza; y de las dos obligaciones de un soberano, que son castigar y premiar, ni supo ni quiso llenar mas que la última. Censurábase ademas su escesiva aficion á la caza, que le robaba el tiempo para los negocios públicos. El carácter de Graciano se dió á conocer por la eleccion que hizo para amigo suyo, del virtuoso Ambrosio. A principios de este reinado se cometió una grande injusticia. Maximino,

ministro temible del viejo Valentiniano, gobernaba todavía, y engañó al emperador con falsas acusaciones, precedidas de los consejos de Valente, é hizo morir en Cartago al ilustre Teodosio. Todo el imperio lloró á este héroe: los paganos le pusieron en el número de los dioses. Graciano se desengañó mas tarde; pero espió su yerro y manifestó su arrepentimiento, asociando al imperio sin temor á Teodosio, hijo de su víctima. Maximino, que se habia propuesto mancillar con sangre el reinado del nuevo emperador, como habia hecho con el de su padre, fue puesto en juicio y condenado á perder la vida. Lo que prueba la barbarie de aquellos tiempos es que Graciano, el mas benigno de los príncipes, el Tito de su siglo, mereció la gratitud del senado romano por haber mandado que los senadores no pudiesen en ningun caso ser puestos á cuestion de tormento. Su principal ministro era Graco, descendiente último de la familia Sempronia. Era cristiano muy celoso, y aunque no persiguió á los gentiles, derribó muchos ídolos, y enagenó asi el afecto de los adictos al antiguo culto. El emperador protegió y multiplicó las escuelas en Galia; pero su aficion á las artes y bellas letras no pudo impedir la decadencia del gusto. Dominaba en los escri-

tos y discursos la afectada hinchazon en lugar de la elegante sencillez, asi como la arquitectura estravagante de los godos sucedia á la pura y noble de los griegos. Graciano, obligado á pelear contra los alemanes, marchó rápidamente contra ellos, ausiliado por el valiente Melobaudo, rey de los francos, que era al mismo tiempo su aliado y conde de sus domésticos. En vano aconsejaba contemporizar el general Nanieno: el emperador mandó dar la batalla: Priario, rey de los alemanes, se mostraba no menos ardiente. Los dos ejércitos, igualmente ganosos de pelear, se encontraron en la llanura de Argentoracto. Despues de un combate sangriento la táctica romana triunfó del valor aleman: los bárbaros fueron derrotados, perseguidos y muertos; solo se escaparon 5000 hombres. Priario evitó con una muerte gloriosa el resentimiento de su pueblo, siempre sumiso á los reyes vencedores, siempre inflecsible con los que volvian vencidos. El emperador despues de esta gran victoria se puso en marcha para socorrer á Valente: pasó el Rhin: encontró en el camino otro ejército aleman, lo arrojó de posicion en posicion, y le obligó á pedirle la paz y á que le diese rehenes. Desplegó en esta campaña, aunque solo tenia 19 años, los talentos de un general y la intrepidez

de un soldado. Espuso contínuamente su persona, y los guardias que le acompañaban, volvieron muchas veces de la pelea con las armas rotas y cubiertos de nobles heridas. Mientras que recorria vencedor tantos paises, dando con sus hazañas nueva gloria al imperio de occidente, adquiriendo los honores que en otro tiempo concedian los ejércitos, el senado y el pueblo á los emperadores victoriosos, Valente, autor de los males, de la ignominia y de la ruina del imperio de oriente, era recibido en Constantinopla con murmuraciones que no podia reprimir el largo hábito de la servidumbre. Se le echaban en cara los triunfos de los persas, la pérdida de la Armenia, y las devastaciones de los isauros. Sus ejércitos fueron derrotados hasta por una muger. María, natural de Roma, robada en su infancia por los sarracenos, fue primero esclava, luego dama, y últimamente muger de Obedin, príncipe de Faran y rey de Etiopía, célebre ya por haber sometido á los blemmies, pueblos de la costa del mar Rojo. María, muerto su esposo, heredó la corona, mandó en persona los ejércitos, y declaró la guerra á los romanos. Esta nueva Cenobia invadió la Palestina y la Fenicia, venció al gobernador de estas provincias, y llevó sus armas hasta las fronteras de Egipto. El ge-

neral que mandaba en gefe las legiones de oriente, reune todas sus tropas y marcha contra la reina; y para castigar al comandante de Fenicia porque no se resistió á una muger, le degrada, le manda seguirlo y ser testigo, sin combatir, de la pelea. La fortuna castigó su orgullo: María, cumpliendo las obligaciones de general y de soldado, animó de tal modo á sus africanos con el ejemplo, que derrotaron á los romanos, y los persiguieron hasta el punto de ser inevitable su completa ruina: cuando de improviso el comandante de Fenicia, vengando noblemente la injuria que habia recibido, se arroja enmedio de los dos ejércitos acompañado de algunos amigos fieles y valerosos, detiene á los vencedores, reune á los vencidos, cubre la retirada y salva al general. Valente, aterrado con las victorias de la reina, pidió la paz: María la concedió, ecsigiendo que se le permitiese llevar á sus estados á Moisés, un santo solitario á quien hizo obispo. Este destruyó la idolatría en Faran, y por su influjo mantuvo la amistad entre los romanos y la reina, concertando el matrimonio de una hija de María con el conde Victor, general del emperador. La administracion de Valente le acarreó mas enemigos, que sus yerros en política y sus derrotas. Su debilidad le hacia inconse-

cuente, y habia un contraste singular entre sus mácsimas y sus acciones. Al mismo tiempo que el temor le obligaba á cometer crueldades odiosas, se citaban de él estas espresiones: «Si la peste y los demas estragos de la naturaleza destruyen los hombres, á los príncipes toca conservarlos.»

Habiendo predicho tres adivinos que el nombre de su sucesor empezaba por estas sílabas *Teod*, un secretario del emperador llamado Teodosio, engañado por el presagio, conspiró y pereció con sus cómplices. Entonces redobló el rigor de Valente contra los adivinos y hechiceros. Bastaba la acusacion de mágia para perder á un enemigo. Heliodoro, que habia sido vendedor de pescado fresco, convertido en delator impudente, logró un funesto influjo en el ánimo del emperador, cuyas cartas y discursos corregia, segun se aseguraba. Este infame valido hizo perecer mas patricios que los que hubiera destruido una invasion de bárbaros. Los mas ricos, denunciados por él, perecieron: los filósofos iban al suplicio por hechiceros: Máximo, antiguo amigo de Juliano, fue la primera de sus víctimas. Todos los ciudadanos cuyos nombres empezaban por las letras fatales, sufrieron la muerte; y por un acaso singular, el solo que se libró de

esta persecucion, fue Teodosio, sucesor de Valente. Enmedio de estas proscripciones brillaron las virtudes cristianas. San Basilio protegió á los oprimidos, socorrió á los desgraciados y resistió con firmeza á los satélites del emperador. Como uno de ellos lo amenazase, le respondió: «¿Qué puedo temer? ¿la pérdida de mis bienes? Solo poseo mis vestidos y algunos libros. ¿La de mi vida? Solo aprecio la vida eterna. ¿El destierro? Mi patria es todo pais donde se adore á Dios.» «Nadie, replicó el gobernador, me ha hablado en ese lenguage.» Y Basilio le dijo: «Es porque hasta ahora no habeis encontrado un obispo.» El odio que inspiraba la tiranía de Valente á los habitantes de Antioquía, era tan intenso, que generalmente lo espresaban con esta imprecacion: «¡Perezca quemado vivo!»

Batalla de Adrianópolis, y muerte de Valente. (378 .) El emperador, aborrecido en Siria, despreciado en Constantinopla, ofendido por los insultos y murmuraciones del pueblo, y envidioso de la gloria de Graciano, abandonó su timidez habitual; y como todos los hombres débiles, pasó del esceso de la circunspeccion al de la temeridad. Informado de un triunfo conseguido por Sebastian, comandante general de la infantería, contra un cuerpo de go-

dos que habia sorprendido y derrotado, tuvo la presuncion de atacar, antes que llegase Graciano, el formidable ejército de los bárbaros. Victor, Trajano y todos los generales esperimentados pretendieron inútilmente apartarle de este designio, representándole que la ruina del enemigo era infalible si se esperaban las legiones victoriosas de occidente, y que al contrario, si se empeñaba en vencer solo, comprometia el ejército y el imperio. Los cortesanos, que lisonjeaban la vanidad del príncipe, le persuadieron que no debia repartir la gloria de este triunfo con su compañero, y el orgullo atropelló á la prudencia. Valente vino á acampar con su ejército al pie de las murallas de Adrianópolis, muy cerca de los bárbaros. Fritigernes, para dar tiempo á que se reuniesen sus fuerzas, envió al campamento del emperador un sacerdote cristiano que espusiese sus quejas y negociase la paz. Los generales aconsejaban dar oidos á esta proposicion; pero en este momento llega Ricomero con la noticia de que se acercaban las legiones de occidente. El emperador, ciego de envidia, parece temer menos la probabilidad de una derrota, que el repartimiento del triunfo.

El 9 de agosto de 378 manda tomar las armas, sale del campo y marcha tan precipitadamente con su caballería, que se ha-

lla en frente del enemigo antes que la infantería se le pudiese reunir. Los soldados, fatigados por el esceso del calor y por la rapidez de la marcha, se forman con lentitud. Dada la señal del combate, Fritigernes afecta temor, engaña á Valente con sumisiones fingidas, gana algunas horas, y acaba con esta tardanza de agotar las fuerzas de los romanos, espuestos á los tormentos del hambre y á los ardores de un sol abrasador. En fin, cuando el conde de los domésticos iba al campo enemigo para concluir el tratado, Fritigernes viendo bajar de las montañas los escuadrones de Safrax y de Alateo, sus aliados, cuya llegada esperaba con impaciencia, deja el fingimiento y comienza el ataque. La caballería romana es acometida de improviso por el frente y los flancos, y puesta en huida. La infantería, sin apoyo, y colocada en un terreno estrecho donde le es imposible maniobrar, resiste algun tiempo al gran número de bárbaros que la rodea, hasta que al fin es desbaratada completamente. Los godos hicieron en ella gran matanza. Valente estaba herido, y veia caer á sus pies toda su guardia: corre á juntarse con dos legiones que aun peleaban intrépidamente y se retiraban en buen orden; pero no tardó en envolverlas una multitud innumerable de ene-

migos: los generales Víctor y Trajano, habiendo reunido algunas cohortes escogidas, esclaman: «Si no salvamos al emperador, todo se ha perdido.» Arrójanse en medio de los bárbaros, derriban cuanto se opone á su paso; pero llegan demasiado tarde para socorrer las dos valerosas legiones, oprimidas ya por todo el ejército enemigo. No encontraron en el campo de batalla mas que montones de cadáveres, sin que pudiesen descubrir entre ellos el del emperador. Despues se contó que el príncipe fue llevado por unos aldeanos á su cabaña, que allí fue atacado de nuevo por los barbaros, y que fatigados estos de su porfiada resistencia, prendieron fuego á la choza. Un jóven romano, que escapó de aquel desastre, dió noticia á los godos de que el emperador habia perecido entre las llamas, cumpliéndose de este modo el infausto deseo de los antioquenos. La victoria de los bárbaros fue completa, y se comparó la derrota de Adrianópolis á la de Cannas. Los romanos perdieron dos capitanes generales, dos tenientes generales y treinta y cinco tribunos. El general Sebastian, que habia aconsejado dar la batalla, pagó su imprudencia con la vida. Cuarenta mil hombres quedaron en el campo. Víctor y Ricomero salvaron por su valor la tercera parte del ejército vencido. Libanio, amigo

en otro tiempo de Juliano, defensor de los filósofos, perseguido y columna del politeismo, no desmintió su carácter en este gran desastre. Para ensalzar el honor de la patria vencida, celebró en un discurso elocuente la memoria de los romanos muertos en la accion, é hizo el panegírico de Valente que en cierto modo habia reparado, muriendo con valor, la ignominia de su vida.

Los godos vencedores creyeron, aniquilado el ejército, apoderarse fácilmente del imperio. Sitiaron á Adrianópolis: unos desertores les prometieron entregarles la ciudad, y se introdujeron en ella; pero fueron descubiertos y castigados. Fritigernes quiso en vano disuadir á su tropa de tomar por asalto una plaza tan fuerte. Los bárbaros desprecian su consejo, y se lanzan con impetuosidad á las murallas: los intrépidos habitantes las defienden: un enorme peñasco precipitado desde las almenas mata un gran número de godos. Estos se amedrentan; pero sus gefes los llevan de nuevo al asalto. El deseo de librar sus mugeres é hijos, detenidos como rehenes, y de saquear los tesoros de Valente, inflaman su valor: comienzan la pelea con furor; pero despues de largos, inútiles y sangrientos esfuerzos, rechazados con mucha pérdida, se retiran;

y se arrepienten, aunque tarde, de no haber seguido el cuerdo dictámen de su general. Fritigernes marchó al frente de ellos á Constantinopla, esperando que la sorpresa y el terror le abririan las puertas: taló las cercanías de la capital, en la cual reinaba aquella consternacion que suele anunciar la caida de los estados. Una muger salvó el imperio. Dominica, viuda de Valente, muestra en el abatimiento general un valor verdaderamente romano; arma á los habitantes, los alienta y les prodiga sus tesoros. Su ejemplo ecsalta á los osados y avergüenza á los cobardes. Estaba á la sazon en Constantinopla un cuerpo ausiliar de sarracenos. Dominica les manda salir á campaña: su numerosa y valiente caballería acomete á los godos, y los sorprende con la impetuosidad de su ataque. Los feroces sarracenos daban gritos lúgubres: desdeñando las armas que hieren de lejos, se presentaban á la pelea armados solamente de un puñal: sedientos de sangre, bebian la de sus enemigos vencidos. Esta tropa furiosa derramó el espanto en el ejército de Fritigernes. Los godos se retiraron, y cargaron con todas sus fuerzas sobre Iliria. Los romanos vengaron con un crímen atroz la derrota de Adrianópolis: el conde Julio, gobernador de Asia, mandó matar todos los niños

que los visigodos habian dejado en rehenes cuando hicieron el tratado con Valente. Este acto de cobarde ferocidad aumentó el furor de los bárbaros y las calamidades del imperio. Los sármatas, cuados, marcomanos, hunnos y alanos, reunidos á los godos por el mismo odio contra Roma, por la misma sed de sangre, por el mismo deseo del pillage, asolaron, despoblaron y destruyeron á Tracia, Macedonia, Dacia, Mesia y una parte de la Pannonia: quemaban los arbolados, demolian las casas, hacian caballerizas de las iglesias, desenterraban los cuerpos de los mártires, encadenaban á los ciudadanos, ultrajaban á las mugeres y mataban á los sacerdotes. El conde Mauro defendió mal el paso de Sucas en los Alpes Julios. Fritigernes decia: «La imprudencia de los romanos me admira: créense dueños de estos vastos paises que no saben defender: los habitan como los ganados que pacen en ellos; mas no los poseen.» El oro solo era defensa contra los bárbaros: las iglesias rescataron muchos cautivos: san Ambrosio vendió para este fin los ornamentos y vasos sagrados de su catedral. Entretanto Graciano, sabiendo por el conde Victor la derrota y muerte de Valente, acude con la flor de sus tropas, arrostrando mil peligros, llega á Constantinopla, y la asegu-

ra con sola su presencia. Convencido en tan grande infortunio de la necesidad de un gran talento, llama al jóven duque Teodosio, que desde la muerte de su padre vivia retirado en España, donde habia nacido, en la misma ciudad de Itálica, ilustre por el nacimiento de Trajano. Los lisonjeros decian que era descendiente de aquel gran príncipe, al cual se le comparó justamente por sus hazañas. Este guerrero valiente, modesto, poderoso y sumiso á las leyes, rico y laborioso, severo y liberal, fue educado en la escuela de la desgracia para una grande elevacion; y aun en el tiempo que la proscripcion le privaba de autoridad, ayudaba con prudentes consejos á sus amigos desgraciados y á su provincia oprimida, la cual habia de proteger poco despues revestido del poder supremo. Una eleccion feliz le dió por esposa á Flaccila, digna de él por su nacimiento y virtudes. Jamas conoció otro amor: Honorio y Arcadio, sus hijos, fueron los solos que dividieron con ella su afecto. Llamado por el emperador, dejó con pesar su retiro, echando menos el descanso y lamentando su elevacion.

Teodosio, emperador de Oriente. (379.) Graciano le confió las reliquias del ejército de Valente. Teodosio no tardó en justificar su eleccion. Reune las tropas ven-

cidas, las alienta, despierta su valor, restablece la disciplina, las ejercita, distribuye con discernimiento y justicia los premios y castigos, hace olvidar las derrotas, predice victorias, engaña al enemigo con falsas noticias, marcha con celeridad, sorprende cerca del Danubio al ejército godo, le ataca y desbarata, le ahuyenta y persigue, y hace en él tal carnicería, que pocos volvieron á pasar el rio. Despues de esta victoria distribuye sus tropas en todos los puntos fortificados de la frontera, y lleva él mismo al emperador la noticia de su triunfo. Habia sido tan completo, rápido é imprevisto, que la envidia lo tuvo por fábula: el mismo Graciano se negó á creerlo hasta la vuelta de algunos oficiales que envió al ejército para saber la verdad; porque la degradacion habia llegado á tal estremo, que á los ojos de los romanos un héroe parecia un fenómeno, y la victoria un prodigio.

Disipado el terror en Constantinopla, ahuyentados los godos y restablecido el honor de las armas, aun estaba el imperio amenazado por todas partes. Numerosas tribus de bárbaros se preparaban á pasar el Danubio: los alemanes el Rhin: los persas el Tigris y el Eufrates. Parecia que el universo, subyugado por tantos siglos, queria romper las cadenas de Roma y

echárselas á su dominadora: enmedio de estos peligros, Graciano, de 20 años de edad, no tenia mas colega para sostener el peso del imperio, que á su hermano Valentiniano, apenas salido de la cuna. Sin atender ni á las lisonjas de los cortesanos, ni á las ilusiones de la vanidad, ni á la envidia que suele inspirar el genio al poder, fue bastante prudente y grande para anteponer el interes público al suyo: con la esperanza de afirmar el trono, hizo sentar en él á su lado al vencedor de los godos, y nombró emperador á Teodosio. Á haber consultado al imperio, todo él le hubiera elegido por gefe. Este feliz guerrero reunia, á los 33 años de edad, la actividad de la juventud á la prudencia de hombre maduro. Cuanto mas digno era de reinar, tanto menos lo pretendió. Heredero de la gloria de su padre, creia heredar tambien su desgracia: nacido en un siglo de tiranía, su profundo conocimiento de las intrigas cortesanas le hacia creer que su victoria no seria premiada sino con el suplicio ó el destierro. Mandósele venir á palacio, y esperaba la muerte cuando el emperador le ofreció la corona. No se deslumbró con su esplendor; sino conociendo su gravámen, se negó á aceptarla; y lo que fue mas honroso para él, hasta los cortesanos creyeron que la rehu-

saba sinceramente. Graciano insiste y manda: el último acto de obediencia de Teodosio fue ascender al trono. Los romanos aplaudieron universalmente su ecsaltacion, que despertando memorias gloriosas, les recordaba á Trajano y á Nerva. Tocaron á Teodosio las provincias de oriente y ademas Dacia, Mesia, Grecia y las islas del Egeo. Ricomero y Mayoriano, aunque hasta entonces habian mandado en el ejército de occidente, atraidos por su gloria, se quedaron á servir bajo sus órdenes. El nuevo emperador, apenas ocupó el trono, desplegó en la administracion el mismo carácter y actividad que en la guerra le habia dado tanta reputacion y asegurado sus victorias. Habiendo afirmado el cetro de oriente, restituyó la justicia, alejó á los delatores, separó de la corte á los favoritos sin talentos, y llamó al mérito perseguido ó desdeñado. Para reparar las pérdidas de las legiones, armó á los aldeanos de Tracia, y alistó á los trabajadores de las minas; marchó de nuevo contra los godos, hunnos y alanos, les ganó muchas victorias, y obligó á Fritigernes á retirarse.

En esta campaña empezó á adquirir fama un jóven bárbaro destinado á inmortalizarse por la conquista de Roma. Alarico hizo sus primeras empresas bajo las órdenes de

Fritigernes con una tropa de caballería, deseosa de gloria y de peligros: un dia sorprendió y envolvió á Teodosio, que en aquella pelea no debió su salvacion sino á los prodigios de valor que hizo. En otras acciones habia combatido por el imperio, en esta peleó por libertar su vida. Al mismo tiempo se distinguia por su valor ardiente y su rara prudencia Estilicon, otro bárbaro que tuvo grande influjo en el destino de Roma. Modaero, guerrero godo que servia en el ejército romano, contribuyó en gran manera á las victorias de Teodosio. Era cristiano y amigo de san Gregorio Nacianceno. Penetrando al frente de un cuerpo numeroso en los reales de los bárbaros, sorprendió una de sus divisiones, y la destruyó casi enteramente. Graciano, despues de haberse detenido algun tiempo en Sirmio para favorecer á su colega, marchó á Pannonia, y derrotó en muchos encuentros á los cuados y á sus aliados. Volvió despues á Mediolano, y siguiendo los consejos de san Ambrosio, destruyó las intrigas de Justina, madre de Valentiniano II, y protectora del arrianismo, y aseguró en Italia el triunfo completo de los católicos contra los hereges. Una nueva invasion de los alemanes le obligó á volver á las Galias, y pasó el invierno en Treviros. En este siglo los paises septen-

trionales de Europa, aunque incultos y cubiertos de bosques, inundaban sin cesar el occidente de una multitud de pueblos armados, que eran vencidos algunas veces, mas nunca subyugados. Despues de las mas sangrientas derrotas volvian á presentarse con mas ardor y en mayor número. Parecia que su sangre vertida fecundaba aquella tierra selvática, engendradora contínua de nuevos ejércitos. Los godos, vencidos tantas veces, volvieron á tomar las armas, y entraron en Pannonia á las ordenes del infatigable Fritigernes. Graciano y Teodosio unieron sus fuerzas contra ellos, y habiéndolos vencido, conferenciaron en Sirmio sobre las medidas necesarias para asegurar la tranquilidad de ambos imperios. Teodosio debió á sus grandes cualidades un triunfo mas lisonjero que los adquiridos por las armas, cual fue conquistar el aprecio y la veneracion de los bárbaros, inspirándoles una confianza que la mala fe de los romanos habia hecho hasta entonces imposible. Hasta el inflecsible Atanarico, abjurando su antiguo odio, vino á Constantinopla á pedir un asilo contra los rigores de Fritigernes. Teodosio le recibió con honor, le dió cuarto en su palacio, y se gozó en la admiracion de aquel bárbaro, nacido en los bosques, y criado en los cam-

pamentos á la vista de los objetos que manifestaban la grandeza romana, y de las obras maestras de la civilizacion, y de las artes reunidas en la capital de oriente. Teodosio, pacificado el mundo, vencida una parte de los bárbaros, establecidas en Tracia numerosas colonias de godos por una política cuyo peligro se conoció mas tarde, é incorporados en sus legiones 40.000 de estos guerreros, se declaró abiertamente contra los herejes y los paganos. La historia, respetando su piedad, no puede menos de censurar su intolerancia, manifiestamente inútil: la religion, que habia triunfado por sí sola del poder de los césares, y de tantos siglos de gentilismo, no tenia necesidad de fuerzas humanas para completar su victoria. Graciano, movido del ejemplo de Teodosio, atacó el antiguo culto en su mismo santuario, y renunciando á los miramientos que sus predecesores habian tenido á costumbres tan antiguas, y á preocupaciones compañeras de tantos triunfos, mandó destruir en Roma el altar de la victoria. Sinmaco, en nombre de una parte del senado, defendió aquella divinidad tan querida de los romanos; y despues de citar los ejemplos de Constantino y Joviano que perdonaron aquel monumento, suponiendo en una prosopopeya atrevida que Roma

dirige la palabra al emperador, pone en su boca estas querellas: «Príncipe generoso, padre de la patria, respeta mi vejez y mis mácsimas, á las que debí la grandeza y la libertad. Estos dioses, cuyas aras derribas, armaron mi brazo y mi valor, arrojaron á los galos del capitolio, vencieron á Annibal, aterraron á Cartago, y subyugaron la Galia, la Grecia, el Asia, el mundo todo. ¿No he vivido tanto sino para verme despreciada? Si quieres que adore otra deidad, déjame conocerla: querer despues de tantos siglos mudar mi religion y violar mis costumbres, es tratarme en mi ancianidad sin respeto ni veneracion.» Graciano dudaba por el gran peso que los antiguos recuerdos daban á estas palabras. «Príncipe, le dijo san Ambrosio, ni las consideraciones de una vana política, ni las quejas de una supersticion ostinada podrán justificar tu desobediencia al Señor del cielo y de la tierra; y ademas, ¿con qué título ecsigen los idólatras que se respeten sus privilegios, cuando ellos en el tiempo de su poder no respetaban la vida de los cristianos? Si decides á su favor, cometes un acto de apostasía. Por otra parte, el mayor número de senadores profesa el cristianismo, y será una verdadera persecucion obligarlos á deliberar en presencia de una diosa mentida entre el hu-

mo de los sacrificios. No tomes una determinacion de esta especie sin consultar antes á Teodosio; y pues es fuerza decir la verdad toda entera, sabe que si se consigue de tí ese decreto impío, los obispos, ó saldrán de sus iglesias, ó te impedirán que entres en ellas. El altar de la victoria fue derribado.

Rebelion de Máximo. (381.) Graciano, despreciando el uso antiguo, seguido por todos sus predecesores, rehusó el vestido de sumo pontífice que le presentaron, y separó por la vez primera el imperio del sacerdocio, cuya union habia parecido tan importante para la tranquilidad pública. El sacerdote á quien se devolvió la ropa sagrada, esclamó: «Si Graciano no quiere ser sumo pontífice, Máximo lo será.» El suceso verificó esta prediccion: la violencia que Graciano hacia á las costumbres y preocupaciones de Roma pagana, y á las opiniones de los arrianos, le hizo odioso á un gran número de sus vasallos, y preparó su ruina. Este emperador, que al principio de su reinado fue activo, laborioso y atento á cumplir las obligaciones del trono, se habia entregado despues con una aficion desmedida al placer de la caza: pasaba la vida en los bosques, y dejaba el cuidado de los negocios á los validos, que abusando de su nombre

á favor de sus intereses particulares, borraron de la memoria de los romanos las hazañas y virtudes del príncipe, por las cuales habia ganado antes su afecto y veneracion. Ademas, siendo naturalmente belicoso, manifestando sobradamente su aprecio á la intrepidez de los bárbaros, y su desden á la molicie y enervacion de los romanos, acabó de irritar los ánimos vistiendo el trage de los alanos, y concediéndoles en su corte altas dignidades y preferencias impolíticas.

Clemente Máximo mandaba entonces las legiones en Britannia. Este hombre, de oscuro nacimiento, ocultaba su propension al paganismo bajo el velo de la hipocresía; mas no engañó ni á san Martin ni á san Ambrosio. Su espíritu era grande; su ambicion desenfrenada; sus mácsimas flecsibles siempre al interes; su carácter mudable conforme á las circunstancias; era cruel ó suave, segun convenia á sus designios. Habiéndose elevado mas bien por artificios que por su valor, miró con envidia el advenimiento de Teodosio, su compatriota; y cubrió su odio bajo las apariencias de la lealtad, y aun estendió la voz de que era pariente suyo. Instruido del descontento que escitaban en el ejército la conducta de Graciano y su parcialidad á favor de los bár-

baros, irritó hábilmente la rabia de las legiones, prometió remediar sus agravios, se hizo proclamar augusto, pasó rápidamente con su ejército al continente, y ganó el afecto de los galos, persuadiéndoles que obraba de acuerdo con Teodosio. Desde que Graciano supo esta noticia, reunió prontamente su ejército, marchó contra Máximo y le encontró cerca de Lutecia. El cónsul Melobaudo y el conde Valion mandaban bajo sus órdenes. El emperador habia logrado sus primeras victorias por su rapidez: en este trance cometió el yerro de quedarse acampado cinco dias enfrente del enemigo sin darle batalla. Su tesoro estaba exhausto por sus liberalidades: Máximo habia aumentado el suyo por su avaricia. Prodigando entonces las riquezas acumuladas, corrompió las tropas del emperador: la caballería africana dió el ejemplo de la traicion: los demas cuerpos lo siguieron y pasaron á las banderas del rebelde.

Muerte de Graciano. (383.) Graciano huyó con solo 300 ginetes que le abandonaron á los pocos dias. Desde que se le vió en el infortunio, le cerraron las puertas todas las ciudades, temiendo el contagio de la infelicidad. Privado de socorro y asilo, pereció víctima de la crueldad de su enemigo y de la ingratitud del pueblo,

á quien habia colmado durante algunos años de gloria y beneficios.

Se cuenta su muerte de diferentes maneras: la que parece mas verosimil, es la narracionde san Ambrosio, digna de fe por la austeridad de su carácter y su amistad con el emperador. Dice, que este príncipe, errante en las cercanías de Lugduno, fue reconocido por un hombre á quien habia hecho feliz en otro tiempo, y que le ofreció su casa y un banquete en el seno de su familia. Graciano, dudoso por algunos momentos, se creyó seguro habiendo jurado el pérfido sobre los evangelios guardarle fidelidad, le siguió á la ciudad, se hospedó en su casa donde fue recibido honoríficamente; mas luego se le obligó á vestirse los ornamentos imperiales, y adornado con ellos como una víctima, cayó atravesado de muchas heridas, invocando en sus últimos instantes el nombre y el socorro de Ambrosio. San Gerónimo dice, que eñ su tiempo se veian aun con horror en las paredes de aquella casa funesta los vestigios de la sangre del infeliz príncipe. Murió á los 25 años de edad y 9 de reinado. Despues de la muerte de Constancia volvió á casar con Leta, á la cual protegió y consoló Teodosio en su infortunio.

CAPITULO V.

Teodosio. Honorio y Arcadio.

Valentiniano II y Teodosio, emperadores. Máximo reina en las Galias. Invasion de Máximo en Italia. Derrota y muerte de Máximo. Usurpacion de Arbogasto y muerte de Valentiniano II. Batalla de Aquileya y muerte de Arbogasto. Honorio y Arcadio, emperadores. Levantamiento de Gildoro en Africa. Muerte de Gildoro. Primera espedicion de Alarico á Italia. Batalla de Polencia. Batalla de Verona. Invasion de Radagasio en Italia. Batalla de Florencia. Invasion de los bárbaros en el Occidente. Muerte de Estilicon y sitio de Roma por Alarico. Saco de Roma por Alarico. Muerte de Alarico. Victorias de Constancio contra Heracliano, Máximo y Constantino. Establecimiento de los visigodos en la Galia narbonense y principios de la monarquía goda de España. Conquistas de Valia en España. Cesion de la Aquitania á los visigodos.

Muerte de Constancio. Muerte de Honorio.

VALENTINIANO II *y Teodosio, emperadores. Máximo reina en las Galias.* (384.) Máximo, proclamado por el ejército de Graciano, y dueño sin oposicion de Galia, Britannia y España, temia á Teodosio y despreciaba la juventud de Valentiniano II. Envió una embajada al emperador de oriente; y para justificar su elevacion que le suplicaba aprobase, le hizo presente la indignacion de las legiones sometidas por Graciano á oficiales bárbaros, la deposicion del emperador por ellas, y la necesidad en que se habia visto de tomar la púrpura á su pesar. Teodosio, disimulando su ira y sus proyectos, dió una respuesta vaga, y despidió á los embajadores colmados de presentes. Poco tiempo antes, con motivo de una grave enfermedad que le sobrevino, recibió el bautismo. Recobrada la salud, publicó un edicto solemne, en que mostró su ardentisimo celo por la religion. En él mandaba á todos sus vasallos abrazar la creencia enseñada por san Pedro, y profesada por el papa Dámaso y por el patriarca de Alejandría: dió el título de *católicos* á los que se conformaban con esta fe, y el de *insensatos* y *heréticos* á los demas: privó

las asambleas de estos de los privilegios concedidos á las iglesias, los tachó de sacrilegos, los amenazó, si persistian en sus errores, con la venganza divina y con la suya. Por otro edicto suspendió los procesos criminales durante la cuaresma, y para honrar la fiesta de Pascua indultó á todos los delincuentes, escepto los adúlteros, homicidas, mágicos, monederos falsos y conspiradores. Esta amnistía, anulada como otras muchas por un número tan grande de escepciones, escitó sin embargo la gratitud pública; porque despues de la tiranía de Valente, toda suavidad era un beneficio. Teodosio, naturalmente justo, cuando no le cegaba la cólera ni le estraviaba el fanatismo, mereció en muchos actos de su reinado el afecto de los pueblos y los elogios de la posteridad. Enemigo de las proscripciones, hablaba con indignacion y menosprecio de Mario, de Sila y de los triumviros: publicó una ley severa contra los delatores: mandó á los carceleros que fuesen suaves y humanos; y á los jueces, so pena de multas cuantiosas, que visitasen con frecuencia las cárceles, que oyesen las quejas de los presos, y que llevasen nota esacta de las causas de su prision. Atento á todo lo que podia interesar al órden, la tranquilidad y la seguridad pública, mantuvo y reparó los

municipios y los antiguos edificios, construyó otros nuevos: durante 15 años hizo responsables á los asentistas de la solidez de las obras, y prohibió enterrar los muertos en el recinto de las ciudades. Harto ilustrado para no conocer que el lujo y la corrupcion de costumbres eran la principal causa de la decadencia del imperio, publicó leyes suntuarias que todo su poder no alcanzó á ejecutar, é impuso inútilmente la pena de infamia á las viudas que se casasen antes de cumplido el año de luto. El emperador podia por su ejemplo, por sus hazañas y por la veneracion que se le tenia, retardar la caida del imperio romano; pero no impedirla. El hábito de obedecer á la fuerza armada, la estincion de los sentimientos grandes y generosos, el nombre de ciudadano prodigado, la voz de la patria desconocida, la mezcla ignominiosa de godos, francos y romanos en los empleos civiles y militares, el odio al trabajo, el amor de riquezas y placeres, eran los males incurables que oprimian al coloso de Roma; y un grande hombre podia paliarlos, no sanarlos. Teodosio, que fue el último de los emperadores que mantuvieron con firmeza las riendas del estado, hizo, no lo que era de desear, sino lo que era posible. Restituyó el honor á las armas romanas, restableció por

un momento la disciplina, espantó el vicio y reprimió los crímenes con la justicia de su administracion, y dió algunos años de reposo á los pueblos, oprimidos tanto tiempo por monarcas débiles é infames privados. La emperatriz Flaccila, hija del cónsul Antonio, ayudaba á Teodosio en sus nobles tareas: era un modelo de religion, modestia, ternura y castidad, y nunca se citaron de ella sino acciones de beneficencia y generosidad. Atenta á calmar á su esposo, naturalmente iracundo, le repetia con frecuencia estas palabras: «Acuérdate de lo que eres, y no olvides nunca lo que fuiste.»

El emperador sosegó con mas facilidad los bárbaros que las disputas religiosas. En aquella época no tanto cuidaba el pueblo de los intereses materiales y políticos, como de conocer y fijar su creencia. Los orientales se entregaban á estas discusiones de un modo verdaderamente poco conforme á la dignidad del asunto. «¿Pedís á un mercader, decia un viajero de aquel tiempo, que os cambie una moneda? al punto os hablará de la diferencia entre el padre y el hijo. ¿Preguntais á un panadero á cuánto está el pan? os pondrá un argumento contra la igualdad de las personas divinas. ¿Decís al bañero si está pronta el agua? os responderá que el Hijo fue criado.»

Los arrianos, desconociendo la autoridad del concilio de Nicea, habian acostumbrado á los simples fieles á erigirse en jueces de la fe, y á dar decisiones dogmáticas. El espíritu de partido ensangrentó algunas veces estas querellas: cuando Teodosio, para oprimir el arrianismo, restableció á san Gregorio Nacianceno en la silla patriarcal de Constantinopla, el dia de su instalacion presentaba esta capital el aspecto de una plaza entrada por los bárbaros á sangre y fuego: ¡tan obstinada fue la resistencia que opusieron á su vuelta los arrianos! El virtuoso obispo, fatigado de estas disensiones, cargado de honores y de años, reverenciado por los virtuosos, perseguido por la envidia, fue algun tiempo despues á palacio, y dirigió á Teodosio enmedio de su brillante corte este discurso noble y modesto, digno de un apóstol del Evangelio: «Príncipe, tú gustas de dar, y yo vengo á pedirte una gracia: no pido dinero para mí, ni ornamentos para mi iglesia, ni gobiernos para mis amigos: estos bienes no tienen á mis ojos valor alguno, y los dejo á quien los aprecie. Mi ambicion se eleva mas alto: concédeme el permiso de sustraerme al odio que me persigue. Respeto la silla episcopal; pero deseo verla desde lejos: estoy cansado de desagradar á los hombres por agradar á

Dios: él quiera que restablezcas la concordia entre los obispos, y que oigan tu voz, si no quieren oir la de la justicia. Deseo, pues has vencido á los bárbaros, que domes á los que turban y ensangrientan la Iglesia; pero ya ves mis canas: he consumido en servicio del Señor todas las fuerzas que me habia dado: me rindo al peso con que á mi pesar me oprimiste, y el único favor que te pido es que me permitas concluir mis dias en libertad.» Teodosio le permitió retirarse; pero indignado por la ostinacion de los sectarios, dió oidos á su resentimiento, y dió una ley que prohibió los sacrificios de los paganos, privó á los hereges y apóstatas del derecho de testar, publicó otro decreto amenazando de muerte á los maniqueos, y mandó esponer en la plaza pública á la risa y ultrajes del pueblo los bustos de Arrio, Sabelio y Macedonio medio enterrados. Este príncipe, tan severo cuando creia vengar las ofensas de Dios, era muy otro cuando se trataba solamente de las suyas propias. «Si alguno, escribia á Rufino, prefecto del pretorio, habla mal de mí ó de mi gobierno, no queremos que se le castigue. Si lo hace por liviandad, merece desprecio: si por error, compasion; y si habla con el objeto de insultarme, debo perdonarlo. En los

demas delitos, y en cuanto pertenezca á la seguridad del estado, debes avisarme antes de decidir, para que yo juzgue de la gravedad de la ofensa por la moralidad de las personas, y pueda ecsaminar con prudencia si debo tolerarla ó someterla al juicio de los tribunales.» A pesar de su celo religioso, quiso poner un freno á las intrigas de los monges, ya demasiado numerosos é influentes: prohibióles salir de su monasterio, y mucho mas venir á las ciudades; pero á instancias de ellos mismos revocó el edicto dos años despues. La ambicion que se introdujo en los monasterios, tan contraria á su profesion, contribuyó mucho en lo sucesivo á los desórdenes del oriente, y adquirieron tanto crédito los monges, que llegó á ser casi imposible ascender al episcopado sin haber pertenecido antes á alguna comunidad.

Mientras que Teodosio hacia triunfar en sus estados la fe católica contra el arrianismo, en Italia, despues de la muerte de Graciano, era esta secta protegida por Justina, madre y tutora de Valentiniano II; pero encontró un enemigo formidable, cuya firmeza no pudo vencer. San Ambrosio, nacido en Roma de una familia patricia, era hijo de un varon consular; pero escedió á su padre en talentos, fortuna y dig-

nidades. Era gobernador de Liguria, cuando se temió en Mediolano un gran desastre por el furor del pueblo que los arrianos sublevaban. En aquel momento de peligro se deseaba un pacificador, y Ambrosio era tan respetado de todos los ciudadanos, que aunque lego y no bautizado todavia, fue elegido unánimemente por obispo, justificó la eleccion del pueblo, sosegó las turbulencias, y fue consejero y guia de los emperadores. Su Tratado de la fe cristiana lo escribió para la instruccion de Graciano. Cuando Justina se declaró en favor del arrianismo, y quiso dar una iglesia á los partidarios de esta secta, Ambrosio se negó ostinadamente á obedecer. «Pueden disponer de mi vida, decia, no de mi fe: todo lo sufriré, menos las ofensas de la religion. No escitaré el furor del pueblo; pero lo preveo. La corte nos prepara grandes calamidades; mas espero no sobrevivir á la ruina de mi patria.» La emperatriz lo desterró; pero una parte del pueblo se encerró con él en la Iglesia, lo defendió y alimentó, y rechazó á un numeroso cuerpo de godos que quisieron forzar aquel asilo. Durante esta especie de sitio introdujo san Ambrosio la costumbre de cantar los salmos en el oficio divino. La emperatriz hubo al fin de ceder.

Invasion de Máximo en Italia. (387.)

Un peligro mas urgente amenazaba el trono del jóven Valentiniano. Máximo, que solo habia encontrado resistencia en la fidelidad animosa de san Martin, obispo de Turones, era el tirano de las Galias. Engrosó su ejército con un gran número de germanos y francos, se acercó á los Alpes, y procuró engañar á Justina con demostraciones de paz y amistad. Ambrosio conoció el lazo y avisó á la emperatriz, que no quiso creerle. Máximo se presenta á las puertas de Mediolano, antes que se hubiesen tomado disposiciones de defensa; y el terror fue tan grande como habia sido la confianza. Justina y su hijo, en vez de tentar una resistencia inútil, pasaron á Aquileya, y de allí á Tesalónica para implorar la proteccion de Teodosio.

Máximo se apoderó de Italia, entró triunfante en Roma, y ganó muchos partidarios, protegiendo la idolatría y levantando los altares de los dioses.

Derrota y muerte de Máximo. (388.) Desde que Teodosio supo el infortunio y la fuga de Valentiniano, salió á recibirle á Tesalónica, acompañado de un gran número de senadores. Despues de afear á Justina su afecto á la heregía, le prometió restablecer á su hijo en el trono, y como se hallaba viudo, estrechó los lazos que le unian á él casando con su hermana Gala.

Juntó las legiones, marchó á Pannonia, y encontró cerca de Siscia sobre las orillas del Sabo á Máximo que venia á su opósito con todas las fuerzas del occidente. Esta guerra no duró mas que dos meses: la caballería formidable de los hunnos, alanos y godos que militaban entonces con Teodosio, pasó intrépidamente el rio á nado, y desbarató y puso en huida á los germanos y galos del ejército de Máximo. Marcelino, su hermano, restableció la pelea con un cuerpo escogido: la batalla se prolongó hasta la noche y quedó indecisa. Al otro dia, cuando iba á comenzarse otra vez la accion, una parte de las tropas de occidente arroja las armas: Máximo huye: Teodosio le persigue con tanta rapidez, que llegaron casi á un mismo tiempo á las puertas de Aquileya. El pueblo de esta ciudad se levanta, despoja á Máximo de sus ornamentos, y le lleva preso á los pies del emperador. Teodosio, movido por sus ruegos, estuvo para perdonarle; pero acordándose de la muerte de Graciano, lo entregó á los soldados que le cortaron la cabeza. Arbogasto, guerrero franco, que por su valor y los votos de los soldados habia ascendido de grado en grado hasta el de general, persiguió las reliquias del ejército vencido, y dió muerte á Victor, hijo de Máximo, que las mandaba.

Teodosio, despues de apaciguar algunas turbulencias que habia en Mediolano, y de haber restablecido en el trono á Valentiniano II, entró triunfante en Roma como Constantino el grande. La lisonja, pronunciando el elogio del emperador, habló el idioma de la verdad. La opinion pública aprobaba las alabanzas que se daban á este príncipe por su actividad, valor, prudencia y gloria, y respetable por su justicia, castidad y beneficencia, aunque por la flaqueza humana, que no permite la perfeccion, sus bellas cualidades fueron algunas veces oscurecidas por su propension á la ira: afecto que se empeñó porfiadamente en vencer, y que no siempre pudo sujetar. El fervor religioso de este príncipe pareció haber aumentado por los esfuerzos de Máximo para restablecer la idolatría. Al entrar en Roma halló los altares adornados de flores, dispuestos los sacrificios y las estátuas de los dioses rodeadas de ofrendas é inciensos. Reprendió por ello agriamente al senado, y defendió elocuentemente en la curia la causa del cristianismo. Los senadores le respondieron con una entereza inesperada, y que habian perdido muchos siglos habia; pero el emperador les declaró que su colega y él detestaban la religion de la mentira y de los vicios deificados, y que

si deseaban permanecer en su ceguedad, el tesoro público no pagaria los costos de un culto tan ofensivo á la Divinidad. «El imperio, añadió, amenazado de los bárbaros por todas partes, necesita de soldados mas que de víctimas.» Si habian respondido á sus discursos, obedecieron á sus órdenes; y como el número de los que no mezclan ningun interes humano en sus opiniones, es siempre el menor, apenas se cerró el tesoro se acabaron los sacrificios. Sin embargo, en Egipto se opuso mas resistencia á la autoridad. El pueblo defendió los templos, y dió gritos de rabia cuando vió derribar la estátua de Serapis; pero apenas cayó el ídolo, aquella multitud inconstante lo insultó, haciendo con él lo mismo que con las potestades de la tierra, á las cuales desprecia cuando deja de temerlas. El emperador para remediar los males que Valente causó al imperio, vencer á los godos, libertar de bárbaros el oriente y conservar la paz en el occidente, habia tenido que imponer contribuciones tan gravosas, que solo podian sufrirse por ser evidente la urgencia. En todas partes se pagaron con resignacion escepto en Antioquia. Aquella ciudad, por la licencia de sus costumbres, estaba siempre dispuesta á la sedicion: su pueblo ligero, burlon y corrompido prodigaba ale-

gremente su dinero en fiestas, juegos, pantomimos y bufones, y murmuraba cuando era preciso contribuir á las cargas públicas y á la defensa del estado. Preséntanse, pues, los comisarios del emperador para percibir el tributo: todos los ciudadanos ricos ó pobres se quejan, resisten tumultuados, se animan y sublevan, insultan á los magistrados, pasan de las palabras á la violencia, rompen enfurecidos las estátuas de Teodosio, de su madre y de sus hijos, las ultrajan y las arrastran ignominiosamente por las calles. Cuanta mas predileccion habia manifestado el emperador á los antioquenos hasta entonces, mas le irritó su ingratitud; y en el primer movimiento de su ira envió tropas contra los sediciosos con comisarios encargados de su venganza, y armados de poderes sin límites para castigar á los habitantes y arrasar la ciudad.

El pueblo rebelde, vuelto del delirio, consideraba con espanto sus funestos efectos: la consternacion sucedia al furor: esperaban á los comisarios en triste silencio, semejante á la calma horrible que muchas veces precede y anuncia la tempestad: los mas ricos habitantes huyeron. San Juan Crisóstomo, que se habia opuesto á su locura, y que los consoló en su afliccion y los animó en el peligro, presenta asi la

imágen de su miedo. «Esta ciudad floreciente ha quedado desierta: un terror mortal nos echa y aleja de sus murallas, como el humo á las abejas: es, segun dice de Jerusalen el profeta, como una encina desmochada, como un jardin sin aguas saludables, que solo ofrece á la vista árboles marchitos sin flores ni frutos. La ira del príncipe, como un incendio fatal, nos amenaza: todos la evitan y procuran salvar su vida antes que el fuego se aproesime. ¡Calamidad estraordinaria! huimos sin enemigo que nos persiga: abandonamos nuestros hogares, sin haber sufrido derrota: esperimentamos los mismos males que los cautivos de un soberbio vencedor, sin habernos espuesto al asalto.» Estos temores eran harto fundados: las tropas se acercan: los enviados del emperador llegan: suben al tribunal: insensibles á las lagrimas, sordos á las súplicas, rodeados de soldados feroces, instauran rigorosas sumarias: llénanse las prisiones: empleanse despiadadamente las varas, las cadenas y los tormentos para obligar á los acusados á confesar su crímen y descubrir sus cómplices: resuena el aire con los gritos del dolor, con los acentos de la ira, con los gemidos de los parientes y amigos: las mugeres y niños rodean llorando, y suplican vanamente á los magistrados, á

los soldados, á los verdugos. Las sombras de la noche aumentan los terrores del dia: aquella ciudad delincuente, herida por un juez insensible, parece amenazada de su total ruina. Gran número de ciudadanos fueron arrancados desde sus casas á los calabozos, y de allí á los tormentos y patíbulos. Llegaban ya á él cuando un hombre, cubierto de un vestido miserable, se presenta de improviso, coge con audacia por el manto al primer magistrado, y le manda imperiosamente que le oiga. Esta temeridad escita la indignacion de los jueces; mas en breve se muestran respetuosos, oyendo proclamar el nombre de Macedonio, santo y venerable ermitaño, que venia seguido de muchos piadosos solitarios. La autoridad se humilla ante la virtud. «Decid, clama aquel hombre valeroso, decid al príncipe de mi parte: *Tú eres hombre: tú mandas á hombres: son imágen de Dios, y Dios no quiere que las destruyan. Insultar á la obra, es irritar al obrero: ¿qué crimen han cometido? Injuriar figuras inanimadas. Este delirio ¿justifica tu cólera? Por una estátua destruida podemos costear veinte; pero piensa que no te es dado restituir un solo cabello de la cabeza que hayas mandado derribar.*» Este discurso generoso y sublime, que parecia inspirado, admira y

conmueve á los ministros del emperador: detiénese el cuchillo, suspéndense los suplicios, y se permite implorar la clemencia de Teodosio. Cesario fue á Constantinopla, á donde habia vuelto el príncipe, á presentarle las súplicas de los antioquenos: el obispo Flaviano, á pesar de su edad, reanima sus fuerzas para acompañarle y desarmar la ira del emperador ofendido. Los sirios respiran; mas no desmienten en circunstancias tan críticas la levedad de su carácter: pasan súbitamente de un miedo cobarde á una alegria loca y licenciosa, y se entregan á la crápula á vista de los cadalsos erigidos todavía. Entonces Crisóstomo, cumpliendo dignamente los deberes de su santo ministerio, desplegó contra su culpable locura la misma elocuencia que habia empleado contra su desesperacion, y pronunció las célebres homilias que el tiempo ha respetado. Cesario, habiendo llegado á la capital de oriente, se arroja á los pies del emperador, procura despertar su generosidad, le pinta la calamidad y el arrepentimiento de los reos, y conmueve su corazon; pero sin doblegarle. El emperador habla de su munificencia y su predileccion para con los antioquenos, y se queja amargamente de la ingratitud de un pueblo, al cual habia colmado de beneficios. El venerable

Flaviano se acerca entonces: en vez de justificar á los culpables, confiesa y pondera el delito; y despues de declarar que merecia los castigos mas severos segun la justicia humana, añade: «Dios fue ultrajado por los hombres como tú, y les ha abierto el reino de los cielos: imitale. Si debieremos á tu clemencia nuestra salvacion, tú deberás á nuestro yerro una gloria nueva. Graciano te dió una corona efímera: puedes con tu virtud merecer una que sea inmortal. Has perdido estátuas que no hablaban: erige en nuestros corazones monumentos eternos que nunca callarán. Cuando los cortesanos de Constantino, ofendido como tú, le escitaban á vengar las injurias hechas á sus imágenes, respondió: *No me siento herido*. Muchas de sus victorias estan ya olvidadas; pero los siglos repetirán estas palabras generosas; asi como tampoco olvidarán las que dijiste perdonando á unos reos sentenciados: *¡Oh, si pudiese tambien resucitar los muertos!* Una sola palabra puede darte la conquista mas bella, que es el amor de tus súbditos. Has resistido á las súplicas de tus magistrados, á la voz de tus generales: ríndete á la de un viejo que te recuerda con el Evangelio en la mano, que Dios no te perdonará sus ofensas, si eres inflecsible con las tuyas. En lugar de des-

truir á Antioquía, destruye el recuerdo de su crímen, y yo iré á bendecir tu nombre enmedio del pueblo que tu piedad habrá salvado.» Teodosio no pudo resistir á los nobles acentos de la vejez, la virtud y la religion: perdonó, y este triunfo que logró de su justa indignacion, fue celebrado como la mas ilustre de sus victorias. Otra sedicion que hubo en Tesalónica, produjo las mayores desgracias: no fue posible calmar la ira del emperador; y su venganza mancilló para siempre su gloria. Un carrero insolente y borracho habia cometido desórdenes escandalosos: el gobernador de la ciudad lo mandó prender: el pueblo, que favorecia á aquel hombre, quiere libertarle, se subleva, y enfurecido asesina al general y á los oficiales que le defendian. El resentimiento de Teodosio se manifiesta: en vano los obispos de la provincia le suplican que sea indulgente, á nadie oye: manda convocar en el circo á todos los habitantes de aquella ciudad desgraciada, con el pretesto pérfido de unos juegos; y los soldados godos que servian en el ejército imperial, los rodean y asesinan sin distincion de sexo ni edad. El emperador, espantado de su propia crueldad, y atormentado por su conciencia, á la cual oyó demasiado tarde, escribió á san Ambrosio, pidiéndole

que implorase en su favor la clemencia divina; y con la esperanza de mitigar la severidad del santo obispo, vino á Mediolano, procuró justificarse, y se presentó, seguido de su comitiva, á las puertas de la iglesia. El inexorable Ambrosio le impidió entrar en ella, y recordándole el ejemplo de David: «Has imitado, le dijo, á este rey en el crimen: imítale en el arrepentimiento.» Le impuso la penitencia pública: Teodosio se sometió á ella, y el dueño del mundo, despojado de sus ornamentos, y prosternado al pie del altar, se humilló ante Dios á la vista de su pueblo, y no fue admitido en la comunion de los fieles, sino despues de ocho meses de oraciones y lágrimas. Es de admirar la firmeza de este gran ministro del Evangelio, á quien ningun peligro aterró cuando defendia la causa de la moral ultrajada, y hacia temer á las potestades terrenas la justicia divina. En los siglos posteriores se abusó algunas veces de este ejemplo, no para sostener la virtud, sino para humillar el imperio ante el sacerdocio. El mismo Ambrosio, tan severo en el caso de la matanza de Tesalónica, no pareció (1) animado del mismo espíritu de

(1) *El caso era muy diferente. No es contra*

justicia cuando un populacho sedicioso, escitado por monges fanáticos, quemó una sinagoga. Teodosio quéria castigar á los incendiarios; Ambrosio consiguió su impunidad.

Poco tiempo despues de la derrota de Máximo, y del restablecimiento de Valentiniano II en el trono, murió la empeatriz Justina, y perdieron los arrianos su mas firme apoyo. Valentiniano, por agradecimiento á Teodosio, y por docilidad á Ambrosio, fue católico. Este jóven príncipe era casto, templado, laborioso, enemigo de la injusticia; pero estas bellas cualidades no estaban acompañadas del vigor de alma; y su debilidad fue tan perniciosa como lo hubieran sido sus vicios.

Usurpacion de Arbogasto, y muerte de Valentiniano II. (392.) El emperador de occidente dejó tomar sobrado poder en la corte, sobrada influencia en el ejército á un franco, distinguido por sus hazañas, pero desenfrenado en su ambicion. Arbo-

---

la justicia obtener el perdon de los dos: si lo fuese, todo monarca seria injusto cuando usa del derecho de clemencia. La moral queda á salvo, ya se perdone á delicuentes convencidos, ya se castigue con penas religiosas al príncipe, que no esta sometido á otras. (N. del T.)

gasto, elevado al grado de general por Graciano, y que contribuyó tan eficazmente, bajo las órdenes de Teodosio, á la ruina de Máximo, mandaba entonces las legiones de Galia. Este guerrero, artificioso, pérfido, altanero, ávido de poder y de riquezas, era estimado por Valentiniano como la columna de su trono. Abusando de su confianza, y disponiendo de sus tesoros, seduce las tropas, distribuye todos los empleos á los bárbaros que le son adictos, aleja del príncipe con varios pretestos sus mas fieles amigos, lo rodea de sus agentes y satélites; y en fin, se quita la máscara, y reina en lugar de obedecer. El emperador no fue mas que un cautivo coronado, abrió tarde los ojos, gimió al contemplar su riesgo, y escribió en secreto á Teodosio que lo libertase de la prision de su palacio. Sin embargo, el peligro crece, la humillacion se le hace insoportable, y sobrado impaciente para esperar el socorro que habia pedido, medita un acto de vigor, y compromete su autoridad.

Rodeado de toda su corte, y sentado en el trono, confiando que su cetro derribaria la espada de Arbogasto, le hace venir á su presencia, y le manda leer el decreto de su propia destitucion. «Mi autoridad, responde el insolente guerrero, se funda en mis servicios, y no en los capri-

chos de un príncipe débil.» Dichas estas palabras arroja el edicto en el suelo, y lo pisotea. Valentiniano enfurecido saca la espada, y acomete al bárbaro; pero los numerosos amigos de Arbogasto le rodean y desarman al emperador. Pocos dias despues se halló al infeliz príncipe desnucado en su lecho. Arbogasto, queriendo sincerarse de este crimen, estendió la voz de que Valentiniano, en un impulso de desesperacion se habia muerto á sí mismo, é hizo conducir su cadáver á Mediolano con mucha pompa. San Ambrosio pronunció su panegírico, y consoló á sus hermanas con la esperanza de que la clemencia divina le habria admitido en el cielo, en virtud del bautismo de deseo, aunque no habia recibido el de agua. Arbogasto, dueño por traicion de todo el occidente, escepto el Africa, podia disponer del trono; y no atreviéndose, ó no queriendo ocuparlo, ya porque antepusiese el poder verdadero á un vano esplendor, ya porque temiese la indignacion de los romanos, si veian la corona imperial en la cabeza de un bárbaro, se contentó con reinar bajo el nombre de un fantasma de emperador, y decoró con el título de augusto á Eugenio, que habia sido su secretario, y ascendido por su mérito y el favor de Arbogasto, del empleo muy subalterno

de profesor de retórica, á la alta dignidad de *maestro de los oficios*. Era apreciado por su erudicion y elocuencia, y amado por su modestia y dulzura. No pudiendo resistir al poder de Arbogasto, obedeció gimiendo, y aceptó el cetro con pesar. Los embajadores que envió á Teodosio para que confirmase su eleccion, no lograron mas que respuestas evasivas. El emperador de oriente estaba dispuesto á la venganza, tanto por el interes de su corona, como por el dolor de su esposa Gala, hermana de Valentiniano.

Batalla de Aquileya y muerte de Arbogasto. (394.) Reunió, pues, todas sus fuerzas para pelear contra Eugenio, ó mas bien contra Arbogasto: antes de comenzar la guerra consultó á un monge de la Tebaida, y la respuesta favorable que recibió, aumentó sobremanera la confianza de las tropas, que mandadas por Timasio, Promoto y Estilicon, presentaban un espectáculo admirable por su fuerza y disciplina; pero al mismo tiempo se veian en ella árabes, hunnos, alanos, godos, y á su frente Alarico, que aprendia entonces bajo el mando de Teodosio el arte que empleó despues para la ruina de Roma. Parecia que los romanos obcecados llevaban consigo legiones de bárbaros para que reconociesen todas las partes del imperio

que despues habian de conquistar y destruir. Arbogasto, informado de los preparativos del emperador de oriente, reunió para resistirle todas las legiones occidentales. Eugenio y él hicieron un esfuerzo, y fue el último, para resucitar el politeismo. Entraron en Roma, y con grande satisfaccion de los idólatras y del vulgo, amigo siempre de novedades, restablecieron por un instante el culto de los dioses. Segun Claudiano, que en sus descripciones poéticas cuenta mas circunstancias que los historiadores de aquel tiempo, Teodosio estendió sus líneas y diseminó sus escuadrones para rodear al enemigo. Arbogasto, siguiendo dictámen opuesto, concentró sus fuerzas cerca de Aquileya para oponer á los orientales una masa que con su mismo peso los desordenase. Estos dos sistemas, sostenidos en todos tiempos por grandes capitanes, han dado gloria ó ruina á los que los han seguido, á arbitrio de la suerte. Teodosio atravesó con su rapidez ordinaria las Pannonias. Arbogasto le dejó que pasase los Alpes Julios, y se estendiese en la llanura, para que divididas sus fuerzas se debilitasen. Los dos ejércitos se encontraron cerca de Aquileya. El uno estaba animado por el deseo de vengar á Valentiniano y castigar el crímen: el otro, con la esperanza de defender á

los culpables y legitimar la usurpacion por la victoria. Dada la señal, Teodosio marcha contra el enemigo y encarga á los godos que ataquen el campamento atrincherado, con el fin de conseguir la victoria por su ardiente valor, y al mismo tiempo disminuir su número en una batalla que forzosamente habia de ser sangrienta. Mas solo consiguió esto último: diez mil godos y su gefe Bacurio perecieron en el combate, sin poder atravesar los fosos del campamento. Teodosio rechazado se retiró á una montaña escarpada; y Eugenio, orgulloso por su triunfo, lo creyó completo: su guardia, participando del mismo error, se entrega á la crápula; pero Arbogasto, como hábil capitan, á quien no podia adormecer aquel lauro primero, ocupó con destacamentos numerosos los desfiladeros. Teodosio se halló rodeado y sin víveres: su pérdida parecia inevitable; pero lo que debia completar su ruina, fue su salud. Los gefes de los cuerpos que le rodeaban conferencian con sus oficiales, atienden á sus proposiciones, tratan con él, dejan el partido de los rebeldes y se pasan á sus banderas. Teodosio, reforzado por estos nuevos ausiliares, se arroja de nuevo contra el enemigo, y le acomete con sus propias fuerzas. Los elementos, segun Claudiano, conspiraron en favor de

Teodosio; pues una tempestad, venida del oriente, levantó contra los galos torbellinos de polvo que los cegaron y espantaron. Los paganos para defender sus montañas, habian colocado en ellas las estátuas de los dioses. El emperador, rechazado en el primer ataque, respondió á los que le aconsejaban la retirada: «No se dirá que la cruz de Cristo ha huido de las imágenes de los falsos dioses.» Hinca la rodilla en presencia del ejército: declara que ve en las nubes á los apóstoles san Juan y san Felipe, combatiendo en su favor: los soldados le creen, y marchan á la pelea con nueva confianza. Los germanos y galos, despues de una tenaz resistencia, son desbaratados, y tomado su campamento. Eugenio, despojado de la púrpura, se pone á los pies del emperador, y procura enternecerlo y apiadarlo con su elocuencia: pero los soldados que le veian, interrumpieron su discurso, y le cortaron la cabeza sin esperar las órdenes del príncipe. Arbogasto, vencido y sin esperanza de reunir sus tropas, se arrojó sobre la espada, y murió, aunque bárbaro, como un antiguo romano. San Ambrosio, que habia cedido á la usurpacion de Máximo legitimada por el reconocimiento de Teodosio, jamás quiso, á pesar de las instancias de Eugenio, presen-

tarse á su vista. Teodosio adoptó el consejo del santo obispo, y trató con clemencia á los partidarios de Arbogasto.

Viéndose ya dueño pacífico de todo el imperio, decoró con la púrpura á sus dos hijos Arcadio y Honorio. La historia ha conservado las palabras siguientes que dijo á uno de ellos: «Si hubieras nacido en Persia, tu cuna seria un título suficiente para asegurarte el trono; pero si deseas que los romanos te tengan por digno de reinar sobre ellos, aprende á reinar sobre ti mismo. Un ciudadano no tiene mas objeto que su propia felicidad: la del universo debe ser el tuyo. Si los vicios te dominan, no serás mas que un siervo con diadema. Guárdate de las pasiones, las cuales vienen á buscar á los príncipes, cuando se dejan solicitar por los otros hombres. Si deseas que te miren como imágen del Altisimo, imita su clemencia. Sigue siempre la voz de la justicia, sin hacer caso de la alabanza ó vituperio del liviano mundo. Sé la ley viviente por tu virtud: tu ejemplo tendrá mas fuerza que tu autoridad. La bondad y no el orgullo hace dóciles á los romanos. Abandona el lujo á los reyes de Asia. El esplendor que conviene á los césares es el de los talentos y las virtudes. Si haces la guerra, demuestra que sábes mandar, y te obedecerán. Participa del peli-

gro con tus soldados, y nó le temerán. Sobre todo estudia la historia de tus predecesores, sus victorias y reveses, su gloria y su infortunio: ellos te enseñarán lo que debes hacer y evitar.» El emperador tenia entonces cincuenta años: su poder y gloria, sus virtudes y su esperiencia hacian esperar un reinado largo y feliz; pero su cuerpo, agotado por la fatiga, sucumbió á la de la última campaña. Los síntomas de hidropesía anunciaron la proximidad de su fin. Segun la política del tiempo, dividió el imperio entre sus dos hijos: Honorio tuvo el occidente, y Arcadio el oriente. El emperador, queriendo celebrar en Mediolano los juegos del circo, hizo un último esfuerzo para asistir á ellos, y murió en la noche siguiente, respetado de los bárbaros y llorado de sus vasallos. Los ciudadanos alababan su justicia, los guerreros su valor, los fieles su piedad. Censuráronse en él merecidamente algunos actos de intolerancia y de crueldad; pero sus virtudes fueron muy superiores á estos defectos. Adquirió justa celebridad por grandes victorias y por leyes sábias, y detuvo en el márgen del precipicio con brazo fuerte el imperio romano, que vió desaparecer con él su grandeza y su gloria.

Honorio y Arcadio, emperadores. (395.) Cuando los hijos de Teodosio subieron al

trono de su padre, el imperio romano, restituido por aquel héroe, no habia perdido ninguna de sus posesiones. Sus límites eran todavia los mismos que en tiempo de Constantino, escepto algunas plazas cedidas á los persas. Este coloso, aterrador por su grandeza, brillante por su opulencia, vivia de su antigua fama, y los reyes y pueblos bárbaros que habian de destruirle bien pronto, contenidos por las victorias de Teodosio, parecian humillarse ante la magestad romana, y aun contribuian á aumentar instantáneamente su esplendor, bajando sus frentes belicosas ante el trono imperial, y solicitando el honor singular de añadir á sus títulos de reyes, los de cónsul, patricio, prefecto y general romano. Pero era necesario un brazo muy fuerte para servirse de ausiliares tan peligrosos. El esplendor del estado era ilusorio: la corrupcion de las costumbres habia minado su fuerza: solo los bárbaros le defendian contra los bárbaros, y le dominaban antes de conquistarle. Roma, sin virtud, valor ni espíritu público, no era mas que una sombra magestuosa. El pueblo constaba de una multitud de estrangeros, de pobres, de esclavos y de libertos. Los grandes, que poco á poco habian acumulado en sus manos codiciosas los bienes de los ciudadanos y las riquezas del universo, huian de los rea-

les y de los negocios, y evitaban igualmente el peso del trabajo y el de las armas. Entregándose con furor al deleite, parecia que se apresuraban á consumir en banquetes, espectáculos y fiestas sus inmensos tesoros, destinados á ser en breve presa de los bárbaros. La decadencia de los talentos era proporcional á la de las costumbres. Leyendo los escritores de esta época, solo hallamos pobreza de pensamientos, alabanzas ecsageradas, servilidad en los afectos, hinchazon en las espresiones y lujo de imágenes. Sin embargo, un imperio tan vasto producia aun algunos hombres notables por su carácter, talentos y amor á la patria; pero los cortesanos, eunucos y libertos los separaban cuidadosamente de los negocios. Parecia que los vicios de la corte se recelaban del contagio de la virtud; y como dice un autor de aquel tiempo, «no faltaban hombres para los destinos, sino destinos para los hombres.» El único talento que la intriga respetaba todavia, era el militar, porque era necesario al poder. Y asi el imperio, despues de Teodosio, fue gobernado solo por generales; y como los bárbaros eran entonces mas valientes que los romanos, veremos que bajo el nombre de los sucesores de aquel emperador reinaron siempre estrangeros hasta la caida del imperio.

Teodosio mismo habia elevado á los mas altos honores al vándalo Estilicon, y le habia dado á su sobrina Serena por esposa. Temiendo los peligros que amenazaban al débil Honorio, dijo á Estilicon en sus últimos instantes: «Te lego mi poder, y te suplico que adoptes mis afectos. Lleva por mi hijo el peso del imperio: muero sin inquietud, fiado en ti. Mientras tu prudencia dirija á Honorio y tu valor lo sostenga, será emperador.» Aunque era triste esta necesidad, los romanos confesaron que Estilicon justificó el nombramiento. A pesar de su carácter violento, su codicia insaciable y su ambicion, fue gran capitan, político hábil, gobernador prudente: defendió con felicidad el imperio que se le habia confiado, contuvo á los facciosos, aterró á los intrigantes, venció á los enemigos de Roma, y dió á esta ciudad el último rayo de gloria. La historia reprende con razon otra eleccion de Teodosio, y fue la de Rufino, que gobernó el oriente bajo Arcadio. No tuvo mas prendas que el artificio y la osadía: todos los vicios infestaban su alma, y no dejaban lugar en ella á ninguna virtud. Persiguió el talento, proscribió el valor, favoreció el fanatismo, oprimió el pueblo, abrió las fronteras á los bárbaros, hizo despreciable á Arcadio y aborrecible á Teodosio, y fue una de las cau-

sas mas inmediatas de la ruina del imperio. A sus funestas sugestiones pueden atribuirse sin injusticia algunos actos de intolerancia y tiranía que mancharon la gloria del reinado anterior. Declaró por un edicto á los magistrados reos de los crímenes que descuidasen perseguir, y los hizo crueles haciéndolos tímidos. Otro edicto colocó en la primer clase de los delitos á la idolatría, cuando la persuasion y el ejemplo eran bastantes para destruirla. Se vió á Teodosio arrancar del capitolio las estátuas de Júpiter, Marte, Hércules y otros dioses, y atándolas á su carro, arrastrarlas por las calles de Roma. Simmaco, defensor del gentilismo, fue desterrado. A la voz del príncipe se cerraron los templos, se demolió el capitolio, se amenazó con la muerte á los partidarios del antiguo culto: así la autoridad cometia, aunque en sentido inverso, los mismos desórdenes de que se habia acusado á los emperadores paganos. Casi todos los patricios de Roma abjuraron entonces la idolatría; y el poeta cristiano Prudencio celebra «á los senadores romanos, antorchas del universo, descendientes de los Fabios y Camilos, que dejando con horror los vestidos pontificales, se despojaban de la piel de la antigua serpiente para revestirse la cándida estola del bautismo, y humi-

llar el orgullo de los haces consulares sobre la tumba de los mártires.» Al destruir las estátuas se descubrieron los fraudes de los sacerdotes paganos, que por medio de tubos ocultos transmitian á las bocas de sus dioses los mentidos oráculos: este descubrimiento hizo perder muchos sectarios al paganismo. Fueron prohibidos como crímenes de alta traicion aun aquellos sacrificios en que no se inmolaban víctimas. Los paganos no tenian la conviccion necesaria para sufrir los suplicios, y cedieron. Treinta años despues de Teodosio casi no se encontraban idólatras en todo el imperio. A pesar de esta revolucion, que cambió enteramente la religion y las costumbres del mundo romano, el nombre glorioso de aquel emperador era sobradamente respetado para que pudiera dudarse del derecho de sus hijos. Los dos senados de Roma y Constantinopla los proclamaron augustos; y el pueblo y las tropas les juraron fidelidad. Entonces se repartió definitivamente el imperio. Arcadio poseyó á Tracia, Macedonia, Grecia, Dacia, Asia menor, Siria y Egipto: Honorio á Italia, Africa, España, las Galias y Britannia. Arcadio, de 18 años de edad, vegetó mas bien que reinó en Constantinopla. El galo Rufino gobernaba al imperio y al emperador de oriente. La matanza de Tesa-

lónica habia manifestado muy á las claras su propension á la crueldad, que no tuvo freno, muerto Teodosio. Era amigo pérfido y enemigo implacable. Como fuese contrario á las miras de su ambicion el crédito de que gozaban Taciano, prefecto de oriente, y Promoto, comandante general de la infantería, cuyo valor y prudencia habia contribuido mas de una vez á la salvacion del imperio, suscitó contra el primero una causa inicua en que pereció, y desterró al segundo, esperando la ocasion, que logró algun tiempo despues, de asesinarle por sus emisarios en un combate contra los bastarnas. La virtud de Luciano, conde de oriente, contrastaba con los vicios del ministro de una manera harto peligrosa para él, y así le hizo morir. Rufino heredó los bienes de sus víctimas, y obtuvo sus destinos. El terror que su nombre causaba en todo el imperio, tenia sumisos al pueblo y á las provincias; pero si en ninguna parte habia ánimo para resistirle, la intriga procuraba tenebrosamente minar su poder.

Para estrechar mas la cadena en que tenia esclavizado al débil Arcadio, solicitó casarle con su hija. El príncipe habia dado ya su consentimiento para ello; pero mientras su orgulloso ministro recorria el Asia para gozar del soberano poder que

ejercia sin rival en el oriente, el camarero mayor Eutropio celebró en presencia del jóven Arcadio las gracias de Eudoxia, hija del conde Bauton, comandante de los francos ausiliares. Arcadio quiso verla, se enamoró de ella y resolvió tomarla por esposa. Rufino, cuando volvió á Constantinopla, encontró la ciudad ocupada en los preparativos de las fiestas nupciales: él creia que eran para su hija, y su furor fue igual á su sorpresa cuando vió al emperador conduciendo á Eudoxia al templo. Esta princesa, digna de su elevacion por su hermosura, y mas aun por su talento y su firmeza, sostuvo hábilmente la peligrosa lucha que empezó desde aquel momento entre ella y un ministro tan vengativo como poderoso. Mientras que estas intrigas de palacio eran la única ocupacion de la juventud de Arcadio, el tutor del jóven Honorio, mas digno de la confianza de Teodosio, entendia en empresas mas importantes, y gobernaba á Roma como un verdadero romano. Estilicon, héroe del poeta Claudiano, escedia la estatura atribuida á los semidioses. En su juventud se distinguió entre los mas belicosos por su valor y destreza. Los votos públicos confirmaron cada grado que obtuvo. Conde de los domésticos, comandante general de la caballería é infantería de occi-

dente, esposo de la princesa Serena, era el único dueño del imperio bajo el nombre de Honorio que aun no tenia 12 años. Los bastarnas, escitados por Rufino, habian derrotado un cuerpo de los romanos de oriente, y asesinado á Promoto: Estilicon se puso en campaña para vengar á su amigo, venció á los bárbaros é hizo en ellos gran matanza. Volviendo despues sus armas contra los germanos que se habian alentado con la muerte de Teodosio, los echó de las Galias y los persiguió mas allá del Rhin. Habiendo libertado al imperio de sus enemigos, preservó á los ciudadanos, por medio de una severa disciplina, de la licencia militar. Su gloria escitaba la envidia de Rufino, y los dos orgullosos rivales no tardaron en ser enemigos. Los peligros á que la discordia esponia entrambos imperios, aterraban el espíritu generoso de Estilicon; pero no hacian mella en el alma baja de Rufino, capaz de sacrificar sin escrúpulo las tres cuartas partes del imperio á los bárbaros, por tener la certeza de reinar en lo que quedase. El mismo escitó las tribus de hunnos y escitas á robar el Asia para aterrar á Arcadio y conservar el poder que tenia en su corte. Los godos volvieron á tomar las armas, y pasaron el Danubio para atacar el oriente. Estilicon, ocupado entonces en

el repartimiento de los tesoros y ejércitos de ambos emperadores, marchó contra los godos, con el pretesto de llevar á Arcadio las tropas orientales que habia en Italia. Llegó cerca de Tesalónica, y con sus hábiles movimientos estrechó á los bárbaros en una posicion desventajosa, donde era cierta su ruina. Rufino temia mas á Estilicon que á los godos; y asi logró de Arcadio una órden para que sus tropas volviesen á Constantinopla, y prohibir á Estilicon que marchase con ellas. Este general obedeció, y volvió á Italia; pero estaba cierto de la adhesion de las legiones que enviaba al emperador de oriente: ellas y el godo Gainas que las mandaba, detestaban á Rufino y prometieron su muerte á Estilicon. Túvose muy secreto este designio, y en su marcha desde Tesalónica á Constantinopla ninguna palabra inconsiderada dió ni aun el menor indicio. A su llegada ocultaron el odio con la máscara de la lisonja; y Rufino, engañado por los homenages que le tributaban, les prodigó sus tesoros, esperando con el ausilio de ellos triunfar de Eudoxia y coronarse emperador. Arcadio era sobradamente débil para que se atreviesen á manifestarle su peligro; y le salvaron engañándolo. Gainas solicitó para sus legiones la honra de que les pasase revista el mismo emperador:

este príncipe fue con su ministro á la llanura donde las tropas acampaban: saludó respetuosamente, segun el uso, las águilas romanas, mientras Rufino que habia hecho ya acuñar medallas con su efigie coronada, contemplaba orgullosamente los soldados en que fundaba su esperanza. Pero apenas llega con el príncipe enmedio de la línea, las dos alas avanzan rápidamente y los rodean: Gainas da la señal, y un soldado se arroja sobre el ambicioso ministro y le hunde la espada en el seno. El desgraciado Rufino gime y cae muerto á los pies del emperador. Estiéndese la noticia de su muerte: el populacho, tan furioso contra los tiranos muertos como bajo y sumiso á ellos mientras viven, se apodera del cadáver y lo destroza y arrastra por las calles: ponen su cabeza en la punta de una lanza: le cortan la mano derecha y la presentan á los que pasaban como pidiendo todavía contribuciones. Su esposa é hija escaparon de la muerte huyendo, y hallaron asilo en un convento de Jerusalen: sus bienes fueron confiscados. Este funesto ejemplo aumentó el poder de los generales, disminuyó el respeto debido á los emperadores, y sometió el cetro á la espada.

Si el proyecto de Estilicon en derribar al odioso Rufino fue gobernar entrambos imperios, se engañó mucho en su es-

peranza. Arcadio que le temia, depositó su confianza en el eunuco Eutropio, su camarero mayor. El mismo Gáinas se declaró contra Estilicon, y ligados los dos favoritos contra él, proyectaron asesinarle. Un decreto del senado de Constantinopla le declaró enemigo público, y confiscó los bienes que poseia en oriente. Asi se enemistaron los dos imperios, cuando el peligro hacia mas necesaria la union, y desde esta época cada una de las dos cortes miraba como aliados suyos á los bárbaros que atacaban la otra. La discordia de los palacios resucitó la antigua rivalidad de los dos pueblos: los griegos aborrecian siempre la rusticidad romana, y los romanos la molicie y perfidia griega. Estilicon, mas noble que sus émulos, no quiso esponer, por el interes de su orgullo, entrambos imperios á las calamidades de la guerra civil; y asi abandonó el débil Arcadio á sus nuevos validos. Por otra parte, una rebelion temible en Africa ocupaba entonces toda su atencion.

Levantamiento de Gildon en Africa. (397.) La indulgencia de Teodosio habia dejado en aquel pais vastas posesiones en poder de Gildon, hermano del usurpador Firmo. Este ambicioso se valió de sus riquezas para sublevar á los africanos. Algunas tropas romanas, faltando á su de-

ber, favorecieron la rebelion. Gildon, elevado al poder supremo, se llamaba libertador de su patria, y era el tirano de ella. No hubo dia sin asesinatos, ni noches sin liviandades que deshonraban á las familias mas ilustres. Las mugeres mas distinguidas, despues de saciada su lubricidad, eran entregadas por este mónstruo á los negros feroces del desierto que componian su guardia. Reinaba con este despotismo sin haber osado ceñirse la diadema, y aun pagaba tributo á Roma; pero temiendo el rigor de Estilicon, imploró la proteccion de Arcadio, el cual tomó su defensa con el designio de reunir el Africa al imperio de oriente.

Estilicon, para oponerse con mas fuerza á las pretensiones de la corte de Bizancio, creyó necesario fortificar su poder con la magestad de las antiguas leyes. Hizo, pues, aparecer la sombra de la república, tanto tiempo olvidada, y determinó al emperador Honorio á que sometiese la causa de Gildon á la sentencia del senado. Juzgósele, pues, segun las formas antiguas, y los votos unánimes de los senadores le declararon enemigo de la república. Encargóse á Estilicon la ejecucion del decreto. Solo el senador Simmaco manifestó recelo de que esta guerra, impidiendo la llegada de los granos de Africa,

produjese escasez en Roma, y diese motivo á un levantamiento; pero la prevision del ministro impidió este peligro: hizo venir de Galia grandes remesas de trigo, y durante la guerra el Ródano fue granero del Tiber. Gildon, que respetaba tan poco la naturaleza como la justicia, habia proscrito á su hermano Mazerel, y obligádole á refugiarse á Mediolano. Conociendo Estilicon que no podia nombrar un gefe mas ardiente para lograr la venganza pública, dió á Mazerel el mando de los veteranos galos, de los jovios, de los hercúleos, y de dos legiones llamadas *la afortunada* y *la invencible*. Se puede juzgar de la decadencia de las fuerzas romanas, observando que todos estos cuerpos escogidos solo componian 5.000 hombres. Gildon tenia 70.000 combatientes: orgulloso con este número, se jactaba de atropellar entre los pies de sus caballos y de sepultar en torbellinos de polvo aquel puñado de galos y romanos que venian á atacar al señor del Africa. Sin embargo, las cohortes romanas, que eran su verdadera fuerza, constaban de muy pocos soldados: los demas eran africanos sin mas armas que el dardo, ni mas escudos que sus capas.

Muerte de Gildon. (398.) Mazerel, sin temer aquella multitud indisciplinada, se avanza intrépidamente con sus 5.000 va-

lerosos, llega á las filas enemigas, y les ofrece el perdon si se someten. Un alferez africano le amenaza: Mazerel le echa abajo el brazo con el sable: el estandarte cae: los demas alfereces de las cohortes romanas que servian en el ejército del usurpador, viendo desde lejos la caida de aquella insignia, creen que es un acto de sumision, siguen su ejemplo, arrojan las armas y proclaman á Honorio. Esta defeccion esparció el terror y el desórden entre los mauritanos, y despues de un ligero combate huyeron al desierto. Gildon, sin ejército ni esperanza, se embarcó para buscar un asilo en oriente; pero arrojado á la costa por los vientos contrarios, y rodeado de las tropas romanas, se dió la muerte para librarse del suplicio. El senado de Roma juzgó á sus cómplices con el escesivo rigor que acompaña siempre al miedo y á la flaqueza. Mazerel, conquistador del Africa, y recibido en triunfo en Mediolano, escitó la envidia de Estilicon. Paseándose los dos algun tiempo despues, se asombró el caballo del príncipe mauritano y le arrojó en el rio. Muchos acudieron á socorrerle; pero Estilicon sonriendo detuvo con una seña el celo de los cortesanos, y Mazerel pereció sin socorro entre las ondas.

La fortuna de Estilicon se aumentó por

el casamiento de su hija María con el jóven emperador Honorio. La musa de Claudiano celebró este himeneo; y aunque no era permitido adorar á los dioses en los templos, se dejó á los poetas la facultad de cantarlos en sus versos. La imaginacion no podia renunciar á las ficciones del politeismo, creadas en la mayor parte por la poesía. El casamiento de Honorio no produjo herederos al imperio. María murió doncella diez años despues de su matrimonio; porque Honorio, flaco de alma y de cuerpo, ni podia ser padre ni príncipe. En su primer juventud solicitó ejercitarse en las armas con los de su edad; pero afeminándose mas cada dia, se encerró en su palacio, solo trató de las niñerías de su casa, jardines y corral, confió el cetro á Estilicon, y fue espectador indiferente de la agonía y ruina de su imperio. Rufino, antes de morir, para dominar á Arcadio habia llamado los godos en su socorro, segun algunos historiadores. Eutropio, nuevo favorito del emperador de oriente, descontentó á estos bárbaros, negándoles los subsidios convenidos, é irritó al jóven Alárico, no concediéndole las dignidades militares que este príncipe creia debidas á sus hazañas, y á los servicios hechos militando con Teodosio. Alárico era de la familia de los Baltos: superaba en

genio, ciencia militar y valor á todos los guerreros de su pueblo. La envidia misma cedió á su superioridad: todos los gefes de los godos le proclamaron general; y este implacable enemigo de Roma se valió para destruirla de la esperiencia que habia adquirido en los ejércitos del gran Teodosio. La corte de oriente, á la cual acometió primero, solo le opuso generales incapaces de medirse con él. Antioco y Geroncio ni supieron mantener la disciplina en las tropas, ni defender la frontera. Alárico los venció en muchos reencuentros, saqueó la Tracia y la Dacia, penetró en Grecia sin ostáculos, y avanzó hasta las vertientes del Eta. Pocas fuerzas hubieran bastado para defender el paso de las Termópilas; pero las tropas que habia en él huyeron. Los godos entraron en Beocia como un torrente, matando los hombres, robando las mugeres, saqueando las ciudades y quemando las aldeas. Aun los viageros reconocen hoy en aquellos paises los vestigios de la marcha de Alárico. Argos, Esparta y Corinto cayeron en sus manos: Atenas capituló para evitar la ruina. Alárico entró en esta ciudad y la respetó; pero asoló el Atica, y demolió el célebre templo de Eleusis, último asilo del paganismo.

La Grecia estaba destruida, los monu-

mentos de sus artes derribados. Estilicon que no pudo llegar á tiempo de salvar á los griegos, por lo menos logró vengarlos. Desembarca en las cercanías de Corinto, da á los bárbaros muchos combates ostinados y sangrientos, y despues de una terrible resistencia, logra una completa victoria. Obliga á los godos á retirarse á una montaña cercana á las fuentes del Peneo: los rodea de atrincheramientos, les corta toda comunicacion, y no les deja mas alternativa que la servidumbre ó la muerte. Perdió el fruto de su victoria por sobrada confianza; porque se alejó momentáneamente de su ejército para asistir á las fiestas y juegos públicos, que nunca dejaban de celebrarse en Grecia, segun la antigua costumbre, aun enmedio de los mayores desastres. Durante su ausencia se aflojó la disciplina en las tropas, y los gefes se entregaron á la crápula. Los atrincheramientos se guardaban con negligencia, y enmedio de una noche sombría salió Alárico de su campo con todo el ejército, forzó las líneas de los romanos, se refugió en las montañas de Epiro y se fortificó en ellas. Estilicon queria perseguirle; pero el rey de los godos, tan diestro como valiente, aprovechándose con habilidad de la desavenencia que habia entre las dos cortes imperiales, hizo la paz con Arcadio

que aceptó sus servicios, y le nombró comandante general de los ejércitos de la Iliria oriental. Asi Estilicon, aunque vencedor, se vió obligado á retirarse, respetando, por el nuevo título de general de Arcadio, al enemigo y destructor de entrambos imperios. Sin embargo, enmedio de los cortesanos de oriente hubo un hombre valeroso, llamado Sinnesio, que se atrevió á decir la verdad al emperador. Hízole presente que en lugar de someter la magestad romana al yugo de los bárbaros, un hijo de Teodosio debia arrojar tan feroces ausiliares, desterrarlos de su corte, desecharlos de sus campamentos, restablecer la antigua disciplina, reformar el lujo, disponer levas, llamar á las armas á los patricios, caballeros, agricultores y comerciantes, y al frente de este ejército de ciudadanos destruir la nacion goda y salvar el imperio. Este discurso, verdaderamente romano, fue muy aplaudido: mas solo se le respondió con el decreto que publicaba la promocion de Alárico.

Primera espedicion de Alárico á Italia. (400.) El rey de los godos se sirvió de la autoridad que se le confiaba para dar á sus tropas armas de toda especie. En todos los talleres del oriente se ocuparon noche y dia los romanos en forjar yelmos, escudos, lanzas y espadas para armar á sus

destructores. Mientras la discordia debilitaba cada dia el poder romano, la union aumentaba el de las naciones bárbaras. Todos sus príncipes, ahogando la envidia, se pusieron bajo los estandartes de Alárico, comandante general del imperio de oriente, le alzaron sobre un escudo, y le proclamaron rey de los visigodos. Este príncipe habia asolado en su última invasion las provincias orientales de Europa: no podia robar las de Asia, cuya defensa le era confiada por su nueva dignidad: ademas, Constantinopla era una plaza demasiado fuerte para que pudiese tomarla. Todos estos motivos le incitaron á hacer teatro de su ambicion el occidente; y para hartar su sed de gloria y de riquezas, determinó pasar á Italia y coger en Roma los ricos despojos, amontonados en ella en tantos siglos por 300 triunfos. Apenas concibió este designio, se puso en marcha. Nadie fue mas atrevido en los planes, ni mas rápido en la ejecucion.

La fama anuncia su movimiento y esparce el terror: atraviesa los Alpes: á la noticia de su procsimidad una parte de los senadores se retira á Sicilia; otros huyen al Africa. Honorio, educado en la molicie, nunca habia creido que pudiese llegar el riesgo al palacio de Augusto. El sonido de la trompa le espanta: el temor universal

aumenta el suyo: los romanos degenerados que le rodean le aconsejan la fuga: nadie toma las armas, y el emperador declara que quiere retirarse á Galia. Solo Estilicon se opone á esta cobarde determinacion, resuelve defender á Roma, y promete que habrá ejércitos y victoria, si se resiste al enemigo en la Italia septentrional. El emperador, animado por él, pasa rápidamente como los hombres débiles, de un miedo estremado á una confianza sin límites: marcha al norte de Italia, y postrado en Mediolano al pie de los altares implora el ausilio celestial; mientras Estilicon corre el occidente, reune soldados de las guarniciones de Galia, España y Britannia, añadiendo á ellas algunos cuerpos ausiliares de germanos. Las legiones romanas estaban tan disminuidas por las contínuas guerras, que para defender la Italia fue preciso dejar indefensas las provincias y desguarnecer las fronteras.

Batalla de Polencia. (402.) Estilicon creyó que el Adige, el Mincio y el Adda detendrian algun tiempo á Alárico; pero la sequedad engañó su esperanza: los godos atravesaron aquellos rios con facilidad, y se acercaron á Mediolano. Honorio, demasiado cobarde para sufrir un cerco, huyó, atravesó el Pado y quiso refugiarse en

Galia por el camino de Arelate; pero habiéndosele interpuesto un cuerpo de godos, volvió atrás y se encerró en la plaza de Asta, donde no tardaron en cercarle los bárbaros. Como la pérdida del imperio y del honor le espantaba menos que la de la vida, trataba ya de capitular, cuando llegó Estilicon al frente de una parte de su ejército, pasó á nado un rio, forzó las trincheras enemigas y entró victorioso en Asta. Este gran capitan habia mandado á otros cuerpos que desembocasen á un mismo tiempo por todos los pasos de los Alpes. Ejecutan sus órdenes, inundan la llanura, la hacen resonar con sus gritos y rodean á los visigodos, que de sitiadores se convierten en sitiados.

Todos los gefes bárbaros aconsejaban la retirada: solo Alárico persistió en su designio de conquistar la Italia. Aléjase de Asta: Estilicon le persigue y le acomete cerca de Polencia. La batalla fue sangrienta y la victoria disputada. Los godos penetraron al principio en la caballería romana: Estilicon la socorrió con un cuerpo escogido: la infantería goda derrotada á su vez huyó á su campamento. Los romanos la persiguen sin intermision, fuerzan sus líneas, se apoderan de los reales, libertan gran número de prisioneros, cautivan á la muger de Alárico, y recobran

los ricos despojos que los bárbaros habian robado en Argos y Corinto. Esta brillante victoria hizo á Estilicon comparable á Mario.

Batalla de Verona. (403.) Alárico vencido se retiró al frente de su caballería; pero lejos de desalentarse y huir, marchó atrevidamente contra Roma. Esperaba que el terror producido por un movimiento tan osado le abriria las puertas de la capital del mundo: mas Estilicon, tan activo como él, se le anticipó, y esta rapidez desbarató su plan. Admirado de la audacia de Alárico despues de una derrota, y de su firmeza en la desgracia, se halló mas dispuesto á buscar la amistad de un enemigo, cuyo valor estimaba, que á consumar su ruina. Negoció, pues, con él, y le concedió un subsidio á condicion de que evacuase á Italia. Alárico proyectó apoderarse de Verona en su retirada, con el objeto de invadir despues la Galia. Los espias de Estilicon penetraron este designio; y cuando el rey de los godos sitiaba la ciudad, se halló él mismo cercado, y tuvo que combatir á un mismo tiempo con la guarnicion de Verona y con el ejército romano. Sorprendido, deshecho y derrotado, se salvó haciendo prodigios de valor, y de roca en roca salió de Italia con algunas reliquias de su ejército. Los gran-

des y el pueblo, que habian temblado al nombre de Alárico, cobrando orgullo despues de su derrota, mostraron la ingratitud inseparable de la tiranía, colmaron á Honorio de alabanza y á Estilicon de censura. Acusábanle de haber dejado huir á Alárico, y prodigando al príncipe la mas baja adulacion, invitaban al fugitivo Honorio á volver á Roma, para recibir en ella los honores del triunfo, y celebrar su sesto consulado, insigne por la ruina de los godos.

Poco tiempo despues, cediendo el emperador al voto público, volvió á la capital: por su flaqueza no podia ganar el aprecio; pero su dulzura y religion le grangearon el afecto del pueblo. Conformándose á las antiguas costumbres asistió á los juegos del circo, y entonces gozaron los romanos por la última vez el deleite bárbaro que les causaban los combates de gladiadores. Ya el poeta Prudencio habia escrito contra esta diversion tan opuesta á la caridad cristiana. Un monge, llamado Telémaco, se atrevió á mas: al comenzar los gladiadores sus sangrientos espectáculos, desciende á la arena, separa á los peleantes, y reprende con violencia al pueblo su sed de sangre humana. La muchedumbre viendo turbados sus placeres y frustrada la esperanza de divertirse, res-

ponde al cenobita con clamores de indignacion, se conmueve y anima, se arroja á él y lo despedaza. Los gladiadores se dispersan, la corte se retira afligida, el clero hace oir su voz respetable, y un decreto del emperador suprime para siempre aquellos juegos inhumanos. Honorio no podia olvidar los peligros que habia corrido en la Insubria; y creyéndose aun poco seguro en los muros de Roma, trasladó su corte á Ravena, ciudad fuerte situada en la playa del Adriático cerca de la embocadura del Pado, edificada como Venecia sobre estacadas, rodeada de lagunas, defendida por muchos canales, y cuyo puerto, capaz de 250 buques, ofrecia á la debilidad la esperanza de una fácil huida. Los tímidos sucesores de Honorio siguieron su ejemplo, y Ravena fue la residencia de los emperadores de occidente.

Invasion de Radagasio en Italia: batalla de Florencia. (405.) Habia muchos años que los paises septentrionales de Asia y Europa, desde la muralla de la China hasta las riberas del Rhin, semejaban un mar alborotado por tempestades continuas. Olas de bárbaros, cayendo unas sobre otras, estendian sus incursiones hasta los paises civilizados. Los tártaros, despues de vencidos los hunnos, sometieron las tribus selváticas del desierto que está

al oriente del mar Caspio. Su gefe Normartapa, que significa en su idioma *Señor de la tierra*, invadió la China, y fundó una dinastía: su duracion fue de dos siglos, hasta que otros tártaros de la familia de Tulum la venció y destruyó, sometiendo al mismo tiempo las naciones que habitan entre el Oby y el Volga. Estos tártaros, reunidos despues con los hunnos, acometieron á los sármatas, y estos echados de su pais, á los suevos, burgundiones y vándalos. Al mismo tiempo Radagasio, príncipe poderoso en el norte de Germania, se desprendió de las costas del Báltico al frente de 400.000 combatientes, y marchó al Danubio con el objeto de penetrar en Italia.

Estilicon, para rechazar una invasion tan formidable, reunió todas las tropas disponibles, dispuso nuevos alistamientos, prometió la libertad á los esclavos, prodigó el tesoro público para despertar el valor por medio de la codicia, y á pesar de los esfuerzos prodigiosos de su genio activo, no logró juntar mas que 40.000 hombres: ejército que Roma naciente puso no pocas veces en campaña. En la invasion de los cimbros se levantaron á la voz de Mario en sola Italia 500.000 hombres; y en este siglo de decadencia el temor de la muerte ó de la esclavitud no movió á los roma-

nas á arrostrar los peligros de la guerra para defender la patria, el honor y la vida. El rey vándalo, no encontrando dificultad, avanza con rapidez, evita el campo de Estilicon, que estaba en Ticino, llega á Florencia y la sitia. El terror dominaba en Roma; el senado, teniendo mas riquezas que perder, en vez de animar al pueblo, se mostraba mas medroso y consternado. Alárico, cristiano instruido, y educado en los campamentos romanos, habia respetado por lo menos algunos derechos de la humanidad entre el horror de los combates; pero las costumbres de Radagasio eran feroces y desenfrenadas: sus guerreros selváticos no tenian ninguna instruccion que los reprimiese, y habian jurado arrasar á Roma, é inmolar los senadores á sus ídolos. Enmedio de tan gran peligro se manifestó el espíritu de vértigo que dominó á Jerusalen en el momento de su caida. Cuando Roma era amenazada de su ruina total, los adoradores de Júpiter y Marte, poseidos de aquel fanatismo que no cede ni á la razon, ni á la conveniencia, pedian á sus dioses que concediesen la victoria á Radagasio, y se alegraban de ver á este bárbaro, idólatra de Vodda y Odin, dispuesto á derribar las iglesias cristianas, y destruir la religion de la cruz. Por otra parte, los cristianos

atribuían las desgracias del imperio á la indulgencia de los emperadores con respecto á los paganos y hereges.

El fanatismo y el miedo agitaban á la plebe ignorante y corrompida. Estilicon, firme columna del imperio, é inaccesible al temor, seguia los movimientos de los bárbaros con vigilancia prudente: sin huir de ellos, les inspiraba temeridad, mostrando circunspeccion. Radagasio cayó en la red que tendió su adversario: entró en un desfiladero, se vió rodeado súbitamente por los romanos, que ocupaban todas las alturas y avenidas. En vano los bárbaros opusieron el furor de la desesperacion á la sábia táctica de su enemigo. Una parte de ellos pereció, otra rindió las armas: Radagasio fue hecho prisionero, conducido á Roma entre cadenas y degollado. El senado concedió á Estilicon por la vez segunda el título de *libertador de Italia*, y el triunfo al indolente Honorio que no habia oido el estruendo de las armas.

Invasion de los bárbaros en el occidente. (406.) La Italia se hallaba salva por el genio de un héroe; pero espantosas desgracias amenazaban todavía el resto del imperio. Cien mil guerreros de Radagasio que habian quedado entre los Alpes y el Apenino, invadieron las Galias. Los alemanes se quedaron neutrales: solamente

los francos defendieron el pais, donde habian de reinar poco despues. Marcomiro, uno de sus gefes, menos fiel á los empeños contraidos con Roma, fue acusado por un magistrado romano, sentenciado y ajusticiado; y sus vasallos castigaron de muerte á su hermano que intentó vengarle. Los francos derrotaron á los vándalos; pero fueron vencidos por los alanos. Esta derrota fue terrible para el occidente: los bárbaros entraron en él por todas partes, y no volvieron á evacuarle. En este tiempo las orillas del Rhin, del Garumna, Ligeris, Ródano y Sequana gozaban de toda la prosperidad de una antigua civilizacion. Habia en Galia tanta instruccion como en Roma, el mismo lujo, la misma elegancia, la misma industria. En todas partes se veían edificios suntuosos, escuelas sábias, espectáculos magníficos. Solo en las fronteras resonaba el rumor de las armas; pero nada turbaba la tranquila felicidad de los campos y ciudades del pais interior. Repentinamente se oye el grito de la guerra: las tribus belicosas del norte entran en las ciudades indefensas, recorren las aldeas inermes, devastan las heredades, destruyen los monumentos, degüellan á los hombres, y ultrajan y cautivan á las mugeres. Solo se ve el hierro en lugar del oro, las tinieblas suceden á la

instruccion, la barbárie destruye la civilizacion. La Europa sufrió entonces lo que ahora sufriria, si los feroces habitantes de los desiertos de Africa lograsen invadirla en número suficiente para destruir en un instante el fruto de tantos siglos de trabajo, industria, luces é ingenio. La corte de Ravena no podia oponer ningun ostáculo á este torrente, ningun remedio á estos desastres. En menos de dos años penetraron los bárbaros hasta los Pirineos.

La Britannia, no queriendo reconocer ya á una potencia que la dominaba sin protegerla, se sublevó y proclamó su independencia. El primer rey que eligió, llamado Marco, no tardó en ser asesinado por sus mismas tropas. Graciano, su sucesor, tuvo la misma suerte: despues dió el ejército la corona á un soldado gregario, que creyó digno de ella porque se llamaba Constantino. Este, mas hábil que sus antecesores, conoció que para someter aquellos ánimos turbulentos, era menester ocuparlos sin intermision. Hizo, pues, una espedicion al continente, desembarcó cerca de Bononia, venció algunos cuerpos alemanes, y se presentó en Galia como un conquistador. Honorio puso en precio su cabeza, y envió contra él algunas tropas, que le atacaron sin écsito cerca de Viena. España reconoció á Constantino por em-

perador. Honorio no tenia ya fuerzas romanas que oponerle; y el apoyo de otros bárbaros fue su única esperanza. Por consejo de Estilicon hizo un tratado con Alárico. El rey de los godos dejó el servicio de Arcadio, aceptó el título de comandante de la Iliria occidental, y prometió restituir la paz al imperio. Pero no hubo buena fe ni en él, porque era bárbaro, ni en los romanos, porque eran demasiado civilizados. Ninguna promesa era sagrada, ninguna paz estable: los groseros salvages del norte solo atendian al interes de su codicia: los romanos degradados y cobardes engañaban para preservarse del saqueo y alejar los peligros. Alárico, sin cumplir nada de lo prometido, reclamaba con amenazas la recompensa. Estilicon, no fiando nada del carácter débil del emperador, determinó apoyarse en la autoridad del senado; y por la primera vez, despues de largo silencio, deliberó esta corporacion sobre los negocios públicos. Estilicon, despues de alguna resistencia, le persuadió que era preciso prodigar el oro para salvar la patria, cuando faltaba valor para defenderla con el hierro. Siguióse su dictamen, y compróse la alianza de Alárico en 4.000 libras de oro. Solo un senador, llamado Campadio, varon verdaderamente romano, protestó contra semejante hu-

millacion, y esclamó: «Esta no es paz sino servidumbre.»

Muerte de Estilicon, y sitio de Roma por Alárico. (408.) Estilicon no gozó mucho tiempo el descanso que habia creido dar al imperio con sus negociaciones y hazañas. Vencedor de los bárbaros, no pudo resistir á los intrigantes. Olimpio, cortesano hábil y lisonjero, no ignoraba que los príncipes que mas necesitan de ser gobernados son frecuentemente los que mas se avergüenzan de que se les crea dóciles á sus ministros: escitó, pues, los celos del emperador contra el hombre que lo sostenia, y le persuadió que Estilicon aspiraba al poder supremo.

Honorio, asustado, no volvió á oir los consejos de este grande hombre. Sale para Ticino con el pretesto de pasar revista á los soldados que allí habia: eran godos, casi todos enemigos de Estilicon. El emperador les habla, implora su ausilio é inflama su ira. Movidos de sus palabras, amenazas y promesas, se arrojan sobre los oficiales afectos al ministro y los asesinan. La noticia de esta sublevacion llegó pronto al ejército que estaba en Bononia, el cual indignado de tanta perfidia, quiere vengar á su general, y pide á gritos marchar contra el alevoso Olimpio. Estilicon hace la imprudencia de reprimir su ardor:

despreciaba sobradamente á sus enemigos para temerlos; pero su contemporizacion resfrió y desalentó á sus soldados. Enmedio de la noche un godo valiente, llamado Saro, entra en su campamento con tropas de la misma nacion, lo entrega al pillage, y degüella la guardia de Estilicon. Este general, tan poderoso antes y ya abandonado, huye á Ravena, encuentra esta ciudad llena de enemigos suyos, y se refugia á una iglesia, asilo entonces inviolable. El conde Heracliano, obedeciendo á las órdenes del emperador, engaña infamemente al ilustre y desventurado guerrero, le promete la vida en nombre de su señor, le exhorta á venir á hablarle, y apenas le tiene en su poder, le hace leer la sentencia de su muerte. El héroe cargado de injurias por los mismos soldados, á quienes tantas veces habia guiado á la victoria, y por un pueblo que le debió su salvacion, solo opone á tantos ultrages un frio y desdeñoso menosprecio: presenta la garganta al cuchillo sin decir una palabra, y muere como vivió, verdadero romano. Su memoria fue disfamada: su amistad, que por tantos años habia sido un título de honra, vino á serlo de proscripcion. Los paganos le aborrecian, porque en desprecio de su culto habia quemado los libros sibilinos, y regalado á su esposa Serena el collar de

la diosa Vesta; y asi celebraron su caida como una victoria. El célebre Claudiano, que habia cantado con entusiasmo sus virtudes, talentos y hazañas, no tuvo ánimo para conservarse fiel á su memoria. En fin, Roma obcecada tuvo por felicidad la muerte del único hombre que podia retardar su ruina. Honorio, entregado á sus nuevos favoritos, dió su confianza á generales sin capacidad. Esclayó de todo empleo á los hereges, y cruel porque era cobarde, hizo matar á todos los godos afectos á Estilicon, igualmente que á sus familias. Treinta mil de estos bárbaros que se escaparon de la proscripcion, huyeron al ejército de Alárico. Este rey, libre de su formidable rival, se declaró vengador suyo.

La corte de Ravena intentó sosegar su ira. El visigodo entró en negociacion, y pidió por rehenes dos grandes dignatarios del imperio; pero sabiendo que el imbécil Honorio pasaba súbitamente del temor á la presuncion, y creia que su templanza era debilidad, atravesó los Alpes, saqueó la ciudad de Aquileya, ocupó á Cremona, marchó á Ravena sin ostáculo, se desdeñó de sitiarla, avanzó hasta Arimino, pasó el Apenino de Umbría, y se presentó á las puertas de Roma. Esta ciudad contenia entonces 1.200.000 habitantes, y no halló ciudadanos para su defensa. Cuando Anni-

bal, despues de haber destruido tantas legiones, llegó á las puertas de la capital, encontró 200.000 romanos sobre las armas. Este tiempo habia pasado. El senado era una sombra: los patricios opulentos de que se componia, se jactaban de tener por ascendientes á los antiguos héroes de la república: los Anicios, Petronios y Olibrios lo demostraban con documentos; pero ninguno lo probaba con el valor. Sus inmensas riquezas les servian de virtud y de gloria. Muchos comprendian en sus posesiones ciudades y villas: habia otros cuyas rentas ascendian á 2 y 3 millones. Inertes y voluptuosos, su ostentacion y molicie escitaban la indignacion, recordando el valor y la pobreza de sus antepasados. Sus casas eran palacios: poseian legiones de esclavos: el oro y los diamantes resplandecian en sus vestidos: encerraban en sus jardines lagos, llanuras y bosques: sus marchas se reducian á la visita de sus vastas heredades, donde mataban, sin fatiga ni riesgo, tropas de animales pacíficos. Amiano Marcelino, trazando el cuadro casi increible de su lujo y corrupcion, cuenta particularidades que hacen verosimil cuanto se ha ecsagerado de la afeminacion de los sibaritas. Estos indignos descendientes de los Escipiones, Fabios y Cincinnatos, atrave-

sando la Italia en sus literas como mugeres, comparaban en sus cartas sus viages dispendiosos y sus paseos divertidos á las espediciones y marchas de Alejandro y Cesar. «Los oirás quejarse, dice el satírico historiador, de la mosca que atraviesa el cendal con que se cubren, y lamentarse si sus cortinas dan paso á los rayos del sol. La inconstancia de la estacion es para ellos terrible calamidad : su comitiva, pomposa á un tiempo y ridícula, parece por su número y composicion á un ejército de artesanos, esclavos y bárbaros.» De la antigua libertad no habia quedado mas que la licencia. La plebe ecsigia y tomaba siempre las distribuciones acostumbradas : su aficion al circo era la misma : habia en la capital 3.000 danzarines é igual número de cantoras; y cuando se presentó Alárico, y Roma buscaba en vano soldados, 400.000 espectadores pasaban en el teatro las noches y los dias. El rey de los visigodos rodeó la ciudad é interceptó la navegacion del Tiber. El senado y el pueblo, humillados por la procsimidad de los bárbaros, manifestaron indignacion y no valor. Su furor se redujo á cometer un crimen inútil, y tan infame como atroz, dando muerte á Serena, sobrina de Teodosio y muger de Estilicon, sospechada de tener correspondencia con los

godos. Una hambre espantosa esparció en breve la desolacion por la ciudad. Leta, viuda del emperador Graciano, no pudo aliviar mas que por algunos dias la calamidad del pueblo, distribuyéndole generosamente sus bienes. Los romanos, que no se atrevian á salir de las murallas para combatir con los godos, peleaban entre sí por adquirir algunos víveres. Se vió á los hijos servir de alimento á las madres. Sobrevino la peste á la escasez, y ambas llenaron las calles de cuerpos muertos. Honorio prometia socorros y no los enviaba. Pompeyano, prefecto de Roma, no hallando recursos en el valor, los buscó en la mágia, y consultó á unos hechiceros, que le prometieron con encantos, evocaciones, espiaciones y sacrificios, robar á las nubes el rayo y lanzarlo sobre los bárbaros; pero la mayor parte del senado, que era cristiana, se opuso á semejante impiedad, y se encargó á Juan y á Basilio entablar negociaciones de paz con el rey de los visigodos. Estos diputados le hablaron con altaneria muy inoportuna cuando no es sostenida por las armas, y propusieron un tratado ó mas bien una capitulacion honrosa, añadiendo, que si el rey no la aceptaba, se preparase á pelear con 500.000 guerreros ejercitados en las armas y animados por la desesperacion.

«Cuando la yerba está muy espesa, corta mejor la hoz,» les respondió Alárico. Ecsigió por el rescate de Roma la libertad de todos los prisioneros bárbaros ó de nacimiento ó de origen: todo el oro y plata del estado y de los particulares, y todos los muebles preciosos que adornaban los palacios de la capital. «¿Qué nos dejas, pues?» le replicaron los enviados. «La vida:» respondió el vencedor. Convínose en una suspension de hostilidades: Alárico mitigó sus proposiciones, y consintió en levantar el sitio, mediante 5.000 libras de oro, 30.000 de plata, 4.000 vestidos de seda, 3.000 piezas de paño encarnado, 3.000 libras de pimienta, muy rara entonces, y la libertad de 40.000 cautivos. Todo se le concedió. Alárico ejecutó el tratado con fidelidad: mantuvo en sus tropas la mas severa disciplina, y castigó rigorosamente á algunos godos que habian insultado á los ciudadanos.

Desde que hubo recibido lo que se habia pactado, se alejó de Roma y se retiró á Hetruria, donde le llegó un refuerzo considerable de godos y hunnos. Así concluyó esta campaña, que destruyó para siempre el antiguo prestigio de que gozaba aun la capital del mundo. Roma perdió su ecsistencia el dia que capituló. Mas no habia logrado sino una tregua, y era

forzoso concluir la paz difinitiva. Alárico pedia la dignidad de comandante general del ejército de occidente, un subsidio anual, y la agregacion de la Dalmacia, el Nórico y la Venecia al reino de los visigodos. El senado envió diputados á Ravena para que apoyasen las proposiciones del rey; pero el ministro Olimpio, que ninguna disposicion habia tomado para socorrer á Roma, desechó las peticiones de Alárico, y despidió á los enviados del senado con una escolta de 6.000 dálmatas, que eran entonces la flor de las legiones: mucha tropa para comitiva y escasa para socorro. En el camino fueron acometidos y derrotados por un cuerpo godo, sin que se salvasen mas que 100 soldados con el general Valente que la mandaba. Este reves acabó con el crédito de Olimpio, fue desterrado, luego restablecido en el favor, y últimamente condenado á morir herido de varas. El príncipe dió su confianza á Jovio, poco conocido por sus acciones, á Gamérides, que restableció por un momento la disciplina en las tropas; y en fin, las intrigas vergonzosas á que daba lugar la debilidad del emperador, pusieron todo el poder en manos del eunuco Eusebio. Este, orgulloso por su favor, rompió osadamente la negociacion con Alárico. Algunos oficiales, indignados de

ver á aquel infame cortesano arriesgar á su salvo el imperio, le degollaron á la vista misma del príncipe. Alárico habia interceptado una carta de Honorio, en que decia: «No quiero prostituir las dignidades del estado, concediéndolas á un bárbaro.»

Saco de Roma por Alárico. (410.) El rey de los visigodos no tardó en vengarse de esta injuria: marchó sin encontrar enemigos, se apoderó del puerto de Ostia, se presentó junto á Roma, é intimó que se rindiese á discrecion. El senado queria resistir; pero intimidado por los clamores del pueblo, que temia verse espuesto segunda vez á los horrores del hambre, cedió y se sometió á las condiciones que el vencedor quisiese dictarle. Alárico pidió la deposicion de Honorio, y que se eligiese á otro en su lugar, bien seguro de que reinaria con el nombre del nuevo fantasma. Designó á Atalo, que fue elegido por el senado y el pueblo, y dió el título de comandante de los ejércitos de occidente á su protector Alárico, y el de conde de los domésticos á Ataulfo, príncipe godo, cuñado del rey. Hecha la eleccion, abrió sus puertas la ciudad. Atalo, escoltado por los bárbaros, se presenta en el senado, promete restablecer la magestad del imperio y reunir á él el oriente y el

Egipto. Pasa despues al palacio de Augusto, seguido del vil populacho que se apasiona siempre por lo que es nuevo, aunque sea el mismo deshonor. Los pocos hombres que conservaban aun espíritu romano, gemian y se ocultaban. Los arrianos fanáticos y los ostinados idólatras esperaban para consuelo de su humillacion la caida de los católicos. Estos sueños de la venganza fueron tan cortos como el reinado del nuevo emperador. Alárico llevó á su protegido hasta cerca de Ravena: toda Italia estaba sumisa: el débil Honorio ofreció á su rival repartir con él el poder supremo: Atalo no le prometió mas que la vida, si abdicaba. Jovio y Valente abandonaron á su señor y se pasaron al partido de Atalo. Parece que no quedaba á Honorio ninguna esperanza de salvacion; pero la fortuna hizo que llegasen al puerto de Ravena 4.000 veteranos, á los cuales fió su defensa. Al mismo tiempo se supo que las tropas de Atalo habian sido sorprendidas y derrotadas en Africa por las del partido contrario. En fin, el mismo Alárico, irritado contra un príncipe que le debia su elevacion y que conspiraba contra él para reinar solo, le mandó venir á su presencia al campamento de Arimino, le despoja de la púrpura que le habia dado, y envia su diadema al empera-

dor Honorio, prometiéndole su amistad si suscribia al tratado concluido en Roma. Hubo entonces grandes esperanzas de una paz sólida: mas el godo Saro, homicida de Estilicon, y enemigo de Alárico y de la dinastía de los Baltos, se opone á la negociacion, engaña á Honorio con promesas, le intimida con amenazas, sorprende con sus tropas una division de Alárico, la destruye casi enteramente, y vuelve á entrar en Ravena victorioso.

Alárico marcha tercera vez contra Roma. El temor de su espantosa venganza determina á los romanos á defenderse; pero los esclavos, á quienes habian dado armas, les hacen traicion, y abren por la noche la puerta Salaria á los bárbaros: un gran número de godos, escitas y germanos entran como enemigos en aquella antigua y opulenta ciudad, y la entregan al pillage mas desenfrenado. El 24 de agosto de 410, 1163 años despues de la fundacion de Roma, fue saqueada esta señora del mundo por los bárbaros del norte. Alárico, que no hubiera podido oponerse sin riesgo á la codicia de los godos, se contentó con darles órden de perdonar á los ciudadanos desarmados, y de respetar las iglesias de los apóstoles. Solo la religion pudo contenerlos, cuando estaban sordos al grito de la naturaleza. Entrega-

ron á las llamas los palacios de los grandes y los asilos de la pobreza: degollaban sin piedad á viejos y niños; y una doncella encadenó su furor y detuvo su codicia, diciéndoles que pertenecia á la iglesia de san Pedro un tesoro del cual querian apoderarse. Lo que hizo mas espantoso el estrago fue el enojo, demasiado natural, de 40.000 cautivos libertados, que llenaron las calles de cadáveres, y se vengaron, cometiendo horribles escesos, de su prolongada humillacion. Orosio dice que el fuego celestial se juntó al acero de los bárbaros para reducir á ceniza algunas estátuas de los dioses que aun se veian en el foro. Un gran número de senadores fueron hechos prisioneros, muchos desterrados: otros se escaparon al Africa ó se dispersaron en Egipto y en lo interior del Asia. Otros ciudadanos se refugiaron á la pequeña isla de Igilio, se hicieron fuertes en ella, y debieron á su intrepidez la vida y la libertad.

Alárico, despues de haber arruinado la gloria de 300 triunfos, destruido los monumentos respetados del tiempo, y derribado la grandeza de doce siglos, dueño de los tesoros robados á todo el universo, se alejó de Roma, desdeñando reinar en una ciudad envilecida. Dominó en Italia hasta el año de 412. Su campamento, por

un contraste singular, presentaba á la vista sorprendida el cuadro temible de las vicisitudes de la fortuna. Allí se veia á los fieros patricios de Roma, antiguos dominadores del mundo, y á sus esposas, en otro tiempo tan respetados, servir como esclavos á sus feroces vencedores, y presentar el vino de Falerno en vasos adornados de pedrerías á aquellos guerreros selváticos, desnudos y tendidos al aire libre bajo la sombra de los plátanos.

Múerte de Alárico. (412.) Los goces de la victoria no podian fijar largo tiempo á aquellas tribus belicosas, para quienes las ciudades eran cárceles, y el descanso ignominia. Alárico, cediendo á sus votos, emprendió la conquista de Sicilia: la primer division de su escuadra fue disipada por una tempestad, y cuando trataba de reparar este desastre terminó la muerte el curso de sus hazañas. Sus compañeros y soldados celebraron su gloria con himnos, que era el solo monumento histórico de la nacion, y temiendo que las reliquias de tan ilustre rey quedasen espuestas por la inconstancia de la fortuna á la venganza y ultrages de sus enemigos, sacaron de su madre al rio Gratis, cavaron en el fondo el sepulcro de Alárico, lo llenaron de trofeos conquistados á los romanos, volvieron á traer las aguas por su an-

tiguo cauce, y mataron á todos los cautivos empleados en estos trabajos, para que nunca se pudiese descubrir el sitio donde habian depositado las cenizas de su héroe.

Despues eligieron para sucederle á su hermano Ataulfo, cristiano, y de mas luces y humanidad que sus compatriotas. Apenas subió al trono declaró que su intencion era salvar el imperio, en lugar de acelerar su ruina. Nada le era mas fácil entonces que destruir el nombre romano, repartir á sus guerreros las posesiones de Italia, y establecer sólidamente su dominacion en aquel pais; pero ó porque los sentimientos de su corazon fuesen mas generosos, ó porque temiese la mezcla de sus vasallos feroces y turbulentos con los italianos corrompidos, ó en fin, porque cediese al amor que le inspiraba Placidia, hija de Teodosio, cautiva en el saco de Roma, abrió negociaciones con Honorio, le prometió sostener el imperio, y defenderle contra sus enemigos, y le pidió por esposa á su hermana. Es preciso conocer el orgullo pueril de los príncipes débiles nacidos junto al trono, para concebir el desden con que Honorio recibió esta proposicion, y la repugnancia que mostró este emperador, cobarde y vencido, al parentesco de un guerrero, llamado por él *bárbaro*, y que le restituía el imperio y

la ciudad de Roma. Placidia, menos vana y mas política, salvó á su hermano contra la voluntad de este, y aceptó la mano del rey de los godos. Los historiadores cuentan muy por menor las ceremonias de este casamiento, y la magnificencia de los presentes que Ataulfo hizo á la nueva reina. Solamente el saqueo de tantas provincias, y sobre todo de Roma, podia esplicar tanto lujo. No mencionaremos de aquellos regalos mas que un plato de oro que pesaba 500 libras, y que la casualidad puso despues en el tesoro de Dagoberto, rey de Francia. Una mesa, hecha de una sola esmeralda, rodeada de tres órdenes de perlas, y apoyada en sesenta y cinco pies de oro macizo, podrá dar una idea de la opulencia de los visigodos, ó de la ecsageracion de los historiadores. En esta época se publicó el código Teodosiano, lo que probó que las leyes se multiplican á proporcion que se depravan las costumbres.

Victoria de Constancio contra Heracliano, Máximo y Constantino. (413.) La paz concluida entre Honorio y Ataulfo restituyó la tranquilidad á Italia, mas no al imperio. El conde Heracliano, cónsul entonces, y comandante de Africa, se rebeló, tomó el título de emperador, hizo numerosas levas, y equipó una escuadra que

los autores del tiempo comparan á la de Jerges. Constancio, general tan estimado por sus talentos como por sus virtudes, marchó contra él, dispersó su armada, y venció sus tropas en Sicilia. Heracliano derrotado huyó al Africa con solo un buque, la encontró sometida á las leyes de Honorio, y fue entregado por sus mismos cómplices á los generales del emperador, que mandaron cortarle la cabeza. El valiente Constancio, su vencedor, que despues ascendió al imperio, recibió en premio de su victoria los bienes confiscados á Heracliano. Terminada esta guerra tan felizmente, pasó de órden del emperador á la Galia narbonense.

El usurpador Constantino reinaba desde la estremidad de Escocia hasta el estrecho de Hércules, y se unia á los bárbaros para saquear la Galia. El inconstante Honorio, cobarde para los enemigos, y traidor para los aliados, hizo un tratado con Constantino, en el cual se comprometia este á libertarle de la dominacion de los godos; porque en efecto, mas bien eran dueños que protectores de Italia. Pero nuevas revoluciones hicieron desvanecer este proyecto. Geroncio, general de Constantino, se rebeló contra él, asesinó á su hijo Constante, le sitió á él mismo en Arelate, y ciñó la corona á Máxi-

mo, su compañero de armas y amigo. Constancio, vencedor del Africa, llegó á Galia en esta ocasion, atacó á Geroncio y á Máximo, los derrotó completamente, y los obligó á huir. En este caos de guerras civiles, invasiones y tronos tan prontamente caidos como usurpados, muchas hazañas y crímenes se han olvidado justamente; pero la historia ha conservado el recuerdo de la última accion de Geroncio, que eternizó su nombre con su valor. Perseguido hasta las fronteras de España, fue rodeado por los enemigos en una casa donde estaba alojado: solo tenia consigo á su muger, un alano y algunos esclavos. Comunicóles su intrepidez, y resuelto á vender caramente las últimas horas de una vida que ya no podia salvar, se fortifica con barricadas, se defiende ostinadamente, y disparando con destreza un gran número de saetas que habia reunido, prolonga toda la noche un combate tan desigual, con muerte de 300 contrarios. Cuando no le quedó mas arma que su espada, le abandonaron los esclavos, saltando por las tapias: él solo se quedó cerca de su muger, á la cual no quiso desamparar. El soldado alano se ofreció tambien á la muerte. Al rayar el dia pusieron los sitiadores fuego á la casa. Entonces Geroncio, cediendo á las súplicas de su esposa y del alano, les

dió la muerte, y se hundió su espada en el seno. El usurpador Máximo fue alcanzado en su fuga, conducido á Roma, y degollado.

Entretanto Ataulfo, irritado de la traicion de Honorio, habia restituido la púrpura á Atalo, juguete de la suerte y de los bárbaros. Honorio, que á cada riesgo mudaba de resolucion, rompió la alianza de Constantino, y encargó á Constancio que se lo entregase. Los francos tomaron entonces las armas, y marcharon á Arelate para defender á Constantino. Constancio los venció; y Ebódis, su general, pereció víctima de una conspiracion. El romano se aprovechó de esta traicion, castigó á los traidores con suplicio merecido, y premió el valor de sus soldados victoriosos. Constantino y su hijo Juliano, ya sin ejército ni socorro, se entregaron á Constancio, que los envió al emperador. El cruel Honorio los mandó matar.

Establecimiento de los visigodos en la Galia narbonense, y principios de la monarquia goda de España. (415.) Otro guerrero disputó la corona. Jovino fue revestido de la púrpura por los alanos y burgundiones. Sus fuerzas numerosas obligaron á Constancio á retirarse; pero Ataulfo que sacrificaba todos sus resentimientos al amor de Placidia, abandonó á Atalo, ven-

ció y mató á Saro rebelado contra él, marchó contra los alanos y burgundiones, los derrotó, y arrojó de Galia á Jovino y á su hermano Sebastian. Atalo, entregado á Honorio, fue espuesto en Roma al ludibrio del populacho, se le cortaron dos dedos para que no pudiese ni firmar ni manejar las armas, y fue desterrado á Liparia. El imbécil Honorio triunfó asi de siete usurpadores que los mas eran hombres hábiles y guerreros valientes.

En los últimos cuatro siglos habia gozado España una larga paz, y con ella todos los beneficios de la civilizacion. Cuando los bárbaros invadieron las Galias, defendió algunos años sus fronteras; pero cuando Honorio, diez años antes del saco de Roma, quiso reemplazar las milicias nacionales del pais con legiones, empezó España á sufrir las mayores calamidades; porque estas tropas corrompidas que no reconocian mas patria que su campamento, mas leyes que su interes, desleales á su príncipe, reconocieron al usurpador Constantino cuando le favoreció la fortuna, y despues á Máximo cuando le superó en poder. Descubriendo en fin las fronteras que debian guardar, dejaron penetrar por ellas á los suevos, silinos, alanos y vándalos. Este torrente destructor asoló y despobló las Españas, desde los Pirineos

hasta el mar de Africa. Los bárbaros, insaciables de sangre y de botin, mataron sin distincion á romanos y españoles, talaron los campos, y no perdonaron ni á ciudades ni á aldeas. El azote del hambre se juntó al de la guerra, y la peste fue su inevitable consecuencia. Los suevos y vándalos se establecieron al principio en lo que hoy es Galicia y Castilla la vieja, los alanos en el centro, y los silingos en la Bética. Cuando nada tuvieron que destruir ó que robar, aquellos feroces conquistadores empezaron á sentir la necesidad, y esta los civilizó. Tomaron á los habitantes una parte de sus tierras, les dejaron las demas, y los alentaron á cultivarlas: se sometieron ellos mismos al yugo de las leyes; y España, restablecida la tranquilidad, recobró su abundancia y poblacion. Ataulfo, que la voluntad de Placidia convirtió en fiel lugarteniente de Honorio, despues de sus victorias en Galia marchó á España, recobró á Bárcino y la devolvió al emperador. Su proyecto era conquistar para sí el resto de la península; pero la muerte le sorprendió. Habia admitido imprudentemente en su servicio á un antiguo camarada de Saro. Este hombre, enemigo implacable de la familia de los Baltos, conspiró contra él, le asesinó en Bárcino, y colocó en el trono á Sigerico, her-

mano de Saro. El primer acto del nuevo rey fue degollar seis hijos que Ataulfo habia tenido de su anterior matrimonio, y poner en prisiones á la hija de Teodosio el grande. Placidia, memorable ejemplo de las vicisitudes de la fortuna, cautiva primero de Alárico, y elevada despues al trono por Ataulfo, se vió segunda vez encadenada como una esclava, y obligada á andar á pie delante del caballo de su nuevo amo el espacio de doce millas. Este reinado que anunciaba la tiranía mas cruel, duró solamente siete dias. Los godos, indignados del orgullo é inhumanidad de Sigerico, le matan, dan libertad á Placidia, y eligen por rey á Valia, digno sucesor de Alárico y Ataulfo.

Conquistas de Valia en España. (416.) Este príncipe hábil llevó sus turbulentos vasallos á nuevas peleas; y atravesó, venciendo, todas las Españas. Desde la muerte de Ataulfo se habia roto la paz entre godos y romanos. El general Constancio marchó contra Valia; pero cuando estuvieron uno enfrente de otro, en lugar de pelear, entraron en negociacion. Placidia fue enviada honoríficamente á Ravena, y Valia juró servir con sus armas en defensa de Honorio y del imperio.

España fue entonces el teatro de una guerra sangrienta que se hicieron sus ene-

migos. Valia adquirió grande celebridad: esterminó á los silingos que habian asolado la Bética, derrotó á los alanos, dando muerte á su rey. Los vándalos y suevos, temerosos de su valor, se le sometieron: restituyó en fin toda la Península al dominio del emperador. Los historiadores de aquel tiempo dicen, que las injusticias y vejaciones de los oficiales de Honorio obligaron á los españoles á echar menos el régimen de los bárbaros. Honorio, que siempre habia estado temblando en Ravena, recibió los honores del triunfo en Roma, abandonada por él. Diéronsele coronas de laurel por las conquistas de Ataulfo y de Valia; y á conservar la historia los discursos de los oradores y versos de los poetas de aquella vergonzosa época, veriamos al cobarde Honorio celebrado por la servilidad romana como el mas bondadoso; el mas valiente, el mas ilustre de los príncipes.

Cesion de la Aquitania á los visigodos. (418.) Valia, fiel á sus promesas, salió de Italia, y se estableció en el reino de Aquitania que el emperador le habia cedido. Reinaba en todos los paises comprendidos entre el Ligeris y el Garumna. Burdégala era su capital. Sus sucesores trasladaron á Tolosa la residencia. Honorio cedió á los burgundiones la parte orien-

tal, y á los francos la septentrional de las Galias. La firmeza de Teodosio habia reunido todas las partes del imperio: la flaqueza de su hijo lo desmembró. Los bárbaros, establecidos en estas provincias, obligaron á los habitantes á abandonarles las casas mas bellas y la tercera parte de sus tierras mejores, dejándoles el resto de sus propiedades y la vida, mediante un rescate. Los visigodos fueron mas humanos, y concedieron indemnizaciones por los bienes que quitaron á los ciudadanos. Paulino, de Burdégala, nos ha dejado la prueba en sus cartas, dando á conocer el precio pagado por el bárbaro que se apoderó de su casa. Estos guerreros selváticos se mostraron mas generosos que Augusto y los triumviros, los cuales entregaron á los veteranos de sus ejércitos muchas ciudades de Italia y las posesiones de muchos romanos despojados sin indemnizacion. El hábito antiquísimo de respetar á Roma, y el recuerdo de la magestad del imperio, conservaban tanta influencia en los ánimos, que los vencedores del norte, en vez de llamarse dueños de los paises conquistados, tomaban el título de huéspedes de los romanos, y se decian súbditos del emperador. Las provincias lejanas conocian que la corte de Ravena ni podia protegerlas ni refrenarlas. La Armorica

proclamó su independencia, y Honorio la confirmó. La Britannia sin ausilios de Roma, y espuesta á las invasiones de los piratas, sufrió todos los males de la anarquía. Noventa ciudades libres se erigieron en repúblicas, y cada una nombró un senado. Los nobles, descontentos de esta sedicion popular, echaban menos el gobierno del emperador que les distribuia sus favores; corrian armados por los campos, y todos se arrogaban, como los gefes de las tribus bárbaras, el nombre de *reyes ó caudillos*. Al frente de los hombres que les eran afectos, sostenian guerras continuas contra las repúblicas. La autoridad de los obispos, que tomaron parte en estas querellas, aumentó el germen de las disensiones.

El imperio de oriente, aunque no mejor gobernado, sufria menos pérdidas; y á pesar de la inepcia de la mayor parte de sus gefés y los crímenes que ensangrentaron el trono, subsistió durante diez siglos desde Teodosio hasta la toma de Constantinopla por los turcos, y conservó el nombre de imperio romano despues de la pérdida de Roma y del occidente. Los griegos, despojados en otro tiempo por los guerreros del Tiber, se enriquecieron á su vez con la ruina de Italia. Cuando los bárbaros invadieron á Galia, Roma, España y Afri-

ca, todos los que pudieron sustraer á las devastaciones una parte de sus riquezas, las llevaron á Bizancio: los sábios, los oradores, los hombres que no podian sufrir el yugo de la ignorancia y la brutalidad, se refugiaron á Grecia. Derramáronse las tinieblas por el occidente, y las luces se retiraron hácia el oriente. Constantinopla fue entonces el centro de la civilizacion y el último asilo de las artes. Todo el resto del mundo fue entregado á los groseros conquistadores del norte, dueños de las riquezas del pueblo rey, sin aprender de él el arte de gozarlas, sin conocer mas pasion que la guerra. No ostentaban mas que el hierro cuando el oro, la púrpura y las pedrerías brillaban por todas partes en el palacio de los emperadores de oriente. Los mas ricos metales adornaban su corona, sus vestidos y su trono, como tambien las lanzas y cascos de sus soldados, y los jaeces de sus caballos. El reinado de Arcadio ofreció la imágen de la funesta degradacion que sufren necesariamente las costumbres despues de un largo despotismo en un pueblo afeminado por todo género de placeres. Los mismos eunucos ejercian empleos. Entropio presidia los tribunales y mandaba los ejércitos con gran placer de los godos, contentos de ver á los romanos, sus enemigos, mandados por

un general, que lejos de ser un rival temible, ni aun era hombre. Esta eleccion de Arcadio escitó el menosprecio de los buenos ciudadanos; pero su voz, ni muy alta ni muy cercana al palacio, no fue oida. Los lisonjeros incensaron al valido, la corte le prodigó sus homenages; fue creado cónsul, y el senado de oriente le erigió estátuas. El occidente, aunque vencido por los bárbaros, no pudo tolerar el oprobio de semejante consulado; y el senado de Roma no insertó su nombre en los archivos. Claudiano vengó de esta injuria la primer dignidad de los romanos, pintando en una sátira con versos mordaces el carácter de aquel ministro tan vil como insolente, que esclavo en otro tiempo, se habia enseñado hurtando pequeñas sumas del cajon de su amo á robar un dia las riquezas del imperio. Eutropio vendió muchas provincias á los enemigos, dió aliento á los delatores, aumentó su caudal confiscando, é hizo morir á los generales que habian adquirido mas fama en el reinado de Teodosio, y cuyo valor y crédito temia. Segun la doctrina de todos los que abusan del poder y temen la opinion pública, hizo promulgar una ley tiránica con pena de muerte contra el que atacase á un ministro del emperador, ó á un oficial ó sirviente de palacio, y con nota de infamia á los

que solicitasen el perdon de los culpables: ley que manifestó la impotencia de la tiranía, y que escitó las sediciones en lugar de impedirlas. Trebigildo, general ostrogodo, levantó en Frigia el estandarte de la rebelion. Eutropio envió contra él un cuerpo de tropas, mandado por Leon, antes cardador de lana, llamado el *Ayax del oriente*. Este gefe, que debia su sobrenombre á su fuerza fisica mas que á su valor ni á su habilidad, fue sorprendido y derrotado. El famoso Gainas, aquel godo que habia hecho morir á Rufino, sucedió á Leon en el mando del ejército; pero en lugar de pelear con los ostrogodos, apoyó sus reclamaciones, atemorizó á Arcadio, y le obligó á entrar en negociacion. Gainas y Trebigildo pidieron por condicion de la paz la cabeza de Eutropio: el emperador vacilaba: la emperatriz Eudoxia se quejó de un ultrage que habia recibido del ministro, y Arcadio firmó su muerte. La misma corte y el mismo pueblo que lisonjearon á Eutropio mientras fue poderoso, le llenaron de injurias cuando le vieron caido, y aun quisieron despedazarle; solo san Juan Crisóstomo, que no le habia adulado mientras fue dueño del imperio, le ofreció un asilo en su desgracia, le protegió valerosamente, y con un patético discurso sobre la instabilidad de las cosas

humanas logró calmar el furor de la muchedumbre. Prometióse á Eutropio la vida, y fue desterrado á la isla de Chipre, donde infringiendo esta promesa, le hizo matar el cónsul Aureliano. Trebigildo y Gainas despreciaban al emperador, á quien tenian sometido á su voluntad, hasta tal punto que le obligaron á entregarles á Aureliano y á Saturnino, sin embargo de que no les hicieron mal cuando los tuvieron en su poder. El imperio estaba, pues, gobernado por estos dos bárbaros; pero sus escesos los perdieron. Gainas, nombrado comandante general del ejército, ecsigió que se diese una iglesia á los arrianos: el emperador no quiso consentir en ello. Los godos irritados de este desaire intentan pegar fuego al palacio imperial. La guardia, instruida de su proyecto, los sorprende enmedio de la noche, los ataca y mata á 7.000 de ellos. Gainas huye á Tracia y reune tropas para volver al Asia; pero Fravita, otro godo que mandaba las galeras del emperador, dispersa y destruye su escuadra. Gainas al frente de un cuerpo numeroso de caballería quiso volver á la vida errante, en la cual durante su juventud habia adquirido tanta reputacion y fortuna; pero en sus correrías se encontró con Huldin, rey de los hunnos, que le venció y le mató, y

envió á Arcadio su cabeza. Despues de estos sucesos el emperador, que habia nacido para ser gobernado, dejó las riendas del imperio en manos de la ambiciosa Eudoxia. Esta princesa persiguió al santo obispo Crisóstomo, uno de los mas elocuentes oradores de la Iglesia, y digno de veneracion por su virtud ardiente y severa, en tanto grado que depuso á 13 obispos de Lidia y Frigia, y adquirió nuevos enemigos, declarando que la deshonestidad y la simonía tenian corrompido el órden episcopal. La indignacion que le inspiraban los desórdenes de la corte, le impelió á dar á la emperatriz el nombre de Jezabel. Arcadio, para vengar el ultrage de la magestad imperial, convocó un sínodo que condenó al destierro á san Juan Crisóstomo. Cuando iba á partir este obispo venerado, el pueblo se amotina, se arma y hace resonar sus amenazas en el mismo palacio. Eudoxia asustada se postra á los pies del emperador, confiesa su yerro, y declara que no encuentra otro remedio para los males del estado que la restitucion de Crisóstomo. El obispo victorioso vuelve en triunfo, y para celebrarlo se hizo iluminacion en las playas europea y asiática del Bósforo. Sube á la cátedra, predica contra los vicios de las mugeres, y sobre todo contra los honores casi idó-

latras que se hacian á las estátuas de la emperatriz. En el ecsordio dijo: «Aun está furiosa Herodias, y pide la cabeza de Juan.» Por mas merecidas que fuesen estas acusaciones, un nuevo concilio se reunió y confirmó la sentencia del primero. El pueblo se oponia á su ejecucion; pero las tropas godas entraron en la ciudad la víspera de pascua y sitiaron la iglesia, á la cual pusieron fuego, como tambien al palacio del senado, y á pesar del furor popular hubo de salir Crisóstomo de Constantinopla (404), el año antes de la invasion de Radagasio en Italia. Crisóstomo habia pedido que se le enviase á Nicomedia; pero se le llevó al pie del monte Tauro, donde permaneció tres años, y despues á los desiertos del Ponto, cerca de un pequeño pueblo llamado Cumana, donde murió de edad de 60 años. Treinta años despues fueron trasladadas sus cenizas á Constantinopla con el mayor honor, y Teodosio II, que salió á recibirlas á Calcedonia, se prosternó ante ellas, á pesar de las injurias hechas á su madre. Es verdad que Eudoxia las merecia: despreciaba á su marido, y trataba con una intimidad tan indecorosa al conde Juan, que todos le tenian por amante suyo y padre de Teodosio. Arcadio, que no la creia culpable, probó su ternura paternal dando á

su hijo de una vez, contra la costumbre, los títulos de césar y de augusto. Eudoxia murió llorada de los arrianos. En los años siguientes hubo muchas calamidades, incendios de pueblos, frecuentes terremotos y nubes de langostas. Los israelitas devastaron las provincias de oriente desde el Ponto hasta la Palestina. En fin, Arcadio murió despues de 13 años de reinado, ó mas bien de servidumbre á su muger ó á sus favoritos (408), el mismo año del sitio de Roma por Alárico, y la capitulacion de esta ciudad. Procopio dice que este príncipe antes de morir confió en el testamento la tutela de su hijo á Isdigerdes, rey de Persia, y alaba esta medida que Zozimo condena como muy impolítica; pero es de creer que la narracion de Procopio no tiene fundamento alguno, pues de ningun hecho consta que el rey de Persia hiciese reclamaciones fundadas en el mencionado testamento. Segun las leyes antiguas la regencia pertenecia á Honorio; pero los grandes del imperio se opusieron á ello, y confiaron el gobierno supremo, en nombre del emperador, á Artemio, prefecto de oriente, patricio rico, y cuyo talento y probidad eran generalmente estimados. Mas no conservó mucho tiempo su dignidad, y prefiriendo la tranquilidad pública á su engrandecimiento,

dejó á la célebre Pulqueria, hermana de Teodosio, que se apoderase del trono sin ostáculo (414), un año antes del establecimiento de los visigodos en Galia. Esta princesa, cuyo talento justificaba la ambicion, solo tenia 16 años cuando tomó osadamente las riendas del gobierno. El senado le confirió el título de augusta, y con el nombre del débil Teodosio, su hermano, gobernó el imperio con gloria cerca de 40 años. Heredó las virtudes animosas del gran Teodosio. Su justicia restableció el órden, su bondad le ganó el afecto de todos, su firmeza comprimió las facciones. Bajo su administracion no hubo turbulencias, y la invasion de Atila fue la sola calamidad que afligió entonces el imperio. Pulqueria protegia las ciencias, y hablaba con igual facilidad el griego y el latin; y lejos de mantener á su jóven hermano en la ignorancia para gobernarlo mejor, le dió los maestros mas hábiles en todas las facultades. Teodosio era notable por su fisonomía serena y su ademan magestuoso. No carecia de ingenio, sino de carácter. Se alababa su castidad, templanza y mansedumbre; mas le faltaba el vigor, que es el que anima todas las virtudes. Su vida fue una larga infancia. Siempre estaba rodeado de mugeres y eunucos, y solo se entretenia en grabar, pin-

tar ó cazar. La belleza estraordinaria de su letra le grangeó el renombre de *calígrafo*. Era tan indolente, que rara vez leia los papeles que le presentaban á la firma. Una vez, para hacerle conocer los peligros de su pereza, Pulqueria le mostró firmada por él su propia abdicacion.

Al principio del reinado de Teodosio consiguió el imperio algunas victorias. Los hunnos habian entrado en la Tracia: intimóse á Huldin, su rey, que se retirase; y él juró que no pondria límite á sus conquistas sino en el occéano, donde se terminaba, segun la opinion comun, la carrera del sol. El écsito no justificó su presuncion: sus aliados le abandonaron: los generales del emperador le derrotaron, le obligaron á pasar el Danubio, y destruyeron casi enteramente la tribu de los escirvas que componia su retaguardia. Pulqueria, cuando trató de dar esposa á su hermano, atendió para esta union mas bien á la sabiduría que al nacimiento. Leoncio, filósofo de Atenas, tenia una hija llamada Atenais, cuya hermosura eclipsaba á la de las otras griegas, y cuyo saber y elocuencia igualaban al de los filósofos y oradores mas distinguidos. Leoncio la desheredó y transmitió todos sus bienes á dos hijos, previendo que Atenais con tantas gracias y talentos no ten-

dria necesidad de caudal. La jóven griega no pensaba como él: despues de la muerte de su padre reclamó su parte en la herencia, y presentó su solicitud á Pulqueria. La princesa, enamorada de sus gracias é ingenio, la creyó digna del trono. Teodosio tuvo curiosidad de conocerla, vino disfrazado al aposento de su hermana, vió á la bella ateniense, ardió por ella, y la recibió por esposa. Fue bautizada, y recibió con el cetro el nombre de Eudoxia. Sus hermanos, sabedores de su elevacion, y temiendo su venganza, se ocultaron en vano; porque Atenais los halló, y lejos de mostrarles el menor resentimiento, los elevó á las primeras dignidades del imperio. Conservando en la grandeza los hábitos de su juventud, fue siempre estudiosa: escribió una parafrasis en verso del antiguo Testamento, la vida de san Cipriano y un panegírico de Teodosio el grande. Llena de religion, hizo una peregrinacion á Jerusalen, pronunció un discurso elocuente en presencia del senado de Antioquía, y trajo de Palestina muchas reliquias. Dos mugeres no pudieron vivir unidas en un palacio, donde es mas dificil la concordia que en una casa particular. Eudoxia cobró ambicion, y quiso gobernar á su marido y al imperio. Pulqueria defendió su poder.

Dividióse la corte en bandos, y la hermana triunfó de la esposa. Cayeron sospechas sobre la virtud de Eudoxia, y la muerte de Paulino, comandante de los oficios, y el destierro de Ciro, prefecto del pretorio, ambos admitidos á la intimidad de la emperatriz, anunciaron á esta su caida. Pidió el permiso de retirarse á Jerusalen, y el emperador se lo concedió. Perseguida por la misma enemistad y las mismas sospechas que la habian separado del trono, vió condenar á muerte á dos eclesiásticos, cuyo único crímen era su amistad. Irritada de esta injuria, vengó sus muertes con la del conde Saturnino, causa de ellas: violencia que justificó las acusaciones que se le habian hecho. Despues de 16 años de destierro murió protestando siempre contra la calumnia de que era víctima. La guerra comenzó entre Persia y el imperio: el deseo de vengar la muerte de muchos cristianos martirizados por los persas, obligó al emperador á tomar las armas. Despues de dos campañas sin resultados decisivos, aunque celebrados en relaciones fastuosas, concluyeron las dos potencias treguas por 100 años. La historia solo ha conservado de esta guerra un hecho mas digno de memoria que muchas acciones militares. Acacio, obispo de Amida, empleó los vasos de

oro de su iglesia en rescatar 7.000 cautivos persas, y los envió á su rey para mostrarle la diferencia entre una religion sanguinaria y la doctrina de la caridad. Una de las condiciones de la tregua fue el repartimiento de Armenia entre persas y romanos.

Muerte de Constancio. (421.) Honorio se mostró siempre enemigo de Arcadio, su hermano, y de Teodosio, su sobrino; y al mismo tiempo, por una estraña ceguedad, Constantinopla se gozaba en las calamidades de Roma. Estaba reservado á la célebre Placidia, que ya una vez habia salvado su patria, restablecer la concordia entre ambos imperios.

Despues del asesinato de Ataulfo, y el suplicio de Sigerico, su asesino, Placidia recobró su libertad, y casó con el valiente Constancio. En favor de este himeneo, Honorio concedió á este general el título de augusto, creyendo con razon que el mas digno de subir al trono era aquel que lo habia sostenido. Constancio no gozó mucho tiempo de su gloria y prosperidad: murió dejando de su muger dos hijos, Honoria y Valentiniano.

Muerte de Honorio. (423.) El influjo de Placidia sobre el ánimo de su hermano se debilitó por la envidia de los eunucos y libertos: la princesa, vencida por estos

intrigantes, fue desterrada, y buscó con sus hijos un asilo en Constantinopla.

Poco tiempo despues acabó Honorio su despreciable vida. Sometido á los esclavos de su palacio, testigo indiferente de la ruina del imperio, pasaba sus dias en los entretenimientos mas pueriles. Cuéntase que cuando le anunciaron que Roma se habia perdido, respondió: «Eso no puede ser, porque acabo de darle heno,» creyendo que le hablaban de una vaca, á la cual tenia mucho cariño. Semejantes príncipes, si no fuesen tan raros, justificarian las declamaciones de los republicanos contra la monarquía.

CAPITULO VI.

Valentiniano tercero y Teodosio segundo. Maximo, Avito, Mayoriano y Marciano. Severo, Antemio, Olibrio, Glicerio, Julio Nepote y Leon primero. Augustulo y Cenon. Ruina del imperio de Occidente.

Valentiniano III, emperador de occidente. Invasion de los vándalos en Africa, bajo Genserico. Derrota de los romanos en Africa, y sitio de Hipona. Muerte de Bonifacio. Toma de Cartago por Genserico. Paz de Teodosio II con Atila. Marciano, emperador de oriente: espedicion de Atila á las Galias. Batalla de los campos cataláunicos. Espedicion de Atila en Italia. Muerte de Aecio. Máximo, emperador de occi-

dente : los vándalos saquean á Roma. Avito, emperador de occidente. Mayoriano, emperador de occidente. Guerra con los visigodos, y sitio de Lugduno. Vivio Severo, emperador de occidente. Antemio, emperador de occidente. Olibrio, emperador de occidente. Glicerio, emperador de occidente. Julio Nepote, emperador de occidente. Augústulo, último emperador de occidente. Conquista de la Italia por Odoacre, y ruina del imperio de occidente.

VALENTINIANO III, *emperador de occidente.* (425.) Desde que se supo en Constantinopla la muerte de Honorio, el emperador de oriente, ó mas bien Pulqueria, envió á Dalmacia tropas, encargadas de conducir á Italia á Placidia y á su hijo Valentiniano. Aspar, que se habia distinguido en la guerra de Persia, los escoltaba y mandaba el ejército de tierra, y su padre Ardaburio la escuadra. En el camino supieron que Juan, uno de los validos y secretarios de Honorio, se habia apoderado del trono de occidente. Los bajeles griegos fueron disipados por una tempestad, y Ardaburio cayó prisionero en manos del usurpador; pero lejos de abatirse por este revés, desde su calabozo sublevó las tropas italianas de la guarnicion de Aquileya.

Juan, abandonado y entregado despues por ellas, fue espuesto sobre un asno á los insultos del populacho, y degollado en la plaza pública. Valentiniano III fue reconocido sin oposicion emperador de occidente en 425.

Teodosio, informado del triunfo de sus generales, lo celebró con una procesion religiosa, en que él iba al frente de todo el pueblo, desde el Hipodromo hasta la catedral, cantando salmos. Habria podido disputar el imperio de occidente al hijo de Placidia, mas prefirió la paz á la guerra civil; y sea por su indolencia natural ó por los consejos pacíficos de Pulqueria, envió á Roma al patricio Helion para que saludase en su nombre por augusto á Valentiniano III en presencia del senado, y le revistiese con la púrpura. Concluyóse un tratado en que se estipuló el matrimonio del nuevo emperador con Eudoxia, hija de Teodosio y de Atenais. Cediose la Iliria al emperador de oriente, y por este acto se consumó la division del mundo romano. Un edicto solemne declaró que las leyes de un imperio no tendrian fuerza en el otro.

Invasion de los vándalos en Africa bajo Genserico. (428.) Ambos imperios estaban gobernados entonces por dos mugeres; pero Placidia, mas ambiciosa que

Pulquería, entregó su hijo á los deleites para alejarle de los negocios, y conservó el poder supremo durante 35 años. Aecio y Bonifacio, grandes capitanes, mandaban sus ejércitos. Bonifacio sometió el Africa rebelada, y defendió á Maxilia: Aecio adquirió gran fama por haber vencido á Atila. Sus grandes acciones rodearon de algun esplendor el nombre romano. A haber durado su union, habrian quizá salvado el imperio: su discordia preparó la ruina del occidente. Aecio, envidioso de su colega, le hizo sospechoso á Placidia, y persuadió á esta princesa que le llamase de Africa; y al mismo tiempo con artificio infernal advirtió secretamente á Bonifacio que le esperaba el suplicio. Convenció tambien á la princesa de que la desobediencia probaria la rebelion. Bonifacio, creyéndose perdido, mancilló su gloria, fue traidor á su patria, llamó los vándalos en su socorro, é hizo alianza con Gunderico, su rey, y muerto éste, con el terrible Genserico, su hermano.

Este príncipe, célebre como Alárico y Atila por la ruina del mundo, encerraba en un cuerpo pequeño y contrahecho una vasta ambicion, no contenida por ningun escrúpulo, ni saciada con ninguna presa. Disimulado, sanguinario, intrépido y enemigo del lujo, el primero de sus

placeres fue la venganza. Fecundo en ardides, atrevido en sus planes, pronto en la ejecucion, sabia derramar el terror con sus armas, y la discordia con sus intrigas. Antes de emprender la conquista que meditaba, venció á los suevos en España, los persiguió hasta Emérita, é hizo perecer en el rio Anas al ejército enemigo y á su gefe. Dueño de la Bética, hizo su espedicion al Africa. El ejército vándalo, aunque aumentado por alanos, godos y desertores romanos, solo ascendia á 50.000 hombres; pero Genserico aumentó sus fuerzas, aliándose con los mauritanos, y protegiendo á los donatistas perseguidos.

Derrota de los romanos en Africa y sitio de Hipona. (430.) Bonifacio solo pidió socorros, y Genserico dictaba leyes como señor. El general romano se arrepintió de su delito y se reconcilió con Placidia, que habia descubierto la maldad de Accio. El general, nombrado de nuevo comandante de las tropas romanas, marcha á Cartago, se apodera de ella y propone la paz á Genserico. El bárbaro la rehusa, y los dos ejércitos se dieron una sangrienta batalla, en que fue vencido Bonifacio y perdió sus mejores tropas. Toda el Africa fue presa de la codicia vándala, y de la ferocidad de los mauritanos: aquel vasto y fertil pais, granero enton-

ces del mundo, fue devastado, sus artes y monumentos destruidos, sus ciudades abrasadas, sus ciudadanos entregados á la esclavitud y á los tormentos. Solo Cartago é Hipona quedaron en pie enmedio de un desierto espantoso.

Bonifacio, sitiado en Hipona, se animó para la defensa con los consejos vigorosos y las exhortaciones cristianas de san Agustin. Este santo prelado murió llorando las desgracias de su patria. El sitio duró 14 meses, y los vándalos, vencidos por la ostinacion de los cercados, se retiraron. Aspar trajo de Constantinopla algunos bajeles con tropas. Bonifacio, viéndose de nuevo al frente de un ejército numeroso, solicita otra vez la suerte de las armas, y otra vez es vencido. Hipona es tomada, y el Africa perdida para siempre.

Muerte de Bonifacio. (432.) El general derrotado volvió á Ravena. Placidia no quiso castigar ni su delito ni sus infortunios; solo se acordó de sus servicios, y le restituyó su confianza. Aecio, envidioso de su favor y resuelto á derribarle, marchó de Galia para Italia con un ejército de bárbaros. Bonifacio le salió al encuentro, le acometió y derrotó; pero volvió mortalmente herido de la mano de su rival.

Placidia, en venganza de su muerte, declaró á Aecio enemigo del estado. Este

general, despues de haber procurado en vano hacerse fuerte en algunos castillos de sus dominios, se escapó al ejército de los hunnos. Asi perdió Roma dos generales hábiles, que fueron sus últimas columnas.

Toma de Cartago por Genserico. (439.) Cartago, aunque abandonada, no se rindió hasta despues de ocho años de resistencia. En fin, Genserico hizo la paz, dejando á Valentiniano la soberanía ilusoria de las tres Mauritanias. El rey vándalo era bastardo. Temiendo las pretensiones de los hijos de Gunderico, su hermano, los hizo ahogar igualmente que á su madre. Despues de este crimen se apoderó de Cartago el año 439, 585 despues de la victoria de Escipion. A esta ciudad se llamaba *la Roma de Africa*. Competia con la de Italia en estension, magnificencia, riquezas, comercio y placeres de una antigua civilizacion. Un denso bosque, situado en el centro de la ciudad, ofrecia su fresca sombra á los habitantes para preservarlos del ardor del clima. Los vándalos saquearon esta opulenta ciudad, y obligaron á todos los ciudadanos que dejaron vivos, á cederles sus tierras y tesoros. La Italia y el oriente se poblaron de sus senadores fugitivos y de sus patricios, que poco antes iguales en riqueza á los reyes,

se veian ya reducidos á pedir limosna.

A esta época se refiere la maravillosa Historia de los siete durmientes, redactada primero por Juan de Sarugas, dos años despues de la muerte de Teodosio, y traducida al latin por san Gregorio Turonense. Estos siete eran cristianos y nobles ciudadanos de Efeso, que huyendo de la persecucion del emperador Decio, se ocultaron en una cueva cercana á aquella ciudad, cuya entrada mandó tapiar el tirano con una pared. Sorprendidos de un sueño milagroso, no salieron de él hasta 187 años despues en el reinado de Teodosio II. En esta época el propietario del terreno quitó piedras de la gruta para construir un edificio; el rayo del sol penetró en la caverna y los despertó. Salen de la cueva, llegan á Efeso, se admiran de ver la cruz colocada sobre todos los edificios; pagan los víveres que compran con monedas del tiempo de Decio ya desconocidas, y sus preguntas y respuestas dan á conocer el prodigio á los ciudadanos y magistrados de Efeso, y aun á Teodosio mismo, que mandó hacer de él una solemne informacion. Los durmientes fallecieron de una muerte suave despues de haber dado su bendicion á los circunstantes.

Paz de Teodosio II con Atila. (447.) En estos tiempos adquirió un poder colo-

tal el bárbaro Atila, que fue llamado *azote de Dios*, y se jactó de este título. Esta tempestad horrible, que sin el valor de los francos y visigodos, y la habilidad de Aecio, hubiera sometido la Europa á un yugo mas absurdo y humillante que el que sufren hoy los pueblos africanos, duró cerca de un siglo, desde 376 hasta 463. Ninguna irrupcion de bárbaros dejó mas ruinas en los paises invadidos. Los hunnos hacian consistir su gloria en destruir; y convirtiendo en vastas soledades las provincias que conquistaban, engrandecian su nombre y su potencia. Los gemidos de los opresos eran para ellos murmuraciones sediciosas que ofendian su orgullo: solo el ruido de las cadenas que arrastraban sus cautivos y el silencio de los sepulcros satisfacian su bárbara sed de dominacion. Cuando arrojándose sobre el ocaso desde las estremidades del oriente, echaron ante sí á los godos y vándalos, hubo division entre ellos, y se esperó que sus discordias serian la salvacion de la tierra. Sus diversos caudillos se dieron combates sangrientos. Unos hicieron alianza con los godos, otros con los romanos; y el gran Teodosio tenia entre sus generales á un rey de hunnos. Mas tarde los vándalos y otras tres naciones alemanas, cuyo valor encendian las disensiones, sa-

cudieron el yugo de aquellos conquistadores selváticos. El emperador Teodosio II fomentó secretamente esta rebelion. Rugilao, que gobernaba entonces la tribu mas numerosa de los hunnos, cuya preeminencia, aunque á su pesar, reconocian las otras, amenazó el imperio de oriente. Teodosio asustado envió embajadores para calmar á aquel guerrero feroz; pero ya habia muerto, y eran sus sucesores Atila y Bleda, sus sobrinos. Estos recibieron á los embajadores en la llanura de Margo en la Mesia; y segun la antigua costumbre de los bárbaros, celebraron á caballo las conferencias para la paz.

El emperador se vió obligado á suscribir á las condiciones afrentosas que se le dictaron. Se aumentó el tributo que debia pagar á los hunnos, les concedió un puerto franco en el Danubio, y renunció solemnemente á toda alianza con los enemigos de aquella nacion. Entonces fue cuando los griegos y romanos vieron por la vez primera al formidable Atila. Este príncipe, hijo de Mondono, ofreció á sus miradas el aspecto horrible de un calmuco, rostro ancho, tez morena, nariz roma, cuerpo pequeño y cuadrado, y ojos sombríos y traidores. Ya era célebre por su crueldad y su amor á la guerra, en la cual mostraba mas bien los talentos de un ge-

neral que el valor de un soldado. No se advirtió en él otra virtud sino la fidelidad en cumplir sus promesas: era esclavo de su palabra. Nacido para mandar, se sirvió con destreza de la ignorancia supersticiosa de sus súbditos que le creian superior á la naturaleza humana. Un pastor, habiendo advertido que una de sus becerras estaba herida en el pie, quiso averiguar la causa de este accidente, y halló la punta de una espada que salia de la tierra. Cava el suelo, la saca y la lleva al rey. Atila hizo creer á sus pueblos que habia encontrado la espada del dios Marte, y que esta arma divina le daba derechos incontestables al dominio del universo. La espada de Marte fue el ídolo de los hunnos: presentáronle ofrendas, y le consagraron como víctimas la centésima parte de los cautivos que hacian en la guerra. Todos los héroes del norte, que eran terror de Europa y Asia, temblaban en presencia de Atila; y convencidos de su divinidad, decian: «Que les era imposible sufrir el fuego de sus miradas.» Atila, que nada tuvo de comun con Rómulo sino un crímen, comenzó su reinado como el fundador de Roma, dando muerte á su hermano Bleda. Despues de domar todas las tribus de su nacion y las de Escitia, subyugó en pocos años los pueblos germánicos, se hizo dueño de la

belicosa Escandinavia, y derramó el terror en los galos y burgundiones. En fin, se le reconoció por monarca de todos los bárbaros. Los límites de su vasto imperio eran el Volga, el Danubio, el mar del Norte, el Rhin y los Alpes. Era temido como guerrero y tambien como mágico. Ardarico, rey de los gépidos, y Valamir, rey de los ostrogodos, abatiendo la corona á sus plantas, se honraban con el título de ministros suyos. Se veian colocados en fila en su palacio rústico, como guardias de su persona, y aun como domésticos, una multitud de príncipes y gefes de tribus, alistadas bajo su estandarte: segun los historiadores del tiempo, su ejército ascendia á 800.000 hombres.

Una de sus divisiones invadió la Persia, y estendió sus devastaciones hasta la Siria. Cuando el emperador de oriente quiso reconquistar el Africa, ocupada por los vándalos, Atila, condescendiendo á los deseos de Genserico, amenazó con la guerra á Teodosio, y por medio de esta diversion le conservó á aquel rey su conquista. No podia haber paz duradera con un pueblo que no era mas que un ejército. Los hunnos dijeron que el tratado de Margo estaba roto, porque se les habia robado en el puerto franco del Danubio el tesoro de uno de sus caudillos, y ecsigie-

ron que se les devolviese esta suma, y se les entregase el obispo de Margo. La corte de Bizancio se negó á ello, y se declaró la guerra. Los mesios, temerosos del furor de los bárbaros, pidieron ahincadamente á Teodosio que cediese á la tempestad; y para libertarse de la ruina que preveian, determinaron entregar ellos mismos el obispo. Este lo supo, sacrificó sus deberes y su patria á su seguridad, trató secretamente con Atila, le entregó la ciudad, y con ella la barrera del imperio por aquella parte. Los hunnos, como un torrente enfurecido, se derraman por la Mesia, la talan, destruyen todas sus fortalezas, queman á Sirmio, Neisa, Sárdica y Marcianópolis, y convierten en desiertos todos los paises que median entre el Ponto Euxino y el Adriático. Estas calamidades no pudieron mover al débil Teodosio á salir de su palacio. Incapaz de pelear, dió á generales sin talento el mando de sus ejércitos. Estos perdieron una batalla cerca del Danubio, otra en las vertientes del Hemo, y en una tercer derrota quedaron destruidas las legiones destinadas á defender el Quersoneso de Tracia. Atila devastó la Macedonia, quemó 70 ciudades, y llegó hasta los arrabales de Constantinopla. Las murallas de esta ciudad y las de Adrianópolis le detuvieron; por-

que solo sabia pelear en las llanuras, é ignoraba el arte de los sitios. Tantos reveses tenian consternada á Europa y Asia. No eran los males ordinarios de la guerra los que entonces afligian á los pueblos, sino la amenaza del esterminio total. Todo hombre que podia tomar las armas, era muerto por los bárbaros: los viejos y mugeres, llevados en cautiverio, y aun su debilidad no los libertaba siempre de la muerte. Cuando el número de estos cautivos incomodaba los movimientos de las tropas, eran degollados sin piedad. Esta multitud de romanos, dispersos entre los bárbaros, no podia templarlos ni civilizarlos. Aquellos guerreros feroces despreciaban las ciencias, sobre todo la de las leyes. Los artesanos les enseñaron algunos oficios: los médicos fueron respetados por ellos: los sacerdotes convirtieron á muchos; pero como la mayor parte de los obispos griegos eran adictos al arrianismo, se esparció esta secta entre los conquistadores del Norte. Teodosio II, que tomaba el título de invencible, no tenia tropas que oponer á sus enemigos. Demasiado cobarde para atreverse á despertar el valor de sus súbditos, estaba siempre entretenido en prácticas de devocion, muy laudables cuando por ellas no abandonan los monarcas su principal obligacion. En

fin, imploró la clemencia de Atila é hizo una paz vergonzosa, cediéndole un vasto territorio al mediodia del Danubio desde Taurnno hasta Nova, ciudad de Tracia, y obligándose á pagarle un tributo anual de 2.000 libras de oro, y otras 6.000 por los gastos de la guerra. La pobreza de los pueblos y la infidelidad de los recaudadores de impuestos hicieron que el pago de esta suma fuese lento y dificil. Enmedio del desaliento de las provincias, de los terrores de la corte y de la ignominia del imperio, Asimunte, ciudad de Tracia, dió un grande ejemplo de valor romano. Sus habitantes, no queriendo reconocer aquella paz afrentosa, salen de sus murallas, atacan á los hunnos, aumentan su número con muchos desertores y esclavos, forman un ejército, dan batalla á los bárbaros, los derrotan, y los obligan á salir de su territorio. Atila se quejó: Teodosio ordenó á los asimuntinos que cumpliesen el tratado; pero ellos resistieron á la corte como al enemigo, y respondieron que nunca mirarian como ley el deshonor. Atila y Teodosio cedieron á su firmeza. Uno de los artículos de la paz obligaba al emperador á entregar al rey de los hunnos todos los alemanes, godos y escitas que habian desertado de sus banderas y pasado á las tropas imperiales. Los romanos

no podian resolverse á sacrificar, entregándolos á un suplicio seguro, tantos oficiales, cuyo valor había lucido en sus legiones. El inflecsible Atila instaba por el cumplimiento de una condicion tan dura. Teodosio le envió una embajada esperando doblegarle: trataba de ganar á Constancio, secretario de Atila, el cual en premio de su condescendencia ecsigió que se le diese en casamiento una matrona distinguida por su nacimiento y hermosura: la viuda del general Armacio fue la víctima que se sacrificó entonces por las vidas de muchos guerreros. El historiador Prisco, y Maximino, embajadores de Teodosio, pasaron á verse con Atila. La relacion que Prisco compuso de este viage, da á conocer circunstanciadamente las costumbres de estos feroces conquistadores. Habia pasado ya el tiempo en que los enviados romanos dictaban leyes á los monarcas, y trazaban con sus bastones el círculo de donde no debian salir sino jurando obediencia á los señores del universo. Los legados del emperador, recibidos con desdeñosa altivez, sufrieron humillaciones que vengaban á tantos reyes abatidos por el orgullo romano. Tuvieron que esperar muchos dias antes de serles permitido acercarse á la residencia del vencedor. ¡Qué espectáculo para los que acababan

de salir de Constantinopla, donde casi todas las casas eran palacios embellecidos con todo el lujo de oriente y todas las artes de Grecia! Los embajadores de un augusto llegan como suplicantes á la aldea real de Atila, cuyo palacio era una choza entre empalizadas y algunos torreoncillos. Atraviesan por entre una multitud de guardias vestidas con las ropas magníficas robadas á los griegos y romanos, y se ven obligados á humillarse delante de un hombre vestido como un tártaro, sin adorno alguno, y cuyo trono era una silla grosera. Los enviados espusieron con dignidad el objeto de su mision, empleando aquellas frases afectadas y lenguaje pomposo, que habian consagrado las antiguas costumbres, pero que no eran convenientes á un pueblo abatido y degenerado. Atila no respondió á sus discursos sino con amenazas. «¿Creeis, les dijo, que pueda quedar en pie una sola ciudad de vuestro imperio, si me gusta destruirla?» Sin embargo, despues de este primer movimiento de cólera, se templó, les dió alguna esperanza, y los convidó á un gran banquete. Tambien tenia en su corte á los embajadores de Valentiniano. Unos y otros fueron colocados en la mesa en lugar preferente á algunos caciques bárbaros. Durante la comida, que fue larga, se obligó á los

convidados á beber con esceso, segun la costumbre del norte; y para variar los placeres, unos bufones entraron y representaron escenas cómicas: despues combatieron entre sí los esclavos mauritanos; y en fin, los guerreros escitas celebraron con himnos las victorias de su rey. Las mugeres de estos bárbaros, mas libres que las orientales, eran admitidas en los convites, y las esposas de Atila conversaban familiarmente con los estrangeros.

El rey de los hunnos habia enviado á Constantinopla un embajador llamado Edecon. Pulqueria tenia entonces poco influjo con su hermano, gobernado algun tiempo hacia por el eunuco Crisafio. Este vil ministro, de acuerdo con Vigilio su amigo, solicitó corromper á Edecon para que tramase una conspiracion contra la vida de Atila. Edecon fingió consentir en ello, y Teodosio aprobó este proyecto homicida, á pesar de su religion. Edecon informó de todo á su rey; y Atila, mas generoso que los romanos de aquella época, se desdeñó de lograr una venganza fácil, pero injusta, en los embajadores que tenia en su corte. Entretanto Vigilio, que les habia servido de intérprete al principio é ido despues á Constantinopla, volvió al campamento de Atila, trayendo consigo 300 libras de oro que habia pro-

metido á los conspiradores. Atila lo manda prender, le obliga á confesar, le perdona la vida, y envia una nueva embajada á Constantinopla, compuesta de Eslaw y Orestes. Cuando fueron admitidos á la audiencia del emperador, Eslaw dijo: «Hé aqui lo que mi amo me ha encomendado poner en tu noticia. Teodosio y Atila descienden uno y otro de estirpe noble. Atila ha sostenido con sus hazañas la dignidad de sus abuelos; Teodosio por su debilidad se ha mostrado indigno de los suyos, y se ha degradado á sí y á su pueblo, consintiendo en pagar al vencedor un tributo ignominioso, y asi se ha hecho voluntariamente siervo del que le es superior por la gloria y la fortuna. Deberia, como vasallo fiel, obedecerle y respetarle, en vez de conspirar como un vil esclavo, contra su señor.» El descendiente de Teodosio el grande, sentado en un trono de oro, y acostumbrado á solo los acentos de la adulacion, se vió forzado á oir con tanta vergüenza como terror las palabras severas y la justa reprension que el selvático Atila le enviaba desde su silla de madera. Se enrojeció, se turbó, tembló, no pudo responder, entregó en poder de Eslaw á su eunuco Crisafio, y para desenojar al vencedor, le envió por embajadores á dos de los personages mas distingui-

dos de su corte, Nommio y Anatolio, entrambos consulares, el uno tesosero general y el otro comandante de sus ejércitos. Lo que debe parecer estraño, y se esplica sin embargo por las inconsecuencias del alma humana, es que en la misma época en que el imperio decaido de su grandeza se veia indefenso y espuesto á las invasiones y ultrages de los bárbaros, la memoria de la gloria romana, el título de cónsul, y los vestigios de tanto poder y de tantos triunfos inspiraban todavia algun respeto. La eleccion de los embajadores lisonjeó el orgullo agreste del rey de los hunnos. Suavizado con este homenage, salió á recibirlos, perdonó hasta al eunuco y al intérprete, restituyó al imperio muchas ciudades, dió libertad á muchos cautivos, dejó de insistir en que se le entregaran los desertores, concluyó la paz, y recibió en rescate de la cabeza de un vil eunuco enormes tributos que oprimian el imperio y que habrian bastado para costear una guerra afortunada, en lugar de pagar con ellos un reposo sin honor ni seguridad.

Marciano, emperador de oriente: espedicion de Atila á las Galias. (450.) Poco tiempo despues de la conclusion de este tratado, cayó Teodosio del caballo, se rompió la espina, y murió á los 43 años de reinado y 53 de edad. Era necesario

para levantar el imperio decaido un carácter heróico: los grandes, el ejército, el senado y el pueblo colocaron en el trono á Pulqueria, y la proclamaron emperatriz. Esta fue la primer vez que reinó una muger sobre los romanos. Comenzó por un acto de venganza, que lo hubiera sido de justicia, á haber observado las formas legales. El eunuco Crisafio fue degollado á las puertas de palacio sin formacion de causa. El valor y los talentos de Pulqueria la hacian merecedora del cetro; pero el gobierno de una princesa, contrario á la costumbre, podia escitar descontento, y para evitarlo, casó con Marciano, senador muy querido, y que entonces tenia 60 años, le dió la púrpura, y le obligó á jurar que respetaria siempre su poder y su castidad. Marina y Arcadia, hermanas de la emperatriz, habian hecho como ella voto de virginidad, y todas tres lo habian escrito en tablas, adornadas de diamantes, que se depositaron en la iglesia de santa Sofía. Desde entonces renunciaron á la conversacion de los hombres: el palacio parecia un monasterio, y la corte una comunidad religiosa. Marciano justificó la eleccion de Pulqueria por su carácter firme y prudente. Era natural de Tracia, de familia pobre: fue sirviente 19 años, y despues militó con los generales Aspar y

Ardaburio: se distinguió bajo sus órdenes en Persia y en Africa. Su mérito le grangeó la estimacion general, y su modestia le defendió contra la envidia. Habiendo subido al trono, reformó con sábias leyes los abusos de una tiranía que habia gravitado sobre él por mucho tiempo, y se mostró tan suave para los pueblos, como altivo para los enemigos. Atila le pidió altaneramente el pago de los tributos estipulados por Teodosio. Marciano le respondió: «Pasó ya el tiempo de insultar impunemente la magestad imperial. Yo daré de buena gana subsidios á los príncipes aliados que me sirvieren con fidelidad; pero á las amenazas responderé con valor, soldados y armas.» Apolonio, enviado de embajador al rey bárbaro, le habló en el mismo tono. Atila enfurecido amenazó arruinar el imperio y borrar del mundo el nombre romano, y escribió en estos términos á los dos emperadores: «Atila, tu amo, te manda que prepares tu palacio para recibirle; porque pronto irá á él á darte sus órdenes.» Sin embargo, como este guerrero era aun mas hábil que feroz, apenas supo las disposiciones que tomaba contra él Marciano, temiendo pelear con un príncipe belicoso, le dejó en paz, declarando que retardaba la conquista del oriente hasta haberse apoderado de Galia é Italia, y

marchó hácia estos paises; pero la suerte les restituyó un guerrero, protegido algun tiempo por Atila, y que bien pronto tomando las armas contra él, le impidió ejecutar sus vastos designios, y puso un ostáculo invencible á sus furores.

Aecio, despues de la muerte de Bonifacio, se habia retirado al pais de los hunnos; y volviendo mas terrible contra Roma al frente de 60.000 de estos bárbaros, inspiró tanto miedo á Placidia, que la obligó á recibirle y fiarle el gobierno del imperio y la tutela de Valentiniano, asegurando su reposo á fuerza de debilidad; pues la corte de Ravena se libertaba de un enemigo poderoso, y adquiria un apoyo formidable. Aecio, tres veces cónsul y comandante general de los ejércitos, fue dueño del poder supremo con el título de *duque de los romanos occidentales*. Valentiniano solo conservó el de emperador, y gozó tranquilamente de los placeres de una corte corrompida, mientras su general sostenia el peso de los negocios y salvaba el imperio ya en la misma orilla del precipicio. Este guerrero era escita de nacimiento. Su padre, llamado Gandencio, habia casado con una romana. Aecio en su juventud sirvió de rehen, primero en el campamento de Alárico, y luego en el de los hunnos. Debió su elevacion á su fuer-

za, á su talento, á su hermosura. Era admirable su habilidad en todos los ejercicios, su paciencia en los reveses, su valor en los riesgos. Se decia de él que era tan difícil engañarlo y seducirlo, como intimidarlo. Feliz en los combates, y hábil en las negociaciones, obligó á los bárbaros á respetar las fronteras de Italia, protegió á los britannos contra los pueblos del norte, restableció la autoridad de Roma en una parte de Italia y de las Galias. Venció á los helvecios y á los francos, y los obligó á combatir como ausiliares bajo los estandartes romanos. Cuando en el tiempo de su desgracia estuvo refugiado en el reino de Atila, se hizo muy amigo de este conquistador, en cuyo poder dejó á su hijo Carpilo. Al tomar despues las riendas del imperio, la flaqueza del ejército, la debilidad de la nacion, y el agotamiento del tesoro, le obligaron á pagar tributo al rey de los hunnos, bien á pesar de su altivez, por retardar la tempestad que amenazaba al occidente. Aprovechándose con habilidad de las discordias que entre sí tenian siempre los bárbaros, ganó, aun bajo el reinado del formidable Atila, un cuerpo numeroso de hunnos y alanos, saciando su codicia con los terrenos fértiles que les cedió cerca de Valencia del Ródano y de Aureliano.

Otro peligro ecsigia ademas toda la atencion de su prudencia, todos los esfuerzos de su valor. La dominacion de los godos en Aquitania se afirmaba; y despues del reinado glorioso de Valia, subió al trono Teodoredo, y gobernó con esplendor. No contento con sus posesiones, quiso apoderarse de la provincia romana, y sitió á Arélate. Aecio le obligó á levantar el sitio; pero los visigodos y burgundiones hicieron alianza y atacaron los primeros á Narbona, y los segundos la Bélgica. El general romano se puso al frente de su caballería alana y escita, derrotó á los burgundiones con muerte de 20.000 de ellos, y dió á los que se escaparon del combate un territorio en la Sabaudia. Al mismo tiempo fueron sorprendidos y atacados 8.000 godos por su lugarteniente Lictorio, y con esto quedó Narbona libre. Despues de tan brillantes victorias volvió Aecio á Italia; pero Lictorio, con una tropa de hunnos marchó temerariamente contra Tolosa: Teodoredo le presentó batalla, le derrotó, puso su ejército en fuga, y le hizo prisionero. Este revés obligó á Aecio á volver á Galia: reunió sus fuerzas, marchó contra el rey de los godos, y cuando los ejércitos se dieron vista, en lugar de pelear negociaron y concluyeron la paz. Teodoredo, con el objeto de civili-

zar su pueblo, envió sus hijos á estudiar la literatura á las escuelas mas célebres de Galia, y procuró apartar á sus vasallos del hábito contínuo de la guerra, y aficionarlos á la agricultura y á las artes de la paz. Trató de asegurar su tranquilidad haciendo alianza con los reyes, cuya ambicion le daba que temer; y asi casó una de sus hijas con el principe de los hunnos, y la otra con el de los vándalos. El écsito engañó sus esperanzas, porque la mayor quedó viuda poco despues de su matrimonio, habiendo muerto su esposo en una conspiracion. La segunda estaba reservada á mayores infortunios. Su suegro Genserico, rey de los vándalos, bárbaro y desconfiado, creia que todos eran capaces de cometer los mismos crímenes que él. Temido y odiado generalmente, temblaba de los mismos á quienes era formidable. Sospechó que su nuera solicitaba emponzoñarlo, mandó cortarle las narices y orejas, y la envió á su padre tan horriblemente mutilada. El rey de los godos, indignado de esta atrocidad, juró vengarse de una injuria tan cruel, y concluyó con los romanos un tratado, cuyo objeto era derribar del trono á aquel asesino, y echar á los vándalos del Africa. Genserico, para hacer diversion á este peligro, aunque en todas partes se le aborrecia, encontró en

el feroz Atila un aliado digno de él. El rey de los hunnos, sin perder tiempo, se valió del pretesto ofrecido á su ambicion, y al frente de su numeroso ejército invadió la Galia, sin que al principio hubiese ostáculo que detuviese aquel torrente devastador. Pero como en prueba de lo necesaria que es la justicia á los hombres, la invocan los agresores mas injustos, y que menos la respetan, en manifiestos con que procuran engañar á los hombres que oprimen, y á los pueblos que arruinan, diciéndoles que solo se arman para sostener sus derechos legítimos, creyó Atila conveniente, al pasar el Rhin, justificar su agresion, reclamando la mano y la dote de la princesa Honoria, hija de Placidia, que estaba enamorada de su gloria selvática, y diciendo que iba á colocar en el trono de los francos al hijo mayor de Clodion, desposeido por Meroveo. Habia un siglo que este pueblo ocupaba la Toxandria, que era una parte de la Bélgica, y los paises situados sobre las orillas del bajo Rhin. Elegian sus reyes de una familia que despues se llamó *Merovingia*, de Meroveo, hijo de Clodion. Algunos autores dicen que el primer rey fue Merobando, caudillo valiente, que sirvió, segun hemos visto, en los ejércitos romanos. Parece que el trono, hereditario en la familia,

no pasaba precisamente al hijo mayor, sino al príncipe que proclamaba el pueblo por mas digno. Despues de la eleccion, lo levantaban en alto sobre un escudo: ceremonia alusiva á la necesidad de sostener con las armas el poder fundado por ellas. Los príncipes de la familia merovingia llevaban para distinguirse largas cabelleras, por lo cual se les llamó reyes *crinitos* (cabelludos). Los demas francos se afeitaban el pelo de detras de la cabeza, y usaban largos vigotes. Se distinguian de los otros bárbaros por su proceridad y el color azul de sus ojos: su vestido era estrecho, su espada larga, y su escudo tan grande que les cubria todo el cuerpo. Corrian con suma rapidez: atravesaban á nado rios muy grandes: sobresalian en el manejo del hacha y disparar dardos, y habian adquirido reputacion de muy valientes por sus hazañas. Se cree que la nacion de los francos era una confederacion de tribus pertenecientes á diferentes pueblos de Germania, y que debian su nombre al amor de la libertad. Otra confederacion, formada del mismo modo, dió á los que la componian el nombre de *alemanes*, probablemente para dar á entender que eran hombres descendientes de todas las naciones del norte. El primero de los reyes cabelludos de

que se citan cònquistas en Galia, fue Clodion: residia en una fortaleza llamada Dispargo. Este rey, viendo á Roma ocupada en Italia contra los bárbaros, y encontrando indefensa la segunda Bélgica, se apoderó de Camaraco y Turnaco, y llevó sus armas hasta las riberas del Soma. Mientras que orgulloso por sus victorias celebraba las bodas de su hijo, y todo su campo se entregaba á la embriaguez, inseparable entre los bárbaros de semejantes fiestas, fue sorprendido por la noche entre las alegrias de un banquete por el infatigable Aecio. Los francos, sumergidos en el vino, ni tuvieron fuerzas ni tiempo para tomar las armas: los romanos derribaron las mesas, robaron el campamento, cogieron los carros, y se llevaron cautivas á la princesa y á todas las mugeres que la acompañaban en sus bodas. Clodion, obligado á huir, reparó este revés, concentrando sus fuerzas, y peleando tan valerosamente contra Aecio, que este hábil general no pudo quitarle sus conquistas, entre las cuales se contaban las ciudades de Treviros y Colonia.

Cuando Clodion murió, sus dos hijos se disputaron el trono: Meroveo, el menor de ellos, fue á Roma á implorar la proteccion de Valentiniano. Aecio trató á este príncipe como si le hubiese adopta-

do por hijo, le prometió grandes socorros, y le envió á la Galia colmado de presentes. Al mismo tiempo solicitaba su hermano mayor la proteccion de Atila, que entró en Galia accediendo á su demanda, y le prometió el cetro que los romanos le habian quitado. El otro motivo de Atila para esta guerra pareceria mas novelesco que histórico, si las pasiones humanas no hiciesen muchas veces verdadero lo que es inverosimil. La princesa Honoria habia sido seducida por un camarero llamado Eugenio. La severa Placidia, su madre, la desterró de su presencia, y la envió á Constantinopla. Honoria, ardiente y apasionada, no pudo tolerar la vida austera observada en el palacio, que habian convertido en monasterio Pulqueria y sus hermanas. La fama de Atila encendió su ferviente fantasía : las costumbres selváticas de los hunnos, y la fiereza de su rey, le parecian preferibles al órden rigoroso de la corte bizantina. A despecho de sus obligaciones de muger, princesa y romana, escribió al bárbaro, le envió su anillo, le dió su fe, y le conjuró á que la declarase esposa suya. Al principio correspondió Atila con frialdad desdeñosa á una solicitud tan estravagante. Acostumbraba tomar y dejar las mugeres por su capricho, sin someterse á los lazos de un casto

himeneo; y el palacio rústico de este guerrero feroz, semejante á los serrallos actuales del oriente, estaba lleno de bellezas de diversos paises, tratadas mas bien como esclavas que como esposas. Sin embargo, cuando formó el designio de invadir las Galias, inspirado por la ambicion política, no por un frívolo amor, pidió á las cortes de Ravena y Constantinopla que se le entregase á su esposa Honoria, y que se le diese en dote una parte del dominio imperial; renovando asi las insolentes pretensiones que los Tanjús, sus antepasados, habian tenido en otro tiempo con respecto á las princesas de la China. Negóse su solicitud, como él aguardaba, declarándole que la princesa habia contraido otros lazos, y que ademas, la costumbre romana no daba á las hembras derecho para la sucesion del imperio. La familia de Honoria la obligó á casarse con un hombre de la plebe, y la desterró á un pueblecillo de Italia, donde terminó algunos años despues su vergonzosa carrera.

Batalla de los campos cataláunicos. (451.) Desde que Atila dió la señal de la guerra, acudieron á su voz todos los pueblos bárbaros de la costa del Báltico, de las orillas del Volga y las del Danubio, y se reunieron en la confluencia del Rhin y del Nicer, sirviéndoles de

guias los francos, que militaban con el hijo mayor de Clodion. Galia, consternada y medrosa, parecia no á un guerrero acometido, sino á una víctima que va á ser sacrificada, ó á un reo sentenciado que camina al suplicio. Los historiadores de aquella época describen esta invasion como un incendio. Los bárbaros mataban indiferentemente á los niños, mugeres y viejos. Muchas ciudades perecieron en las llamas : Mediomátrico quedó enteramente destruida, sin que la ferocidad de los hunnos dejase en ella una sola capilla. Los escritores eclesiásticos cuentan los milagros que detuvieron algunas veces la marcha de aquel pueblo destructor. Las oraciones de la santa vírgen Genoveva salvaron á Parisios y apartaron á Atila de esta ciudad. El rey de los hunnos pasó el Icauna, cerca de Antisioduro, y se acampó junto á los muros de Aureliano, donde por la vez primera encontró puertas cerradas y almenas guarnecidas. El rey de los alanos le habia prometido secretamente entregarle la ciudad y la guarnicion; mas su perfidia fue descubierta y burlada. San Aignan, obispo de Aureliano, alentó el valor de sus compatriotas. La guarnicion peleó ostinadamente contra los sitiadores, y dió tiempo al denodado Aecio para venir en su socorro. El general ro-

mano habia hecho alianza con Teodoredo, rey de los visigodos: entrambos marcharon contra los hunnos con un ejército numeroso, engrosado con un gran número de burgundiones, sajones y ripuarios, y principalmente con un cuerpo de francos intrépidos, mandados por Meroveo. El rey de los hunnos, informado de su procsimidad, levantó el sitio, y se retiró para juntarse con las divisiones que habia dejado á sus espaldas. Los romanos, visigodos y francos le persiguieron sin dejarle respirar: en fin, los dos ejércitos se detuvieron en la llanura de Cataláunos, y despues de algunas horas de descanso se dieron batalla.

Este dia iba á decidir el destino del occidente. Atila, cuya ferocidad natural se aumentaba á la vista del peligro, corre sus numerosas líneas, compuestas de bárbaros de todas las naciones. Los reyes y príncipes, los héroes del norte que le siguen, parecen mas bien sus esclavos que sus compañeros, y sin atreverse casi á levantar los ojos, esperan sus órdenes en silencio. El rey les dijo: «Debemos tener las mayores esperanzas y ningun temor. Yo os mando, y Marte os protege. Mis hazañas pasadas os prometen la victoria: la cobardía de los romanos es el fiador de su derrota. ¿Quién podrá detenernos? ¿Los

francos, divididos entre sí, y de los cuales pelea una mitad bajo nuestras banderas? ¿Los visigodos ó burgundiones, que huyen de nosotros tantos años há, y que se han parado en estos campos, mas bien por cansancio que por valor? Marchad con entera confianza. Nada es superior á vosotros sino el hado que rige el universo, de cuyos decretos ningun mortal se libra, que mata al flaco en la huida, en el descanso, en la paz, y salva al esforzado enmedio de todos los peligros de la guerra. No os digo mas que esta sola palabra: inspirado por los dioses, lanzaré el primer dardo, y consagraré los cobardes á una muerte inevitable.» Jornandes, historiador de los godos, dice, que en toda la antigüedad no se vieron nunca pasiones mas feroces, mayor número de combatientes, ni batalla mas reñida y sangrienta. La esperanza de poder, en consecuencia de la victoria, robar y destruir sin ostáculos y á su placer los paises mas ricos del mundo, redoblaba el valor y denuedo de las tropas de Atila. Las de Aecio, Teodoredo y Meroveo combatian con el furor de la desesperacion, no ignorando ninguno que era forzoso morir ó vencer por salvar la libertad, honor, familia y patria. Si los hunnos quedaban vencedores, la Europa se sumergia en la barbarie. Tan grandes

impulsos inflamaban el valor, y no permitian pensar en las combinaciones estratégicas. En lugar de movimientos, se arrojaban unos contra otros, y aquella larga batalla solo fue una espantosa confusion en que se peleaba cuerpo á cuerpo. La masa de los hunnos consiguió penetrar en el centro de sus enemigos y separarle de las alas. Teodoredo, despues de haber hecho prodigios de valor, cae herido y muere rodeado de sus mas valientes guerreros, que le formaban muralla con sus cuerpos. Se cuenta que los arúspices consultados por Atila le habian pronosticado que perderia la batalla; pero que en ella pereceria su mas cruel enemigo. Cuando los hunnos, avanzando siempre, entonaban el cántico de la victoria, Turismundo, príncipe de los visigodos, desciende de una colina con el cuerpo de reserva, desbarata á los bárbaros, anima á los aliados y muda la suerte del combate. Arrójanse todos sobre los hunnos, y hacen en ellos una espantosa carnicería. Atila, como leon rugiente, hace inútiles esfuerzos para volver sus tropas á la pelea: por la primera vez el terror impide oir sus órdenes: se ponen en huida, y se refugian á su campamento, donde se atrincheran, segun su costumbre, detras de una gran multitud de carros.

Cubrian el campo de batalla 150.000 cadáveres: los partes, probablemente ecsagerados, doblaban este número. Los visigodos triunfantes proclamaron rey sobre aquellos sangrientos trofeos al intrépido Turismundo. Este aconsejó á sus aliados sitiar el campamento de Atila; pero el astuto Aecio, que no temia ya á los hunnos, y que creia necesario no destruir á Atila para conservar á los godos en su alianza, se opuso á este designio: se encargó de defender las Galias, y persuadió á Turismundo que volviese á Tolosa para asegurar su nuevo trono contra los rivales que se pudiesen levantar. Despues de su partida, Aecio y Meroveo incomodando sin cesar al rey de los hunnos, que hubo de retirarse por la disminucion de su ejército y la falta de víveres, le vencieron en muchos reencuentros, y le obligaron á retirarse á Turingia. Los hunnos, al atravesar el pais de los francos, cometieron crueldades horrendas, degollaron á los prisioneros y á los rehenes, é hicieron despedazar por caballos no domados á 200 jóvenes. Estas atrocidades fueron despues los motivos ó pretestos de las venganzas que el hijo de Clodoveo ejerció en Turingia.

Espedicion de Atila en Italia. (452.) Atila vencido, mas no desalentado, esperó vengar en Italia la derrota que habia

sufrido en Galia. Habiendo instado de nuevo y en vano á las dos cortes imperiales que le entregasen á Honoria, pasó los Alpes y sitió á Aquileya. En este cerco se sirvieron los hunnos por la primera vez de las máquinas de guerra, empleando las artes de la civilizacion para destruir á los pueblos civilizados. Los romanos, atendida su degeneracion, hubieran sido incapaces de resistirle; pero un cuerpo de godos que militaba á su sueldo, mandado por los príncipes Alárico y Antala, les infundió valor. La resistencia fue tan vigorosa como el ataque. Despues de tres meses de esfuerzos inútiles, los hunnos pedian que se levantase el cerco; cuando Atila, al ver una cigüeña salir de lo alto de uná torre de la ciudad, dijo á sus soldados: «Este presagio nos anuncia una victoria pronta: aquel ave doméstica no dejaria su nido si no preveyese la prócsima ruina de la casa.» Estas palabras llenaron á los bárbaros desalentados de esperanza y ardor: atacan las murallas de Aquileya, las toman por asalto, saquean y reducen á cenizas la ciudad. Atila, despues de esta victoria, no encontró romanos armados, sino esclavos medrosos que sacrificaban su honor por salvar su vida. Patavio, Vicencia, Verona, Bergamo, Ticino y la misma Mediolano se sometieron. En esta ul-

tima ciudad vió Atila un cuadro que representaba al emperador en su trono, y algunos príncipes escitas postrados ante él: mandólo quemar, y puso otro en que estaba él colocado en un trono y dos emperadores tributando sus tesoros á sus plantas. Estas tribus bárbaras no se contentaban con el saqueo: talaban los campos, arrancaban los árboles, quemaban las cabañas. Atila, en lugar de reprimirlas, las escitaba y decia con orgullo, que «no volveria á nacer la yerba en el sitio por donde habia pasado su caballo.» Tan horrible estrago esparcia en todas partes el terror, cuando debiera inflamar los brios; pero los italianos en lugar de defender su patria, solo pensaban en abandonarla. La Galia cisalpina y la Venecia quedaron desiertas, y sus habitantes buscaron refugio en las islas del Adriático. Un príncipe godo los comparaba á las gallinas de agua, que forman sus nidos enmedio de las olas. La ciudad de Venecia debió su orígen á estas emigraciones. El interes comun unió á todos los desterrados: la necesidad escitó su industria, y los hizo comerciantes. La república que formaron se componia de doce islas, gobernadas cada una por un tribuno. Su estado naciente se consolidó bajo la proteccion de los ostrogodos, y llegó despues á un alto grado de prosperidad.

Los francos y visigodos, aliados de Aecio para echar á los hunnos de Galia, no quisieron unirse á él para defender la Italia. Aquel gran caudillo probó que el triunfo depende de la habilidad del gefe, mas que del número de los soldados, y que él era, segun las circunstancias, tan prudente como intrépido. Poniéndose al frente de un corto número de tropas escogidas, supo contener á Atila sin comprometerse, incomodándole sin cesar, cortándole los víveres, evitando las batallas y reduciendo la guerra á acciones depuestas. El nuevo Fabio se aprovechaba de todas las ocasiones favorables, minaba las fuerzas del enemigo, aumentaba las suyas y ganaba tiempo, que es ganarlo todo en las guerras de invasion. Mientras que el talento de solo un hombre luchaba así contra el destino, el cobarde Valentiniano, cediendo á su terror, huia de Ravena, se retiraba á Roma, y queria abdicar un poder que perdia para él todo su valor por el peligro á que le esponia. Propuso bajamente al senado y al pueblo abandonar la Italia. No le permitieron seguir este consejo pusilánime; pero como no fue posible moverle á probar la suerte de las armas para salvarse, le persuadieron que emplease el medio de las negociaciones. Envió, pues, por embajadores á Avieno,

consular, á Trigecio, prefecto del pretorio, y al papa Leon, que mereció por su firmeza en las desgracias el sobrenombre de *grande*. Hallaron al feroz Atila, al devastador de la Italia, acampado en el mismo terreno que habia sido heredad de Virgilio: contraste muy á propósito para mostrar de un modo cruel la diferencia de los tiempos. La elocuencia de Leon y la magestad de sus vestiduras sacerdotales le infundieron respeto. Algunos escritores de aquella época añaden, que se le aparecieron los apóstoles san Pedro y san Pablo, y le amenazaron con la venganza divina, si persistia en querer destruir el imperio romano: narracion que ha inmortalizado el célebre Rafael en un cuadro hermosísimo. Ademas, Atila estaba cansado de la especie de guerra que le hacia Aecio, causándole contínuas pérdidas, hiriéndole siempre y no presentándose nunca al combate. Sus guerreros, enervados por la crápula, no podian resistir al ardor del clima, y una fiebre contagiosa los atormentaba. Atila, aunque impío, era supersticioso, y un adivino le pronosticó que si tomaba á Roma, como Alárico, le imitaria tambien en morir poco tiempo despues de su victoria. Recibió, pues, favorablemente á los embajadores romanos, y en breve concluyó la paz. Prometió que evacuaria la Italia si

se le daba á Honoria con una rica dote; y declaró al mismo tiempo que si la princesa no llegaba á sus estados en un término fijado, volveria con un ejército mas numeroso á llevar la Italia á sangre y fuego, y á destruir á Roma hasta sus cimientos.

Fiel á su palabra, volvió con prontitud á su rústico palacio, situado en las orillas del Danubio. Mientras esperaba á Honoria, insaciable de placeres como de conquistas, aumentó el número de sus mugeres, y obligó á una cautiva rica y hermosa, llamada Ildico, á casarse con él. Este matrimonio, formado por fuerza, causó su ruina, y la desesperacion de una muger libertó la tierra de un mónstruo que no habian podido destruir ejércitos formidables. El rey de los hunnos para celebrar sus bodas, empleó un dia y la mayor parte de la noche en regocijos y banquetes: sumergido en la embriaguez, se retiró con su esposa, á quien guiaba en lugar del amor, el aborrecimiento. Al dia siguiente, admirados sus guerreros de no verle entraron en su tienda y le hallaron muerto y bañado en sangre. Los bárbaros dijeron que habia muerto de una hemorragia violenta; pero los romanos atribuyeron su muerte á la venganza de Ildico. El ejército celebró sus funerales con la pompa usada entre los hunnos: cantaron himnos que celebraban sus hazañas: á

las lágrimas dedicadas á la muerte de tan valeroso guerrero sucedieron banquetes en que el delirio de la embriaguez se juntaba de una manera estravagante con el de la afliccion. Los escuadrones de los hunnos hicieron grande estruendo con sus armas al rededor del cadáver, y segun su costumbre se maltrataban y herian cruelmente el rostro, mezclando á los elogios de su héroe esta terrible verdad: «Que el homenage mas digno de él serian lágrimas de sangre.» Encerraron sus restos en un magnífico atahud, y para libertarlo de todo insulto, imitaron lo que se habia hecho con Alárico, y mataron á los obreros que habian construido su sepulcro. El imperio de Atila, casi tan estenso como el de Alejandro, le igualó en la corta duracion, y sobrevivió poco á sus funerales. Los hijos que habia tenido de muchas mugeres se dividieron, y los gefes de las tribus se pusieron en guerra. Helac, hijo mayor de Atila, sostenido por un partido considerable, fue atacado por los caudillos que querian hacerse independientes. Dióles batalla en Pannonia, y perdió la corona y la vida. Ardarico, su vencedor, gobernó una parte de sus estados con el título de rey de los gépidos: reinó en el palacio de Atila y en los paises que se estienden hácia el Ponto Euxi-

no. Los ostrogodos formaron un reino separado desde Vindobona (Viena de Austria) hasta Sirmio. Dingisico, otro hijo de Atila, se defendió en Tracia con algunas tribus durante 15 años contra sus rivales, atacó el imperio de oriente, y pereció en una batalla. En fin, Sesac, último hijo de Atila, se retiró á Escitia con los hunnos mas adictos á la memoria de su padre; pero fueron arrojados de allí por los ávaros y otros pueblos de la Siberia, y con ellos acabó el último vestigio del azote del mundo. Cuando murió Atila ya no ecsistia Placidia, princesa que mereció y obtuvo una justa celebridad. Hizo cuanto podia una muger por el bien del imperio; y ya que no le era dado con el valor, lo salvó con la prudencia. Sacrificando sus resentimientos y su amor propio ofendido, restituyó su confianza al valiente Aecio, y dió á Roma un apoyo que retardó su ruina. Fue tan recta como hábil. Todos los príncipes deberian tener presente esta bella espresion, que sirve de preámbulo á uno de sus edictos: «La magestad soberana se honra á sí misma reconociendo que está sometida á las leyes; porque el poder de estas es su cimiento. Hay mas verdadera grandeza en obedecerlas que en mandar sin ellas. Por el presente edicto nos felicitamos de mostrar á

nuestros súbditos qué límites queremos dar á nuestra autoridad.»

Muerte de Aecio. (454.) Valentiniano tenia 35 años cuando perdió á su madre. Mientras Atila le inspiró temor, parecia discípulo de Aecio mas bien que soberano: le colmó de favores, le prometió casar á Gaudencio, hijo del héroe, con Eudoxia, su hija. Pero cuando creyó que habia cesado el peligro, sucedió á la gratitud la envidia; y no pudiendo sufrir la gloria de aquel gran varon que habia salvado el imperio, resolvió asesinarlo. Aecio, indignado de esta ingratitud, tomó las armas contra él, y lo obligó por miedo á reconciliarse. Sobradamente confiado como todos los hombres valientes, creyó en la sinceridad de un príncipe cobarde y pérfido, y fue sin guardías á palacio para instar al emperador que cumpliese lo prometido en cuanto á la union de Gaudencio y Eudoxia.

Valentiniano, violando todos los derechos de la gratitud, de la humanidad y de la justicia, le llenó de injurias apenas le vió, tiró de la espada, y la hundió en el seno del héroe á quien debia la corona. Hasta entonces el emperador no era mas que despreciable: desde esta accion comenzó á ser odioso. En vano procuró justificarla, declarando que Aecio aspiraba

al poder supremo. Un senador le respondió: «Has obrado como el insensato que cortase su mano derecha con la izquierda.» Este príncipe era creido tan indigno del trono, que el senado, saliendo repentinamente de su larga servidumbre, pensó en recobrar la antigua independencia.

Entre tanto Valentiniano, siguiendo las pisadas de Heliogábalo y Calígula, no conocia otras fruiciones del poder supremo que la violacion de las leyes y el desprecio de todas sus obligaciones. Entregándose desenfrenadamente á la liviandad mas escandalosa, desdeñaba á su muger, y ultrajaba el pudor de las matronas romanas mas esclarecidas. Enamoróse perdidamente de la esposa de Petronio Máximo, senador; y como no pudiese seducirla, se valió del artificio y la violencia para satisfacer sus adúlteros deseos. Habiendo invitado á Petronio á que jugase con él, logró ganarle todo su dinero y hasta el anillo. Apenas lo tuvo en sus manos, lo envió con un liberto á la muger de Petronio, con órden de decirle que su marido, por señas de aquella sortija, la mandaba venir á Palacio. La matrona fue sin desconfianza, la encerraron, y Valentiniano, que nada respetaba, la hizo víctima de su lubricidad, y la envió despues á su casa llena de dolor, de vergüenza y

de deseos de venganza, los cuales inspiró á su esposo. Entre los guardias del emperador habia muchos que lamentaban la pérdida de Aecio, y buscaban la ocasion de castigar á su asesino. Máximo Petronio los animó con presentes y promesas, y formaron una conspiracion, cuyo secreto guardaron fielmente. Un dia rodearon al emperador cuando asistia en el campo de Marte á los ejercicios militares, se arrojaron sobre él, le dieron de puñaladas, é hicieron lo mismo con su infame valido el eunuco Heraclio. La vida vergonzosa y muerte trágica de este príncipe, la incertidumbre del senado, la depravacion del pueblo y la audacia de los bárbaros, que renació desde que Aecio habia faltado, presagiaban á Roma su prócsima ruina y el cumplimiento del pronóstico que los adivinos hicieron á Rómulo cuando vió los doce buitres, anuncio, decian, de los doce siglos que ha de durar la ciudad. Los romanos afligidos se acordaban con terror de este oráculo: presagio mas seguro fue la pérdida completa de su valor y de sus virtudes. Huian temblando de su patria, se encerraban en los monasterios ó buscaban vergonzosamente su salvacion en los campamentos de los bárbaros. La Galia estaba repartida entre los godos, los francos y los burgundiones. Los patricios, cu-

ya opulencia no era ya alimentada por las provincias, no podian como antes proteger á sus clientes ni dar alimentos al pueblo. El Africa se habia perdido para siempre: los vándalos, enriquecidos con el botin de España y de Sicilia, fundaban una nueva Cartago sobre las ruinas de la antigua, la cual no tardó en marchitar los laureles y saquear la patria de los Escipiones. Tal era la situacion deplorable del imperio de occidente cuando murió Valentiniano.

Máximo, emperador de occidente: los vándalos saquean á Roma: Avito, emperador de occidente. (455.) Petronio Máximo, baron consular, fue elegido para suceder á Valentiniano: su opulencia, su carácter, su amor á la filosofía, le adquirieron todos los votos. Antes de ascender al poder supremo que deseaba, pareció digno de él. Pero apenas lo poseyó, solo conoció su gravámen. Espantado de los peligros que le amenazaban, dijo suspirando á su amigo Fulgencio: «¡Cuánto envidio la suerte de Damócles el siracusano, cuyo reinado empezó y acabó en un solo banquete!» La muger de Petronio, nueva Lucrecia, no pudo sobrevivir á su deshonor. Máximo, cuya venganza no se habia estinguido con la muerte del violador, obligó á la emperatriz Eudoxia, viuda de

Valentiniano, á darle la mano. Celebradas las bodas, tuvo la imprudencia de confiar á su nueva esposa que él fue quien dirigió los puñales de los asesinos. Eudoxia, indignada de verse en los brazos del matador de su marido, escribió secretamente, segun dicen algunos historiadores, á Genserico, rey de los vándalos, le suplicó que viniese á vengarla, y le aseguró que el imperio estaba tan desordenado, que no hallaria ningun ostáculo á la empresa. De improviso se supo que Genserico se habia presentado en la embocadura del Tiber con una armada numerosa. La cercanía de un enemigo escitaba en otro tiempo el furor de los romanos: entonces causó grande terror. Máximo, en vez de despertar los brios, propuso cobardemente al senado que huyese con él. El pueblo, sabiendo que quieren abandonarlo, se subleva: Máximo se presenta para calmarlo: un soldado le hiere, y la muchedumbre enfurecida le despedaza y arrastra su cadáver por las calles. Tres dias despues aparecieron Genserico y sus africanos á las puertas de Roma. El papa Leon, único hombre firme en tan deplorables circunstancias, fue al campamento del rey de los vándalos, y obtuvo de él que Roma seria preservada del saqueo y del incendio, y los ciudadanos desarmados de

la muerte. Los africanos no respetaron la palabra de Genserico, y trataron la ciudad como si la hubiesen tomado por asalto. La nueva Cartago dió venganza á la antigua, y durante catorce dias y catorce noches, Roma entregada al saqueo, vió destruidos sus monumentos, quemadas sus casas, degollados sus ciudadanos, y sufrió todos los ultrages de que es capaz el furor cuando se cree justificado por la humillacion de muchos siglos. Transportáronse á la patria de Annibal los despojos de su rival, y entre ellos los tesoros del templo de Jerusalen. Eudoxia, que habia llamado la tempestad sobre su patria, no fue perdonada. Los romanos la miraban con horror, los vencedores con menosprecio. Estos mismos castigaron su traicion, quitándole sus riquezas, y llevándola cautiva. Los senadores, los patricios, separados de sus mugeres, cayeron en las prisiones de los bárbaros, y solo se dió libertad á los que hallaron en sus vastos dominios recursos para pagar su rescate. Aunque Roma cayó bajo la espada de Genserico, la ruina del imperio debe contarse desde la muerte de Aecio. Faltándole este héroe que lo sostuvo con su valor y actividad, los francos se estendieron hasta las orillas del Sena, los godos hasta el centro de la Galia, los sajones infestaron las costas, y solo queda-

ron á los romanos en aquella provincia los territorios, llamados despues Provenza, Leonesado, Auvernia y Berry.

Avito, galo, natural del pais de los auvernos, y nombrado por Máximo comandante de los ejércitos, defendió algun tiempo con valor aquellos miserables restos de la grandeza romana. Teodorico, rey de los visigodos, hermano, asesino y sucesor de Turismundo, hizo alianza con él, persuadió á las legiones que le nombráran emperador, é influyó para que Marciano, emperador de oriente, confirmase la eleccion. Genserico, despues de saqueada Roma, se desdeñó de reinar en ella, y se volvió al Africa cargado de botin. Las sombras del senado y pueblo romano, se sometieron murmurando al nuevo emperador que Teodorico acababa de darles, y esta eleccion les pareció una nueva injuria; pues solo se libertaban del yugo de un vándalo para caer bajo el de un galo. El rey de los visigodos sostuvo á su aliado: venció á los suevos que aspiraban al dominio de España, y los destruyó casi enteramente cerca de Astúrica. Avito, fuerte con su apoyo, despues de pacificada Galia, marchó á Roma. El célebre poeta Sidonio Apolinar, su yerno, pronunció en 600 versos su panegírico. El poder de los emperadores habia caido, mas no la cos-

tumbre de adular; y aquellos ídolos, casi derribados, recibian todavía inciensos.

Avito disipó muy pronto por su conducta la esperanza que habian inspirado sus primeras acciones. Se entregó á los deleites, y fue por sus escesos tan despreciable como Valentiniano. Un guerrero valiente, llamado Ricimero, mandaba entonces los godos ausiliares, única fuerza verdadera de los romanos en Italia. Este general atacó y venció á los vándalos que proyectaban desembarcar otra vez en Italia, y se hizo por la estimacion pública dueño del imperio. En aquel tiempo de miseria y debilidad, todos los ciudadanos se reunieron al único hombre que mostraba entonces alguna fuerza. Ricimero, conociendo cuan despreciado era Avito, marchó contra él, le venció en una batalla cerca de Plasencia, le hizo prisionero, le depuso y le dejó la vida; mas porque no pudiese volver á empuñar el cetro, le obligó á recibir las órdenes sacras, y á aceptar el obispado de Plasencia. De allí á poco supo Avito que el senado queria condenarlo á muerte, huyó hácia la Galia transalpina y murió en el camino. Describiendo el triste cuadro de la decadencia del imperio, llegamos al momento en que solo se ven en su historia algunos bárbaros ilustres; pero ningun romano. Los cónsu-

les carecen de autoridad : los emperadores no son mas que fantasmas : el senado es solo un monumento destruido ; y el pueblo rey está tan envilecido , que los conquistadores que lo postran, se desdeñan de gobernarlo.

Mayoriano , emperador de occidente. (457.) Ricimero, suevo de nacion, yerno del famoso Valia, y compañero de armas de Aecio , mandó al senado que eligiese por emperador á Mayoriano : eleccion tal como debia esperarse de un guerrero tan respetado. El célebre Aecio habia premiado su mérito y sus brillantes hazañas, adelantándole rápidamente en los grados. Revestido de la púrpura , correspondió por su justicia y valor á la esperanza general. Procopio , y aun Sidonio Apolinar, hacen su elogio en estas pocas palabras: «Fue querido de los romanos y temido de sus enemigos.» Escribió en estos términos al senado : «No deseaba una elevacion rodeada de tantos peligros ; pero pues el trono es un puesto tan arriesgado , el rehusarlo seria una cobardía indigna de un romano. Lejos de olvidar en el poder supremo que he sido vuesto colega, miraré siempre como un honor ser individuo del senado. Os exhorto á ausiliarme en la noble empresa de restituir al pueblo romano su gloria y prosperidad ; y para lograrla, de-

bemos empezar reformando las costumbres, volviendo á la justicia su antiguo vigor, y obrando de suerte que la virtud, tanto tiempo há oprimida, no solo deje de ser sospechosa, sino sea por el contrario el único medio de obtener mi favor y las dignidades del estado.» Todos sus actos probaron la bondad de su carácter: disminuyó los impuestos, reprimió el lujo, llenó el tesoro á fuerza de economía, reparó los edificios públicos, y promulgó edictos severos para impedir su degradacion. No debe creerse que el furor de los bárbaros destruyó todos los monumentos de Roma: los mismos romanos, pobres ya é indiferentes á su gloria pasada, demolian aquellos magníficos edificios para construir sus casas á menos costa. La ciudad se habia perdido á sí misma por su depravacion, y perecia materialmente por sus propias manos.

Mayoriano, lejos de imitar la indolencia de sus predecesores, hizo corta mansion en el palacio de Ravena. Se vió, en fin, un emperador en los campamentos, y con él la disciplina y el valor. Al frente de su ejército atacó cerca del Liris las tropas del rey de los vándalos, las venció y mató al cuñado de Genserico. Despues de esta victoria queria pasar al Africa; pero ningun romano se atrevió á seguir á este

nuevo Escipion. Solo los bárbaros permanecieron bajo sus banderas.

Guerra con los visigodos y sitio de Lugduno. (459.) Entretanto una nueva guerra ejercitó su actividad. Teodorico, rey de los visigodos, queria vengar á Avito su protegido. Marchó contra los romanos que habia en Galia, y á pesar del valor de Egidio, lugarteniente de Mayoriano, que le rechazó muchas veces, puso sitio á Lugduno. El emperador atravesó los Alpes, y despues de algunas victorias, en las cuales conocieron los godos que aun no habia muerto Roma, hizo paces con Teodorico, y volvió á Italia. Su vigor creó recursos, cuando todos se creian agotados, y en poco tiempo construyó gran número de buques, y reunió un ejército poderoso. Su escuadra estaba en el puerto de Cartago-nova, á donde llevó sus tropas resuelto á desembarcar en Africa. Genserico, atemorizado de estas disposiciones, trató pláticas de paz; pero los escesos cometidos en Roma por los vándalos no permitian á Mayoriano darle oidos; y asi afectó el lenguage de los cónsules antiguos, y se negó á todo convenio. El rey de los vándalos, no pudiendo conjurar la tempestad con negociaciones, y temiendo la suerte de las armas en una lid contra un guerrero tan hábil, y hasta entonces tan

dichoso, empleó el artificio pára vencerle. Halló traidores que prendieron fuego á la escuadra romana, y destruyeron en una noche el trabajo de tres años. Despues de este triunfo, debido á la perfidia, renovó sus ofertas de la paz, y Mayoriano se vió en la necesidad de aceptarla.

Al volver á Italia, halló otros peligros que ningun valor podia evitar. Todos los hombres corrompidos aborrecian la severidad de un príncipe que deseaba reformar las costumbres. Los soldados, acostumbrados á la licencia, sufrian impacientemente el yugo de la disciplina, y aun se dice que el mismo Ricimero veia con disgusto, que en lugar de dar á los romanos por príncipe uno de sus lugartenientes, les habia dado un verdadero emperador que sabia ser agradecido, sin ser esclavo. Cuando Mayoriano volvió á su campamento de Tortona, todos estos descontentos escitaron una sedicion, enmedio de la cual fue asesinado, aunque se corrió que habia muerto de disenteria. Los hombres virtuosos le lloraron y le erigieron un túmulo, cuya sencillez contrastaba con la magnificencia de los monumentos que la adulacion y la servidumbre habian erigido á tantos tiranos despreciables.

Unos y otros han sido estragos del tiempo; pero los anales de la historia, monu-

mentos mas durables, conservarán con honor el nombre del último príncipe que llevó con glória la corona de emperador y la espada de general romano.

Vibio Severo, emperador de occidente. (461.) Vibio Severo fue proclamado augusto de órden de Ricimero, que reinó por él; pero su protector, condecorándole con la diadema, no pudo sacarle de la oscuridad. Los Alpes eran los límites del imperio, aunque Marcelino defendia la Dalmacia con el fin de hacerse independiente en ella; y en Galia el valeroso Egidio, apaciguada una sedicion en Armórica, sostenia aun el nombre romano. Amigo del último emperador, se declaró contra sus homicidas. Los francos, que miraban siempre el valor como el mas noble de los títulos y la primera de las virtudes, depusieron á su príncipe, y ofrecieron la corona á este héroe que los habia vencido muchas veces. Egidio aceptó; pero cansado en breve de gobernar á un pueblo impetuoso y móvil, devolvió el cetro á la familia de Meroveo, y murió poco despues: sospechóse que de veneno, enviado por Ricimero. Los vándalos, libres del temor que Mayoriano les habia inspirado, talaban las costas de la Italia, y amenazaban á Roma de una nueva invasion. Genserico, habiendo obligado á la emperatriz Eudo-

xia, su prisionera, á dar la mano á su hijo Hunerico, siguiendo el ejemplo de Atila, ecsigió que el pueblo romano le cediese un vasto territorio como dote de aquella princesa. Ricimero, reducido á solas las fuerzas de Italia, no podia resistir á un enemigo tan formidable sin el socorro del emperador de oriente; y para lograr este apoyo, era preciso ceder á la corte de Constantinopla el vano honor de nombrar un emperador de occidente.

Marciano habia muerto (457), como tambien Pulqueria. Aspar, el mas poderoso de los dignatarios del imperio, hubiera reunido todos los votos para sucederle, á no ser arriano. Pero preveyendo que este ostáculo no le permitiria reinar tranquilamente, hizo que el senado eligiese á Leon, con la esperanza de conservar el poder, no dejando á su hechura mas que el título. Leon obró muy de otra manera. Desde que se vió en el trono, ganó á su partido un cuerpo de isauros, compatriotas suyos, sacudió el yugo de su protector, y adquirió por esta feliz osadía el sobrenombre de *grande*. En su reinado era el trage eclesiástico ó monacal el mas estimado en palacio; de modo que muchos ilustres personages, y aun el gran camarero, tomaban el vestido monástico, sin dejar sus empleos.

Antemio, emperador de occidente. (467.) Leon respondió favorablemente á los deseos del senado y pueblo romano que le pidieron un emperador, dió la púrpura á Antemio, yerno de Marciano, y prometió unir sus fuerzas á las de Ricimero, para arrojar del Africa á los vándalos. Antemio vino á Roma: el senado, el pueblo y los bárbaros, que eran los verdaderos señores del imperio, confirmaron su eleccion. Casó su hija con Ricimero. Sidonio Apolinar, cuya musa estaba acostumbrada á alabar sucesivamente á todos los césares que parecian y desaparecian con tanta prontitud en el trono, logró al principio la prefectura de Roma, y la dejó despues por el obispado de Claromoncio, en el pais de los arvernos. Antemio era religioso, pero tolerante, y usó de indulgencia con el corto número de paganos que aun quedaban. Los dos emperadores hicieron prodigiosos esfuerzos para asegurar el buen écsito de la guerra de Africa. La ambicion de Genserico habia probado que era necesario por la segunda vez, que Roma ó Cartago feneciese. Marcelino venció á los vándalos y los echó de Sardinia. Heraclio derrotó las tropas de Genserico junto á Tripolis; y Basilisco, habiendo llegado á las costas de Africa con la escuadra del emperador de oriente, com-

puesta de 1.200 buques, los dos ejércitos romanos se reunieron, dieron batalla á los bárbaros y los pusieron en huida. Si estos generales hubieran sabido aprovecharse de su victoria, Cartago, ya consternada, hubiera caido en sus manos; mas perdieron tiempo, y concedieron á Genserico una tregua de cinco dias. Este príncipe astuto, que sabia servirse del oro tanto como del hierro, compró traidores que le entregaron la escuadra: la ataca, la sorprende y la incendia. Basilisco huye: Heraclio y Marcelino se retiran: Genserico recobra el imperio de los mares, se apodera de Sicilia, y derrama en Italia el mismo terror que el armamento de los dos emperadores habia causado en Africa. En medio de estos reveses Antemio se mostró valeroso: «Soy, decia, el único romano que no teme por sí, sino por el bien del estado, que es la sola especie de temor permitida á un príncipe.»

Una de las mayores y mas comunes desgracias que siguieron á la calamidad, fue la division entre los gefes, mas dispuestos á romper la union cuando es mas necesaria. Antemio y Ricimero se enemistaron desde que tuvieron la fortuna contraria. El general, cansado de obedecer, levantó en Mediolano el estandarte de la rebelion, se declaró independiente, en-

gañó al príncipe con una reconciliacion fingida, reunió todas sus fuerzas, y marchó contra Roma. Antemio, digno de reinar, pues supo pelear y morir, se defendió tres meses al frente del pueblo, cuyo valor apenas podia animar con su ejemplo. Ricimero, que mandaba hombres mas aguerridos, venció al fin las murallas de la capital, hizo matar á su suegro, y entregó la ciudad al pillage.

Olibrio, emperador de occidente. (472.) Ricimero colocó en el trono á Olibrio, de la familia Anicia, y marido de Placidia, última hija de Valentiniano. Este fantasma imperial, cuyo nombre ha sido un título de desprecio, no pareció mas que siete meses sobre el trono.

Roma quedó muy pronto libre de Ricimero: poco tiempo despues de su victoria y de su crímen, falleció dejando el renombre de gran capitan y de estadista pérfido. Dió y recobró cuatro veces el imperio de occidente, que defendió con valor y gobernó con tiranía.

Glicerio, emperador de occidente.
Julio Népote, emperador de occidente. (473.) Al mismo tiempo Verina, emperatriz de oriente, persuadió á su esposo Leon que diese el imperio de occidente á Julio Népote, sobrino suyo y gobernador de Dalmacia. Népote tuvo que vencer á

un competidor llamado Glicerio, nombrado por los burgundiones; porque en aquella época todos disponian del imperio de Roma, escepto los romanos. Népote venció, y fue proclamado en Italia y en las ciudades de Galia que aun reconocian la sombra de la dominacion romana. Su reinado fue corto, y se lamentó que no hubiese durado mas tiempo; porque era príncipe justo y valeroso.

Para tener un apoyo contra los bárbaros, Népote cedió la Auvernia á los visigodos. Su residencia ordinaria era Ravena. El patricio Orestes, que mandaba en Roma los godos ausiliares, se sublevó contra el emperador, y llevó sus tropas hasta las puertas de aquella ciudad. Népote, atacado por los que debian defenderle, huyó á Dalmacia, donde murió cuatro años despues, no sin sospechas de haberle asesinado el obispo de Salona.

Augústulo, último emperador de occidente. (475.) Orestes habia sido secretario de Atila, y su embajador en Constantinopla, y llegó al grado de general por el influjo del mismo Népote, á quien privó del trono. No queriendo ceñir la corona, la puso en las sienes de su hijo Augústulo. Los bárbaros, que favorecieron su rebelion, ecsigieron en recompensa la tercera parte de las tierras de Italia.

Orestes creyó que podia hablar como dueño: no quiso acceder á su demanda, y probó cuánta es la dependencia que tiene un criminal de sus cómplices. Habia hecho traicion á su bienhechor y su gefe, y á su vez invocó en vano la fidelidad de los mismos á quienes su ejemplo habia desmoralizado.

Otro secretario de Atila, hunno de nacimiento, llamado Odoacre, hijo de Edecon, sublevó contra Orestes todos los bárbaros que habia en Italia. Les demostró fácilmente que á ellos pertenecian las tierras conquistadas y defendidas tantas veces por sus armas. Corrieron todos á su voz, sitiaron á Orestes en Ticino, le hicieron prisionero, y le mataron.

Conquista de la Italia por Odoacre, y ruina del imperio de occidente. (476.) Odoacre resolvió abolir el título de emperador de occidente. Esta grande revolucion se verificó sin resistencia ni combates; y el coloso romano, que por tanto tiempo habia fatigado la tierra con su peso, minado por la edad, abatido por los reveses, carcomido por la corrupcion, se desmoronó á la voz de Odoacre, como los cuerpos heridos del rayo. El bárbaro no se dignó de sacar la espada para derribar el trono de Roma. Mandó al débil Augústulo que abdicase, y respetando las cos-

tumbres del mismo pueblo cuya ecsistencia aniquilaba, empleó las formas de la antigua constitucion para destruirla. El senado se reunió, y aparentando deliberar por la última vez, declaró la inutilidad de estar separadas las dos coronas, transfirió la silla del imperio á Constantinopla, renunció formalmente á todo derecho de gobierno y eleccion, y escribió á Cenon, que habia sucedido á Leon I en 474, recomendándole á Odoacre, é invitándole á dar á este guerrero la autoridad suprema en Italia con el título de *patricio*. Tal fue el postrer decreto del último senado de Roma. Cenon lo recibió con indignacion, y respondió á los senadores: «Teniais dos emperadores Antemio y Népote: el primero fue víctima de vuestra cobardía: al segundo le echasteis: mientras el viva será vuestro monarca, y no reconoceré á otro.» El emperador de oriente, despues de haberse dejado llevar de este primer movimiento, mudó de lenguage, ya porque no tuviese fuerzas que oponer á los godos para levantar á Roma de su abismo, ya porque su orgullo se complacia en el título de *emperador romano* que él solo conservaba. Asentó, pues, convenio con Odoacre, y satisfecho con una supremacía ilusoria, le dejó absoluto dueño de Italia. Augústulo, insigne por

su hermosura, no habia recibido ni de la naturaleza ni de la educacion virtud alguna. La aparicion de este príncipe en el trono fue tan corta, que su nombre estaria ya olvidado, á no recordarlo el gran suceso de la ruina del imperio de occidente.

Odoacre despreciaba sobradamente á este príncipe degradado para temerle: le dejó vivir, y le desterró de Roma con su familia. Mas instruido que los otros bárbaros, respetó las instituciones de Roma, cuya independencia destruía: reinando sobre su tumba, pareció venerar su sombra. Siete años despues de la ruina del imperio restableció el consulado, hizo ejecutar en Italia las leyes de los emperadores, y para engañar con gloriosas memorias á aquel pueblo humillado, le dió el espectáculo de un triunfo. Los romanos envilecidos gozaron de él, olvidando que no era para ellos la solemnidad de la victoria, sino de la servidumbre. Augústulo, último emperador romano, terminó su vida en Campania en la casa de Lúculo. Este palacio, cuyo lujo fue en otro tiempo el indicio de la decadencia de las costumbres, sirvió de asilo al príncipe, que por su flaqueza y cobardía dejó hundirse bajo sus plantas el primer trono del mundo; y aquel monumento de la corrupcion romana pa-

reció recordar de dos maneras á los hombres esta verdad: «Tanto los imperios como las repúblicas caen cuando la virtud deja de sostenerlos.»

Augústulo habia recibido de su abuelo maternal el sobrenombre de *Rómulo*: la fortuna de su padre le dió el de *Augusto*. Asi, por una suerte estraña, el monarca bajo el cual pereció la capital del mundo, recordaba los nombres gloriosos de su primer rey y su primer emperador. El imperio de occidente habia durado 506 años, tomando por época de su principio la batalla de Accio. Cayó el año 1229 de la fundacion de Roma.



Cuadro cronológico *de la historia antigua.*

Años del mundo.		Años antes de J. C.
1	Creacion del mundo.	4003
1656	Diluvio universal.	2348
1800	Fundacion de Babilonia y Nínive.	2204
1816	Ménes ó Mezraim, fundador de la monarquía egipcia.	2188
1820	Colonia egipcia de Luddim al Asia menor.	2184
1840	Sidon, primer rey de Fenicia.	2164
1842	Conquista del Asia por Nino, y fundacion del primer imperio de los asirios.	2162
2915	Egialeo funda á Sicion.	2089
2083	Vocacion de Abraham.	1921
2148	Fundacion de Argos por Inaco.	1856
2298	Establecimiento de los israelitas en Egipto.	1706
2316	Muerte de Jacob.	1688

Años del mundo.		Años antes de J. C.
2448	Colonia de Cécrope al Atica.	1556
2466	Colonia de Cadmo á Beocia, y fundacion de Tebas.	1538
2513	Salida de los israelitas de Egipto: ley escrita.	1491
2553	Conquista de la tierra de Canaan por los israelitas.	1451
2628	Fundacion de Corinto por Sisifo.	1376
2740	Fundacion de Atenas por Teseo. Debora, profetisa y juez de Israel.	1264
2820	Ruina de Troya. Jefté, juez de Israel.	1184
2822	Fundacion de Alba-longa.	1182
2911	Saul, primer rey de Israel.	1093
2949	Batalla de Gelboé. Reinado de David.	1055
2950	Abibal, primer rey de Tiro.	1054
2981	Viages de los Fenicios á Bética é India. Fundacion de Cádiz.	1023
3000	Construccion del templo	1004

Años del mundo.		Años antes de J. C
	de Salomon.	
3030	Cisma de las diez tribus. Jeroboan.	974
3058	Fundacion de Cartago por los fenicios. Azá, rey de Judá. Nadab, rey de Israel.	946
3100	Legislacion de Licurgo. Acab, rey de Israel.	904
3126	Atalía, usurpadora de Judá, perece á manos del pueblo.	878
3228	Ifito, rey de Elide, renueva los juegos olímpicos.	776
3250	Ruina del primer imperio de los asirios. Fundacion de los reinos de Ninive, Babilonia y Media.	754
3252	Fundacion de Roma por Rómulo, su primer rey. Joatan, rey de Judá.	752
3275	Salmanasar, rey de Ninive, destruye el reino de Israel. Acaz, rey de Judá.	729
3294	Deyoces, primer rey de los medos, funda á Ecbatana. Ezequías, rey de Ju-	710

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	dá. Numa Pompilio, rey de Roma.	
3295	Fundacion de Siracusa por los corintios.	709
3370	Invasion de los escitas en Asia. Psammético, rey de Egipto. Nabucodonosor I, rey de Nínive. Ciajares I, rey de Media. Josías, rey de Judá. Anco Marcio, rey de Roma.	634
		626
3378	Ruina de Nínive. Babilonia, corte de los asirios.	623
3381	Legislacion de Dracon.	606
3398	Nabucodonosor II destruye la antigua Tiro. Joaquin II, rey de Judá. Tarquino el antiguo, rey de Roma. Esterminio de los escitas en Asia.	596
3408	Fundacion de la nueva Tiro.	
3412	Legislacion de Solon. Astiages, rey de Media. Apries, rey de Egipto.	592
3416	Invasion de los galos en Italia y Germania.	588
3417	Ruina del reino de Judá	587

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	por los asirios. Transmigracion de Babilonia.	
3442	Batalla de Timbrea, en que Ciro vence á Creso, rey de Lidia. Servio Tulio, rey de Roma.	562
3443	Pisistrato usurpa la tiranía en Atenas.	561
3466	Toma de Babilonia por Ciro, y ruina del segundo imperio de los asirios.	538
3468	Muerte de Ciajares II, rey de Media. Herédale Ciro, y funda el imperio de los persas.	536
3475	Vuelta del pueblo de Dios á Judea, bajo la conducta de Zorobabel: Cambises, rey de Persia. Tarquino el Soberbio, rey de Roma.	529
3479	Conquista de Egipto por Cambises.	525
3496	Espulsion de los Pisistratidas de Atenas, y de los Tarquinos de Roma. Dario I, rey de Persia.	508

Años del mundo.		Años antes de J. C.
3501	Guerra jónica, é incendio de Sardes.	503
3508	Creacion de la dictadura en Roma.	496
3510	Batalla del lago Regilo, y ruina del partido de Tarquino.	494
3512	Creacion del tribunado de la plebe en Roma.	492
3514	Batalla de Maraton.	490
3519	Batalla de Himera, en que los cartagineses son vencidos por Gelon, rey de Siracusa.	485
3520	Espedicion de Jerjes á Grecia. Combate de las Termópilas. Batalla de Salamina.	484
3525	Batallas de Platea y Micale.	479
3539	Artajerjes Longímano, rey de Persia. Batalla del Eurimedonte.	465
3550	Nehemías reedifica las murallas de Jerusalen.	454
3551	Paz de Cimon.	453
3552	Los romanos envian di-	452

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	putados á Grecia para estudiar las leyes de Atenas.	
3553	Creacion de los decemviros en Roma.	451
3555	Virginia. Caida de los decemviros. Leyes de las doce tablas.	449
3562	Creacion de los tribunos militares en Roma.	442
3564	Creacion de la censura.	440
3574	Principio de la guerra del Peloponeso.	430
3588	Espedicion de los atenienses á Sicilia.	416
3592	Ruina de los atenienses en Sicilia. Sitio de Veyos por los romanos.	412
3600	Toma de Atenas por Lisandro. Dictadura de Camilo, y toma de Veyos. Artajerjes Mnemon, rey de Persia.	404
3614	Trasíbulo liberta á Atenas. Retirada de los 10.000. Guerra entre griegos y persas.	390
3617	Paz de Antálcidas.	387

Años del mundo.		Años antes de J. C.
3618	Batalla del Alia, é incendio de Roma por los galos. Dionisio el menor, tirano de Siracusa.	386
3626	Guerra entre Esparta y Tebas. Pelopidas. Epaminondas.	378
3640	El consulado concedido á los plebeyos. Batalla de Mantinea.	364
3656	Cayo Marcio Rutilo, primer dictador plebeyo. Timoleon liberta la Sicilia.	348
3664	Principio de la guerra entre romanos y samnites. Focion vence á Filipo, rey de Macedonia, junto á Bizancio.	340
3666	Batalla de Queronea: los macedonios dueños de la Grecia.	338
3667	Batalla del Vesubio: los romanos dueños del Lacio.	337
3668	Alejandro, rey de Macedonia. Dario Codomano, rey de Persia.	336
3671	Espedicion de Alejandro	333

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	al Asia. Batalla del Gránico.	
3672	Batalla de Iso. Sitio y toma de Tiro por los macedonios.	332
3673	Conquista del Egipto, y fundacion de Alejandria.	331
3674	Batalla de Arbela. Muerte de Dario. Ruina del imperio persa.	330
3680	Publilio Filon, primer procónsul. Concluye Alejandro la conquista del Asia.	324
3683	Muerte de Alejandro.	321
3701	Batalla de Ipso. Desmembracion del imperio de Alejandro en los cuatro reinos de Macedonia, Tracia, Siria y Egipto.	303
3725	Guerra de los romanos con Pirro. Batalla de Heraclea. Invasion de los galos en Macedonia.	279
3729	Batalla de Benevento en que fue vencido Pirro.	275
3732	Toma de Tarento, y sub-	272

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	yugacion de la Magna Grecia por los romanos.	
3738	Principios de la primera guerra púnica. Arato, pretor de la confederacion aquéa.	266
3755	Fundacion del imperio de los partos por Arsaces.	249
3761	Batalla de las islas Egates, y fin de la primera guerra púnica. Los romanos dueños de Sicilia, y despues de Córcega y Cerdeña.	243
3777	Guerra de Roma con los galos cisalpinos. Batalla de Telamon.	227
3780	Batalla de Acera, y subyugacion de toda Italia por los romanos.	224
3785	Principios de la segunda guerra púnica. Sitio de Sagunto.	219
3786	Espedicion de Annibal á Italia.	218
3788	Batalla de Cannas.	216
3796	Batalla del Metauro.	208

Años del mundo.		Años antes de J. C
3803	Batalla de Zama, y fin de la segunda guerra púnica.	201
3805	Primera guerra de Macedonia.	199
3807	Batalla de Cinocéfalas: pacificacion de Grecia por los romanos.	197
3811	Guerra de Siria. Batalla de las Termópilas.	193
3812	Batalla de Magnesia. Paz con Antíoco, rey de Siria.	192
3831	Segunda guerra de Macedonia.	173
3834	Batalla de Pydna, y ruina del imperio de Macedonia.	170
3837	Los macabeos se rebelan contra los sirios.	167
3853	Tercera guerra púnica.	151
3859	Ruina de Cartago y Corinto.	145
3863	Guerra de Numancia.	141
3869	Tribunado de Tiberio Graco.	135
3879	Tribunado de Cayo Graco.	125

Años del mundo.		Años antes de J. C.
3891	Guerra de Numidia.	113
3897	Invasion de los cimbros y teutones. Aristóbulo, rey de Judea.	107
3901	Batalla de Vercélas: fin de la guerra címbrica.	103
3911	Guerra social. Guerra civil entre los seleucidas.	93
3914	Guerra de Mitrídates: guerra civil entre Sila y Mario.	90
3920	Dictadura perpétua de Sila.	84
3924	Abdicacion y muerte de Sila.	80
3927	Guerra contra Sertorio.	77
3928	Segunda guerra de Mitrídates.	76
3942	Fin del reino de Siria. El oriente sometido á Roma.	62
3943	Triumvirato de Pompeyo, Craso y César.	61
3949	Batalla de Carras, y ruina de Craso.	55
3952	Concluye la conquista de	52

Años del mundo.		Años antes de J. C.
	la Galia transalpina por César.	
3953	Guerra civil entre César y Pompeyo.	51
3954	Batalla de Farsalia, y muerte de Pompeyo.	50
3958	Muerte de César.	46
3959	Triumvirato de Marco Antonio, Lépido y Octavio.	45
3960	Batalla de Filipos.	44
3971	Batalla de Accio. Fin del reino de Egipto, y de la república romana. Octavio, primer emperador con el nombre de Augusto.	33
4004	Nacimiento del SALVADOR.	0
Años de J. C.		
14	Tiberio, entenado de Augusto, 2.º emperador.	
33	Pasion y muerte del SALVADOR.	
37	Cayo Calígula, hijo de Germánico, sobrino de Tiberio, 3.º emperador.	

Años de J. C.	
41	Claudio, tio de Calígula, 4.º emperador.
55	Neron, entenado de Claudio, 5.º emperador.
69	Galba, 6.º emperador.
70	Oton, 7.º emperador. Vitelio, 8.º emperador. Vespasiano, 9.º emperador.
71	Ruina de Jerusalen por Tito.
80	Tito, 10.º emperador, hijo de Vespasiano.
82	Domiciano, hermano de Tito, 11.º emperador.
84	Agrícola concluye la conquista de la gran Bretaña.
96	Nerva, 12.º emperador.
98	Trajano, 13.º emperador.
105	Conquista de la Dacia por Trajano.
117	Adriano, sobrino de Trajano, 14.º emperador.
134	Dispersion definitiva de los judíos.
138	Antonino Pio, 15.º emperador.
161	Marco Aurelio y Lucio

Años de J. C.	
	Vero, 16.º y 17.º emperadores.
180	Cómmodo, hijo de Marco Aurelio, 18.º emperador.
192	Pertinaz, 19.º emperador: Didio Juliano, 20.º emperador.
193	Septimio Severo, 21.º emperador.
215	Caracalla, hijo de Severo, 22.º emperador.
217	Macrino, 23.º emperador.
218	Heliogábalo, primo de Caracalla, 24.º emperador.
222	Alejandro Severo, primo de Heliogábalo, 25.º emperador. Ruina del imperio de los partos, y fundacion del segundo reino de los persas por Artajerjes.
235	Maximino, 26.º emperador.
238	Pupieno, Balbino y Gordiano, 27.º, 28.º y 29.º emperadores.

Años de J. C.	
245	Filipo, 30.° emperador.
249	Decio, 31.° emperador.
251	Galo, 32.° emperador.
253	Emiliano, 33.° emperador: Valeriano, 34.° emperador.
260	Galieno, hijo de Valeriano, 35.° emperador.
268	Claudio II, 36.° emperador.
270	Aureliano, 37.° emperador.
275	Tácito, 38.° emperador.
276	Probo, 39.° emperador.
282	Caro, 40.° emperador. Carino y Numeriano, hijos de Caro, 41.° y 42.° emperadores.
283	Diocleciano y Maximiano, 43.° y 44.° emperadores.
305	Constancio Cloro y Galerio, 45.° y 46.° emperadores.
306	Constantino el grande y Licinio, 47.° y 48.° emperadores.
325	Fin de las persecuciones

Años de J. C.	
	y triunfo de la Iglesia.
329	Fundacion de Constantinopla, y principio del imperio de oriente.
337	Constantino II, Constancio y Constante, 49.°, 50.° y 51.° emperadores.
351	Constancio reina solo en todo el imperio.
361	Juliano el apóstata, 52.° emperador.
363	Joviano, 53.° emperador.
364	Valentiniano y Valente, 54.° y 55.° emperadores.
365	Division de los imperios de oriente y occidente.
366	Valentiniano vence á los bárbaros de Alemania.
372	Rebelion de Firmo en Africa.
374	Conquista de la Armenia por los persas.
375	Graciano y Valentiniano II, 56.° y 57.° emperadores en occidente.
377	Guerra de los visigodos contra Valente.

Años de J. C.	
378	Batalla de Adrianópolis, y muerte de Valente.
379	Teodosio, 58.º emperador: en oriente.
381	Rebelion de Máximo.
383	Graciano muere asesinado.
384	Máximo reina en las Galias.
387	Máximo invade la Italia.
388	Derrota y muerte de Máximo.
392	Usurpacion de Arbogasto, y muerte de Valentiniano II.
394	Batalla de Aquileya, y muerte de Arbogasto. Teodosio reina solo.
395	Honorio y Arcadio, 59.º y 60.º emperadores, hijos de Teődosio.
406	Invasion de los bárbaros en el occidente.
410	Saco de Roma por Alárico, rey de los visigodos.
415	Establecimiento de los visigodos en la Galia narbonense: principios de la

Años de J. C.	
	monarquía goda de España. Teodosio II reina en oriente, 61.° emperador, hijo de Arcadio.
425	Valentiniano III reina en occidente, 62.° emperador, sobrino de Honorio.
428	Invasion de los vándalos en Africa.
450	Marciano reina en oriente, 63.° emperador, cuñado de Teodosio II. Espedicion de Atila en las Galias.
455	Máximo reina en occidente, 64.° emperador. Saco de Roma por los vándalos. Avito reina en occidente, 65.° emperador.
457	Mayoriano reina en occidente, 66.° emperador. Leon reina en oriente, 67.° emperador.
461	Vivio Severo reina en occidente, 68.° emperador.
467	Antemio reina en occi-

Años de J. C.	
	dente, 69.° emperador.
472	Olibrio reina en occidente, 70.° emperador.
473	Glicerio reina en occidente, 71.° emperador. Julio Nepote reina en occidente, 72.° emperador.
474	Zenon reina en oriente, 73.° emperador.
475	Augústulo, 74.° y último emperador de Roma.
476	Ruina del imperio de occidente por Odoacre, rey de los herulos.

ÍNDICE

de los capítulos comprendidos en este tomo.

HISTORIA DE ORIENTE.

CAPITULO I.

los romanos en Africa, y sitio de Hipona. Muerte de Bonifacio. Toma de Cartago por Genserico. Paz de Teodosio II con Atila. Marciano, emperador de oriente: espedicion de Atila á las Galias. Batalla de los campos cataláunicos. Espedicion de Atila en Italia. Muerte de Aecio. Máximo, emperador de occidente: los vándalos saquean á Roma. Avito, emperador de occidente. Mayoriano, emperador de occidente. Guerra con los visigodos, y sitio de Lugduno. Vivio Severo, emperador de occidente. Antemio, emperador de occidente. Olibrio, emperador de occidente. Glicerio, emperador de occidente. Julio Nepote, emperador de occidente. Augústulo, último emperador de occidente. Conquista de la Italia por Odoacre, y ruina del imperio de occidente.

Fin del tomo VIII, *y* I *de la historia de Oriente* (V *y último de la romana*) (1).

---

(1) *El Conde de Segur comprende en la historia del imperio de oriente el decaimiento y ruina del imperio romano. (N. del T.)*


278
SEGUR
8
187


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm